



Universidad del País Vasco Euskal Herriko Unibertsitatea



Universidad del País Vasco Universidad Autónoma de Santo Domingo

Departamento de Filosofía Unidad de Postgrado

Título: Las nociones de tiempo, soledad y modernidad en el mundo poético y filosófico de Octavio Paz

Doctorando: Basilio Belliard

Director de Tesis: Dr. Xabier Insausti

2018

Agradecimientos

Este trabajo de investigación, desde su origen y todo el proceso de redacción, revisión y corrección, tiene sus deudas de gratitud. Agradezco al doctor Andrés Merejo, coordinador del Máster en Filosofía en un Mundo Global de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, por su empeño y fe en mí. Su estímulo me hizo continuar la ardua tarea de escritura de esta tesis. De igual modo, a la doctora María Jesús Maidagán, mi orientadora, y profesores de filosofía de la Universidad del País Vasco, por sus sabias observaciones y sugerencias para que este texto tuviera una salida. Su lectura minuciosa del texto completo fue de vital importancia para mí. Su ahínco en todo el proceso de investigación y escritura fue vital, así como su pasión y sensibilidad por la poesía y el arte, más allá de la filosofía como disciplina y razón teórica. Asimismo, quiero extender mi inmensa gratitud al profesor de la Universidad del País Vasco, y coordinador del Máster y el Doctorado: Nicanor Ursúa, por su seguimiento constante para que le diera término a este trabajo, y a mi asesor, el profesor Xabier Insausti, de la misma Universidad, por su impulso. También vaya mi gratitud a los amigos que me estimularon, y en especial, a los que me obsequiaron libros, como el escritor colombiano, afincado en México, Larry Mejía, y al poeta y editor méxico-guatemalteco, Carlos López. Ambos me enviaron libros inhallables en mi país. También a Bismar Galán, quien leyó el primer borrador, lo corrigió y me hizo sugerencias metodológicas y de estilo, de invaluable importancia. A ellos, gracias por su generosidad. Y de manera muy especial, mi gratitud, a mis hijos Amadeus y Jean Paul, y a mi esposa Marta, por su impulso y estímulo para que finalizara este compromiso académico.

Contenido

Objetivos	5
Objetivos generales	5
Objetivos específicos	5
Metodología	6
Descripción y formulación.....	6
Notas	23
Capítulo 1. Consideraciones generales	24
Notas	48
Capítulo 2: El tiempo en Octavio Paz	50
2.1. <i>Piedra de sol</i> en su obra poética	50
2.2. Concepción del presente	53
2.3. Presente, historia y progreso	58
2.4. <i>Piedra de sol</i> y el tiempo	61
2.5. Tiempo, mediodía y presencia	64
2.6. El Oriente: temporalidad e instante del haiku	69
2.7. Poesía, instante y tiempo.....	71
2.8. Temporalidad y circularidad. Oriente y Occidente	76
2.9. Tiempo cristiano, tiempo sagrado y tiempo profano	79
2.10. Tiempo y reposo en <i>Árbol adentro</i>	85
2.11. El tiempo en <i>El mono gramático</i> . “La fijeza es siempre momentánea”. Instante y fijeza	90
2.12. Tiempo y fugacidad en <i>Pasado en claro</i>	94
2.13. <i>Piedra de sol</i> . El tiempo, el amor y el cuerpo.....	95
2.14. Fijeza y movimiento, sucesión y tránsito.....	99
2.15. Circularidad y movimiento	100
2.16. La búsqueda del presente. Poética del tiempo circular y cíclico.....	103
2.17. Tiempo, movimiento y reposo	106
2.18. Tiempo de la historia y tiempo del poema. Tiempo progresivo y cristiano.....	111
2.19. Octavio Paz poeta del tiempo y de la historia: otredad y temporalidad del yo	114

2.20. Filosofía del presente: historia, progreso y utopía	119
2.21. Tiempo cristiano, cambio y progreso.....	122
2.22. Futuro y devenir histórico y teleológico	124
2.23. La poética del presente y la idea del Eterno Retorno.....	127
2.24. Ser, tiempo y poesía.....	129
2.25. Octavio Paz y Oriente: poesía, budismo zen y erotismo.....	133
2.26. Arquitectura circular y temporal de <i>Piedra de sol</i>	139
2.27. Sucesividad y movimiento: el tiempo poético	145
2.28. Río y árbol como imágenes poéticas del tiempo. Analogía, metáfora y representación geométrica.	146
Notas	151
Capítulo 3: La soledad en Octavio Paz	155
3.1. El Laberinto de la soledad: identidad y mexicanidad	155
3.2. Soledad y otredad.....	159
3.3. Soledad, modernidad y mexicanidad	168
3.4. Soledad y comunión. Inmanencia y trascendencia	171
3.5. Soledad y filosofía existencial del mexicano.....	176
Notas	183
Capítulo 4: Octavio Paz en el contexto del pensamiento poético latinoamericano y universal.	185
4.1. Modernidad, tradición y ruptura	185
4.2. El ensayista y el poeta.....	189
Notas	192
Capítulo 5. Poesía, modernidad y presente.....	194
5.1. Surrealismo, crítica y vanguardia.....	194
5.2. Pasión poética y pasión política	197
5.3. Poesía, libertad y palabra	205
Notas	207
Capítulo 6. El ensayo en Octavio Paz.....	208
6.1. Definición teórica y concepción como género literario	208
Capítulo 7. Modernidad y libertad.....	221
7.1. Conciencia crítica de la historia en Octavio Paz.....	221
Notas.....	223

Capítulo 8. Historia, política y crítica	224
8.1. Historia y filosofía política en el ensayo paciano	224
Notas	231
Capítulo 9. Consideraciones generales	232
Conclusiones	262
Referencias.....	268
Bibliografía complementaria	274
Anexos	289

Objetivos

Objetivos generales

-Analizar e interpretar la obra poética y ensayística de Octavio Paz en los contextos filosófico y estético.

-Determinar el lugar que ocupa en su mundo poético y filosófico el tiempo, la soledad y la modernidad.

Objetivos específicos

-Mostrar los valores filosóficos en los conceptos de soledad, tiempo y modernidad en Octavio Paz, a partir de poemas y textos ensayísticos.

-Demostrar que en la obra poética y ensayística de Octavio Paz los conceptos de tiempo, soledad y modernidad tienen un sustrato filosófico.

Metodología

Descripción y formulación

En esta tesis se usó un método de análisis textual, a partir de la interpretación de la obra poética y ensayística general de Octavio Paz, y en especial, de aquella donde el tiempo, la soledad y la modernidad, aparecen de modo recurrente y puntual. Se centra en seleccionar versos y fragmentos de sus poemas más representativos, en los que aparecen sus ideas acerca del tiempo; en su obra de prosa ensayística, hay citas de frases y párrafos, donde aborda sus ideas y conceptos sobre la soledad y la modernidad. De modo pues, que esta metodología trata de describir y formular los problemas esenciales que caracterizan su mundo literario, en relación con las dos facetas literarias básicas que cultivó, a saber: el ensayo y la poesía. En las mismas, los conceptos sobre el tiempo, la soledad y la modernidad serán centrales, en el marco de sus reflexiones filosóficas, que abarcan lo estético, lo antropológico y lo ontológico, desde una perspectiva crítica. En ese sentido, este método ahonda en su obra poética completa y en los ensayos específicos, donde revela sus concepciones y pensamientos acerca del tiempo, como entidad onto-filosófica y como forma de expresión del arte de la poesía; la soledad, como categoría onto-psico-antropológica, y la modernidad como época en que desarrolla su pensamiento crítico. Así pues, el pensamiento será el eje central que servirá de hilo conductor entre su poesía y sus ensayos, es decir, entre su universo poético y su mundo intelectual. De ese modo, se pueden apreciar su pensamiento poético y su pensamiento filosófico, sobre la temporalidad, la crítica y la soledad existencial.

En síntesis, esta metodología de análisis e interpretación de los textos del Premio Nobel Octavio Paz se enfoca en el abordaje de su universo temporal, y en cómo esta categoría filosófica

permeó sus reflexiones intelectuales sobre el mundo, la sociedad, el pensamiento y la modernidad, de modo crítico y creativo. De igual manera, en cómo se relacionan su concepto acerca de la modernidad, como espacio de libertad crítica, y el tiempo, como problema central de su obra poética y de su filosofía de la historia y del poema, en cuanto cuestión esencial de la filosofía. En efecto, el tiempo deviene el tema medular en la tradición de la ontología fenomenológica, de matiz existencialista, como en Heidegger y Sartre. También en toda metafísica, ya sea oriental u occidental. Octavio Paz no se sustrajo a los encantos y fascinaciones que este concepto ejerce sobre poetas y filósofos, más allá de ser un tema troncal para los físicos, es decir, para la física cuántica y teórica. Así pues, el tiempo aparece, desde la perspectiva de su universo intelectual y conceptual, en sus vertientes histórica y poética, en tanto que la soledad se presenta, como una categoría filosófica, en su vertiente ontológica, y la modernidad, como espacio histórico en que se expresa la crítica, en su faceta histórico-política.

En ese orden de ideas, estos tres conceptos serán los ejes sobre los cuales se aplicará la metodología de análisis de esta tesis. La misma se basa en un estudio documental: videos, entrevistas, fuentes bibliográficas activas y pasivas, es decir, en la lectura de las obras de creación y de ensayo de Paz y en los libros sobre su obra, su vida y su pensamiento. Es decir, se hizo una lectura global del conjunto de su obra y luego un análisis, centrado en aquella en que profundiza y desarrolla los conceptos de tiempo, soledad y modernidad. Y, sobre todo, en el conjunto de obras y estudios escritos y publicados por los conocedores y críticos de la obra total del poeta y ensayista mexicano. Sobre el estudio comparativo de las diversas fuentes bibliografías pasivas acerca de los diversos aspectos y variables del pensamiento y la obra de Octavio Paz, descansa la columna vertebral del análisis y la interpretación de los conceptos de tiempo, soledad y modernidad encontrados en su poesía y en sus ensayos.

Introducción

“El tratado es como un edificio, el ensayo es un camino. Los grandes tratados de nuestra civilización son grandes monumentos que visitamos con veneración. Visitamos la filosofía de Aristóteles, por ejemplo, o la de Santo Tomás. Pero Marx, que no quería ser filósofo, siempre habló de método. En general, toda la filosofía moderna ha preferido el método de un Descartes, el ensayo desde Montaigne, padre del ensayo, ha sido eso, camino. No carretera, sino camino sinuoso, camino de callejeo”.

Octavio Paz

I

La motivación originaria e inicial, que condujo escoger a Octavio Paz para elaborar este trabajo de investigación, se remonta a nuestra etapa temprana de formación en el campo de las letras y la filosofía. El primer contacto como experiencia de lectura, de acceso a su universo poético y ensayístico, se inició con el proceso de lectura de su obra poética, *La estación violenta*, en especial, de su largo poema de amor *Piedra de sol*. Luego, la penetración en su mundo ensayístico, de su obra en prosa *El laberinto de la soledad*, y más tarde, toda su producción crítica, reflexiva y ensayística. Es decir, la que aparece reunida en artículos, conferencias, ensayos, poemas, relatos, poemas en prosa, traducciones y entrevistas. De ahí que, los ejes sobre los que descansa esta tesis

son la soledad y el tiempo, vinculados a la idea de modernidad -tanto en prosa como en verso--, a partir de la soledad del mexicano y del latinoamericano, y de sus reflexiones sobre la temporalidad, tanto en su poesía como en su visión de la historia universal, relacionada a su concepción de la modernidad, como ensayista y pensador que dialoga con Occidente y Oriente, el presente y el pasado.

La selección este autor, obedece al trasfondo filosófico de su obra poética y ensayística, que dialoga con la tradición del pensamiento filosófico occidental y oriental, como pocos escritores del orbe hispánico. Y de ahí la seducción que provoca la lectura de su obra, la cual se convirtió en el objeto de esta tesis de investigación.

Escoger al escritor mexicano Octavio Paz, Premio Nobel de Literatura (1990), para desarrollar un cuerpo de ideas y sus esenciales presupuestos filosóficos, supone un enorme desafío investigativo y reflexivo, puesto que se trata de un pensador de talento creador, potencia imaginativa y lúcida inteligencia. Enjuiciar su obra desde una perspectiva filosófica es la intención, debido a que la misma se presta para este análisis, dada su cultura filosófica, expresada en los filósofos a los que hace referencia en toda su producción ensayística. Además, al abordaje intuitivo y profundo en que se adentra, a la hora de opinar y reflexionar sobre los grandes temas de la filosofía, desde la antigüedad hasta la modernidad. En este autor convergen diversas corrientes de pensamiento, desde el existencialismo hasta la fenomenología, y desde la ontología hasta la filosofía política, la filosofía del lenguaje, la filosofía de la historia, la filosofía de la cultura y la filosofía del arte. En efecto, la estética, la antropología, la lingüística, la política, la historia y la filología confluyen en su universo intelectual. De ahí el interés en conocer su obra, sus ideas y su pensamiento, los cuales influyeron poderosamente, desde el punto de vista de su estilo, dicción,

discurso y sabiduría. Su erudición y su lucidez deslumbran; su forma de expresión y su cultura, seducen.

A este estudio se le ha dado una orientación filosófica, a la altura de su obra, su proyección intelectual y su dimensión continental. Se profundiza en cuestiones intrínsecas a la aventura del pensamiento filosófico como son el tiempo y la soledad, dos conceptos que tocan no solo la filosofía sino también la psicología, la antropología y la física, y que Paz aborda, no como un filósofo académico --vertiente que el propio autor rechazaba--, sino como un librepensador. Siempre escribió sobre los grandes temas filosóficos, pero como un intelectual con vocación erudita, aunque no presumió de serlo, sino como un hombre de letras y de pensamiento, un autor apasionado por las grandes corrientes del pensamiento filosófico occidental y oriental, más bien, un escritor con vocación de sabiduría, lo cual es raro en Latinoamérica. Acaso la única excepción es Jorge Luis Borges, y otros, en menor medida, como José Lezama Lima, Ernesto Sábato o Alejo Carpentier, es decir, todos ellos, autores con cultura filosófica.

Para un cultor de la poesía, el ensayo y la crítica, la figura de Octavio Paz ejerce una influencia capital y esencial, tanto por su estilo como por sus ideas y su pensamiento estético y filosófico. De ahí la lectura atenta y vertical de toda su obra literaria, y la decisión que haya provocado investigar sobre este autor, que ya es una figura canónica en lengua española, francesa e inglesa, por su talante intelectual y su estilo original, lúdico y poético. Desde su obra poética, con libros como *Raíz del hombre*, *¿Águila o sol?*, *Piedra del sol*, *La estación violenta*, *Blanco*, *Ladera este*, *Salamandra*, *El mono gramático*, *Pasado en claro* hasta *Árbol adentro*, hasta su obra ensayística con libros unitarios o monográficos como *El laberinto de la soledad*, *El arco y la lira*, *Conjunciones y disyunciones*, *Los hijos del limo*, *Posdata*, *La otra voz: poesía y fin de siglo*, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, *Marcel Duchamps o el castillo de la pureza*, *Claude*

Levi Strauss o el nuevo festín de Esopo y *Xavier Villaurrutia en persona y en obra*, la obra de Octavio Paz es circular, móvil, diversa y múltiple. Desde una autobiografía intelectual como *Itinerario* hasta un libro de viaje como *Vislumbres de la India*, o un ensayo de raíz filosófica, como *La llama doble. Amor y erotismo*, la obra literaria de Paz abarca prólogos, traducciones, conferencias, entrevistas, artículos, cartas, biografías, antologías, crítica de arte, edición de revistas, etc.

Como se ve, fue un intelectual versátil y plural, osado y activo. Sus libros son una revelación de que fue un hombre de su siglo, que vivió el siglo XX casi a plenitud. De modo que la experiencia de escribir sobre su obra y pensamiento es una empresa intelectual e investigativa, de asombrosa estimulación y gran pasión, desde el punto de vista personal, y de ahí las satisfacciones que provoca el proceso de lectura e investigación de su vasta obra literaria.

Aparte de sus libros, que conservan unidad argumentativa, la otra parte de su obra ensayística, comprende múltiples libros que son el resultado de reuniones de artículos, editoriales de revistas y conferencias -y que sería prolijo enumerar.

Un rastreo bibliográfico de sus lecturas e influencias permite determinar las coordenadas de su impronta como pensador, crítico literario y de artes visuales, teórico literario, historiador de la poesía y de las ideas, que lo aproximan a la condición de un filósofo de la historia y la política y un antropólogo de la cultura.

De ahí que en el *corpus* de esta investigación hay una tentativa por explorar en la presencia del concepto del tiempo, que se remonta a sus lecturas tempranas y juveniles de Henri Bergson, Martin Heidegger, Edmund Husserl y Marcel Proust, en lo concerniente a los conceptos de memoria, duración, temporalidad e instante; a las lecturas de Gaston Bachelard, en relación a las ideas, los símbolos y las metáforas del agua, el espacio, el aire, los sueños, la tierra y la intuición;

o a las lecturas de Roger Caillois, en lo que tiene que ver con las ideas del mito y lo sagrado; o del juego y la cultura, a partir de Huizinga; con sus lecturas de Freud, aparecen sus concepciones sobre la cultura, y de Nietzsche, su idea de la moral; de igual modo, las lecturas e influencias de José Ortega y Gasset, no solo en su estilo, sino también en su concepción sobre la razón vital y la metafísica; como tampoco se debe desestimar el influjo de María Zambrano, y sus aportes a la relación entre filosofía y poesía, y su idea de la “razón poética”, o las lecturas formativas de sus precursores en suelo mexicano, en la configuración, afirmación y fundamentación de su concepto de la mexicanidad y de lo mexicano, a partir de José Vasconcelos, Leopoldo Zea, Jorge Cuesta, Antonio Caso, y en especial, de Samuel Ramos, un autor que prefiguró su obra *El laberinto de la soledad*, en su enfoque psicológico. La cultura filosófica de Octavio Paz estaría incompleta sin las lecturas de Kant, Hegel, Marx, Nietzsche y Heidegger. Las críticas de Kant o Marx, o su filosofía de la historia, a partir de Hegel, o sus ideas sobre el tiempo y el ser, de su lectura profunda de Heidegger -en traducción de José Gaos-, o su concepto de la fenomenología que asimiló de Husserl o de rebelión, de Albert Camus. Asimismo, para sus teorías del poema y la poesía, Baudelaire, Eliot, Mallarmé y Breton fueron esenciales, sus modelos, en especial, sus ideas postrománticas, simbolistas y surrealistas del arte, la literatura y la poesía.

II

De los libros de interpretación crítica leídos sobre Paz, el que presenta un mayor sustrato filosófico lo es *El cuerpo y la letra: la cosmología poética* de Octavio Paz, del colombiano Javier González, por la profundidad de su pensamiento y el rigor conceptual de sus reflexiones, así como *La poesía hermética de Octavio Paz* de Carlos H. Magris, que aborda la obra poética hasta su libro *Libertad bajo palabra*, de 1957, desde la tradición hermética y ocultista, es decir, oriental.

Así pues, lo político, el erotismo, el tiempo, la historia, el mito, el arte, la cultura, lo sagrado, la religión y la filosofía serán temas y conceptos centrales en su universo intelectual como pensador, hombre público, polemista, y crítico de las ideas políticas y estéticas. Desde el punto de vista de sus exégetas, Enrico Mario Santí, Manuel Ulacia, Alberto Ruiz Sánchez, Adolfo Castañón, Fabienne Bradu, Christopher Domínguez Michael, Yvon Grenier, Pere Gimferrer, Enrique Krauze, Raquel Phillips, Aurelio Asiain, Maya Scherer-Naussberger, Anthony Stanton, Ramón Xirau, Hugo Verani, David Brading, Jacques Lafaye, entre otros, acaso fueron los que lograron penetrar con más brillantez y enjundia en la obra y el pensamiento de Octavio Paz, sin mencionar a los autores de su círculo íntimo -aunque no hayan publicado libros sobre él, pero sí espléndidos artículos y dictado conferencias-, como Alejandro Rossi, Gabriel Zaid, Tomás Segovia, Juan García Ponce, José Emilio Pacheco, o los autores de las biografías más completas y autorizadas sobre Paz como las Christopher Domínguez Michael, Guillermo Sheridam y Guadalupe Nettel. Cabe destacar también la presencia, en Paz, de Japón, Francia y Reino Unido, que también han sido estudiadas por Aurelio Asiain, Fabienne Bradu y Alejandro González Ormerod, respectivamente. Todos estos libros fueron objetos de estudio y lectura en el proceso de esta investigación, en la redacción de esta tesis, para poder tener un marco conceptual y un universo de referencia más abarcador sobre este autor en cuestión.

Críticos e investigadores, poetas y académicos, mexicanos y extranjeros, han abordado la obra y el pensamiento de Octavio Paz, desde diferentes ópticas conceptuales, perspectivas críticas y tendencias filosóficas, ideológicas o teóricas. Desde estudios académicos hasta reflexiones poéticas, la obra literaria de Paz ha sido estudiada de manera temática, por género, por aspectos o vertientes teóricas. Su influjo en Estados Unidos, Japón, Francia, España y América Latina ha sido

de gran calado, y cada vez se multiplican los estudios, las tesis y los libros sobre este autor mexicano y universal.

Cabe destacar, que acaso la única crítica contundente que se le hiciera a Octavio Paz provino de un académico mexicano, alumno de Roland Barthes, quien, con un enfoque marxista, postuló una aproximación que perseguía desmontar las ideas pacianas sobre la historia y el mito en su obra *El laberinto de la soledad*, como lo fue *La divina pareja. Mito e historia en Octavio Paz*, de Jorge Aguilar Mora. Este autor trató de desmitificar -o demonizar- en los años setenta el pensamiento de Paz y destronarle su prestigio intelectual, desde una óptica semiótica, muy afrancesada, pero que, con el tiempo, perdió vigencia y pertinencia. Por el contrario, la obra de Paz recibió elogios y aplausos. Como se ve, en Paz hubo más bien una antropología filosófica de la historia de México, que perfiló -y prefiguró- su concepción de la historia, y luego, con el contacto y la asimilación del Oriente (India y Japón), habría de transformarse en una visión circular y mítica de la historia.

Sus lecturas del sabio, científico y pensador francés, Gaston Bachelard, habrían de permearle e inyectarle magia e imaginación a su obra, cuando se trataba de abordar y reflexionar sobre la pintura, la poesía, la ciencia y la imaginación. O la metabolización de sus lecturas de la obra en prosa de Charles Baudelaire, que habrían de perfilar su idea de la modernidad, en tanto este poeta francés es considerado como precursor de la modernidad en Occidente, es decir, de la sensibilidad moderna. Otro autor francés que el autor mexicano leería es Albert Beguin, en especial, su libro *El alma romántica y el sueño*, que le permitió adentrarse en el imaginario de la poesía romántica alemana y francesa. O las lecturas meditadas de Henri Bergson para configurar sus ideas sobre la creación literaria, como experiencia espiritual, y *del élan vital* (1), concepto que creara el filósofo francés con su metafísica, como “energía espiritual” y “evolución creadora” (2). También para Paz fue esencial la lectura del libro de Marcel Raymond, *De Baudelaire al surrealismo*, en la

conformación de su conocimiento de la historia y la poética del surrealismo, y que habría de ser vital para escribir dos textos capitales de poética: *El arco y la lira* y *Los hijos del limo*, superiores en profundidad y lucidez, inclusive. A decir de Adolfo Castañón, su discípulo y amigo, *El arco y la lira* fue la poética que no tuvo el surrealismo, es decir, que ni el propio André Breton escribió, ni ningún otro poeta surrealista, obra con la que superó en México a Alfonso Reyes, su maestro y mentor, quien escribió dos tratados de poética: *El deslinde* y *La experiencia literaria*.

De modo que, las fuentes bibliográficas que conforman y le dan soporte conceptual a este trabajo de investigación están basadas en las lecturas de Octavio Paz y en los autores que se citan y comentan -y con quienes, en algunos casos, dialogó y entabló amistad, en especial, en Francia.

En cambio, sus ideas políticas, contenidas en sus obras de filosofía política, expresan una búsqueda de la libertad, a través de la democracia liberal. Mientras que sus ideas sobre el tiempo de la naturaleza hay que buscarlas en sus contactos con la India y el Japón. Otra vertiente, donde aparecen destacadas, no pocas de sus ideas sobre arte, religión, política, cultura, estética y ética, se pueden encontrar en sus libros de entrevistas, género que cultivó con esmero, y cuya máxima expresión editorial lo es *Pasión crítica*, editada por Hugo Verani, y también en un tomo de sus Obras Completas. De justicia es destacar la titánica labor editorial realizada por su amigo y académico cubano, Enrico Mario Santí, con la reunión de artículos, ensayos y textos sobre la obra, la vida y el pensamiento de Octavio Paz, titulado *Luz espejeante*, o el rescate de sus primeros textos de juventud, en una edición titulada *Primeras letras*. O la monumental e imprescindible bibliografía sobre Octavio Paz, que editara Hugo Verani. También es esencial la canónica biografía de Paz, escrita por su amigo Guillermo Sheridam, *El poeta con paisaje*, una suerte de biografía íntima de la infancia, la adolescencia, la madurez y la vejez del Nobel mexicano, texto que sería vital para que su otro discípulo, Christopher Domínguez Michael, escribiera la más reciente y

esperada biografía intelectual de Paz titulada: *Octavio en su siglo*. Es digno de justicia, además, resaltar el estupendo estudio sobre la obra poética de Paz, sus influencias y temas esenciales, escrita por otro discípulo suyo. Se trata de Manuel Ulacia, y se titula *El árbol milenario: un recorrido por la obra de Octavio Paz*. O destacar la influencia que ejerciera María Zambrano sobre Paz, durante su estadía de exiliada en tierras aztecas, y que serían determinantes en las ideas del autor mexicano sobre lo divino, la creación poética y su relación con la filosofía.

Como se puede apreciar, las influencias de figuras intelectuales de primera fila, así como la lectura de libros capitales, tanto clásicos como modernos, de la historia del pensamiento filosófico occidental, serían esenciales en la sólida formación intelectual y cultural de Octavio Paz. De igual modo, el contacto con el exilio español en México, el magisterio del grupo de escritores llamado los Contemporáneos, así como sus viajes, durante su juventud, a Estados Unidos, España y luego a Francia, habría de ser de trascendental importancia en su destino como intelectual, escritor y poeta.

De los libros de tesis con más rigor académico y técnico sobre la poesía de Paz, *Las estaciones poéticas de Octavio Paz*, de la académica americana, Rachel Phillips, y *Octavio Paz: Trayectorias y visiones* de la académica suiza, Maya Scherer-Nussberger, serán los más enjundiosos y rigurosos de la amplia bibliografía pasiva sobre el poeta mexicano.

En síntesis, la lectura de las obras poéticas y ensayísticas de Paz, realizadas paralelas a las obras interpretativas de su pensamiento estético, intelectual y filosófico fueron determinantes a la hora de abordar su universo conceptual y simbólico, tanto en su obra en prosa como en verso -y que dieron al traste con la redacción y escritura de esta tesis.

Octavio Paz fue una voz poética, un pensamiento plural, un estilo y una visión intelectual del presente. Una conciencia, en efecto, del tiempo histórico y político. Su vida y su obra están

signadas por la experiencia de la comunión y la soledad, el amor y el erotismo. En otras palabras: su ser y sus temas giran, concretamente, en torno al rostro y la máscara, el yo y la otredad, la soledad y la comunión. Ya el poeta o el ensayista, esa pasión voluntaria por el Eros y el amor, no por Tanatos, nunca el Tanatos (es decir, siempre la vida, no la muerte), más bien la soledad, serán sus señas de identidad intelectual que lo acompañarán toda su trayectoria, como hombre de pensamiento y de ideas, en diálogo con el mundo y la sociedad de su tiempo. El Nobel Paz articulará, en consecuencia, una obra literaria donde convergen el pensamiento y la historia, el mito y la religión, la filosofía y el arte, en un diálogo recíproco. Así pues, vivió -y vio- la poesía como una religión pagana, agnóstica y moderna, del amor, la vida y la soledad de la condición humana. Fue un agnóstico, y de ahí que ni afirmaba ni negaba la existencia de Dios. Fue, más bien, un ateo sin religión, pero no dejó de ser un místico, un budista; en el fondo, un pensador, que abrazó y dialogó con múltiples religiones y filosofías porque les atraían y seducían, lo sagrado, lo espiritual, y las creencias, más allá de lo religioso, como vocación de sabiduría y sed de conocimiento. Su laicismo lo condujo a vivir la vida y la sociedad, desde una actitud moral. Fue así, ente todo, en política, un moralista de la historia y del presente, y de ahí que se involucraba con tanta pasión y vehemencia en opinar sobre las cuestiones y problemáticas cotidianas de la política de su país y del mundo. De ese modo, se reveló como un intelectual de circunstancia, apegado al presente y al devenir de los acontecimientos.

III

Notas, apuntes, comparaciones e interpretaciones conformaron técnicas y métodos de investigación, a la vez, que constituyeron un desafío para elaborar el cuerpo teórico y la masa

crítica que conforma este trabajo de presentación y abordaje de la magna obra del Nobel mexicano, Octavio Paz.

En este autor se asiste a la convergencia de “corrientes alternas” (3) de un diálogo incesante entre las ideas y las acciones, la lengua española y el pensamiento; de igual modo, entre su poesía sensual y lírica, y su poesía pensante y conceptual, vale decir, entre lo apolíneo y lo dionisiaco.

La crítica y la historia, es decir, la crítica al discurso de la historia y a la moral de las acciones políticas de los hombres, son algunas de las coordenadas de su filosofía de la historia. Así, se perfiló su modo de pensar y hacer vida intelectual.

Fervor por la palabra, devoción por las ideas, rigor contemplativo y moral de las convicciones, Paz asumió un ministerio intelectual, inspirado e imbuido por la energía de la modernidad crítica. No se entregó al ejercicio del pensamiento ortodoxo, sino, antes bien, al heterodoxo, de modo crítico y ético, a la manera de los moralistas franceses --o al modo de un sacerdote laico. Hizo crítica con la poesía y poesía con la crítica. Penetró en las raíces filosóficas de Oriente y en los saberes de la cultura hispánica, prehispánica y mexicana.

“Peregrino en su patria” (4), como se autodenominó, Paz fue un hombre moderno y cosmopolita que vivió y vio a México desde la órbita de una Nación abierta al mundo, acaso por su vocación vanguardista, universalista y ecuménica. De ahí que abogó por un nacionalismo cosmopolita.

Mexicanismo y cosmopolitismo son dos vocaciones intelectuales que se perfilan en su ensayo temprano *El laberinto de la soledad*. Su afán universalista, en diálogo con Oriente y Europa occidental lo condujo a ser visto como un trasterrado de su propia patria, en estado de soledad, pero de comunión con el resto del mundo.

Sabedor de que la patria es la lengua y la cultura, Paz asumió la convicción y el desafío intelectual de ahondar en su identidad idiomática, en el sustrato de su cultura, es decir, en la prehistoria de su cultura, para articular sus argumentos sobre su lugar en el tiempo histórico.

La obra creativa de Paz postula una lectura de la cultura, transfigurada por su visión poética y crítica de la literatura: poética del pensamiento y crítica poética del lenguaje. Así, poesía y crítica se abrazan en un abrazo de convergencia y conciliación recíprocas, donde la figura del pensamiento estético se transfigura en el centro vital o eje motor de su empresa literaria. La amistad y admiración hacia André Breton, su mentor y guía, lo hizo abrazar su causa estética, sin perder su identidad intelectual: la del surrealismo, como poética, moral y “política del espíritu” (5). Este movimiento de vanguardia artística lo influyó poderosamente, y este hecho se expresa en su libro de poemas en prosa *¿Águila o sol?*, y en sus ensayos *El arco y la lira*, *Los hijos del limo*, *Corriente alterna*, *Conjunciones y disyunciones*, entre otros. Para Paz, el surrealismo fue una revelación, y una actitud ante la vida social, más que una escuela de estilo o un manual de técnicas. Su visión del amor y el erotismo, de la política y la historia, del cuerpo y las imágenes proviene, en cierto modo, de sus lecturas de poetas y pensadores surrealistas, luego metabolizadas por sus lecturas de pensadores y poetas orientales. O de su inmersión en las aguas de las filosofías de la India, China o el Japón.

El pensamiento intelectual de Paz es difícil de etiquetar, pues es el resultado de un poeta-pensador heterodoxo, productor de ideas, pero también poseedor de creencias, y no subordinado a un sistema determinado. Creyó en la revolución histórica, pero no como utopía sino como mito de la historia.

Sus ideas provienen y nacen de su poesía, no de un sistema filosófico. Acaso esa sea la razón de la trascendencia de su pensamiento, plural, abierto y heterodoxo sobre ética, política, arte, estética y filosofía.

“Paz fue un poeta ateo y anticlerical, sensualista y romántico, a quien conflictuaba, entre Camus y Breton, su fascinación por Sade, un rebelde surrealista y un practicante del yoga tántrico, visitante de iglesias y templos en busca de la otra voz y no de agua budista o pasta de sándalo en la cara” (Domínguez-Michael, 2014: 550).

Así describe magistralmente su discípulo y colega del Consejo Editorial de la revista Vuelta, a Paz.

Octavio Paz hizo de la poesía un oficio no de difuntos sino de visionarios vivos: una religión pagana sin Dios; fue un poeta agnóstico, que buscó lo sagrado en la creencia poética. Vio así en el mundo sagrado uno de los otros nombres de lo poético. Pero no buscó lo sagrado desde el dogma. “La poesía no se identifica con los poemas; es una apertura de la existencia hacia la verdadera realidad, la cual es otredad” (Villoro, 1999: 500).

Anclado en la tradición romántica que concibió al poeta como un visionario -o un vidente en la tradición simbolista-, Paz asumió la condición del intelectual reflexivo, que merodeó entre la poética y la política. De ahí su constante reflexión y pasión teórica sobre la poesía como refugio de la mente y del corazón.

“Paz fue, como lo han dicho sus mejores críticos... un romántico desengañado: sueña con una religión de la poesía, pero lo despierta un escepticismo que le impide, en su sentido religioso, el entusiasmo” (Domínguez-Michael, 2014: 556). Defensor del amor, la poesía y el pensamiento, el poeta y ensayista Paz deviene un enamorado de las ideas, del mito y de la historia: poeta vaticinador, a la antigua usanza aristotélica y pre-aristotélica, este mexicano universal fue pues un vidente agnóstico.

Octavio Paz fue un soñador racional y un amante de la libertad, y, a la vez, un eterno espíritu crítico, para quien lo mismo le daba ocuparse de pensar, analizar y reflexionar sobre un cuadro de pintura, un poema, una novela, una idea, o hablar acerca de un pintor como de un filósofo -o pasar de la política a la historia, de la literatura a la filosofía, de la arqueología prehispánica a la antropología, de la lingüística a la sociología, de la crítica literaria a la crítica de arte, de la teoría poética a la teoría del lenguaje, de la historia de las ideas a la historia de las religiones, del mundo oriental al mundo occidental -todo trabajado con profundidad y libertad, competencia y conocimiento, autoridad y gracia.

La búsqueda de la modernidad, que lo persiguió, fue una forma de entrar a la historia universal, la cual está en el interior de nuestra conciencia social, no fuera. De ahí que dijera en su Discurso de recepción del Premio Nobel. “Volví a mi origen y descubrí que la modernidad no está fuera sino dentro de nosotros. Es hoy y es la antigüedad más antigua, es mañana y es el comienzo del mundo, tiene mil años y acaba de nacer” (Paz 3, 1991:21).

Octavio Paz fue un hombre que plasmó su obra en un diálogo permanente entre la poesía y el ensayo, la crítica y el pensamiento. Fue un observador atento de los signos de la cultura y del devenir de la historia. Una mentalidad de curiosidad escasa, por no decir, en extinción, en el presente intelectual; fue acaso el último poeta oracular de América Latina, el último surrealista, o, más bien, el último poeta con espíritu surrealista de Occidente, que vivió como un perfecto intelectual, y lo prueban su participación en la vida pública, en entrevistas y conferencias -ora con sus cartas a sus amigos, ora como animador cultural y testigo de su época. Darío Puccini lo definió de este modo:

“Así, aun considerando a la poesía como el elemento prevalente y sin duda alguna más importante, peculiar y decisivo en la obra de Paz, tengo que señalar que su posición de ensayista, de *maître a penser*, hace de él uno de los últimos representantes de esos intelectuales que creen en la propia misión y

por lo tanto no dejan de hablar en toda ocasión y oportunidad. Y quien tiene ojos para llegar hasta lo hondo se da cuenta de que Octavio Paz, como Jorge Luis Borges, puede ser considerado con razón uno de los pocos hombres de la cultura y de luminoso prestigio capaces de hablar con autoridad a todo el mundo occidental, aunque lo haga desde esa periferia que se llama América Latina” (Puccini, 2009:89).

Notas

1. Concepto desarrollado por el filósofo francés Henri Bergson para referirse al aliento vital o impulso creador.
2. Dos conceptos que le dan título a dos de sus obras fundamentales, donde expuso sus teorías y reflexiones acerca de ambas ideas de su metafísica.
3. Título de una obra de ensayo de Octavio Paz.
4. Título de uno de los tomos de sus Obras Completas, donde alude a su lugar en la patria azteca, a su identidad mexicana, a su nomadismo, pero anclado en su tierra nativa.
5. Ver el texto del mismo título de un ensayo del poeta Paul Valery.

Capítulo 1. Consideraciones generales

“En la poesía de Paz, el acto de escribir responde a exigencias rítmicas afines a los pasos de un caminante”.

Hugo Verani

Octavio Paz (1914-1998) fue un hombre que plasmó su obra en un diálogo permanente entre la poesía pensante y el ensayo de imaginación: la crítica creadora y la creación crítica. Fue un observador atento de los signos de la cultura y del devenir de la historia, una mentalidad de curiosidad escasa, por no decir en extinción, en el presente intelectual; fue acaso el último poeta oracular de América Latina, y el último surrealista, o, más bien, el último poeta con espíritu surrealista de Occidente, que vivió como un perfecto intelectual. Lo prueban su participación en la vida pública, en entrevistas y conferencias -ora con sus cartas a sus amigos, ora como animador cultural y testigo de su época. Darío Puccini lo define de este modo:

“Así, aun considerando a la poesía como el elemento prevalente y sin duda alguna más importante, peculiar y decisivo en la obra de Paz, tengo que señalar que su posición de ensayista, de *maître a penser*, hace de él uno de los últimos representantes de esos intelectuales que creen en la propia misión y por lo tanto no dejan de hablar en toda ocasión y oportunidad. Y quien tiene ojos para llegar hasta lo hondo se da cuenta de que Octavio Paz, como Jorge Luis Borges, puede ser considerado con razón uno de los pocos hombres de la cultura y de luminoso prestigio capaces de hablar con autoridad a todo el mundo occidental, aunque lo haga desde esa periferia que se llama América Latina” (Puccini, 2009:89).

En Paz, el pensamiento se convierte en materia de sus creaciones poéticas, que se perfiló y fortaleció con la lectura de filósofos, en su temprana etapa de formación intelectual. Su poesía

piensa: está atravesada de pensamiento, en equilibrio con la emoción, lo que hace que muchos de sus poemas tengan la gravedad de lo conceptual, y que estén poblados de ideas, que tiemblan, pero que iluminan territorios de la realidad y del sueño, pues son gestados e incubados, en estado de vigilia y de ensoñación. Son textos, en ocasiones, escritos con los ojos cerrados, y de ahí sus hallazgos oníricos, y su entronque con la experiencia de la estética surrealista. Al ser productos de experiencias intelectuales y de meditaciones del mundo sensorial, sus poemas iluminan zonas de la realidad diurna y nocturna. “La idea central del pensamiento de Paz descansa en el convencimiento de que la verdad poética debe realizarse y sólo se realiza plenamente en el campo de la vida. El problema de la poesía nos lleva inevitablemente al problema de la realidad” (García Ponce, 1969: 67).

La obra poética y en prosa de Paz siempre está en movimiento: impulsada por la imagen del pensamiento móvil. Sus palabras son signos en movimiento, que articulan su estética y su poética, es decir, “signos en rotación” (1), que dinamizan los instantes de creación y que son la encarnación del tiempo, en estado móvil y perpetuo. Su pensamiento no concluye ni cesa, pues no sigue una “línea de pensamiento, sino la textura que crea el pensamiento en acción o, tal vez más exactamente, la acción del pensamiento que se convierte en lenguaje, en palabra activa y abierta a la contemplación” (García Ponce, 1969: 71). La potencia de su prosa y de sus versos se expresa en ejercicios de pensamiento, estilo y creación, de metáforas intuitivas y analogías intelectuales.

“Paz se dirige siempre hacia su objeto en busca de resultados últimos. La acción de la realidad sobre el arte y del arte sobre la realidad, la acción de la realidad sobre el pensamiento y del pensamiento sobre la realidad -afirma García Ponce- deben entregarnos un último significado. En esta insistencia sobre el significado de su objeto, el arte y el pensamiento se convierten en un arma personal por medio de la cual el pensador y el artista, al buscar la realidad del mundo, se buscan a sí mismos hasta que su vida es esa obra” (García-Ponce, 1969:72-73).

En sus ensayos y en sus poemas, Paz mantiene el pensamiento como eje de invención y creación, y de ahí que sus ideas y sus imágenes poéticas, broten de ejercicios de contemplaciones líricas y de intuiciones que nacen de la serenidad. “No es extraño que el libro de ensayos de un poeta nos conduzca a la poesía; el pensamiento de Paz ha nacido sin duda de ella” (García-Ponce, 1969:74). El pensamiento ardiente de Octavio Paz es una respuesta en movimiento al silencio y una afirmación al poder de la palabra. Su obra es, en efecto, siempre la revelación de presencias, y la encarnación de visiones que comienzan y recomienzan, en un viaje que va desde el principio de las cosas a su centro móvil. Entre poesía y mundo, la vida de Paz, como creador de una obra literaria, transcurre en tensión continúa entre lo sensorial y lo intelectual. Así pues, se define en un diálogo perpetuo entre su ser y su otredad: lo mismo y lo diferente. Entre creación y crítica, su obra oscila en un viaje de ida y vuelta, que va desde un cierto posromanticismo a un surrealismo personal, pues no practicó la técnica de la “escritura automática” (2), sino que tomó de esta escuela estética europea de vanguardia sus posibilidades creativas e imaginativas, y acaso su actitud ante el lenguaje, el amor y la libertad.

Practicante y admirador de las grandes aventuras poéticas del siglo XX, Paz fue un intérprete de la historia; también un crítico, un estudioso de la filosofía, donde se forjó su pensamiento, pero de modo libre y abierto, heterodoxo y crítico, al asumir una conciencia propia de dicha tradición, en diálogo entre Oriente y Occidente, las religiones y las filosofías.

“En el alto momento actual de la obra de Paz, la línea del canto parece correr paralelamente a la del pensamiento. La estrecha y continua relación con el mundo se resuelve en un juego de imágenes en el que la conciencia se une con su objeto mediante el poder de la contemplación sin perderse a sí misma, sin dejar de ser la fuente de la que manan las imágenes que nos conducen a él. Pero si el sentimiento de la temporalidad parece encontrarse una y otra vez en ese instante que se precipita constantemente en el siguiente sin dejar el recuerdo de sí mismo, es precisamente porque el poeta ha sabido someterlo al imperio de su pasión. La naturaleza de esta pasión no es quizás el conocimiento, sino más bien el reconocimiento y este poder de reconocimiento

es la virtud de la palabra que al nombrar saca al mundo de su ser, muestra la realidad de su aparente irrealidad. La figura del poeta encarna en esa necesidad de nombrar que determina la obra de Octavio Paz. En ella ha encontrado y alimentado la cifra de su destino. No es extraño que ahora ese destino, cumpliéndose una y otra vez en cada nueva obra, parezca tan manifiesto” (García-Ponce, 1969:77).

En un diálogo con el crítico cubano Enrico Mario Santí, Octavio Paz revela su concepción del pensamiento poético y su lugar con relación a la poesía, del siguiente modo: “... yo sí creo que la poesía y el pensamiento viven en casas separadas, pero contiguas. Hay siempre un pasadizo secreto, y los buenos poetas frecuentan el pensamiento porque la buena poesía es lucidez y también los grandes filósofos se alimentan de poesía” (Santí, 2015:41).

Los ensayos de Paz piensan y poetizan, y su poesía reflexiona. Le inyectó pues pensamiento a su poesía y poesía a sus ensayos. Le imprimió pasión al pensamiento poético y pensamiento a la pasión poética. Creó, por así decirlo, un género híbrido, a caballo entre la poesía y el ensayo, en el que las ideas tienen el brillo de la poesía y la intuición, y la poesía, la iluminación del pensamiento y el intelecto. Su temperamento intelectual fue reflexivo desde su juventud, y de ahí que sus primeras influencias fueran los poetas-ensayistas, aquellos poetas intelectuales modernos que cultivaron la crítica a la par con la poesía, como Baudelaire, Dante, Eliot, Machado, Mallarme, Pound, Pessoa, Rubén Darío y algunos románticos alemanes e ingleses, como Novalis, Schiller, Schlegel, Wordsworth, Coleridge y Shelley, de quienes captó su espíritu crítico e intelectual.

De modo pues, que Octavio Paz fue cincelandó su propia biografía intelectual, como lo prueba el hecho de que siempre se ocupó de sus libros, de conquistar amigos intelectuales, de codearse con los grandes autores contemporáneos de Europa y hacerse una figura respetada en la vida intelectual parisina y mexicana, de viajar por el mundo y de estar atento al curso de los hechos políticos y sociales de su tiempo. Fue pues un militante intelectual, vocación que acaso asimiló de

los autores franceses en boga en su época parisina como Jean Paul Sartre, Albert Camus, André Malraux, André Gide, Raymond Aron, E. M. Cioran, entre otros, con los que entabló un diálogo de admiración recíproca, productivo y enriquecedor, luego competitivo, y acaso contradictorio, pero no exento de desencanto.

“Marxismo, psicoanálisis, historia de las religiones, antropología comparada, historia de las ideas, poéticas contemporáneas (desde el romanticismo inglés, al surrealismo, pasando por el simbolismo francés), filosofías de la historia, son algunas de las formalizaciones discursivas a las cuales se puede apelar para describir el *background* intelectual de Paz” (Matamoros, 2009:115).

Octavio Paz fue pues un intelectual en búsqueda constante, que se renovaba dialécticamente, abrazaba una teoría y la abandonaba para asumir otra. Así pasa y atraviesa por el marxismo, la semiología, el existencialismo, el estructuralismo, el surrealismo y el psicoanálisis, con lo cual concibió el saber como un diálogo, y las ideas como cuerpos en movimiento, como “signos en rotación”, para usar una expresión suya. Poeta de pensamiento plural y cambiante, crítico y autocrítico, que dialoga con la tradición poética hispanoamericana y universal, el Lejano y Medio Oriente, Occidente y México.

El radio de acción que conforma el inventario de temas fue de una curiosidad ejemplar en este universal hombre de letras: saber abierto e infinito, que no se reduce a silencios sino a palabras y pensamiento, en analogía eterna entre el instante y lo eterno. En su obra no hay monotonía sino búsqueda incesante e infatigable por abrir perspectivas de análisis, siempre al servicio de un estilo, que marcó su trayectoria intelectual y poética. Crítica al pensamiento único y reflexión plural sobre el presente en movimiento, este humanista hispánico sentó sus reales en la escena intelectual del siglo XX, con enjundiosas ideas que reverberan de brillantez.

Otra de las vertientes intelectuales cultivadas por Octavio Paz fue la crítica de arte, caracterizada por la lucidez de sus análisis, la profundidad interpretativa y la gracia estilística. Heredero de la tradición crítica fundada por Charles Baudelaire en Francia, el tipo de crítica de arte paciana se funda en los tres principios postulados por este poeta, quien dijo que la crítica tenía que ser: “poética, política y apasionada” (3). Paz fue fiel a la estirpe del fundador de la modernidad occidental, idea en la que siempre quiso insertarse, es decir, en la vertiente del poeta-creador y apasionado de las artes visuales, que cultivó la crítica de arte con pasión y aliento poético. Así pues, nos legó una obra que lo define como uno de los mejores críticos de arte de Hispanoamérica, junto con Luis Cardoza y Aragón, en la que brillan con luz propia, páginas inolvidables y luminosas sobre Rufino Tamayo, Picasso, Marcel Duchamps (sobre quien escribió un libro espléndido, titulado *La apariencia desnuda*, y antes editado con el título *Marcel Duchamps o el castillo de la pureza*), y un desfile de artículos y textos para catálogos de exposiciones sobre pintores surrealistas, los muralistas mexicanos y demás figuras de la plástica mexicana del siglo XX, reunidos luego en el libro *Los privilegios de la vista* (4). Paz fue, en una palabra, un poeta-crítico y un crítico-poeta, de la misma tradición de Baudelaire, para quien el “color piensa”, y de ahí que, en el autor mexicano, la crítica de pintura deviene pensamiento, en el que un cuadro de pintura se oye y el poema nos hace ver. Así, ver y oír son funciones duales de la poesía, pues cuando leemos un poema, oímos, y al oír, vemos con los ojos de la pasión y del sentimiento, en la medida en que cuando vemos un cuadro, oímos su música cromática interior. De ahí que Paz diga:

“Ver un cuadro es oírlo: comprender lo que dice. La pintura, que es música, también y sobre todo es lenguaje. La idea de lenguaje contiene a la de traducción: pintor es aquel que traduce la palabra en imágenes plásticas; el crítico es un poeta que traduce en palabras las líneas y los colores. El artista es el traductor universal” (Paz 10, 1991: 36).

Como se ve, en estas reflexiones, que son una especie de pago a una deuda intelectual, Octavio Paz revela su concepción de la pintura y de la crítica de arte y su vínculo estético, entre la pintura y la poesía. En efecto, Paz percibe una analogía entre ambas, cuyo eje central de mediación es el lenguaje, que sirve de elemento de intermediación. Formas verbales y formas visuales establecen una simbiosis entre sonidos y colores. Según Paz: “Desde Baudelaire la pintura piensa y no habla, es lenguaje y no significa; es materia y forma resplandecientes, pero ha dejado de ser imagen” (Paz 10, 1991:37). Y sigue diciendo:

“Al introducir las nociones de modernidad y salvajismo en el arte, Baudelaire inserta la crítica en la creación, inventa el arte crítico. Antes la crítica precedía o sucedía a la creación; ahora la acompaña y es, diría, su condición. Del mismo modo que la crítica se vuelve creadora por la analogía, la creación también es crítica por ser histórica. En lucha constante con el pasado, el arte moderno está en lucha consigo mismo. El arte de nuestra época vive y muere de modernidad” (Paz 10, 1991: 41).

El poeta mexicano introduce el conocimiento y el pensamiento en la crítica de arte, donde la imaginación participa como eje mediador entre el análisis y la síntesis: de la traducción de lo visual a lo verbal y la crítica y la creación poética. De ahí que muchas de sus páginas de crítica de arte se lean como poemas en prosa, como zonas de reflexiones delirantes y encantadas que recrean e iluminan las obras pictóricas, convirtiendo la crítica de arte en un acto de creación, con una dignidad estética a la par con la creación poética, suprema aspiración de Baudelaire.

En Paz, la poesía ocupó el centro de sus preocupaciones estéticas y el punto de partida en su salto al ensayo. Su obra poética tiene fuentes diversas, que se nutrieron y transformaron, a partir de sus experiencias de lectura, viajes y búsquedas estéticas personales. Desde la soledad creadora hasta la comunión con la otredad, Paz merodeó desde una poesía con influencias tempranas de la poesía popular española, en la vertiente de Rafael Alberti, hasta una más reflexiva, en la faceta de Antonio Machado y Jorge Guillén, o su cariz amatorio de Neruda, en su primera etapa, como se

percibe en *Raíz del hombre*, de 1937. Por consiguiente, es la poesía la clave que motorizó su posterior obra ensayística. Si bien para Aristóteles, “la poesía es más verdadera que la historia” (Huisman, 1961:14). Paz no fue fiel a ese dictado, pues el poeta mexicano exploró en la historia para entender su lugar en el mundo, donde adquirió una gran cultura historiográfica, desde su adolescencia. Sus primeros mentores en México fueron el filósofo Samuel Ramos, y los poetas del grupo Los Contemporáneos: José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer y Jorge Cuesta, quienes calificaron, en su época, su poesía, de “intimista”.

La impronta de la poesía amorosa y erótica lo acompañaría siempre, como parte del cauce expresivo de su obra poética total, cuya fuente inicial sería la fascinación que ejercería la riqueza cultural del México prehispánico. Esa pasión por el México antiguo le creó el deseo de convertirse en arqueólogo, hasta el punto de que escribió esenciales ensayos sobre el arte, la cultura y la mitología de los aztecas, que incluso fue de interés para los especialistas en esos temas.

Si bien el contacto de Paz con los poetas mexicanos fue importante, su viaje a Valencia, España, al II Congreso Internacional de Escritores Antifascista, en 1937, y antes a París, serían decisivos, pues allí conocería a escritores como Pablo Neruda, Louis Aragón, César Vallejo, André Malraux, Jorge Guillén, Julien Benda, Tristan Tzara, Vicente Huidobro, Miguel Hernández, Luis Cernuda, entre otros, y donde trabó amistad con los jóvenes que publicaban la revista *Hora de España*. La experiencia de este primer viaje a Europa marcaría su trayectoria intelectual, ya que además se puso en contacto con el arte clásico y de vanguardia, visitando los más importantes museos de Madrid y París. Otra experiencia de viaje vital para Paz sería su viaje a Nueva York, San Francisco y California, en 1943, y antes, durante su niñez, la breve estadía en Los Ángeles, viaje que aprovecharía para visitar asiduamente museos y estudiar en sus lenguas originarias las obras de poetas norteamericanos e ingleses como Ezra Pound, Wallace Stevens, Robert Frost (a

quien entrevistaría), Walt Whitman, W. B. Yeats, William Blake, William Carlos Williams, e.e. Cumming y T. S. Eliot --poeta que lo marcaría en el giro que le imprimió a su poesía con la inserción de lo coloquial. Esos viajes iniciales serían el laboratorio de su escritura y el taller de sus composiciones literarias posteriores. Luego, su vida diplomática en París, Estados Unidos y la India, también sería una experiencia revitalizadora y crucial no solo en sus lecturas y producción literaria, sino en la proyección universal de su obra. En especial sus andanzas por París constituyeron un estímulo medular, pues allí conocería a escritores y filósofos como Henri Michaux, E. M. Cioran, Roger Caillois, André Bretón, y demás poetas surrealistas, amistades que serían medulares en su escritura poética y ensayística, en especial, en sus ensayos de crítica de arte y teoría literaria.

Para Paz, beber de la fuente del surrealismo fue una experiencia enriquecedora, que transformó y revitalizó su poesía, escuela que vio no solo como una estética sino como una visión del mundo y del arte, una sublevación de la escritura, una transformación de su sensibilidad y una libertad creadora, que lo condujo a explorar en el territorio de la ensoñación, el erotismo, la moral y la política. La deuda de Paz con Bretón es, pues, inmensa, hasta el punto de que dijo: “En muchas ocasiones escribo como si sostuviese un diálogo silencioso con Bretón” (Paz 4, 1990: 36).

Hay una paradoja con respecto a si el poeta debe despersolizarse o fijar su identidad personal en su poesía. Si el yo biográfico ha de estar cifrado en el poema o si, por el contrario, debe permanecer excluido del motivo y apelar a la voz de la tradición. Eliot y Pound -tan leídos por Paz- que tanto lo influyeran, en especial el autor de la *Tierra baldía*-, hablaban de la impersonalidad de la poesía y la creación de un mundo poético no desde el yo sino desde su máscara, como una forma de encontrarse consigo mismo. “El poeta no solo nombra lo otro: es lo otro” (Santí, 2016: 140).

El mundo poético de Paz es la recreación o encarnación de un pensamiento poético que heredó del romanticismo, y de ahí que siempre hay un yo que se desdobra en un tú, que es el otro, o como diría él mismo: “Yo es tú” o “yo soy tú”, tanto en *El arco y la lira* como en *Piedra de sol*, y que acaso tomó de la proverbial sentencia de Rimbaud que dice: “Yo es otro”, o “Yo soy el otro”, que refleja una despersonalización de la identidad poética o una evasión del yo. Así pues, afirma en una suerte de credo poético:

“Para mí la poesía y el pensamiento son un sistema de vasos comunicantes. La fuente de ambos es mi vida: escribo sobre lo vivido y vivo. Vivir es también pensar y, a veces, atravesar esa frontera en la que sentir y pensar se funden: la poesía” (Paz 27, 1997:211).

Un rasgo peculiar en la poesía de Paz fue descubierto por el crítico Hugo Verani, y es el del “poema como caminata” (5), tal y como titula el uruguayo su espléndido libro. Gran parte de la obra poética de Paz y de su escritura poética gira en torno al “arte de caminar”, que alimentó su mundo poético. Paz evoca amores, hechos personales, lugares, nombres..., y a la vez, piensa, reflexiona en el mismo proceso de la escritura poética, en una especie de metapoésía. En ese sentido, dice Paz: “Escribir poemas es caminar, como el equilibrista sobre la cuerda floja, entre la ficción y la realidad, la máscara y el rostro” (Verani, 2013:37). Tal y como dice el poeta José Emilio Pacheco: “El acto de andar es determinante en la poesía de Octavio Paz” (6) (Verani, 2013:56). Así pues, escribir deviene en caminar, en viajar, en incesante errancia imaginaria de la contemplación y la meditación, es decir, en un viaje interior por la fantasía, la memoria y la sensibilidad. De ahí que los viajes físicos y también los viajes inmóviles y mentales alimentaron su creación poética. A la manera del *flâneur* (7) de Baudelaire o Rimbaud, Paz asimiló en su errancia parisina este estilo de escritura que se nutre de la experiencia de caminar sin rumbo fijo.

Parece que Paz también se dejó influir por la célebre frase de Nietzsche que reza: “Solo los pensamientos caminados tienen valor” (Nietzsche, citado por Hugo Verani, 2013:37).

Dice Octavio Paz:

“¿Oyes tus pasos en el cuarto vecino?
No aquí ni allá: los oyes
En otro tiempo que es ahora mismo,
Oye los pasos del tiempo
Inventor de lugares sin peso ni sitio”. (Paz 1, 1987:156).

Y sigue diciendo el poeta mexicano:

“Cruzas la calle y entras en mi frente,
Pasos de agua sobre mis parpados,
Óyeme como quien oye llover,
El asfalto relumbra, tú cruzas la calle,
Es la niebla errante en la noche,
Es la noche dormida en tu cama,
Es el oleaje de tu respiración” (Paz 1, 1987: 155).

Como se ve, en Paz la poesía adquiere una impronta itinerante, en su búsqueda de otredad, en su peregrinación por el orbe del sueño y la vigilia, la diurnidad y la nocturnidad, a pesar de que su poesía es más bien diurna, de cielo abierto, en la que predomina siempre la luz solar, la transparencia del instante.

Su poemario titulado *Vuelta* (9), de 1976, representa el retorno de Paz a México, tras su largo periplo por Oriente y Europa, y después de la publicación de *Ladera este* -y cuyo título alude al nombre de la revista que fundara (texto de poemas extensos, homenajes a poetas, artistas y a la ciudad de México). Poemas articulados mediante la técnica de los encabalgamientos y los juegos espaciales, este breve libro posee partituras como esta:

“El ojo piensa
El pensamiento ve,
La mirada toca,
Las palabras arden” (Paz 20, 1990: 54).

Este poema es una evidente apelación a la figura literaria de la sinestesia, tan cara a la poética de Paz, y con la que alcanzó aciertos expresivos de espléndida lucidez, donde postula un sistema de analogías y relaciones sensoriales e interferencias de sentidos. En la estructura final del poemario, se pregunta por el morir y cae en el dilema existencial de la muerte y la vida, y se pregunta:

“Morir
Será caer o subir,
¿Una sensación o una cesación?
Cierro los ojos,
Oigo en mi cráneo
Los pasos de mi sangre,
Oigo
Pasar el tiempo por mis sienes.
Todavía estoy vivo” (Paz 20, 1990: 83).

Muchos de los poemas de Paz se apoyan en la mitología prehispánica, en la simbología náhuatl, o beben en las fuentes de la sabiduría de las religiones y filosofías de la India, el brahmanismo, el tantrismo y el budismo, que nos ofrecen claves de lecturas interpretativas.

Otra vertiente fundamental en la formación intelectual de Paz la constituye Oriente. La atracción y fascinación que ejercieron sobre su mente y su intelecto la India, China y Japón se manifiestan en el estudio de la cultura, la filosofía y el arte de estos países, como se observa en la escritura de haiku y en la traducción de poesía japonesa y china, como aconteció con la traducción, por primera vez, a una lengua occidental del libro *Sendas de Oku*, un diario de viaje del sabio y poeta japonés, Matsuo Basho. Estos vínculos con el Japón y su poesía lo condujeron a transformar nuevamente su obra, a hacer una poesía más breve, reflexiva y contemplativa. En una entrevista

titulada “Oriente, imagen, eros”, con Masao Yamaguchi, y recogida por Hugo Verani, en *Pasión crítica*, Paz afirmó: “En la tradición japonesa encontré, primero, la idea de la concentración; segundo, la idea de lo no terminado, de la imperfección” (Verani, 2013:178).

En 1949, Paz reúne su poesía bajo el título de *Libertad bajo palabra*, en la que incluye poemas troncales de su producción poética como su poema de largo aliento más logrado, *Piedra de sol*, poema autobiográfico, circular, donde convergen la historia y la mitología, el erotismo y el amor, así como *Himno entre ruinas* o *La estación violenta*, entre otros textos de profunda impronta surrealista. Paz concibe la poesía como una libertad condicionada por la palabra, es decir, como un ejercicio de la libertad, pero bajo palabra. A partir de los años cincuenta, al contacto con el surrealismo, su poesía adquiere un aire de renovación y experimentación, que se inicia con *¿Águila o sol?*, de poemas en prosa, donde convergen relatos y cuentos de facturas oníricas. Luego, esa vocación experimental se verá permeada por la poesía concreta (10) y los caligramas de Apollinaire, como se observa en sus libros *Blanco*, *Discos visuales* y *Topoemas*, en los que experimenta con la poesía visual, los espacios y la grafía.

Sin embargo, en *Salamandra* y *Ladera este* -libros que parten de su experiencia de vida en la India-, la poesía vuelve a alcanzar la medida y la sabiduría, alimentadas por la contemplación y la meditación de los instantes. El mundo poético que Paz instaura, a partir de sus influencias orientales, también se expresa en el poema colectivo, escrito a cuatro voces, *Renga* (de 1971), junto al poeta italiano Edouardo Sanguinetti, el francés Jacques Roubaud y el inglés Charles Tomlinson -con quien más tarde haría un texto a dos voces titulado *Hijos del aire*, en 1979. Esa poética del instante que Paz articuló, en gran parte de su obra, sobre todo en sus poemas breves, juega con las analogías y la instantaneidad, las visiones y las figuraciones, en oposición a poemas extensos como *Pasado en claro*, *Piedra de sol* y *Nocturno de San Idelfonso*.

Editor de revistas y de sus *Obras completas*, Paz también fue traductor y teórico de la traducción, al concebir el oficio de traductor como un acto de creación y como un gesto de desprendimiento y generosidad, pues entendía que al leer un poema o a un poeta se sentía en el deber de hacer que otros lectores también lo leyeran. Su arte apasionado e infatigable de la traducción se puede comprobar en su libro *Versiones y diversiones* (1974), donde reunió gran parte de su labor de traductor de poetas chinos, japoneses, portugueses, escandinavos, franceses, ingleses, etc. Así pues, son versiones y recreaciones de una diversión, que fue su poética de la traducción. Gracias a Paz, conocimos en América Latina, por primera vez, a poetas desconocidos de otras geografías, incluyendo al poeta portugués Fernando Pessoa, a quien nos dio a conocer en una antología que hiciera para la UNAM, en 1962, cuyo prólogo, *El desconocido de sí mismo*, formaría parte de su libro *Cuadrivio*, de 1965, donde además escribió sobre López Velarde, Rubén Darío y Luis Cernuda, quienes, según Paz, son los fundadores de la modernidad poética latinoamericana. En este célebre prólogo a Pessoa está la contundente frase que reza: “Los poetas no tiene biografía. Su obra es su biografía” (Paz 5, 1991: 93).

La otra faceta de la obra de Paz la conforman dos autobiografías, que también se leen como ensayos y crónicas: *Itinerario* (1993) y *Vislumbres de la India* (1995), un libro de viaje sobre su estadía en este lejano país, donde fue Embajador de México. En tanto que su obra política se inicia realmente con *Postdata* (1969), se prolonga con *El ogro filantrópico* (1979), ambas sobre la política mexicana, el poder y los intelectuales, y culmina con *Tiempo nublado* (1983), un conjunto de ensayos donde Paz critica y analiza el presente y el futuro de los países del Europa del Este, la política imperial de USA y su relación con América Latina, en ensayos realmente reveladores y anticipadores de lo que habría de devenir el socialismo real, con la caída del muro de Berlín y la crisis del marxismo, como ideología política y teoría social.

Los poemas y los ensayos de Paz son, a menudo, el testimonio de sus obsesiones intelectuales y sus pasiones creativas. Sus ideas fueron siempre la expresión del espíritu de una época. De ahí que viviera perpetuamente al calor de las efervescencias intelectuales, políticas y teóricas de su tiempo. Tanto le obsesionaron el existencialismo como el marxismo, el estructuralismo como la semiología, el psicoanálisis como el surrealismo. Siempre se alimentó del espíritu cultural de su época, como lo reflejan los títulos de sus libros *Corriente alterna*, *Los signos en rotación*, *Conjunciones y disyunciones*, *Los signos y el garabato*, *Inmediaciones*, *Convergencias*, títulos que a la vez representan ideas contrapuestas, alteridades e identidades, analogías y oposiciones.

Octavio Paz fue así una mente incandescente, un humanista que absorbía el saber, metabolizaba las ideologías y sabía convertir las ideas en libertad y crítica. Usó la imaginación como un mecanismo de crítica a la sociedad, la cultura y las letras. Un intelectual que soñaba despierto la libertad y que empleaba la razón crítica con autonomía y responsabilidad intelectual. Fue una autoridad, en el sentido en que sus ideas y puntos de vista eran respetados, oídos y combatidos por todo el mundo, aun por aquellos que no compartían con él sus concepciones políticas y estéticas. Se sentía autorizado para opinar y argumentar sobre la sociedad y la cultura, sin remilgos ni reticencias. De ahí que se ganó el lugar de librepensador, cuyos planteamientos los hacía con la autoridad que se ganó con su competencia intelectual, la originalidad de sus juicios y su libertad de universalización. Este tipo de poetas oraculares, con autoridad moral, peso ético y estatura intelectual como Octavio Paz, está en vía de extinción --acaso el último representante vivo sea el Nobel Mario Vargas Llosa, que no es poeta. De modo que Paz fue, sin quizás, el último mandarín de los poetas de prestigio y respeto universales, que tanto era oído con devoción, admiración y respeto tanto en España como en el resto de Europa, Asia y América Latina.

Otra faceta intelectual cultivada por Paz con gracia, lucidez y brillo fue la crítica de arte. En ensayos como *Sombras de obras*, *In-mediaciones*, y *Las peras del olmo* aparecen lúcidos ensayos y artículos sobre artistas plásticos europeos y mexicanos, que dan cuenta de exposiciones de arte y trayectorias de artistas visuales, luego recogidas en parte en su obra *Los privilegios de la vista*, dentro de sus *Obras Completas*.

De su obra poética seminal, de carácter amoroso, pasa a escribir una poesía más reflexiva y sensual, que nunca abandonaría. De sus reflexiones teóricas sobre la poesía, el poema, la inspiración poética y el oficio poético surgirá su manifiesto temprano, “poesía de soledad y poesía de comunión”, que aparecerá en su libro de ensayos titulado *Las peras del olmo*, de 1957, poética que luego definirá, fundamentará y prolongará en su obra cumbre de reflexión y teoría poética -y con la obtuvo el premio Xavier Villaurrutia-, *El arco y la lira*, de 1956 -editada por el Fondo de Cultura Económica, bajo la sugerencia del filólogo y ensayista mexicano Alfonso Reyes, quien había escrito una obra similar titulada *La experiencia literaria*. En *El arco y la lira*, Paz reflexiona con una sorprendente erudición sobre la naturaleza de la poesía, el lenguaje poético, el ritmo, el verso, la prosa, la imagen y aún la inspiración poética, y concluye internándose en la teoría de la novela y la historia.

En síntesis, los antecedentes de *El arco y la lira*, que habrá de ser la línea central de estas reflexiones teóricas sobre la poesía, se inician con *Las peras del olmo* -y su poética de la “*Poesía de soledad y poesía de comunión*”-, se consagra y sintetiza con *El arco y la lira*, propiamente dicha, en especial, con su texto que sirve de apéndice, *Los signos en rotación* -una suerte de manifiesto sobre la experiencia del lenguaje poético, que luego se prolongarían en *Los hijos del limo*-, un conjunto de conferencias que Paz dictó en Cambridge, en 1974, y culminaría con *La otra voz: Poesía y fin de siglo*, en 1990.

Tras la segunda edición de *El arco y la lira* -de 1967-, Paz reemplaza el antiguo epílogo por el texto *Los signos en rotación*, que se lee como un manifiesto poético acerca de la experiencia poética, que se transforma a su vez en crítica del lenguaje, y la poesía como reveladora de la otredad. A partir de estas obras, Paz desarrollará su tesis de la “tradición de la ruptura”, en la que afirma que lo moderno se vuelve tradición, que se nutre de rupturas, y donde estas rupturas a su vez se convierten en tradición. Esta dialéctica, entre tradición y ruptura, será el motor de la historia de la literatura, como lo será el estilo en la historia del arte y la lucha de clase en la sociedad, idea que desarrollaría E.H. Gombrich (11) con su tesis de la historia del arte como historia de los estilos.

Así pues, las rupturas serán el alimento que luego pondrá en crisis lo moderno, de suerte que la modernidad es una hechura de rupturas. Ya en *La otra voz*, Paz llega a la conclusión de que las vanguardias habían arribado a su ocaso, a partir de los años sesenta, como una expresión del fin de la concepción del tiempo lineal y progresivo, y de lo que él mismo siempre llamó la “revuelta del futuro” (12), que lo condujo a hablar de un “presente perpetuo” (13), y a la vez fugaz, como una manera de afirmar el tiempo circular. En este texto -que coincidió con la concesión del Nobel en 1990-, Paz defiende la idea de que la poesía es la “otra voz”, una voz que no proviene del poeta mismo sino de la voz de la tradición, con lo cual significó que no hay voz propia, que lo que se oye en los poetas es la voz de la tradición, con lo que pone en tela de juicio el concepto de originalidad. “Su voz es otra porque es la voz de las pasiones y las visiones; es de otro mundo y es de este mundo, es antigua y es de hoy mismo, antigüedad sin fechas” (Paz 12, 1990:131). Con este libro, cierra su ciclo de reflexión teórica sobre la poesía, su lugar en el presente y el futuro, y la tesis del ocaso de las vanguardias históricas.

Antes de la aparición de sus libros de ensayos, desarrolló una labor ejemplar con la publicación en la prensa y en revistas literarias de artículos, reseñas de libros, ensayos literarios y

filosóficos, de sorprendente lucidez, que sería editado tardíamente por Enrico Mario Santí, en 1988, titulado *Primeras letras* -que van de 1931 a 1943.

Paz participó en la fundación de diversas revistas, como *Barandal* (1931-32), *Taller* (1938-41), *El Hijo Pródigo* (1943-46) y *Cuaderno del Valle de México* (1933-34), lo que revela que fue un activo gestor literario, obra editorial que lo consagraría con la fundación de la revista *Plural* en el periódico *El Excélsior* (1971-76) y *Vuelta* (1976-1998), que dirigiría hasta su muerte. Esta temprana pasión editorial de Paz, como fundador, colaborador y animador de revistas literarias, la compartió de modo paralelo a su vocación por las ideas, el ensayo, la traducción, la crítica y la política, articulada en base a un derroche de sensualidad y pensamiento, búsqueda del saber y ejercicio de estilo.

En 1990, en plena madurez creativa e intelectual, Paz recibe el Premio Nobel de Literatura, que vendría a reconocer su trayectoria de poeta y ensayista. La Academia Sueca otorgó esta distinción por lo siguiente: “Por su apasionada escritura de amplios horizontes, caracterizada por su inteligencia sensual y su integridad humanística” (13). En efecto, el énfasis en el perfil humanístico de Paz lo consagra como un hombre de letras y pensamiento, que evoca a un hombre del Renacimiento, por su afán de conocimiento y vocación apasionada por el saber enciclopédico. Así pues, esa inteligencia y sensualidad, integridad y humanismo, fueron cualidades encontradas en este intelectual y poeta mexicano, que llenó de satisfacción y orgullo a todos los que comparten con él la lengua y la cultura del continente hispanoamericano, esa lengua de Cervantes, de la que tanto Paz reivindicó su esencia hispánica.

En su Conferencia Nobel ante los reyes de Suecia, Paz hizo una defensa de la naturaleza como una forma de defender la humanidad, con lo que se situó en una actitud de preocupación ante el deterioro del medio ambiente. Con esta sentencia, el Nobel Paz planteó una idea que nunca

había expuesto en sus obras, acaso porque había llegado a una edad de plena madurez personal, y al umbral de la vejez. Esa nostalgia ecologista le brotó de sus entrañas, de su sensibilidad poética, como hombre de un siglo convulso, trágico y de grandes amenazas destructivas. “Solo si renace entre nosotros el sentimiento de hermandad con la naturaleza podremos defender la vida” (Ruy-Sánchez, 2013:141). En este discurso, sus palabras se tornaron nostálgicas y melancólicas, acaso inquieto por el destino humano y del mundo. De ahí que Paz dijera:

“Somos un eslabón de ‘la gran cadena del ser’, como llamaban los filósofos de la antigüedad al universo. Uno de los gestos más antiguos de los hombres, repetido diariamente desde el comienzo de los tiempos es alzar la cabeza y contemplar con asombro el cielo estrellado. Casi siempre esa contemplación termina con un sentimiento de fraternidad con el universo” (Ruy-Sánchez, 2013:141).

Ante las autoridades suecas que otorgan el Premio Nobel, Paz en su discurso lee más bien un manifiesto en defensa del presente, y preocupado por el futuro. De ahí que el escritor mexicano Ruy-Sánchez (2013) dice:

“Es significativo que, en su Conferencia Nobel, que es al mismo tiempo un manifiesto por el presente, Paz termine hablando de la fugacidad del instante y la fugacidad de las certezas. Esa sensación de fugacidad se extiende a la vez como una manera de mirar de frente a la muerte y mirar de frente la fragilidad del sentido de la vida” (p.143).

Desde finales de los años ochenta, y en especial, después de la concesión del Premio Nobel (1990), Paz se concentró en la edición de sus *Obras Completas*, en un proceso titánico de revisión, corrección y reescritura, que culminó con una primera edición en 14 volúmenes (primero en Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg de España, y luego en el FCE, de México), cuyos prólogos el propio Paz reuniría en un libro titulado *Por las sendas de la memoria*, en edición póstuma, en 2002. En el primer tomo se confiesa y sentencia:

“He escrito y escribo movido por impulsos contrarios: para penetrar en mí y para huir de mí, por amor a la vida y para vengarme de ella, por ansia de comunión y para ganarme unos centavos, para preservar el gesto de una persona amada y para conversar con un desconocido, por deseo de perfección y para desahogarme, para detener el instante y para echarlo a volar. En suma, para vivir y para sobrevivir. Por esto, porque estoy vivo todavía, escribo ahora estas líneas. ¿Sobreviviré? Ni lo sé ni me importa, el ansia de supervivencia es, tal vez, una locura, pero es una locura ingénita, común, inextinguible. Más allá de mi salvación o de mi pérdida ultraterrena, declaro que al escribir aposté por la más frágil y preciosa facultad humana: la memoria”. (Paz 17, 2011:11).

Como se ve, en estas palabras hay un desgarramiento, una despedida y una poética de su escritura, y de la memoria, como fuente de creación literaria. Su obra fue pues una constante reflexión y una búsqueda sobre la poesía misma y su poder en el mundo social, por lo que el título del primer volumen sería *La casa de la presencia: poesía e historia* (1999).

En medio de la edición de sus *Obras Completas*, a Paz le surgió la idea de escribir un libro que le venía quemando su conciencia. Se trata de *La llama doble: amor y erotismo* (1993), sobre la experiencia amorosa y la historia del amor en Occidente, que albergó durante muchos años como un proyecto de largo alcance. Lo escribió en pocos meses, como movido por un impulso interior, en una suerte de examen de conciencia del sentimiento erótico, explorando en obras y pensadores como Platón, Ibn Hazn -autor del clásico *El collar de la paloma*, de la tradición sufí-, Denis de Rougemont, Ortega y Gasset, Sthendal, entre otros.

En esta obra Paz, distingue la diferencia entre amor, erotismo y sexualidad, y ve entre el amor y el erotismo, la “llama doble” de la vida humana.

La titánica empresa intelectual de Octavio Paz llevada a cabo a lo largo de más de sesenta años, dejó una huella indeleble y profunda, de una variedad temática sorprendente, que marcó el devenir del siglo XX, tanto de México como del mundo. Su portentosa imaginación crítica la ejerció con autoridad y lucidez, tanto en el territorio de la crítica y la poesía como del ensayo. Dio

una cátedra de creación crítica y una lección de crítica creadora, con proverbial maestría, siempre impulsado por el aire del pensamiento. Enseñó a hacer crítica desde la poesía, pero también, historia, política, antropología y estética. La fertilidad de su lucidez expresiva deslumbra con hondura conceptual y gracia verbal, vale decir, dio, como él mismo decía: “nuestra pequeña ración de eternidad” (Ruy-Sánchez, 2013: 160).

Sus ensayos tienen una variedad temática y una riqueza expresiva proverbiales. Acaso después de José Ortega y Gasset, se podría decir, que Paz fue el más grande ensayista en lengua española. Maestro de un género que cultivó con espléndida diversidad, penetración, agudeza y novedad; ensayista que no cayó en la trampa de la sistematización pesada, pues exploró en los más diversos territorios de la imaginación, con una prosa fluida, sin caer en la tentación de ser categórico, tajante y monologante sino dialogante. De ahí que siempre expresara sus ideas en plural, en un nosotros, sin caer en los extremos del tratado o el aforismo, sino que mantuvo un equilibrio, como buen ensayista, consciente de la definición del género. No fue un tratadista abstruso, grave, denso y científico; tampoco un ensayista fragmentario o aforístico. Conviene citar su concepción y teoría del ensayo, a propósito de su texto sobre Ortega y Gasset:

“El ensayista tiene que ser diverso, penetrante, agudo, novedoso y dominar el arte difícil de los puntos suspensivos. No agota su tema, no compila ni sistematiza: explora. Si cede a la tentación de ser categórico, como tantas veces se le ocurrió a Ortega y Gasset, debe entonces introducir en lo que dice unas gotas de duda, una reserva. La prosa del ensayo fluye viva, nunca en línea recta, equidistante siempre de los dos extremos que sin cesar la acechan: el tratado y el aforismo. Dos formas de la congelación” (Paz 24, 1990: 98).

Leer a Octavio Paz, hoy, a más de un siglo de su nacimiento, es asistir a una fiesta del intelecto, disfrutar de una prosa limpia, como las aguas de un río de corrientes subterráneas, que refrescan el espíritu de toda materia pensante. El asombro que suscitan las miríadas de temas que tocó, en los que logró hallazgos sorprendentes, nos subyuga y seduce. Sus ideas iluminan. El

movimiento de su pensamiento deslumbra, y a la vez, provoca e incita. Regaló una prosa matizada por el ejercicio de la lucidez, en que combinó el rigor intelectual con el impulso estético.

La influencia que ejerció sobre él José Ortega y Gasset fue vital. No tanto en su estilo, pero sí en su potencia de pensamiento y en su lucidez y agudeza conceptuales. En este citado ensayo evocador sobre el filósofo español, de 1980, titulado *José Ortega y Gasset: el cómo y el para qué*, contenido en su libro *Hombres en su siglo*, Paz recordó un consejo que le dio, en una caminata hasta el hotel donde se hospedaba el autor de *La rebelión de las masas*, cuando el poeta asistió como delegado a un Encuentro Internacional que se celebró en Ginebra, en 1951, y donde Ortega y Gasset era uno de los conferenciantes. Dice Paz que el filósofo le dijo: “Aprenda el alemán y póngase a pensar. Olvide lo demás” (Paz 24, 1990: 109-110). Y afirma Paz, en ese sentido: “Prometí obedecerlo y lo acompañé hasta la puerta de su hotel. No aprendí el alemán. Tampoco olvidé lo demás”. Y sigue diciendo el poeta: “Desde entonces he tratado de ser fiel a esa primera lección. No estoy muy seguro de pensar ahora lo que él pensó en su tiempo; en cambio, sé que sin su pensamiento yo no podría, hoy, pensar” (Paz 24, 1990:109). Con estas palabras, Paz demuestra gratitud, generosidad y lealtad a su legado intelectual, en esta hermosa y conmovedora sentencia.

Christopher Domínguez Michael, uno de sus discípulos más aventajados, define a Octavio Paz así:

“La de Octavio Paz fue una personalidad imponente. Sus defectos de carácter, tan humanos, fueron proporcionales a las dimensiones de su genio. Por ello, a Octavio no se le perdonaban pecados como la envidia o la soberbia, ante los cuales somos tan indulgentes cuando se trata de nosotros mismos. Sus viejos amigos, quienes compartieron con él las epopeyas íntimas y las hazañas públicas, serían los indicados para hablar de las luces y las sombras del hombre que avasallaba con las virtudes del espíritu y las tempestades del ser” (Domínguez-Michael, 2014:172).

En tanto que el premio Nobel Mario Vargas Llosa, dijo sobre Paz, lo siguiente:

“Fue un prosista de lujo, uno de los más sugestivos, claros y luminosos que haya dado la lengua castellana, un escritor que modelaba el idioma con soberbia seguridad, haciéndole decir todo lo que le pasaba por la razón o por la fantasía –a veces, verdaderos delirios razonantes como los que chisporrotean en *Conjunciones y disyunciones*- con una riqueza de matices y sutilezas que convertían sus páginas en un formidable espectáculo de malabarismo poético” (Vargas Llosa, 2002:235).

Octavio Paz llegó a confesar que terminó escribiendo ensayos para no pasarse la vida escribiendo poesía. De sus reflexiones sobre la poesía y su lugar en la historia, y su concepción de la poesía como experiencia del lenguaje y el quehacer del trabajo poético, surgió el poeta-pensador, el autor de obras emblemáticas y señeras sobre la poesía como género literario. Paz vio así a la poesía como un acto de exorcismo, que le permitió habitar el mundo sensible, como una manera de vivir el presente, de hacer presente el tiempo, de eternizarlo, es decir: la poesía como una transfiguración del tiempo real, encarnada en una presencia temporal de la palabra. Así pues, en síntesis, percibió a la poesía como una exorcización de la memoria para volverse presencia presente.

En Octavio Paz primero aparece el concepto de soledad en su obra temprana; luego, en su madurez intelectual surge el problema del tiempo, que se manifiesta en su obra poética, y después se hace más obsesivo en toda su evolución poética -desde *Libertad bajo palabra*, en forma esporádica, hasta de modo central en *El mono gramático*, y cerrarse de manera concreta en su último poemario *Árbol adentro*.

Además de la poesía, con el tema del tiempo, Paz reflexionará y elaborará una teoría del tiempo histórico, en su obra ensayística, en especial, en su obra política e histórica. En tanto que el tema de la soledad aparece desde *El laberinto de la soledad* y se prolongará tardíamente en *Posdata*. Como se observa, en síntesis, tanto el tiempo como la soledad -que son dos vertientes esenciales en toda metafísica, tanto occidental como oriental-, aparecerán de manera espontánea,

pero constante, en su pensamiento filosófico. En consecuencia, la soledad en Paz atraviesa, pues, disciplinas como el psicoanálisis, la antropología y la psicología, y el tiempo, lo hará en campos como la filosofía (metafísica), la física y la historia. Es decir, el tiempo se expresará en su obra como tiempo poético e histórico: en la concepción del poema, la historia y el mito.

Notas

1. Título del apéndice de su libro *El arco y la lira* (1957), que luego apareció como libro independiente, en edición de Carlos Fuentes, Alianza Editorial, Año, 1971.
2. Técnica creada por los poetas surrealistas y definida por André Breton, en su *Manifiesto surrealista*, de 1922.
3. Ver Charles Baudelaire, *Curiosidades estéticas*, Espasa-Calpe, 1970.
4. Frase que le da título al libro de Hugo Verani, FCE, México, 2013.
5. Citado por Hugo Verani en su libro *Octavio Paz: el poema como caminata*, FCE, México
6. *Flaneur*, significa caminante o paseante, en la acepción francesa del vocablo, y que se hizo célebre con Baudelaire en sus *Pequeños poemas en prosa* sobre la ciudad de Paris, y que Walter Benjamín usara para desarrollar su idea de modernidad. Esta expresión también evoca el estilo de vida parisino de los poetas simbolistas, tradición a la que también pertenecen Rimbaud y Verlaine y los llamados “poetas malditos”, de mediados del siglo XIX.
7. *Vuelta* fue el título que utilizó Octavio Paz para su revista fundada y animada por él mismo y un grupo de sus amigos intelectuales mexicanos, en 1971, en el diario *Excelsior*, junto a Juan García Ponce, José de la Colina, Tomás Segovia, Alejandro Rossi, Gabriel Zaid... También esta palabra la empleó como título de su poemario del mismo nombre, de 1976.
8. Expresión poética de un movimiento surgido en Brasil, encabezado por Decio Pignatari y los hermanos Haroldo y Antonio del Campo en los años 60.

9. E.H. Gombrich fue un célebre historiador del arte inglés, el autor de la idea de la historia del arte como historia de los estilos, que le da título a su obra.
10. Idea desarrollada en su libro *Los hijos del limo*, del año 1986.
11. Verso de su poema *Viento entero*, escrito cuando era embajador de México en la India, y que funciona como *leitmotiv*, bajo la técnica del simultaneísmo.
12. Laudo del jurado que le otorgó el premio Nobel de Literatura de la Academia Sueca.

Capítulo 2: El tiempo en Octavio Paz

2.1. *Piedra de sol* en su obra poética

“La poesía de Paz está enamorada del tiempo”

Juan Malpartida

La poesía niega la historia: se revela en conciencia del tiempo; es, más bien, experiencia temporal del lenguaje y batalla contra el tiempo. Deviene en disipación de la gravedad; es pues representación espiritual de la percepción del ser. Se escribe contra las ideologías y contra la historia. No contra la filosofía, su hija bastarda, con quien libró una querrela histórica, que deparó en relación de atracción y repulsión. El poeta busca un estado de gracia, un estado psíquico que no siempre encuentra, y que es su propia voz interior, esa otra voz que nace de la orilla de la temporalidad y del vacío.

Uno de los temas que más espacio de reflexión ocupó en el mundo intelectual y filosófico de Octavio Paz fue el tiempo. Y de ahí que expresó, tanto en su obra poética como en algunos de sus ensayos, su concepción circular, no lineal, del tiempo. Así pues, el tiempo como categoría filosófica, aparece en su “poética del instante” (1), y en no pocos de sus poemas, por lo que conforma una especie de motor técnico e imaginario que dinamizó su sensibilidad escrita, y constituyó su centro de gravedad estética.

La poética surrealista habría de signar, desde luego, su imaginación y constituir la piedra de toque de la técnica del simultaneísmo, procedimiento en que Paz presenta a la vez dos imágenes

paralelas, que ponen en crisis el tiempo del poema, como se observa en estos versos, de su libro

La estación violenta:

“Este instante soy yo. Salí de pronto de mí mismo,
No tengo nombre ni rostro,
Yo está aquí, echado a mis pies, mirándome
Mirándose mirarme mirado” (Paz 14, 1990:323).

Este recurso poético, inventado por los poetas franceses, en especial por Guillaume Apollinaire y Blais Cendrars y los surrealistas -luego asimilado por Pound y Eliot-, fue aprovechado con gran rentabilidad estética y técnica por Paz, en gran parte de sus poemas, constituye una exploración en la temporalidad y la espacialidad poéticas. Obsérvese este célebre y fascinante poema titulado *Aquí, de Días Hábiles (1958-61:*

Mis pasos en esta calle
Resuenan
En otra calle
Donde
Oigo mis pasos
Pasar en esta calle
Donde
Solo es real la niebla. (Paz 25, 1997:269).

Otro procedimiento poético usado por Paz fue el del doble, tan caro a Fernando Pessoa, Valery Larbaud y Antonio Machado, y que también fue peculiar a la estética de los surrealistas. La exploración en la dualidad de la conciencia humana y su expresión en el otro yo poético constituye un recurso de gran rentabilidad expresiva. Tal y como apunta Rachel Phillips en su libro *Las estaciones poéticas de Octavio Paz:* “La concepción paciana del doble es esencial para su visión poética, y sus escritos en prosa repiten este hecho una y otra vez” (Phillips, 1976:117). Phillips divide las estaciones poéticas del mundo de Octavio Paz en varios modos: modo mítico,

modo surrealista, modo semiótico y modo en armonía. De esa técnica se deriva en Paz el tema de la otredad, que tiene sus antecedentes reflexivos en *El laberinto de la soledad*, en donde el yo poético transfigura al yo biográfico. Dice el Nobel mexicano: “La poesía no dice: yo soy tú; dice: mi yo eres tú. La imagen poética es la otredad” (Paz 6, 1998:261).

La figura del doble en él participa como correlato de sus angustias y ansiedades existenciales. Su obra es, en efecto, un permanente diálogo con el otro, una conversación con su yo interior. Su doble poético encarna la experiencia testimonial de sus dudas vitales, que actúa a la vez como un espejo en la búsqueda de su sentido ontológico, tras su *alter ego*. La pugna entre el yo interior y el yo exterior le confiere, a su empresa poética, una dialéctica laberíntica que trasfigura su personalidad, en su batalla contra el tiempo real, entre la sombra y la luz, la ausencia y la presencia, la máscara y la identidad. La obsesión con el uso del doble como motivo de creación lo condujo a la búsqueda trascendente de verdades ontológicas y espirituales, y a reconciliarse con el tiempo material, como cuando dice:

“Vuelvo el rostro: no soy sino la estela
de mí mismo, la ausencia que desierto,
el eco del silencio de mi grito” (Paz, 1990:132).

O cuando juega con la introspección y la trascendencia, con la mismidad y la otredad, rasgos tan reiterativos en su estrategia poética y en la creación de su mundo verbal:

“De una máscara a otra
Hay siempre un yo penúltimo que pide.
Y me hundo en mí mismo y no me toco” (Paz, 1990:122).

Con *Árbol adentro*, de 1987 -acaso el último libro unitario de poesía de Paz-, vuelve a tocar el tema del tiempo y del cuerpo, en claves líricas, en versos frescos y de honda sabiduría, y que representa un texto de madurez creativa y gravedad poética. El amor y la muerte; afirmaciones,

interrogaciones, meditaciones, soliloquios y conversaciones, monólogos y sentencias poéticas, en este libro antológico y de circunstancia, Paz vuelve a reflexionar además sobre la poesía al decir:

“La poesía
Siembra ojos en la página,
Siembra palabras en los ojos.

Los ojos hablan,
Las palabras miran,
Las miradas piensan.
Oír
Los pensamientos,
Ver
Lo que decimos,
Tocar
El cuerpo de la idea.
Los ojos
Se cierran,
Las palabras se abren” (Paz 1, 1987:12-13).

El crítico uruguayo Hugo Verani -editor del libro de entrevistas a Paz, titulado *Pasión crítica*, y autor de la célebre *Bibliografía* sobre Octavio Paz-, observa algunos rasgos característicos en la poesía de Paz, tales como: “fragmentarismo, simultaneísmo, autorreferencialidad, pluralidad de tiempos y espacios, supresión de nexos sintácticos, lenguaje urbano, versificación irregular rítmica” (Verani, 2013:20).

2.2. Concepción del presente

Su concepción del presente como un estado perpetuo del tiempo lo transfirió a la poesía, pero también, la inclusión del espacio y del fluir verbal del ritmo poético. Su experimento con el tiempo y el espacio poéticos le confieren al poema una combinación de recursos vanguardistas,

desde el punto de vista técnico, como también se observa en su libro *El mono gramático*, un extenso poema en prosa, en el que convergen el ensayo filosófico, el relato surrealista, la poesía, el pensamiento y el ritmo vertiginoso de la prosa en movimiento: prosa poética dinámica y cíclica, en la que la corriente del pensamiento se funde con el torrente verbal, y donde la sintaxis se revela en círculos laberínticos. En este texto experimental, Paz pone en crisis el tiempo poético, mediante el fluir del pensamiento, que hace estallar el sentido de la frase, en una revolución de la puntuación. Tránsito y fijeza, movimiento y duración, esta obra de aliento poético, se lee como una poética de la escritura surrealista, con la que Paz funda un mundo de signos y símbolos que representan el ritmo del cuerpo y su erotismo. Filosofía del lenguaje poético, el texto *El mono gramático* se presenta como una apuesta discursiva, que es a su vez una estética de la palabra: fluctúa entre metáforas y analogías, el silencio y la realidad verbal. La búsqueda del sentido poético opera aquí como tensión dialéctica entre la fijeza y el movimiento. De ahí la frase tautológica, que funciona como *leitmotiv*, en la *que* postula una serie de paradojas: “La fijeza es siempre momentánea” (1). Así pues, el movimiento del ritmo verbal le confiere un contrasentido al sentido sintáctico. Fijeza y cambio, movimiento e inmovilidad, azar onírico y cálculo intuitivo, el mundo de sentidos metafóricos que crea Paz con esta escritura, heredera de la técnica del “automatismo psíquico” bretoniano, pero vigilada por la razón estética, nos sumerge en una experiencia sensual de la palabra poética que nos sorprende y seduce, atrapa y angustia. Bajo el influjo del “monólogo interior” y el “fluir de la conciencia” joyceanos (2), este libro es, a un tiempo, celebración de la imaginación y fiesta de la contemplación, pasión de la prosodia y desafío a la sintaxis. La escritura funciona aquí como camino, tránsito de la reflexión y la mirada, en la que la tensión de la identidad estalla entre el yo y el otro, el ser y el no-ser, en un juego de identidades, entre la persona y el mundo, la palabra y los objetos.

En ese sentido, dice Paz en *El mono gramático*:

“Pues bien, el camino de la escritura poética se resuelve en la abolición de la escritura: al final nos enfrenta a una realidad indecible. La realidad que revela la poesía y que aparece detrás del lenguaje –esa realidad visible solo por la anulación del lenguaje en que consiste la operación poética –es literalmente insoportable y enloquecedora. Al mismo tiempo, sin la visión de esa realidad ni el hombre es hombre ni el lenguaje es lenguaje. La poesía nos alimenta y nos aniquila, nos da la palabra y nos condena al silencio” (Paz 9, 1996:113).

Con esta obra, *Sombras de obras* intenta disipar el sentido real del funcionamiento de la escritura poética, en un decir contra el silencio y el tiempo. El estilo de esta prosa constituye una tentativa estética que persigue disolver la escritura misma en el acto de la lectura. En tal sentido, Hugo Verani afirma que: “La escritura de Paz suele ser autorreflexiva: la poesía habla de sí misma, el yo revela su diáfana sensibilidad” (Verani, 2013:156). En Paz confluye una poesía himnica, como en *Piedra de sol*, pero en oposición expresiva, también la poesía serena, limpia, espontánea, siempre iluminada por el amor como contrapunto o centro de gravedad, que actúa como una de sus obsesiones creativas que atraviesa el eje de su mundo verbal, como dice en un verso en *Piedra de sol*: “Amar es combatir” (Paz 14, 1990:346). O cuando dice:

“Tal vez amar es aprender
A caminar por este mundo.
Aprender a quedarnos quietos
Como el tilo y la encina de la fábula.
Aprender a mirar.
Tu mirada es sembradora.
Planto un árbol.
Yo hablo
Porque tu meces los follajes” (Paz 1, 1987:173-174).

En la obra poética de Paz siempre opera, como centro de tensión estética, la visión de la poesía como religión, en la que lo sagrado y lo poético se consustancializan, como dijera él mismo: “la tentación religiosa y la tentación política, la magia y la revolución. Frente al cristianismo la poesía moderna se presenta como *otra religión*” (Paz 22, 1986:33). Al mismo tiempo, esa poética, fundamentada en el tiempo verbal, se alimenta de la memoria, en la que predomina el imperio del presente. Así pues, el presente se constituye en presencia, en el centro que impulsa la poesía como técnica de exploración del mundo por el territorio de la memoria y la contemplación, que subvierte el tiempo del discurso poético en su decir, y al decirse, canta y se desdice, como en una espiral sonora de ritmos y palabras en movimiento, como cuando dice al final de su poema *Pasado en claro*:

“Estoy donde estuve:
Voy detrás del murmullo,
pasos dentro de mí, oídos con los ojos,
el murmullo es mental, yo soy mis pasos,
oigo las voces que yo pienso,
las voces que me piensan al pensarlas.
Soy las sombras que arrojan mis palabras” (Paz 15, 1990:43-44).

La poética de Paz se lee como una erótica. En ella ha estado siempre presente -o en su esencia- un latir erótico que le da vida, movimiento y temperatura emocional. Siempre están, además, la amistad, la memoria alimentada de contemplación y el amor, en su estado erótico, desde su primer poemario *Raíz del hombre* hasta *Árbol adentro*, que, junto a *Vuelta*, son los dos últimos libros de poesía con los que Paz cierra su ciclo vital como poeta.

En su estadía diplomática en la India, Paz escribió su poemario *Ladera este* (1962-68), en el que incluye la sección *Hacia el comienzo*, donde está su poema *Viento entero*, cuyo *leitmotiv* dice “El presente es perpetuo” (2). Este verso funciona como técnica que le da sentido temporal al ritmo poético: revela la inserción de la temporalidad, igual como acontece en *El Mono gramático*, en el

que la frase “La fijeza es siempre momentánea”, es otro *leitmotiv*, que participa como recurso de tensión estratégica, y que postula el fluir temporal, en el que la sucesividad cede su espacio a la simultaneidad, procedimiento surrealista tan caro a los poetas cubistas. Si bien Paz tuvo gran influencia del surrealismo, por su amistad con Breton en Francia y de otros surrealistas, el poeta mexicano no practicó de manera sostenida la escritura automática, con la excepción, en gran parte de su libro de poemas en prosa *¿Águila o sol?* Paz asumió, eso sí, el espíritu surrealista, mas no su técnica ni su escuela, sino su estado estético. En los poemas de largo aliento como *Piedra de sol*, *Blanco* y *Pasado en claro*, Paz refleja una conciencia del tiempo poético, que participa de una tensión entre fijeza y movimiento: la fijación del instante o el movimiento perpetuo de los signos poéticos.

Así pues, la poética del instante de los poemas breves entra en vínculos de tensión con la poética de la circularidad de los poemas extensos. La lectura instantánea de los haikus, por ejemplo, postula una oposición con la lectura elíptica de los poemas extensos. “La esencia de lo poético, en ambos casos, consiste en inmovilizar una fracción de lo vivido ante la propia percepción”, dice Pere Gimferrer, en su libro *Lecturas de Octavio Paz* -VIII Premio Anagrama de Ensayo (33). Los poemas extensos suponen un itinerario que representan una lectura circular, en oposición a los poemas breves, que demandan una lectura instantánea.

“En último término –apunta Gimferrer- cualquier poema se encamina a suscitar este instante de revelación, que solo existe porque existe el poema; la lectura de cualquier poema es un itinerario hacia el instante de la fijeza, en la que la conciencia se ve a sí misma al ver el instante” (Gimferrer, 1980:34).

Desde la plenitud del instante hasta la consagración del movimiento, la fijeza es relativa y la duración, absoluta, con respecto al tiempo del poema. El movimiento del tiempo verbal persigue abolir el espacio de su representación textual. Así pues, la revelación poética transcurre en un

instante eterno que fluye en la temporalidad de la presencia. El instante poético alcanza, entonces, su plenitud en la contemplación de lo absoluto y en la fijeza de lo relativo. La poética de la circularidad se convierte, así, en una búsqueda de totalidad, como se expresa en el poema cíclico de largo aliento por excelencia, *Piedra de sol*, cuyos cuatro versos iniciales -como ya se sabe- se repiten al final, y que no concluye, pues el poema no se cierra con un punto final, sino que se abre en dos puntos. En efecto, *Piedra de sol* encarna la representación de un viaje, el peregrinaje de una voz poética que canta y narra; es, asimismo, una epifanía poética que invoca y convoca la fundación de un mundo erótico de palabras, una búsqueda que persigue el encuentro amoroso, en un periplo de memoria e historia, mito y deseo.

2.3. Presente, historia y progreso

En Octavio Paz la búsqueda de la historia siempre fue una forma de buscar el presente. Esa constante búsqueda suya del presente se define en una comprensión de la modernidad. Así, su crítica a la modernidad fue una crítica a la idea del progreso temporal capitalista y también a la utopía socialista: crítica al pasado y al futuro, desde un presente en perpetuo movimiento. Para Paz el presente es una búsqueda contante. De ahí que vea en el futuro un ocaso y un fracaso. Esa concepción del tiempo histórico representa una visión pesimista, o más bien, nihilista, que acaso tenga una deuda con Nietzsche. “Y ante el fracaso de las filosofías del futuro, Paz propone y anuncia la posibilidad de desarrollar una filosofía del presente” (Ruy-Sánchez, 2013:142). “Si pensar el hoy significa, ante todo, recobrar la mirada crítica”, (Ruy-Sánchez, 2013:142) como dice Paz, entonces habría que colegir que el pensamiento funciona como mecanismo que reivindica la crítica de la realidad y de la historia.

Para Paz, el presente es una presencia constante, en tanto que el pasado y el futuro representan la ausencia. El presente representa, en efecto, la idea de la presencia del instante y de su fugacidad. Esa idea de la simultaneidad temporal, que acompañó su poesía y sus ensayos, representa conflictos temporales de relaciones, donde el concepto modernidad-antigüedad simboliza los opuestos binarios: lo dentro-afuera, el aquí-allá, el hoy-mañana y el instante-eternidad –o lo que los latinos llamaban el “*hice et nunc*”: el aquí-ahora.

La tesis del tiempo poético e histórico de Octavio Paz se fundamenta en una crítica a la modernidad, es decir, a la idea cristiana de la eternidad, que se basa a su vez en el tiempo lineal, no cíclico -como el tiempo arquetípico del budismo zen y demás filosofías orientales. Para el mundo cristiano, vida, muerte y resurrección representan el círculo temporal a que se reduce el mundo. La visión cristiana del génesis y el apocalipsis, del nacimiento y el Juicio Final, de que el mundo, como empezó, también un día tendrá su fin, su teleología, en la vida eterna; esta idea representa el curso lineal del tiempo histórico, contrario al tiempo mítico, que es circular y, al mismo tiempo, budista, que también es circular y cuya representación es el *karma* de la vida, y donde no hay un fin de la vida sino un estado eterno llamado *satori*. Para esta filosofía no hay pecado ni purgatorio, ni pena, sino una búsqueda de placer que reside en un estado de la contemplación, donde se consagra la vida terrenal. Así pues, la idea de la vida eterna es el instante, no la eternidad, y de ahí que no haya una teleología sino un fin en sí mismo; una representación no de un éxtasis místico, que conduce a la liberación del alma eterna, sino, antes bien, una liberación del cuerpo, en su “consagración del instante” (3). Para esta corriente filosófica no hay vida eterna sino vida instantánea.

Estas reflexiones acaso constituyen el centro de gravedad en que reside la esencia de la oposición binaria entre tradición y ruptura, lo que queda y permanece y lo que se fuga, es decir,

entre la revolución, que encarna la ruptura y el orden, representa la tradición en el mundo del arte y las letras, la poesía y el pensamiento estético. El tiempo mítico, que es circular, contra el tiempo místico-religioso, que es lineal, entre el mito y la historia, la poesía y la religión, lo sagrado y lo profano, transcurre la imagen artística y el movimiento que motoriza la acción de la vida, de la naturaleza y del cosmos.

La concepción paciana del tiempo sucesivo encarna en la idea de ruptura como fuerza motriz que permite la transformación del arte, no del progreso -pues en el arte no hay progreso sino metamorfosis, cambios y evoluciones. Progreso existe en la ciencia, no así en las esferas de la creación artística. El progreso solo existe en las técnicas artísticas, no en la esencia y el resultado de la obra de arte. La escritura poética es pues negación contra la tradición, en su búsqueda de trascendencia como estilo artístico. Los dibujos rupestres de las cuevas de Altamira y Lascaux no son inferiores a la pintura mural del Palacio de Bellas Artes de los muralistas mexicanos, como tampoco Picasso es superior a Leonardo porque uno es un artista del siglo XX y el otro del Renacimiento.

En Octavio Paz, el tiempo permea su concepción del poema, como hecho histórico del lenguaje. Es la materia de la que está hecho el poema. En ese sentido, dice Carlos Fuentes:

“La obra literaria de Paz es una constante encarnación del tiempo, pero no del tiempo que marcan los relojes antes de que disparen contra ellos, sino de ese triple tiempo humano que, al *’arreter le jour’*, se instala en el presente sólo para recordar el origen del ser e imaginarlo en la meta” (Fuentes, 1970:152).

Así pues, la poesía de Paz deviene visión temporal del mundo, a través de su denominada poética del instante, que funciona como eje de mediación -o motor- en que pendula su búsqueda de eternidad por la imagen poética y la “consagración del instante” de la escritura. Memoria y presente pugnan en el poema para perpetuarse como encarnaciones del tiempo poético: diacronía

y sincronía delimitan el poema. Tránsito y fijeza se expresan en el espacio y tiempo del poema en la página escrita. En el espacio textual el poema se hace tiempo, y en el tiempo, el poema. Así pues, el tiempo es el centro de la poética del instante de Paz, como lo dice en *El mono gramático*: “Todo es centro”. O más bien: “Todo está en todo” (Paz 9, 1996:133).

En la página, el poema conforma un campo magnético de signos en el espacio, que rotan, circulan y se expanden rítmicamente, similares a la propia poética paciana de los “signos en rotación (4).”

2.4. *Piedra de sol* y el tiempo

En el largo poema *Piedra de sol*, Octavio Paz deja entrever su concepción del tiempo poético, en su composición rítmica y formal, entre la historia y el tiempo circular. Hay un “tiempo sin tiempo”, un “presente perpetuo”, donde las figuras geométricas del círculo y la espiral norman el ritmo temporal de los versos. En este autor hay, tanto en sus ensayos como en su poesía, una crítica a la noción occidental del tiempo lineal y progresivo, desde una concepción del tiempo cíclico, circular. En ese sentido, la profesora suiza Maya Scharer-Nussberger, en su libro *Octavio Paz: trayectorias y visiones*, señala:

“Y lo que se impone con él no es una suspensión del tiempo sino la fatalidad de un tiempo condenado a repetirse infinitamente, la pesadilla del “círculo vicioso”. Así, como lo irá recordando Paz en *Los hijos del limo*, el tiempo circular “agrava aún más los males inherentes al tiempo rectilíneo” (Scharer-Nussberger, 1989:142).

Las coordenadas espaciotemporales del poema y del arte en el poeta mexicano señalan un camino que se entrecruza con el tiempo circular y el tiempo rectilíneo: Oriente y Occidente, cristianismo y tantrismo. Entre quietud y movimiento de la imagen poética hay un espacio de

inmediación -o intersección- que encarna en la plenitud del instante y el vacío de la trascendencia.

Como nos dice de nuevo Scharer-Nussberger:

“Una vez más, topamos con una crítica del tiempo circular. Así, no se trata de dejarse fascinar por los espejismos del Eterno Retorno, sino de alcanzar otra dimensión temporal de buscar –lo mismo que en *Piedra de sol*– una “fecha viva”, definida aquí como un “punto de intersección” entre el movimiento y su negación, como el “instante-lugar” de una ruptura que revela ser simultáneamente también un recogimiento, y que Paz llama ahora: una “Quietud en el centro del movimiento” (Scherer-Nussberger, 1989:146).

En Paz, el poema adquiere una forma cíclica, como en *Piedra de sol*, y sus 584 versos que equivalen al ciclo del planeta Venus, cuya revolución cósmica permite la circularidad en su estructura versicular -y cuyo principio es también el fin, es decir: el poema termina como empieza, y deja un final abierto. Es pues un largo poema erótico, en el que la mujer es su centro o *leitmotiv*, y su forma, la representación del calendario azteca, por lo que el poema deviene en homenaje y profanación mítica de la tradición prehispánica, en el que los dioses pugnan por su hegemonía, en un duelo por conquistar el espacio cósmico. De ahí que el texto depara en cosmogonía primitiva del tiempo mítico. El poema postula un sistema de correspondencias, una analogía entre la historia y el mito, el cuerpo femenino y la naturaleza. Aquí, Paz apela a la mitología, la historia y la religión, a sus símbolos, mitos y costumbres para articular un discurso poético que tiene a la mujer como eje central y motivo. De ahí que Rachel Phillips afirme: “El principio femenino como creador y renovador de la vida aparece y reaparece en toda su poesía, y parece ofrecerle la llave para penetrar en los secretos de la fuente de la energía que mueve el cosmos y la propia mente humana” (Phillips, 1976:58).

La concepción de la temporalidad en Paz oscila entre un tiempo profano (del mito) y un tiempo sagrado (de la religión), pero ambos representan espacios de escape de la conciencia “exactamente de la misma manera que todas las mitologías hacen volver al hombre a un tiempo y

espacio ideales que reencarnan el “Gran Tiempo, el tiempo sagrado de los comienzos” (Phillips, 1976:86).

La poética de Paz es un constante desafío al tiempo, desde una perspectiva incluso onírica, como se observa en estos versos interrogativos:

“Y somos esa imagen que soñamos,
Sueños al tiempo hurtados,
¿Sueños del tiempo por burlar al tiempo?” (Paz 14, 1990:123).

En ese sentido, Raquel Phillips apunta: “La esencia de la desesperación del poeta es el tiempo, que amenaza a toda existencia, que hace regresar la vida a la no-vida en un proceso inexorable y silencioso” (Phillips, 1976:119). Así pues, el tiempo como imagen vital, encarna la idea del doble, tan presente en Paz, Unamuno, Pessoa y Machado, y en la tradición poética surrealista. Esa presencia de la temporalidad del ser poético se expresa en angustia y desesperación, en cárcel del ser, que destruye y crea, y que recrea la imagen de la muerte. De suerte que no es la muerte la que destruye sino el tiempo, y esa conciencia del tiempo solo es una condición únicamente humana, pues los animales no tienen conciencia del tiempo, y por eso no se angustian. Así, Phillips reitera sobre la poesía de Paz, el siguiente juicio:

“En estos poemas el doble da testimonio al poeta de la angustia y la desesperación de la existencia. La duda epistemológica y un sentido del tiempo conducen al poeta al laberinto del que no encuentra escape y en el que su único compañero es un *alter ego* condenado al mismo, sino que él” (Phillips, 1976:119-120).

La conciencia de la temporalidad está permeada siempre por el mito, la filosofía o la religión. A través del mito, el hombre ordena su percepción del tiempo, se sabe un ser temporal en el mundo, y por tanto finito; en cuanto que la filosofía le permite asumir una idea de la temporalidad, la religión le provee una creencia mística de que es un ser mortal. En efecto, el poeta apela a la

dimensión temporal del arte para poner en crisis el instante de la creación estética. Así pues, Octavio Paz dice poéticamente:

“En la cima del instante
Me dije: Ya soy eterno
En la plenitud del tiempo.
Y el instante se caía
En otro, abismo sin tiempo” (Paz, en Phillips, 1976:132).

Esta obsesión paciana por el tiempo también se observa cuando dice:

“pero es verdad que el tiempo no se mide
Hay instantes que estallan y son astros...” (Paz, en Phillips, 1976:133).

El sentimiento y la percepción filosófica del tiempo en Paz están presentes, desde una visión existencialista y surrealista, y de ahí que sentencie en estos versos:

“Pasó el tiempo de esperar la llegada del tiempo, el
Tiempo de ayer, hoy y mañana,
Ayer es hoy, mañana es hoy, hoy todo es hoy, salió
De pronto de sí mismo y me mira...” (Paz, en Phillips, 1976:134).

2.5. Tiempo, mediodía y presencia

Como se ve, Paz reduce el tiempo al hoy, al instante presente, a la presencia, pero sin abstraerse del espacio, donde mora el tiempo. Es decir, que el tiempo es el centro de su pensamiento y de sus creaciones, de sus reflexiones estéticas, su imaginación e intuiciones. El tiempo, en efecto, norma sus percepciones e iluminaciones estéticas, y actúa en un aquí-ahora, que es el instante de donde parte la trascendencia de su ser poético e intelectual -ese *hice et nunc*, como decían los latinos, y que define el tiempo y el espacio, la coordenada espaciotemporal de la realidad y del mundo. En su pensamiento estético y filosófico todo es cambio y movimiento, y su concepción de la vida normada por las leyes del tiempo y el espacio, que encarna la imagen del río

en su mundo poético. La obsesión de Paz por el tiempo tiene un cariz surrealista, deudor también de la filosofía de Heidegger. Así pues, el tiempo gobierna su poesía, se convierte en un imperio de signos y símbolos, que nimba su imaginario y sus impulsos creativos. En el Nobel mexicano, el mediodía representa un momento mágico de creación, y de ahí que gran parte de su obra poética está matizada por el sol, la luz y el mediodía, como *Piedra de sol*.

“El mediodía es para Paz el momento mágico en que el tiempo parece suspendido o en que esta suspensión aparece de la manera más tentadora. El mediodía se convierte en el correlato objetivo de la expectación del poeta, la proyección en el ciclo natural de su percepción espiritual acrecentada” (Phillips, 1976:143).

La visión poética del mediodía en este poeta mexicano actúa como correlato de la noche, donde habitan las ensoñaciones y el insomnio, el mundo onírico que es materia de creación e instrumento vital para los surrealistas. Esa figura del mediodía representa un presente perpetuo, un instante intemporal de creación atravesado por la luz del día. De ahí que Paz sea un poeta de cielo abierto, y en ocasiones, de duermevela, que escribe en estado de vigilia, y capta las pulsaciones instantáneas de la realidad, en sus cavilaciones y visiones imaginarias. Hay un poema suyo que retrata lo antes dicho, como este:

“Es el secreto mediodía.
El alma canta, cara al cielo,
Y sueña en otro canto,
Sólo vibrante luz,
Plenitud silenciosa de lo vivo” (Paz, en Phillips 147).

El mediodía es un estado temporal de plenitud y de creación, en el que el poeta capta y percibe la atmósfera del tránsito del día sobre el hombre. La imagen del mediodía simboliza una percepción visual vital para la creación poética, como la mitad del día que alimenta toda tentativa de escritura lírica. La luz del mediodía atraviesa su sensibilidad, y nos ofrece motivos que revelan

sus creencias metafísicas sobre la vida. En síntesis, el mediodía es un motivo que representa la imagen de la transparencia y que participa además como uno de los temas de su poesía diurna, tal como aparece en sus poemarios *Salamandra* y *Ladera este*. En efecto, la luz traslúcida conlleva una experiencia poética que también puede estar asociada al silencio y a la transparencia del tiempo.

En consecuencia, la presencia del tiempo es crucial en la poética paciana, y de ahí que Rachel Phillips afirme:

“El tiempo entonces se convierte en el objeto de su interrogación, y mientras contempla la belleza de la realidad exterior que parece exceder la dimensión de la temporalidad, le parece que el tiempo y la belleza son una misma cosa, de modo que el hombre podría medir su vida por la belleza en lugar de medirla por el tiempo. Lo que su visión le dice es que sólo la sombra del tiempo pasa, que el tiempo mismo está suspendido en las presencias” (Phillips, 1976:166-67).

Y sigue diciendo: “Dentro del fluir del tiempo hay otro tiempo esencial que el hombre sólo puede intuir pero que, por ser eterno, da realidad a la vida del espíritu” (Phillips, 1976:167). En tal virtud, Phillips cita un texto del libro *Salamandra* donde Paz dice:

“Dentro del tiempo hay otro tiempo
Quieto
Sin horas ni peso ni sombra
Sin pasado o futuro” (Paz, en Phillips, 1976: 167).

La presencia del tiempo en Octavio Paz aparece en su poesía temprana. Desde *Bajo tu clara sombra*, de 1935, hay versos como:

“Tu salto es un segundo congelado
que ni apresura el tiempo ni lo mata:
Preso en su movimiento ensimismado” (Paz 14, 1990: 77).

La poética del instante que cultivó Paz y que desarrolló durante toda su trayectoria, siempre hay un telón de fondo que gira en torno a la imagen del día y más aún, del mediodía.

En su libro *Raíz del hombre* (1936), dice:

“Y se agolpan los tiempos
Y vuelven al origen de los días,
...
Porque la vida gira en ese instante,
Y el tiempo es una muerte de los tiempos
Y se olvidan los nombres y las formas” (Paz 14, 1990:88).

Así, en su poema *Día*, canta, y se pregunta:

“De qué cielo caído,
oh insólito,
inmóvil solitario en la ola del tiempo?
Eres la duración,
el tiempo que madura
en un instante enorme, diáfano:
flecha en el aire,
blanco embelesado
y espacio sin memoria ya de flecha.
Día hecho de tiempo y de vacío... (Paz 14, 1990:93).

La imagen del tiempo como vacío y duración es tematizada por Paz en la articulación de su estrategia poética. El tiempo es, así, personificación del movimiento, en diálogo imaginario y ficticio con otro yo lírico:

“El tiempo en ti se colma y desemboca
y todo cobra ser, hasta la ausencia!” (Paz 14, 1990:101).

En su poema *Apuntes del insomnio*, hay un breve poema, que enfatiza su concepto del instante. Veamos:

“En la cima del instante
me dije: “Ya soy eterno
en la plenitud del tiempo.”
Y el instante se caía
en otro, abismo sin tiempo” (Paz 14, 1990:111).

En su libro *Calamidades y milagros*, de 1937, en su poema *Pregunta*, Paz, vuelve a dialogar con el tiempo imaginario, pero desde la perspectiva del sueño:

“Y somos esa imagen que soñamos,
sueños al tiempo hurtados,
sueños del tiempo por burlar al tiempo?” (Paz 14, 1990:123).

Y vuelve a sentenciar su duelo con el tiempo:

“... y arrojé lo que el tiempo
deposita en mi alma” (Paz 14, 1990:123).

Esas sentencias metafóricas sobre -y contra- el tiempo adoptan corporización en Paz. Así, en algunos versos dice: “y tiempo que se come las entrañas”, y que aparece en el poema dedicado a Juan José Arreola, titulado *Mar por la tarde* (Paz 14, 1990:126); o en el poema *La caída*, dedicado a Jorge Cuesta, cuando dice: “abre el tiempo la entraña de lo vivo”, y también al decir en el mismo texto: “Mana el tiempo su ejército impasible” (Paz 14, 1990:127). En su poema *Cuarto de hotel*, acaso uno de los más elocuentes de su obra poética temprana, Paz se convierte en un pensador obsesionado por el referente del tiempo. Así lo oímos decir:

“Arde el tiempo fantasma:
arde el ayer, el hoy se quema y el mañana.
Todo lo que soñé dura un minuto
y es un minuto todo lo vivido.
Pero no importan siglos o minutos:
también el tiempo de la estrella es tiempo,
gota de sangre o fuego: parpadeo...
...
No hay antes ni después. ¿Lo que viví
lo estoy viviendo todavía?
¡lo que viví! ¿Fui acaso? Todo fluye:
lo que viví lo estoy muriendo todavía.
No tiene fin el tiempo: finge labios,
minutos, muerte, cielos, finge infiernos,
puertas que dan a nada y nadie cruza

no hay fin, ni paraíso, ni domingo” (Paz 14, 1990:143-144).

Como se observa, en este poema, Paz presenta la imagen vertiginosa de la vida y lo viviente, que reivindica la idea presocrática del movimiento, con que niega la realidad y el presente. Esa visión de la movilidad se expresa como eje de mediación entre el instante que lo representa el minuto, y la eternidad, que la encarna la fugacidad y la destrucción, por medio del elemento fuego, que cuando arde liquida el presente.

En su libro *Semillas para un himno*, de 1943, en el poema *Elogio*, Paz hace la comparación en que postula su vocación neorromántica:

“Como el día y el fruto y la ola, como el tiempo que madura
un año para dar un instante de belleza y colmarse
así mismo con esa dicha instantánea” (Paz 14, 1990: 205).

En el poema que le da título al libro *Semillas para un himno*, el tiempo vuelve a ocupar un espacio central de su órbita imaginaria, como representación de la imagen del río heracliteano:

“Instantáneas (pero es verdad que el tiempo no se mide
Hay instantes que estallan y son astros
Otros son un río detenido y unos árboles fijos
Otros son ese mismo río arrasando los mismos árboles” (Paz 14, 1990:210).

2.6. El Oriente: temporalidad e instante del haiku

En el libro *Piedras sueltas*, de 1955, y en el poema *En Uxmal* -ciudad maya cerca de Mérida, en la península de Yucatán-, hay una sección de haiku, tankas y poemas breves con resonancias japonesas. El primero se titula *La piedra de los días*, y dice:

“El sol es tiempo:
el tiempo, sol de piedra;
la piedra, sangre” (Paz 14,1990:217).

Y en el titulado *Mediodía*, afirma:

“La luz no parpadea,
el tiempo se vacía de minutos,
se ha detenido un pájaro en el aire” (Paz 14, 1990:217).

Este *haiku* tiene un gran componente de la sabiduría oriental, en el cual Paz percibe y capta el espíritu de la tradición de esta forma tradicional japonesa de escritura caligráfica, en la que cada texto evoca y remite a una estación del año, en un estado de contemplación e iluminación de la experiencia poética y metafísica. La preocupación y el interés intelectual de Paz por Oriente y Medio Oriente serán centrales, a partir de su contacto con la India y Japón, sobre cuyas tradiciones culturales, espirituales, religiosas, filosóficas y artísticas escribió no pocas páginas, libros y ensayos memorables y emblemáticos. Basta pensar en *Vislumbres de la India*, *Chuanh Tzu*, y múltiples artículos y conferencias que dictó sobre la tradición poética japonesa, así como traducciones de poetas como Mashuo Basho, su diario *Sendas de Oku*, y una serie de poemas desconocidos en Occidente, que fueron leídos gracias a su talento de traductor de poesía y a su fervor y pasión por esta cultura milenaria, de la que fue un devoto difusor y lector.

El verso que resume de modo tajante su concepción poética del tiempo es el de su libro, de estirpe oriental, *Ladera este*, que dice: “El presente es perpetuo”. Y con el que deja clara su visión de la eternidad del presente ante la movilidad del pasado y del futuro. Para Paz, sólo el presente es eterno, posee perpetuidad y trascendencia, en virtud de su presencia y de que la vida es un presente eterno y fijo, que tiene sentido en la instantaneidad del presente. El poema en Paz deviene imagen circular del espacio y del tiempo: define su concepción filosófica del tiempo real y psicológico, poético y mítico. El tiempo también lo emplea como técnica o procedimiento poético, como se lee en sus poemarios experimentales y vanguardistas *Topoemas* y *Blanco*. En resumen, el universo poético de Paz siempre está normado por la analogía de opuestos y contrarios, que revelan la

influencia de la dimensión metafísica oriental y occidental del tiempo, el mito y la historia, como también de las filosofías y religiones orientales, que tanta presencia tienen en su imaginario fantástico, estético y sensible.

Ante la obra poética de Octavio Paz, conviene destacar lo que afirma Maya Scharer-Nussberger, en su libro *Octavio Paz: Trayectorias y visiones*: “Alternativa, o simultáneamente, estaremos ante poemas que se tejen y destejen en el interior de fluctuaciones temporales, y ante otros en los que las palabras designan, más que nada, los puntos cardinales de un espacio mental” (Scharer-Nussberger, 1989:11).

2.7. Poesía, instante y tiempo

La escritura poética de Paz apunta a un cuestionamiento constante con el tiempo y con el ritmo temporal del verso, en un “presente perpetuo”, que actúa como centro móvil de un punto de la espiral, desde donde su ser poético y el sujeto poético articulan su discurso, en un despliegue de símbolos y analogías, en el espacio de su representación textual. Tal y como señala la crítica francesa, afincada en México, Fabienne Bradu, en su libro *Permanencia de Octavio Paz*:

“Gran parte de la creación de Octavio Paz aspira a resolver o, mejor dicho, a disolver las oposiciones que constantemente contraponen sus versos. Trátese del tiempo: la eternidad y el instante; del espacio: aquí y allá; del ser y del no-ser, del cuerpo y del no-cuerpo; el yo y el tú del amor que es, quizá, el único ámbito en el que la disolución de los opuestos se vuelve tangible en la fusión erótica de los amantes. La superación de las contradicciones no desemboca, en la poesía de Octavio Paz, en un tercer elemento de síntesis, distinto de los dos polos en disputa, sino en una tensión que descansa esencialmente en la construcción formal del poema...” (Bradu, 2015: 98-99).

Ante una pregunta del crítico cubano Enrico Mario Santí sobre el amor, la soledad y la mujer a Octavio Paz, el Nobel le responde, entre otras cosas, algunas ideas acerca del tiempo: “Estamos

hechos de tiempo y el tiempo siempre es relativo, un minuto pasa después de otro minuto; no podemos abarcar la totalidad. Solamente los dioses, y nosotros no somos dioses” (Santí b, 2015: 44). Y sobre la idea motriz de concepción del poema *Piedra de sol*, su origen, forma circular y técnica, Paz responde:

“Siempre me fascinó el misterio del tiempo y en el tiempo he encontrado el instante. En *Piedra de sol* aparece el instante, pero el instante está integrado al fluir del tiempo, y el tiempo tiene una forma circular. Es una idea muy antigua, la idea de que el tiempo se repite, pero al repetirse se recrea, de modo que nunca es una exacta repetición. Como se ve, este concepto paciano del tiempo va más allá del poema y del arte literario” (Santí, 2015:48).

La poética del instante que cultivó con gran maestría se desprende de esta visión circular del tiempo como instante. Es decir, del tiempo como recreación del movimiento y de su eterno fluir. Esta idea del tiempo explica, en gran medida, la esencia de *Piedra de sol*, y de ahí su circularidad y semejanza con el calendario azteca, que es un gran círculo de piedra poblado de símbolos y representaciones cosmológicas y astrológicas del imaginario del mundo prehispánico de esta civilización precolombina. Entre el libro *Piedra de sol*, un extenso poema circular, cuyo protagonista es el tiempo, y *Blanco*, un texto experimental, el protagonista es el espacio. Así pues, tiempo y espacio constituyen el eje genésico desde donde se despliegan las palabras de ambos discursos poéticos. Dice Paz, en tal sentido:

“Yo diría que en *Piedra de sol* lo esencial es el elemento temporal y esta lucha, esta dialéctica, entre lo instantáneo y el curso del poema, mientras que *Blanco* en primer lugar este poseído por la idea del absoluto, hay una influencia evidente del Oriente. Y también en *Blanco* lo espacial es más importante que lo temporal. Mi modelo fue en realidad un mandala, es decir un espacio dividido en cuatro puntos, los cuatro puntos cardinales que también son los cuatro colores fundamentales” (Santí, 2015:48).

Y sigue afirmando, más adelante:

“En *Piedra de sol* los dos elementos del poema son el tiempo que pasa y el instante, que también es otra forma de la temporalidad. De modo que es un poema esencialmente con una visión del mundo como tiempo, mientras que *Blanco*, influido probablemente por el Oriente, la visión es sobre todo espacial” (Santí, 2015:49).

Carlos H. Magis, en su libro *La poesía hermética de Octavio Paz*, afirma, a propósito del tiempo en la obra poética de Paz, en especial en sus libros *Libertad bajo palabra* y *La estación violenta*:

“La intuición del tiempo es quizás la más filosa y compleja de las que fundan la poesía de Octavio Paz. Filosa por el valor que el poeta le otorga al tiempo en la realización del hombre y de la realidad que lo circunda; compleja tanto por las alternativas del tiempo que el poeta percibe como por la variedad de temas y motivos con los que se enlaza” (Magis, 1978:94).

Como se observa, el tiempo funciona en Paz como tema e impulso de creación poética, en tanto lenguaje de la poesía, la música y la danza, ya que son artes temporales, y como tales constituyen su materia de expresión. En *Libertad bajo palabra* dice: “Abre el tiempo la entraña de lo vivo” (Paz 14, 1990:127). O cuando afirma:

“Fluye el tiempo inmortal y en su latido
Sólo palpita estéril insistencia...
...
Hechos ya de tiempo muerto y exprimido
Yacen la edad, el sueño y a inocencia” (Paz, en Magis, 1978:94).

El tiempo es materia de creación artística que impulsa la vida y que es la sustancia del sueño y el motor de la muerte. Así pues, Paz se pregunta:

“Y somos esa imagen que soñamos
Sueños al tiempo hurtados,
¿Sueños del tiempo por burlar al tiempo?” (Paz 14, 1990:123).

Y se sigue preguntando poéticamente:

¿“Sólo soy el tiempo? ¿Solo soy tiempo?
¿Una imagen que fluye de sí misma
¿Y está más lejos mientras más cerca?

¿Soy un llegar a ser que nunca llega?” (Paz 14, 1990:142).

Esa visión del tiempo como madre del yo, es decir, del tiempo como ente de la conciencia, móvil, fluyente y oscilante entre el ser y el no ser, lo real y lo irreal, es lo que define y enmarca el tiempo, como cuando el poeta dice:

“Y arrojó lo que el tiempo
Deposita en mi alma”. (Paz 14, 1990:123).

Esta concepción psicológica del tiempo de Paz es desoladora y pesimista, que niega el mundo sensible para afirmarse en tiempo imaginario y perplejo. Es decir, es una visión de la temporalidad que pone en crisis el tiempo real y la propia experiencia sensible. Así pues, Paz sentencia:

“No hay antes ni después. ¿Lo que viví?
¿Lo estoy viviendo todavía?
¡Lo que viví! ¿Fui acaso? Todo fluye:
Lo que viví lo estoy muriendo todavía.
No tiene fin el tiempo: finge labios
Minutos, muerte, cielos, finge infiernos,
¡Puertas que dan a nada y nadie cruza!” (Paz 14, 1990:143).

En esta visión del tiempo del sujeto poético, la simultaneidad y la movilidad guardan relación con el espacio real, en una lucha de antagonismos entre el aquí y el ahora. Sucesión y tránsito de la duración del tiempo, esta idea de la temporalidad está implícita en la técnica del poema, en su proceso de gestación y escritura. El valor que Paz le atribuye al tiempo será crucial en su mundo poético y en la construcción y articulación de su obra literaria. En esa travesía y definición, el tiempo se transforma en la forma de existencia de la realidad y de la vida soñada y despierta. “El poeta percibe, así, que el tiempo encarna también potencia de vida. Y esto de tal manera que por

momentos llega a sentir que el tiempo se confunde con la vida, que inclusive es la vida misma” (Magis, 1978:97).

El tiempo es muerte y es vida, a la vez. Es el espacio de invención y creación de la palabra. De ahí que Antonio Machado haya definido la poesía como “palabra en el tiempo” (6). En tal sentido, Paz dice: “No vivimos, el tiempo es quien nos vive” (Magis, 1978:97).

El tiempo como ola, como marea, como sol que ilumina y fluye, es a la vez motor que hace combustión y que existe independientemente del hombre. El tiempo pues existe fuera de nuestra conciencia, y aun de la materia. En tal sentido, Magis sentencia:

“Pues bien, estas manifestaciones del anverso y el reverso de la revelación del tiempo muestran una grave contradicción: por un lado, el tiempo es intuitivo como algo que devora o niega la vida y la realidad que la envuelve; por otro lado, el tiempo es entendido como agente de vida, certeza de realización y hasta como seno de la vida misma. La ambivalencia es desconcertante, pero el poeta resuelve la paradoja, porque hace poesía la idea bergsoniana del tiempo. En otras palabras, para Octavio Paz eso que vulgarmente llamamos ‘tiempo’ comprende dos instancias diversas: el tiempo físico (la sucesión cronológica) y el tiempo puro (“duración”, en la nomenclatura de Bergson; “instante” en el código del poeta)” (Magis, 1978:98).

En ese tenor, Paz dice: “Cada minuto el tiempo abre las puertas, a un expirar sin fin” (Paz, en Magis, 1978:99). Esa percepción del tiempo como sucesión y apertura hacia algo, o puerta de entrada a algo infinito, esa idea del tiempo sin medida ni límite es la que afirma Paz en gran parte de su universo poético, como cuando dice:

“Hora de eternidad, toda presencia,
El tiempo en ti se colma y desemboca
¡Y todo cobra ser, hasta la ausencia!” (Paz, en Magis, 1978:99).

El pensamiento poético en Octavio Paz se centra en su obra en una tensión constante entre el tiempo y el espacio verbal de su representación, entre el instante y la eternidad, dos signos

contrarios y opuestos que se complementan en su mundo literario e intelectual. Su espacio creativo parte de una concepción estética del poema, de estirpe circular, a través del “principio de contradicción” (7). Diacronía y sincronía, unidad y multiplicidad son los ejes de articulación en que transcurre la imagen poética, cuya tensión temporal oscila entre una visión occidental del tiempo (lineal) y otra visión oriental (circular).

“Si el movimiento abocaba antes a la quietud, especializándose, ahora tiende el espacio a la movilidad, a la medida que, por otra parte, coagula el tiempo. Los contrarios actúan de continuo. El poema adquiere una dimensión múltiple y unitaria: ‘todo es centro’, dice en el *Mono gramático*, o ‘todo está en todo’: Paz temporaliza el espacio y espacia el tiempo” (Domínguez-Rey, 1987:136).

Así, la variable espaciotemporal determina el lugar de la palabra poética y actúa como campo magnético, donde el signo poético entra en rotación. “En el espacio vibran las formas temporales de lo viviente” (Domínguez-Rey, 1987:137).

En Paz, el tiempo no es negación del espacio sino celebración de la memoria. En los libros de poesía *Piedra de sol* y *Blanco*, por ejemplo, el tiempo es su eje central, la semilla que germina la imagen poética.

2.8. Temporalidad y circularidad. Oriente y Occidente

La pasión temática del tiempo en Paz se remonta a su diálogo temprano con Quevedo y será constante este diálogo en el arco de toda su obra poética, la cual se encuadrará dentro de la ecuación instante y eternidad, fijeza y movimiento, como lo pudo apreciar su exégeta Manuel Ulacia, en su obra *El árbol milenario*. La visión circular del tiempo físico se remonta en Paz como influencia de la concepción circular del tiempo de los aztecas del mundo prehispánico y precolombino. En el

autor de *Corriente alterna*, la experiencia del instante poético deviene experiencia estética del mundo. Su visión circular y cíclica del tiempo nace del mito, no de la historia, que es lineal, desde el punto de vista occidental.

El tiempo real es visto por Paz desde la experiencia poética, en una dialéctica entre el instante y la eternidad, el vértigo y el reposo. La idea del tiempo cíclico que retoma niega la historia, que se refugia en el mito del “eterno retorno” (8) de lo mismo. En este poeta, la idea de tradición se identifica con la de eternidad, y la de la ruptura, con la del instante.

La de Octavio Paz es una obra poética en la que predomina la exaltación del tiempo como vivacidad y transparencia. “La poesía de Paz está llena de presencias que son tiempo, y de un deseo de tiempo y presencia” (Malpartida, 1998:23). Es decir, en el Nobel de Literatura la idea de presencia es expresión concreta del presente, una metáfora del presente, cuya encarnación de la vida y la noción misma del tiempo, manifiesta obsesión y anhelo de instantes. Su ser tiene sed de tiempo: se alimenta de su esencia y le permite perpetuarse en el presente como fenómeno. El tiempo, en efecto, le confiere el impulso creador, que le sirve de motor -o dinamo-, el cual le inyecta movimiento a la imagen poética, y ritmo a su poesía y a su prosa poética. Por consiguiente, el tiempo depara en morada de su ser poético. Es decir, que el tiempo encarna en poesía, se corporiza como identidad fenoménica. Es poesía encarnada en presencia. “Hambre de encarnación padece el tiempo” (Paz 14, 1990:170).

Este poeta y pensador busca en el instante de creación, la plenitud de su ser, al que superpone a su vez el instante en trascendencia simbólica, a través del lenguaje. De modo pues, que la suya es una búsqueda por convertir el presente en presencia, mediante la poesía, como forma de la temporalidad. En este autor, en consecuencia, la preocupación por el tiempo es una idea de la modernidad, que atravesó gran parte de sus inquietudes intelectuales y estéticas: su visión de la

poesía y de la historia. Así, el tiempo del ser poético encierra la temporalidad porque es un ente hecho de materia temporal: el ser corporiza en tiempo. La presencia del tiempo es lo que hace posible y real el mundo y el espacio: llena el vacío de plenitud temporal, en un constante ser y no ser. La poesía es entonces escritura desde el tiempo: su condición de ser. Por ser el tiempo protagonista, en Paz, su obra poética se lee como “poesía de circunstancia” (9), una suerte de diario poético de la contemplación y la escritura, la reflexión del mundo y el pensamiento creador, la vida sensorial y la realidad. La presencia del tiempo, por ende, es un ahora instantáneo que se disipa en el “presente perpetuo”, en el que el presente del poema es el espacio donde se reconcilian el pasado y el futuro. En efecto, en el aquí-ahora converge el tiempo presente. La experiencia poética del lenguaje es también una experiencia de la temporalidad. Así, la experiencia lírica es, asimismo, una experiencia estética en la que se reconcilian los estados del tiempo: los tiempos del tiempo. En síntesis: la poesía deviene en la forma de ser de la poesía misma, de su identidad temporal.

Si “el tiempo es la materia de la que estamos hechos” (10), como sentenció Borges, para el científico Prigogine, “la vida es la inscripción del tiempo en la materia” (Prigogine, *El nacimiento del tiempo* (45)). Si bien el tiempo es el mismo, desde el punto de vista de la naturaleza, es diferente para cada hombre, y su visión varía para cada religión y cultura, pues el tiempo en Occidente tiene otra historia y otra concepción para los orientales. Para esta tradición, el tiempo es ilusorio, reencarna y es circular, mientras que para la tradición occidental judeocristiana, el tiempo real, pasa y no vuelve, es lineal, destinista, y está determinado por la psicología y el azar. Somos hijos del tiempo y por eso nacemos de sus entrañas y también nos mata: determina nuestras vidas y nuestro destino terrenal. El hombre busca lo absoluto, donde reside la búsqueda de la vida eterna, la trascendencia del tiempo lineal, no para reencarnar en otro cuerpo y otra alma, sino para superar

la ilusión del mundo fenoménico y concreto, sensible y material. Esa visión de la irrealidad del tiempo de los orientales, como en los budistas y tantristas, determina la vida psíquica y religiosa de las personas.

2.9. Tiempo cristiano, tiempo sagrado y tiempo profano

La concepción de la realidad del tiempo del hombre occidental, en que anida no el karma budista, sino el destino místico- cristiano de naturaleza bíblica, es lo que perturba la esencia de la vida mental del catolicismo por la creencia en la eternidad y el Juicio Final, y que genera un sentimiento de angustia ante la muerte, que también conturba la vida del espíritu. El occidental hereda una noción cristiana del tiempo, que es rectilínea, y que representa simbólicamente su salvación, culpa, pecado o condena. Esa visión del tiempo es de estirpe sagrada, mientras que la visión de los orientales es profana. La concepción lineal y rectilínea del tiempo, como una flecha en el espacio histórico, trasciende el mito, y en cambio se opera una dialéctica entre lo infinito y lo finito del tiempo y de la vida, del cuerpo y del espíritu. La idea del tiempo lineal apunta a una visión del progreso, que representa una línea recta hacia adelante, la cual niega el pasado, y representa, a su vez, el atraso y el pasado. Así, esa idea de progreso conlleva también la idea de cambio y transformación positiva, y su funcionamiento encarna un proceso de crítica al pasado y al presente para garantizar el progreso del futuro. Somos presentes porque estamos hechos de presente. Y de ahí que somos presencias reales e históricas. Y somos presentes porque somos entes históricos hechos de tiempo: sustancia y circunstancia del tiempo. La memoria del pasado se llama historia, y la historia del presente tiene un nombre: política. En efecto, todos somos entes políticos.

Las reflexiones pacianas sobre el tiempo se refieren a la imagen del pasado y del presente: del pasado como ausencia o vacío y del presente como presencia. Sobre el tiempo pasado, Paz dice, en una carta dirigida a su amigo, el poeta Tomás Segovia: “Los pasados son los incidentes, las formas que adopta la ‘vida anterior’, ese pasado que nunca pasa, casi siempre oculto y que solo aparece en los días decisivos, para reordenar lo que somos y quiénes somos. Lo pasado es irrecuperable pero el pasado es lo que está siempre presente” (Paz 2, 2008:77). En otra carta de 20 de noviembre de 1967, vuelve a decirle a su amigo Segovia, en una posdata: “Perdona el tiempo que pasa, o más bien, a nosotros que pasamos: el tiempo está inmóvil y no nos mira. O se ríe de nosotros” (Paz 2, 2008:137).

La poesía de Paz se define como una crítica radical a la idea occidental del tiempo. Esa visión crítica del tiempo como recurso y técnica que funcionan en el poema como motor impulsor del ritmo poético, acaso la tomó Paz del simultaneísmo, procedimiento técnico que creó Apollinaire, en la poesía cubista, y que el surrealismo le sacó rentabilidad estética. Pero también podría decirse, que Paz lo asimiló y metabolizó del budismo y el hinduismo: vale decir, la idea del sinsentido del tiempo y su imagen de la extinción del tiempo irrepitible. En su libro de viaje *Vislumbres de la India*, Paz dice: “El tiempo tiene un sentido. Mejor dicho: el tiempo es el sentido del existir, inclusive si afirmamos que éste carece de sentido” (Paz 19, 1995:200). Su concepto del tiempo infinito, que pasa y vuelve eternamente obedece a una lectura existencialista de la temporalidad, que tiene una gran deuda con Heidegger, y su lectura temprana del libro *El ser y el tiempo*. “Así pues, el tiempo se acaba, tiene un fin: pero renace y vuelve a recorrer el mismo círculo; es un sinfín” (Paz 19, 1995:202). Esa visión de la circularidad del tiempo es de estirpe oriental y pagana, no cristiana. De ahí que prefigure sus preocupaciones filosóficas que le ocuparon no poca parte de su vida espiritual. “El movimiento tiene sed de inmovilidad, el tiempo de inmutabilidad” (Paz 19,

1995: 203). Esas reflexiones sobre el tiempo habrían de nutrir y permear gran parte de su obra poética, y conferirle movimiento a la imagen poética y al ritmo verbal de su prosa poética y de sus versos. ¿“Por qué es malo el tiempo?”, se pregunta. Y responde: “Por ser impermanente, ilusorio, irreal. El tiempo carece de substancia: es sueño, es mentira, maya” (Paz 19, 1995:204).

Con esas ideas y afirmaciones, el poeta Paz se vuelve categórico al vislumbrar el tiempo como irrealidad e ilusión de los sentidos, y como falsa percepción visual del cuerpo frente a la naturaleza real. Si bien el tiempo no tiene sustancia -pues es invisible-, no menos cierto es que tampoco tiene materia, ya que no posee cuerpo, es intangible, sin embargo, todos sabemos que algo sucede cada día y cada noche, algo que con el paso del tiempo nos sucede en nuestro organismo, en nuestro cuerpo, y también en los otros. En tal virtud, afirma: “El sentido del tiempo está en el pasado, la Antigüedad es el sol que ilumina nuestras obras, juzga nuestros actos, guía nuestros pasos” (Paz 19, 1995:206).

Gran parte de las páginas que destinó Paz a reflexionar sobre el tiempo descansan en la disyuntiva entre la visión occidental y la oriental del tiempo, del cristianismo y las religiones filosóficas orientales y del Medio Oriente. En tal virtud, afirma: “El tiempo cristiano no es cíclico sino rectilíneo. Tuvo un principio: Adán, Eva y la caída; un punto intermedio: la Redención y el sacrificio de Cristo; un periodo final: el nuestro. El tiempo cristiano rompe el ritmo circular del paganismo” (Paz 19, 1995:207). En ese sentido, y como se ve, hay en Paz una preocupación por diferenciar el tiempo cristiano y pagano, la teología y la filosofía, el misticismo cristiano y la metafísica oriental. No una visión científica del tiempo, ni tampoco cuántica sino metafísica. No una concepción fenomenológica del tiempo sino existencialista y ontológica. Visión bíblica y visión pagana se oponen y superponen en una especie de idea geométrica del tiempo. Siguiendo la misma reflexión, el Nobel mexicano afirma:

“El movimiento rectilíneo es accidental y finito; es contingente: no se mueve por sí mismo sino gracias a la impulsión de un agente exterior. El cristianismo invierte los términos; el tiempo rectilíneo, el humano, es el que cuenta porque es el de nuestra salvación o condenación” (Paz 19, 1995:207).

En nuestra tradición judeocristiana, de inspiración bíblica, el tiempo terrenal es efímero, el de la vida pasajera, determinada por la conducta humana. Esa visión del tiempo bíblico está determinada por una escritura sagrada, que ha fundado y dominado la tradición milenaria, cultural y espiritual del hombre occidental, y que ha nimbado la psicología, la mentalidad y la moral de los individuos. Esa hermenéutica bíblica ha representado la fundación de un imaginario antropológico de felicidad o angustia, que condena o salva, y donde la culpa cristiana ha creado un sentimiento de perplejidad e incertidumbre, angustia existencial y paranoia psicológica, al saber que existe la idea del Juicio Final y de un fin, una teleología apocalíptica que es a la vez un misterio y un enigma, un eterno silencio y un destino inescrutable. La idea del paraíso, el infierno y el purgatorio no es consustancial al mundo oriental sino al mundo cristiano. La preocupación por el destino de nuestra alma es un tema crucial en el imaginario metafísico y teologal del hombre occidental cristiano. En ese mismo sentido, el autor de *Los hijos del limo* argumenta:

“El cristianismo coincide con las otras religiones en concebir la perfección en un más allá del tiempo, pero ese más allá no está ni en el pasado ni fuera del tiempo sino en un futuro preciso, definido: el fin del tiempo. Ese fin es el comienzo de algo que ya no es tiempo, algo que no podemos nombrar, aunque a veces lo llamamos eternidad. La idea moderna del tiempo se funda en la del cristianismo. También para nosotros el tiempo es sucesión lineal, historia –no sagrada sino profana. La conversión del tiempo religioso en tiempo profano tuvo como inmediata consecuencia transformarlo: cesó de ser finito y definido para ser infinito e indefinido. El tiempo moderno es un permanente más allá, un futuro siempre inalcanzable e irrealizable” (Paz 19, 1995:208).

La confrontación entre la idea moderna y antigua del tiempo desemboca en la idea religiosa frente a la idea pagana. La alusión a la idea del más allá del imaginario cristiano tiene un componente temporal, y se diferencia de Oriente, donde no existe una idea del más allá, aunque sí la idea de la reencarnación, en algunas religiones ancestrales. Ese más allá no alude a un tiempo real sino a un tiempo sin tiempo ni historia: un tiempo transtemporal que sobrepasa las coordenadas físicas del mundo. El concepto del fin -o teleológico- es de naturaleza cristiana, no de las religiones ni de las filosofías orientales. La linealidad y la circularidad del espacio sagrado cristiano y del espacio profano pagano se distancian en el tiempo.

La visión del pasado bíblico y del futuro como salvación o condena, culpa o expiación es de estirpe teológica y crea en la mentalidad cristiana la fe en el porvenir, el progreso del alma y la trascendencia del espíritu sagrado, en un acto de transustanciación del cuerpo que garantiza la idea de la vida eterna, como teleología de la vida material. En ese orden de ideas, sentencia:

“A medida que el futuro se aleja, el pasado se aleja: también es intocable... En cambio, el futuro es y será incalculable. Tal vez lograremos saber de dónde venimos; no es fácil que sepamos hacia dónde vamos. Disparado hacia adelante, flecha en línea recta, nuestro tiempo no tiene más sentido que el de ser un perpetuo movimiento cada vez más cerca -cada vez más lejos- de la futura perfección. La idea que nos espolea es maravillosa e insensata: el futuro es progreso” (Paz 19, 1995:208).

Esa meditación filosófica del tiempo pasado, presente y futuro de Octavio Paz será una constante en su empresa intelectual, que hace que su obra sea el resultado de un pensador, de gran cultura filosófica. Un lector apasionado de las tradiciones filosóficas orientales y de los grandes clásicos del pensamiento filosófico occidental que se ocuparon de las ideas, las religiones, la estética, la ética, la política, el arte, la antropología y la lingüística. La frase que resume la conclusión a que arriba Paz en *Vislumbres de la India* - libro de viaje por la cultura, la filosofía, el arte y la religión de este subcontinente- es la siguiente: “Creo que la reforma de nuestra civilización

deberá comenzar con una reflexión sobre el tiempo” (Paz 19, 1995:211). Según este poeta y ensayista:

“Los antiguos griegos y romanos no tenían la noción del tiempo sucesivo y progresivo: es un concepto judeocristiano que después se ha secularizado y convertido en la idea del progreso. Es una filosofía que proviene de la noción del tiempo sucesivo y rectilíneo. Para otras civilizaciones el tiempo es circular. Es lo que pensaban casi todos los hombres de la antigüedad y es lo que pensaban los chinos y los hindúes” (Peralta, 2014:119).

Esta es una respuesta que ofrece Paz al periodista Braulio Peralta, titulada *El poeta en su tierra. Diálogos con Octavio Paz*.

En el poema “*Cara al tiempo*”, de su libro *Vuelta*, dice:

“El tiempo no cesa de fluir,
el tiempo
no cesa de inventar,
no cesa el tiempo
de borrar sus invenciones,
no cesa
el manar de las apariciones.

Las bocas del río
dicen nubes,
las bocas humanas
dicen ríos.
la realidad tiene siempre otra cara,
la cara de todos los días,
la que nunca vemos,
la otra cara del tiempo” (Paz 20, 1990:56).

De igual modo, en *Nocturno de San Idelfonso*, el largo poema de versos encabalgados del mismo texto citado, el poeta dice:

“La verdad
es el fondo del tiempo sin historia.
El peso
del instante que pesa” (Paz 20, 1990:79).

Como se lee, Paz juega con la imagen del tiempo y la historia, en una poética del instante, que encarna la idea del fluir del tiempo que no cesa, al definir la idea de poesía:

“La poesía,
como la historia, se hace;
la poesía,
como la verdad, se ve.
...

La poesía,
puente colgante entre historia y verdad,
no es camino hacia esto o aquello:
es ver
la quietud en el movimiento,
el tránsito
en la quietud.
La historia es el camino:
no va a ninguna parte,
todos lo caminamos,
la verdad es caminarlo.
No vamos ni venimos:
estamos en las manos del tiempo” (Paz 20, 1990:80).

2.10. Tiempo y reposo en *Árbol adentro*

El tiempo, será pues el centro vital, el nervio troncal de las reflexiones y figuraciones de la naturaleza en la obra de pensamiento, y también en la obra poética de Paz: “Perdona el tiempo que pasa, o más bien, a nosotros que pasamos: el tiempo está inmóvil y no nos mira. O se ríe de nosotros”, le dijo Paz a Tomás Segovia (Paz 2, 2008:137).

Algunas definiciones poéticas de Paz están contenidas en su último poemario *Árbol adentro*, cuyo tema esencial es el tiempo, en el que hay ecos y resonancias de tono lírico, donde combina poemas cortos con extensos, de imágenes móviles y fugaces, densidad conceptual y pensamiento onírico. Se observan algunas como:

“El tiempo es una máscara sin cara” (Paz 1, 1987:94).

“La luz es tiempo que piensa” (Paz 1, 1987:115).

“Gira la rueda de las apariencias

Sobre el eje del tiempo, su fijeza” (Paz 1, 1987:22).

“El tiempo se arrastra, se esconde, se espía,
el tiempo se entierra...” (Paz 1, 1987:144).

“Hay una semilla dormida en el tiempo” (Paz 1, 1987:144).

“Comí tinieblas con los ojos,
bebí el agua del tiempo, bebí noche” (Paz 1, 1987: 149).

“Entre el fin y el comienzo
un instante sin tiempo
frágil arco de sangre
puente sobre el vacío” (Paz 1, 1987:154).

“tus dedos de aire abren los párpados del tiempo” (Paz 1, 1987:156).

“Entre la noche y el día
Hay un territorio indeciso.
No es luz ni sombra:
Es tiempo” (Paz 1, 1987:162).

“Amar es perderse en el tiempo,
Ser espejo entre espejos...
El tiempo es el mal,
El instante
Es la caída “(Paz 1, 1987:168).

En *Días hábiles* de 1958-61, en su poema *Entrada en materia*, Paz juega con la imagen del ahora y la hora, en un juego de resonancias homofónicas, pero que dan una idea de su concepción lúdica del tiempo, y bajo la técnica de los encabalgamientos de los versos:

“Un reloj da la hora
ya es hora
no es hora
ahora es ahora
ya es hora de acabar con las horas
ahora no es ahora
es hora y no ahora
la hora de comer al ahora” (Paz 25, 1997:265).

De los poemas de este libro citado, *El mismo tiempo*, es acaso en el que el poeta más penetra en la variable de lo temporal, usando la técnica del simultaneismo surrealista. Así pues, sentencia:

“Yo no escribo para matar el tiempo
Ni para revivirlo
Escribo para que me viva y reviva” (Paz 25, 1997:283).

Estos versos encierran su poética, y lo definen en su totalidad, desde el punto de vista de su concepción de la poesía, del lenguaje poético y de la escritura lírica. De igual modo, vuelve a enfatizar su temática, en el mismo poema, con estos versos:

“Tal vez no pasa el tiempo
Pasan imágenes de tiempo
Si no vuelven las horas vuelven las presencias” (Paz 25, 1997:284).

Y más adelante, en el texto sentencia, en una especie de visión fantástica y subjetiva del tiempo, de un tiempo invisible al que llama transparencia, y que es otra imagen recurrente en su órbita poética:

“Dentro del tiempo hay otro tiempo
quieto
sin horas ni peso ni sombra
sin pasado o futuro
solo vivo
como el viejo del banco
unimismado idéntico perpetuo
Nunca lo vemos
Es la transparencia (Paz 25, 1997:284).

La visión del tiempo como circularidad, que encarna la línea en espiral infinita, de claras reminiscencias surrealistas, pero que se transformó en su contacto con la cultura oriental, se puede apreciar en la lectura de su obra *Salamandra*, que escribió en La India, entre 1958 y 1961, y que

es un libro que se nutre de la contemplación, la mirada y la experiencia, como se observa, en el poema *Noche en claro*:

“El tiempo daba vueltas y vueltas y no pasaba
No pasaba nada sino el tiempo que pasa y regresa y no pasa” (Paz 25,
1997:300).

Como se puede apreciar, estos versos simbolizan la idea de infinitud perenne de un suceder que no termina de ocurrir en el tiempo y el espacio. Al final del poema, concluye:

“Aquí el tiempo se para
los cuatro puntos cardinales se tocan
es el lugar solitario el lugar de la cita
Ciudad Mujer Presencia
aquí se acaba el tiempo
aquí comienza” (Paz 25, 1997:303).

Se observa en Paz este juego de la inmovilidad y la movilidad del tiempo, de la imagen instantánea que pasa y se queda a la vez, de la hora que pasa sin pasar, como reza el *leitmotiv* del poema. Conviene citar completo su poema *Apremio*, pues contiene la idea del tiempo de la escritura y la del reposo:

Corre y se demora en mi frente
lenta y se despena en mi sangre
la hora pasa sin pasar
y en mí se esculpe y desvanece.

Yo soy el pan para su hambre
yo el corazón que deshabita
la hora pasa sin pasar
y esto que escribo lo deshace.

Amor que pasa y pena fija
en mí combate en mí reposa
la hora pasa sin pasar
cuerpo de azogue y de ceniza.

Cava mi pecho y no me toca
piedra perpetua que no pesa

la hora pasa sin pasar
y es una herida que se encona.

El día es breve y la hora inmensa
hora sin mi yo con su pena
la hora pasa sin pasar
en mí se fuga y se encadena” (Paz 25, 1997:304-305).

Como se percibe, la obra poética de Octavio Paz dio un giro creativo y temático con su experiencia de Oriente, y esta realidad se observa en algunas imágenes que matizan muchos de sus versos. Así, en *Ladera este* --un libro que comprende textos de 1962 hasta 1968--, en su poema *Tumba de Amir Khusrú*, hay un verso categórico, con el que concluye, y que dice: “todo poema es tiempo y arde” (Paz 25, 1997:347). Este verso encierra su concepción del tiempo poético, es decir, del poema como materia temporal que arde como el fuego y se incendia en la página, en tanto experiencia cálida de la imaginación. En el mismo texto hay otro verso sentencioso que dice: “hambre de encarnación padece el tiempo” (Paz 25, 1997:346). Para él, todo es tiempo, todo está hecho de tiempo: los árboles, las piedras, el agua, los ríos, etc. Y como tal, también el poema está hecho de la materia y la sustancia del tiempo, en tanto lenguaje de expresión y vehículo verbal en que el texto se instala en el presente.

El premio Nobel mexicano funda, por consiguiente, un sujeto poético que pone en crisis el tiempo del poema y su movimiento verbal y rítmico, en una especie de caminata imaginaria y vertiginosa por la página en blanco del texto. En su poema *Perpetua encarnada*, dice:

“Estoy atado al tiempo
Prendido prendado
Estoy enamorado de este mundo
Ando a tientas en mí mismo extraviado
Pido entereza pido desprendimiento
Abrir los ojos
Evidencias ilesas
Entre las claridades que se anulan” (Paz 25, 1997:357).

En tanto en su largo poema titulado *Cuentos de dos jardines*, dice su voz poética:

“Estamos condenados
A matar el tiempo” (Paz 25, 1997:412).

En su libro de poemas en prosa surrealista, *¿Águila o sol? (1949-50)* -aparecen textos oníricos y fantásticos, que se leen como tales, y también como cuentos o relatos-, el poeta mexicano le canta al tiempo de modo encantado y lírico, es decir, lo personifica, en prosa de imaginación: “... a veces siento que no he vivido nunca, que he sido vivido por el tiempo, ese tiempo desdeñoso e implacable que jamás se ha detenido, que jamás me ha hecho una seña, que siempre me ha ignorado” (Paz 14, 1990:40).

2.11. El tiempo en *El mono gramático*. “La fijeza es siempre momentánea”. Instante y fijeza

En su libro *El mono gramático, de 1974*, Paz despliega su ingenio e imaginación al escribir un libro inclasificable, pues es un híbrido que navega entre el ensayo, el poema en prosa y el relato. Un texto matizado de reflexiones y que sigue la línea de un camino. En dicho libro el poema deviene caminata, como diría Hugo Verani, en su libro *El poema como caminata*. La frase motora “La fijeza es siempre momentánea” se repite incesantemente y le confiere al texto un ritmo temporal ágil y veloz, donde el sujeto poético cuenta y canta lo que ve, oye y siente. Así pues, dice:

“La fijeza es siempre momentánea. Es un equilibrio, a un tiempo precario y perfecto, que dura lo que dura un instante: basta una vibración de la luz, la aparición de una nube o una mínima alteración de la temperatura para que el pacto de quietud se rompa y se desencadene la serie de las metamorfosis. Cada metamorfosis, a su vez, es otro momento de fijeza al que sucede una nueva alteración y otro insólito equilibrio. Sí, nadie está solo y cada cambio

aquí provoca otro cambio allá. Nadie está solo y nadie es sólido: el cambio se resuelve en fijezas que son acuerdos momentáneos. Debo decir que la forma del cambio es la fijeza o, más exactamente, que el cambio es una incesante búsqueda de fijeza. Nostalgia de la inercia: la pereza y sus paraísos congelados. La sabiduría no está ni en la fijeza ni en el cambio, sino en la dialéctica entre ellos. Constante ir y venir: la sabiduría está en lo instantáneo. Es el tránsito. Pero apenas digo tránsito, se rompe el hechizo. El tránsito no es sabiduría sino un simple ir hacia... el tránsito se desvanece: solo así es tránsito” (Paz 9, 1996:16-17).

Como se puede captar en este fragmento, la poética que instaura Paz, a través del sujeto poético del discurso, revela una constante tensión entre el tiempo y el espacio de la palabra y el lenguaje, entre el instante y la fijeza: la metamorfosis de lo momentáneo, el equilibrio y el movimiento. Diálogo e interrogaciones entre la soledad del sujeto poético y el espacio temporal, en esta experiencia de escritura poética, Paz hace un despliegue de ideas que juegan al sentido, y en esa búsqueda pierden el sentido y desembocan en una experiencia lírica de la contemplación festiva y el pensamiento onírico, en frases plagadas de ideas: “La fijeza es siempre momentánea. ¿Cómo puede serlo siempre?” -se pregunta la voz poética-. “Si lo fuese, no sería momentánea –o no sería fijeza”, se responde (Paz 9, 1996:25). Y reflexiona a seguidas sobre lo dicho: “Mi frase tiende a disolver esa oposición y así se presenta como una taimada transgresión del principio de identidad. Taimada porque escogí la palabra momentánea como el complemento de fijeza para atenuar la violencia del contraste entre movimiento e inmovilidad” (Paz 9, 1996: 25).

Toda la masa textual de *El mono gramático* encarna un cuerpo de ideas y narraciones alrededor del tiempo, como pretexto del decir poético, como metáfora y analogía de la realidad de la naturaleza en su temporalidad. Las frases conforman un tejido de símbolos y signos contradictorios, de un sujeto que dice yo en el discurso, desde la impersonalidad, un yo ficticio, literario, que afirma, niega, se desdice, contradice, monologa, y sigue su discurso en un movimiento infinito.

Dice el poeta mexicano:

“Si se sustituye la expresión figurada por la directa, aparecerá el contrasentido: la fijeza es (siempre) movimiento. A su vez, fijeza es una metáfora. ¿Qué quise decir con esa palabra? Tal vez: aquello que cambia. Así, la frase podría haber sido: lo que no cambia es (siempre) movimiento. El resultado no es satisfactorio: la oposición entre cambio y movimiento no es neta, la ambigüedad reaparece. Puesto que movimiento es una metáfora de cambio, lo mejor será decir: no cambio es (siempre) cambio. Al fin parece que he llegado al desequilibrio deseado. Sin embargo, cambio no es la palabra original que busco: es una figura de devenir. Al sustituir cambio por devenir, la relación entre los dos términos se altera, de modo que debo reemplazar no-cambio por permanencia, que es una metáfora de fijeza como devenir lo es de llegar-a-ser que, por su parte, es una metáfora del tiempo en sus transformaciones incesantes... No hay principio, no hay palabra original, cada una es una metáfora de otra palabra que es una metáfora de otra y así sucesivamente. Todas son traducciones de traducciones. Transparencia en la que el haz es el envés: la fijeza siempre es momentánea” (Paz 9, 1996:28).

Las ideas que encierran estas frases poéticas encierran, a su vez, un contenido filosófico y metafísico del tiempo y su movilidad, que representan la infinitud del lenguaje y la posibilidad siempre abierta de las significaciones, las sugerencias y las designaciones. La estrategia de escritura y la técnica de composición de estos textos son la expresión de un constante monólogo interior que cuenta y canta, mediante el “fluir de la conciencia” verbal que describe y reflexiona como un ojo que camina y cifra lo visto en instantes de creación. Hay pues un perpetuo cruce de ideas e imágenes que caminan y se yuxtaponen a su paso por el bosque de los signos verbales, que se contradicen *exprofeso*, de modo circular, en forma de espiral temporal.

“En el monólogo uno de los términos acaba por devorar al otro: o la inmovilidad solo es un estado del movimiento (como en mi frase) -dice Paz- o el movimiento solo es una ilusión de la inmovilidad (como entre los hindúes). Por tanto, no hay que decir ni siempre ni nunca, sino casi siempre o casi nunca, sólo de vez en cuando o más de lo que generalmente se piensa y menos de lo que esta expresión podría indicar, en muchas ocasiones o en rarísimas, con cierta constancia o no disponemos de elementos suficientes para afirmar con certeza si es periódica o irregular: la fijeza (siempre, nunca, casi siempre, casi nunca, etc.) es momentánea (siempre, nunca, casi siempre, casi nunca, etc.)... Todo esto quiere decir que la fijeza nunca es enteramente fijeza y que siempre

es un momento del cambio. La fijeza es siempre momentánea” (Paz 9, 1996:30).

Juegos de identidades del yo poético con el yo biográfico, de la realidad y la ficción, del espacio y el tiempo, este texto se lee como una espiral de palabras que se mueven a un ritmo fugaz, alrededor del *leitmotiv*, “la fijeza es siempre momentánea” (12), con el que el poeta real articula un discurso lírico de grandes ecos y resonancias surrealistas, que colindan con la “escritura automática”, con esa técnica de escritura poética donde no interviene la razón ni el cálculo, sino el “azar objetivo” (13): no el razonamiento sino la inspiración del instante. Así nos dice:

“... el tiempo en una alegoría de sí mismo nos imparte lecciones de sabiduría tan pronto formuladas como destruidas por el más ligero parpadeo de la luz o de la sombra que no son sino el tiempo en sus encarnaciones y desencarnaciones que son las frases que escribo en este papel y que conforme las leo desaparecen...” (Paz 9, 1996:49).

Enumeraciones galopantes, descripciones infinitas y afirmaciones luminosas y osadas, el movimiento de las palabras de este texto es circular y gira en una órbita de luz y sombra, realidad y ensoñación: “...la espera que suprime al tiempo; la espera es instantánea, está al acecho de lo inminente, de aquello que va a ocurrir de un momento a otro: acelera al tiempo” (Paz 9, 1996:20).

O cuando vuelve a decir:

“La idea de que el fondo del tiempo es una fijeza que disuelve todas las imágenes, todos los tiempos, en la transparencia sin espesor ni consistencia, me aterra. Porque el presente también se vacía: es un reflejo suspendido en otro reflejo. Busco una realidad menos vertiginosa, una presencia que me saque de este ahora abismal... (Paz 9, 1996:118).

En este fragmento se observa una reflexión tajante y metafísica del tiempo como expresión del presente, del tiempo vertiginoso donde habita el yo. Finalmente, Paz sentencia: “Cada tiempo es diferente; cada lugar es distinto y todos son el mismo, son lo mismo. Todo es ahora” (Paz 9, 1996:121).

2.12. Tiempo y fugacidad en *Pasado en claro*

La noción del tiempo como perpetuidad e instante fijo es reiterativa en algunos ensayos y poemas de Paz. Así, en su poema extenso de corte autobiográfico *Pasado en claro*, afirma:

“siempre es el mismo día, la misma noche siempre,
No han inventado el tiempo todavía” (Paz 15, 1990:19).

O cuando sentencia:

“En el centro del tiempo ya no hay tiempo,
Es movimiento hecho fijeza, círculo
Anulado en sus giros” (Paz 15, 1990:38).

Y sigue diciendo:

“La quietud en sí misma
se disuelve. Transcurre el tiempo
sin transcurrir. Pasa y se queda. Acaso,
aunque todos pasamos, ni pasa ni se queda:
hay un tercer estado” (Paz 15, 1990:40).

Estos versos expresan la naturaleza dual, contradictoria y dialéctica del tiempo, en relación con el hombre, el transcurrir y el yo. Simultaneísmo e instantaneidad pendulan en el funcionamiento del tiempo que encarna y representa el fluir de la vida misma. Ese tercer estado del ser al que Paz alude no es el pasado ni el futuro: es un estado que ni pasa ni se queda, es un grado cero, el vacío, un punto en blanco que funciona como eje de intersección que sería el instante:

“Hay un estar tercero:
el ser sin ser, la plenitud vacía,
hora sin horas y otros nombres
con se muestra y se dispersa

en las confluencias del lenguaje
no la presencia: su presentimiento” (Paz 15, 1990:40).

En la articulación de su poética del instante, el tiempo en Paz opera como acción que le imprime un ritmo verbal a sus versos, en un nivel imaginario y otro empírico, de imágenes poéticas en transición y rotación, que desembocan en una analogía y esta, en otra, y así sucesivamente, como se puede comprobar en *Pasado en claro* y, sobre todo, en *El mono gramático*. El poeta fija los instantes de percepción en una imagen que se disipa en otra hasta articular un universo poético circular, como su concepción misma del tiempo. Sus poemas no obedecen a un plan o estrategia de composición, sino al azar y la espontaneidad, deudoras sin dudas del surrealismo y el cubismo poéticos. Sucesión y simultaneidad, instantaneidad y desplazamiento, en estos dos libros, Paz lleva hasta el límite la estrategia poética del monólogo poético o soliloquio lírico, que evoca una escritura sonámbula, en duermevela, y en estado de vigilia delirante. En *Blanco*, *El Mono gramático*, *Pasado en claro*, y aun en *Piedra de sol*, hay un itinerario, un recorrido, que semeja una “poética del caminante”, como diría Verani. Una poesía que busca “la fijación del instante” (Gimferrer, 1980:33).

Así pues, para Pere Gimferrer: “la lectura de cualquier poema es un itinerario hacia el instante de la fijeza, en la que la conciencia se ve a sí misma al ver el instante” (Gimferrer, 1980: 34). El itinerario como estrategia poética en Paz puede ser circular como en *Piedra de sol*, o lineal como en *El mono gramático*.

2.13. Piedra de sol. El tiempo, el amor y el cuerpo

En *Piedra de sol* el amor es una hipérbole del deseo carnal, bajo una operación poética en ascenso que al final se rehace y recompone, después de descomponerse por la geografía del cuerpo de la amada. Es un viaje hacia la luz, hacia lo blanco, que es lo mismo que decir: hacia el silencio. En ese viaje se expresa la conciencia poética del autor, en un acto de purificación de su yo, a través de la expiación de las palabras en el tiempo, en los ecos que emiten, como espejo de su propia voluntad de creación. Así, en palabras de Gimferrer: “el poeta se busca a sí mismo en el empeño de encontrar el instante perdido, el momento de fijeza en el vértigo. Surge de pronto, el fin, en esta búsqueda, no el instante, pero sí al menos un instante concreto al que poderse asir” (Gimferrer, 1980:41).

Como lenguaje temporal, la poesía como arte nació del tiempo y a él vuelve: vive en una pugna perpetua por trascender sus coordenadas. El poema, en efecto, funciona en una constante tensión por abolir el tiempo y su duración, su decir, su forma de existencia. El tiempo de la naturaleza pasa, transcurre, y su duración encarna la fugacidad del presente, pero se consagra en el poema, en forma de vértigo y movimiento de la imagen. En su revelación poética, el tiempo no se fija, sino que transcurre de modo invisible, en una rotación cósmica. Plenitud del instante y vacuidad de la fijeza, el tiempo poético sirve de hilo conductor de la energía creativa que dimana de la imaginación del poeta. Si el tiempo es indetenible en la realidad, también lo es en el poema. Su expresión en la composición del poema se manifiesta como fuerza de atracción, que fija el instante de creación en el reino de la imagen poética. El tiempo, pues, se posesiona del poeta y lo convierte en escritura.

“Pero es que por un lado lo que aparece mostrado como ya presente en el interior del poema deber ser visto como futuro en la realidad externa a él – o sea que se alude en presente, no al momento en que efectivamente se escribe el poema, sino más bien al presumible porvenir– y, por lo tanto, del presente inmovilizado en su fijeza al futuro en el que se ha envejecido, es un hecho que se produce dentro del poema, es decir, que al igual que los anteriores

zigzagueos y permutas, forma parte de lo narrado en el texto y sólo es biográfico en la medida en que lo sea el poema como tal, es decir, solo lo es literalmente- y entonces, sí, en el grado máximo- como incidente que forma parte del texto; no de la externa existencia personal de su autor, sino –lo cual no es exactamente lo mismo- de la existencia que posee como personaje en el poema” (Gimferrer, 1980:45-46).

En el delirio de la creación y de la escritura misma del poema, en su concepción estructural, Paz, en *Piedra de sol*, nos revela su idea del amor y del cuerpo, en base a un trasfondo temporal del poema. “Queda claro, pues, que de lo que aquí se trata insiste Gimferrer- es de asediar, de poner cerco al instante, en busca de su fijeza en el poema, que nos revelará nuestro verdadero ser” (Gimferrer, 1980:47).

En el texto *Piedra de sol*, el ser poético busca su consagración en el instante, que se anida en la consumación del placer del cuerpo de la amada, en un afán de plenitud carnal. De ahí que Gimferrer diga: “En la plenitud de este instante, el tiempo se ha detenido y parece alcanzarse la fijeza total de la contemplación e inmersión en lo absoluto” (Gimferrer, 1980:51). El sujeto poético alcanza el autoconocimiento, cuando logra consagrarse en la fijeza del instante de creación y comulgar con el tiempo real. En este largo texto, Paz suspende al lecto en la circularidad del tiempo del poema y lo expulsa de la inmovilidad, pues es un texto cíclico, que se repite y se muerde la cola para semejar el gran calendario azteca, plagado de símbolos y cifras cosmológicas. Así, revela que el discurso poético no se interrumpe, sino que sigue el curso del calendario del tiempo azteca, con sus días y sus noches, sus meses y sus años.

En efecto, la unidad del poema se rompe en la fijeza del instante, en un itinerario donde se consagra el tiempo del poema, y disipa el presente en la trans-temporalidad. En *Piedra de sol* el cuerpo femenino es el centro de gravedad de su empresa imaginativa. Es así la historia de una epifanía del cuerpo, en un flujo erótico por alcanzar la otredad del ser poético, en el encuentro

amoroso, en el que la palabra fecunda el tiempo. Mundo y conciencia, poesía y palabra, cuerpo y deseo se dan las manos en un periplo epifánico entre la naturaleza y la historia.

La circularidad temporal de *Piedra de sol* y *Pasado en claro* se expresa en el itinerario *in crescendo* del verso como dispositivo del lenguaje, que desafía el espacio de la página. En efecto, *Pasado en claro* es un poema unitario, de largo aliento, de tipo autobiográfico, en el que Paz revela gran densidad de ideas y reflexiones sobre el tiempo y su vida personal y familiar: capitaliza su pasado familiar y le imprime dimensión estética y rentabilidad lírica. Tragedia personal y anécdota, crónica de vida, este poemario encarna su odisea ontológica. “Poema circular, se ha dicho: *Pasado en claro* vuelve, en efecto, al punto de partida, pero no recorre, en el trecho que media el arranque y meta, un itinerario rectilíneo como el que podía reconstruirse en *Piedra de sol* y en *Blanco*”, ha dicho el poeta y ensayista catalán (Pere Gimferrer, 1980:75-76).

En gran parte de la obra poética de Paz, el instante y la eternidad, como expresiones míticas del tiempo, encarnan en fijeza y movimiento o, lo que es mejor, en el presente, en tanto que presencia, en que se representa la vida despierta y consciente del hombre.

“Este instante lleva al poeta al encuentro consigo mismo, pero también a la verdadera visión del ciclo del mundo exterior en las horas y las estaciones. Adiestrado en tal escuela de conocimiento, podrá ahora el poeta llevar a cabo una incursión dilatada en el ayer...” (Gimferrer, 1980:78).

Esa ansiedad por el tiempo que atraviesa el imaginario poético de Paz, así como su concepto del poema, está presente en su universo metafísico, el cual se convierte en eje que motoriza y dinamiza la imagen poética en no pocos de sus textos líricos: “En el fondo del tiempo ya no hay tiempo” (Paz 14, 1990:101).

El sujeto poético en Paz “vagabundea” en el tiempo, pone en crisis la temporalidad, como ser errante. Es así que el tiempo se transfigura en protagonista de su mundo poético, en el acto de

nombrar las cosas con el lenguaje de la simbolización, casi siempre contagiado de sueños, de experiencias oníricas que se confunden y mezclan con la historia, el mito o la realidad.

2.14. Fijeza y movimiento, sucesión y tránsito

En Paz la poesía se convierte en recurso de pensamiento, y también, en autoconocimiento, en la medida en que la escritura misma del poema se convierte en experiencia material e intelectual. Así, el acto de pensar, reflexionar y contemplar la realidad participa como pretexto de reconocimiento del mundo y, en consecuencia, como forma de auto- conocerse. Esta experiencia le permite afirmar su ser, descubrir su intelecto y medir sus potencialidades imaginativas, creadoras, inventivas y conceptuales. Es decir, que la poesía se convierte en aprendizaje del lenguaje y ejercicio de pensamiento, a la manera germana del *bildungsroman* narrativo. En efecto, la palabra poética en el autor mexicano alcanza una forma de percepción y un modo de conocimiento que lo transforma como sujeto de creación. Estos poemas suyos, jalonados por la categoría del tiempo, presentan una dicotomía de oposiciones, en niveles tales como: fijeza-movimiento, sucesión-instante, tránsito-quietud, perpetuidad-fugacidad. Los mismos actúan como correlatos entre individuo y mundo, historia y naturaleza, identidad y otredad, cuerpo y no-cuerpo, unidad y relación, vacuidad y plenitud. Por consiguiente, el yo y la máscara, el mundo y el lenguaje poético actúan como espejos o metáforas del universo simbólico. En consecuencia, la obra de Paz es una tentativa por superar la dualidad de las cosas, a través de la relación o la analogía temporal como única forma simbólica posible de alcanzar la unidad del mundo. Esta es pues la suprema aspiración de todo poeta, que constituye la esencia de gran parte de los temas que trata o aborda. Octavio Paz, en efecto, fija el tiempo, lo congela en un raptó continuo del proceso verbal de la

escritura del poema. “Vivimos en el tiempo del poema, que es tiempo de la memoria hecha presente” (Gimferrer, 1980:98). Persigue la iluminación a través de la experiencia poética como un acto religioso y estético, no en el tiempo histórico sino en el tiempo del instante de la imagen creadora. “Aquí y ahora en el presente donde adquiere sentido humano la Historia es donde nos hace habitar el poema. La retención de la fijeza que define el poema tiene por objeto, ahora la advertimos, hacernos habitable ese ‘presente perpetuo’... en el que la poesía, al llevar a cabo ‘la resurrección de las presencias’ abre el camino a “La historia Transfigurada en la verdad del tiempo no fechado” (Gimferrer, 1980:100-101).

2.15. Circularidad y movimiento

Octavio Paz con su poesía hace inmóvil el tiempo del poema, y así lo perpetúa en la quietud del movimiento de la historia y del tiempo real de la naturaleza: el tiempo psicológico del cuerpo. El tema de *Piedra de sol* es el tiempo circular, una operación técnica donde dialogan el movimiento y la fijeza –o la fijeza momentánea y lineal en el *Mono gramático*-, en un fluir temporal elíptico del poema. A través de la lectura del poema se produce una percepción del instante mismo en que fue concebido. Así pues, el tiempo encarna en escritura en movimiento. Entre los opuestos, fijeza y movimiento, se articula un campo de fuerza gravitatoria que le confiere impulso a la acción de la imagen poética. En tal virtud, Gimferrer -evocando la lectura del *Mono gramático*- apunta:

“Toda esta primera fase de halla presidida por la tensión entre movimiento e inmovilidad, que corresponde a la tensión entre fijeza del instante y la fluencia temporal de que éste se desgaja, y aun, en el interior del instante reducido a la fijeza, responde a la calidad momentánea de ésta, a su transitoriedad: fijeza momentánea, en tránsito hacia otro instante” (Gimferrer, 1980:109).

Por consiguiente, el correlato fijeza-movimiento prefigura el tránsito y la sucesión del ritmo del poema, en su estructura, composición y forma.

A propósito de *Piedra de sol*, Gimferrer sentencia, finalmente:

“Lo visto en el poema nos deja a solas con la petrificación de las cosas visibles, vueltas ya invisibles en la noche cerrada; lo leído en la página nos deja, nuevamente, con el blanco inicial, mientras los nombres, consolidados y compactos, perduran en la fijeza momentánea que el poema ha hecho posible. Hemos ido de la inmovilidad a la fijeza, y también del blanco al blanco en la página” (Gimferrer, 1980:118).

El tiempo, en su transcurrir y devenir, ofrece una imagen del pasado, y de espacio donde se sitúa la memoria, que será vital en la recuperación del fluir del tiempo. En efecto, el tiempo fragmenta el espacio, y más aún, el pasado. Ahora bien, el espacio en blanco se torna receptáculo para que el tiempo transcurra y deje su estela en el presente. “Una vez más, el lenguaje especializa la temporalidad de la conciencia y lo sucesivo se vuelve simultáneo”, afirma en ese sentido Hugo Verani, en su obra *El poema como caminata* (Verani, 2013:143). La dualidad dialéctica que se produce entre la idea de fijeza y de movimiento, en el libro *El mono gramático*, actúa como *leitmotiv* que se repite reiterativamente como una letanía que funda una realidad paradójica, y que alude a la idea de cambio y permanencia, como motores expresivos del texto.

“Espacio y tiempo desaparecen bajo el hechizo del presente. Tanto ‘La fijeza es siempre momentánea’ como ‘El presente es perpetuo’ (“*Viento entero*”) y el ‘viaje inmóvil’ (*Blanco*) exponen la coherencia de la cosmovisión de Paz en su periodo oriental, que entronca, naturalmente, con su sueño de plenitud en un tiempo sin tiempo” (Verani, 2013:131).

El tiempo, en síntesis, se convierte y actúa como eje de mediación entre el mundo y el ser, y se produce así una escisión en el fluir temporal del poema, entre la imagen visible y la palabra, que será el fundamento de gran parte de su obra poética:

“Ciudad Mujer Presencia
aquí se acaba el tiempo
aquí comienza” (Paz 25, 1997:303).

De este modo, el tiempo participa como espacio central en la cosmovisión poética de Paz, se revela en un constante monólogo interior, el cual hace pensar que su obra poética es un largo diálogo con su yo, o una misteriosa conversación autobiográfica. Es una especie de diálogo con sus sentidos, entre las palabras y sus ecos, en un espacio temporal simultáneo, simétrico y circular, que encarna una suerte de poética del caminar o arte del caminar, como ejercicio del intelecto creativo y del pensamiento lúdico. Es como si los poemas se escribieran, midiendo los pasos, acaso para que los pasos del caminar sirvieran de ritmo, en un “rito de pasos”, o marca de tiempo -como bien lo estudia el crítico Hugo Verani. Dice poeta mexicano:

“Óyeme como quien oye llover,
pasan los años, regresan los instantes,
¿oyes tus pasos en el cuarto vecino?
no aquí ni allá: los oyes
en otro tiempo que es ahora mismo,
oye los pasos del tiempo
inventor de lugares sin peso ni sitio” (Paz 1, 1987:155).

En *Piedra de sol*, por ejemplo, se va a operar una suerte de poesía de la itinerancia, de una peregrinación circular del ser poético, que persigue una búsqueda y una reconciliación entre su yo y la otredad, y cuya liberación se manifiesta a través del cuerpo erótico femenino. Así pues, como dice Verani: “el yo del poeta se disuelve en el lenguaje y su imagen se desvanece en la otredad” (Verani, 2013:95).

La obsesión de Paz con el tiempo se resuelve siempre en búsqueda por perpetuar su ser en el presente y así reivindicar la memoria, que en él tiene menos presencia que el presente, el cual, a menudo, depara en instante, o, más precisamente, en una visión del instante poético de lo perdurable.

“Para él, el presente abarca todo lo existente: retornar al origen es retornar al presente, a un eterno presente. La eternidad -si existe- está aquí y ahora. Considera Wittgenstein. Y la misma actitud mueve a Paz: la eternidad y lo absoluto no están más allá de nuestros sentidos, existen en uno mismo. Vivir en el presente -en el instante- es una forma de reconciliarse con la mortalidad” (Verani, 2013:105).

2.16. La búsqueda del presente. Poética del tiempo circular y cíclico

En Octavio Paz la búsqueda del presente es una forma de perpetuarlo o de eternizarse en el instante, en ese estado del tiempo que representa la vida: del vivir que fluye. La búsqueda del presente como existencia es, también, una búsqueda de absoluto y de rechazo a la idea de la muerte, como encarnación del fin de la existencia. Para Paz, el presente se vuelve obsesión de eternidad y punto de partida, en la búsqueda de los orígenes del tiempo y de la vida misma. Esa idea se vuelve una imagen circular que se mueve en espiral, cuyo punto de inflexión es un instante fijo, que gira al compás de su propio movimiento centrífugo. La búsqueda del origen es también una utopía del mito de la historia y se confunde con el retorno a los arcanos del mundo. “La utopía del retorno a los orígenes, a la reencarnación del tiempo arquetípico con los ritmos cíclicos del cosmos, reaparece en forma incesante en la obra poética de Octavio Paz” (Verani, 2013:134).

La poética del tiempo en Paz se circunscribe al inscribirse, en el curso mismo del tiempo, como una forma de redención del espacio real, a través del tiempo circular, que nos remite a la idea del Eterno Retorno nietzscheana. Se produce así la reconciliación del tiempo circular y el tiempo cíclico que depara en convergencia del pasado y el presente. La concepción del Eterno Retorno de lo mismo, que proviene del imaginario nietzscheano, lo representa simbólicamente el poema *Piedra de sol*. La representación en este poema se expresa entre la figura del círculo, antes

que en la de la espiral. El eje que motoriza este texto circular “nos remite a la vuelta del tiempo, mejor dicho: a la vuelta de los tiempos” (Scharer-Nussberger, 1989:131).

La idea de la circularidad ejercerá sobre Paz una fascinación que lo conducirá a olvidar el pasado para afirmarse en el presente, ese presente eterno y perpetuo que marcará su imaginario filosófico y su poética verbal. Así pues, el tiempo se representa en la figura geométrica del círculo, que tiene sus antecedentes intelectuales en el concepto de laberinto, la cual ya aparece en su libro *El laberinto de la soledad*, de 1950. En cambio, en *Piedra de sol* se configura la conjunción espacio-tiempo, y en la simultaneidad del presente. En síntesis, la idea de continuidad del tiempo circular opera en gran parte de su universo poético. Ahora bien, es en su poética del instante donde se articulan el pasado y el presente, entre el ahora y el ayer.

“Cada momento es, en efecto, un ‘cruce de caminos’ entre avanzar y retroceder. Cada momento es un ‘ahora’ en el que estamos ‘llegando siempre’. Más aún: cada momento es el punto de intersección entre el tiempo circular y externo de la rueda y aquel ‘otro’ interior que señala hacia el origen, desde donde vuelve a surgir, interrumpiendo el tiempo ‘sucesivo’ de la circunferencia” (Scharer-Nussberger, 1989:136).

Se sabe que el tiempo histórico es lineal, profano y rectilíneo, y que el tiempo religioso es circular, sagrado, mítico y cíclico. Todos están impulsados por la sucesión de los días y las noches, que representan la muerte y la vida. Para los que creen en la reencarnación, el tiempo tiene un eterno retorno, y, por tanto, la vida regresa en otro tiempo, en un sinfín perpetuo que no agota la muerte. En cambio, para los que creen que solo hay una vida, la terrena y material, la vida tiene un fin, y es lineal: nace con la vida animal y vegetal y se termina con la muerte. Por tanto, es histórica, no mítica o sagrada. En el poema *Piedra de sol*, se asiste a la invención de un tiempo circular y mítico, que media entre el tiempo de los hombres y el tiempo de los dioses. Este tiempo circular no termina con la muerte. En cambio, el tiempo lineal sí. La lectura de este largo poema

remite a un tiempo circular y secuencial que se abre y nunca se cierra a las múltiples lecturas, por ser una obra abierta, un abanico de símbolos, cifras y metáforas. Su lectura hace recrear un ritmo vital, que encarna la continuidad verbal de instantes simultáneos, de desciframientos de sus sentidos.

En su estructura queda dibujada la idea del aquí en el ahora, en un juego simbólico de tiempo y espacio.

“Aunque *Piedra de sol* está señalado hacia la vuelta de los tiempos, la composición del poema nos remite, como vimos- según Scharer-Nussberger-, a un ritmo complejo en el que reconocemos tanto los ciclos del Eterno Retorno, como el laberinto de la historia y el ‘tiempo sin tiempo’ del origen-centro. Espacio vivo de un ‘presente perpetuo’, la realidad laberíntica del poema no se deja apresar de hecho ni por la figura del círculo ni por aquella de la espiral” (Scharer-Nussberger, 1989:142).

Con este texto y otros, Paz hace una crítica a la noción del tiempo en la poesía, y pone a confrontarse el tiempo occidental con el tiempo oriental. El tiempo cíclico niega la muerte y también la historia. En cambio, el tiempo lineal se inserta y monta en las coordenadas de la historia, en un proceso irrepetible de tránsito. El tiempo es, por ende, un círculo y una espiral. En la poesía de Paz, lo encarna la imagen del río que corre y fluye y en la sucesión de los días: siempre lo representa el sol, nunca la luna. El tiempo es así la prisión que lo impulsa a liberarse de la cárcel de la razón, a través de la pasión y del deseo. La imaginación poética de Paz se mueve en un espacio de signos temporales, de un ritmo móvil y cambiante, cuyo punto de convergencia e intersección es el presente continuo. Esa pasión por el cambio y la transformación del tiempo poético, así como la renovación del verso serán los ejes de su concepción de la vanguardia histórica y de la modernidad literaria. ¿“Qué es poesía?”, preguntará Paz de nuevo en ‘Nocturno de San Idelfonso’. A lo que el poeta responde:

“ver

la quietud en el movimiento
el tránsito
en la quietud” (Paz 20, 1990:80).

La idea del ritmo poético alude a la del tiempo físico, y nos remite al origen de un tiempo anterior y original, que es la semilla de todo lo viviente, y que encarna la vivacidad de lo moviente.

La obra paciana es una constante indagación del tiempo, de la otredad en que se dobléa su yo. Su eje oscila entre un más allá pasado y un más acá presente, que es la presencia del instante, donde se realiza y revela su identidad poética y creadora. Mismidad psicológica y pluralidad de tiempos o, para decirlo con palabras de Juan Malpartida: “La poesía de Paz está enamorada del tiempo” (Paz 18, 1990:19).

2.17. Tiempo, movimiento y reposo

Salta a la vista, que el tiempo siempre es presente: un presente que es instantáneo o momentáneo, y que niega el reposo. Si el presente es una presencia real, el futuro y el pasado son ilusorios, pues no están condicionados por la realidad, ya que el pasado es memoria y el futuro utopía, devenir: una invención desde el presente y el pasado, que son su recreación. La filosofía del poeta consiste en inventar –o reinventar– cada día el presente en el acto creativo, pero esto no implica la destrucción del tiempo futuro ni del pasado.

“La poesía es la memoria de los pueblos y una de sus funciones, quizás la primordial, es precisamente la transfiguración del pasado en presencia viva. La poesía exorciza el pasado; así vuelve habitable al presente. Todos los tiempos, del tiempo mítico largo como un milenio a la centella del instante, tocados por la poesía, se vuelven presente”, sentencia Octavio Paz, en “La casa de la presencia” (Paz 17, 2011:29).

En efecto, los estados del tiempo se transforman en realidad, solo en el presente, en vivacidad, en vida orgánica. Así pues, el poeta transfigura la imagen poética, las visiones del instante, en presente temporal. “El presente de la poesía es una transfiguración: el tiempo encarna en una presencia. El poema es la casa de la presencia” (Paz 17, 2011:29).

Si el universo tuvo un comienzo debe tener un fin, pues todo lo que ha sido creado algún día deberá morir, tener un fin. Si tuvo un inicio entonces debe tener una historia. Si tuvo un principio, ¿quién lo creó? Si el tiempo existe, ¿quién lo creó y cuándo? ¿Nació de la nada? Si tendrá un final, ¿cuándo será ese final? ¿Qué habrá después de ese final? Si el universo brotó de una explosión, como dice la teoría del *Big Bang*, ¿qué había antes de esta eclosión cósmica? Son algunos interrogantes que nos hacemos y que se hacen los científicos, y desde luego, también los artistas, los poetas y los filósofos. En ese sentido, dice Octavio Paz: “Acudiré a un ejemplo de la cosmología moderna: con el *Big Bang* comienza el tiempo y comienza con una explosión o estallido de la materia primordial, es decir, con una expansión espacial” (Paz 17, 2011:43).

La idea occidental cristiana del tiempo histórico sucesivo se opone a la idea oriental del tiempo cíclico, como también a la idea de la transmigración de las almas (o metempsicosis) y de la reencarnación, éstas últimas de naturaleza y origen orientales. Como el hombre es un ente temporal, es decir, está hecho por la contingencia del tiempo, por tanto, la tierra le fue dada –o más bien: su tiempo en la tierra. Si el tiempo existe es mutable: cambia. Por tanto, nosotros también cambiamos: nacemos y morimos. No existe el tiempo al margen del espacio que representa su duración y transcurrir. Al pensar en el espacio, pensamos en tiempo, es decir, pensamos temporalmente. Ambos se complementan y convergen en una fuerza de atracción magnética recíproca. “Un espacio sin tiempo, inmóvil y fijo en sí mismo, es inconcebible: el espacio transcurre, es duración. El tiempo tampoco puede pensarse aisladamente: para realizarse, para ser,

ya sea como repetición (medida) o como cambio (substancia) necesita al espacio” (Paz 17, 2011:244). Así pues, tiempo y espacio, como figuraciones del universo, se complementan en la duración del movimiento. El tiempo, en efecto, se realiza en el ser: es un ser móvil y semoviente.

En la tradición cosmológica azteca del mundo prehispánico, el tiempo tenía cuatro puntos cardinales que circulaban alrededor de un punto inmóvil y fijo, que se situaba en el centro del círculo. O, más bien: norte, sur, este y oeste se movían alrededor de un quinto punto, donde residía la profundidad, o, dicho en otras palabras: ese punto era el tiempo. Es decir, que el tiempo constituía un quinto punto cardinal. Para la física einsteniana, el tiempo es el cuarto elemento del espacio, después del largo, el ancho y la profundidad, que aporta la perspectiva lineal.

Entre el movimiento y la inmutabilidad, la fijeza y la mutación gira la órbita del tiempo de la naturaleza, y, desde luego, del arte, o, más bien, de las artes temporales (poesía, música y danza). La relación del poeta con el tiempo es de naturaleza compleja. Mientras que el narrador (cuentista o novelista) hace un uso analítico del tiempo, pues analiza y extiende la acción narrativa y el tiempo de la historia, el poeta, en cambio, hace un uso sintético del lenguaje: lo dice todo en pocos versos, en pocas líneas, ya que la poesía se nutre del instante. Aun para redactar los tres versos de un *haiku* japonés, el poeta puede tomarse días o meses de incubación, observación, meditación y gestación del texto; sin embargo, para plasmarlo, puede tomarse un relámpago temporal de escritura.

La de Octavio Paz es una obra que persigue destruir y liquidar el tiempo poético: ponerlo en crisis. Sin embargo, no hace sino recrearlo y, más aún, reinventarlo, en una huida hacia adelante acelerada del tiempo real. Así, la académica Maya Scharer-Nussberger señala: “En vez de conciliar ‘movimiento’ y ‘presencia’, este ya no es sino una figura de la temporalidad, del fluir del tiempo. Un tiempo, cuyo movimiento progresivo no señala, sin embargo, hacia alguna ‘realización’, sino solo hacia un desmoronamiento y una desintegración” (Scharer-Nussberger, 1989: 114). Y sigue

diciendo: “Ahora bien, la conciencia de la temporalidad en la obra de Paz y, más precisamente aun: la conciencia de un tiempo que ‘roe’ y corroe todo lo que vive” (Scharer-Nussberger, 1989:114).

En el Premio Nobel mexicano, el poema realiza una tentativa por reconciliar el espacio y el tiempo, como se aprecia en *Blanco y Topoemas*, *Piedra de sol* y *El mono gramático*. Con su imaginación le imprime sentido al tiempo, poniendo en crisis al yo poético, como se ve en la imagen del río y del sueño. Ganancia y pérdida, en medio de estas tendencias, el ser poético encarna, o se disipa, en triunfo o desaparición.

La poesía es una tentativa por destruir el tiempo, que es su lenguaje de expresión. También, lo transfigura y contradice, no lo niega *per se*, pues es su naturaleza y su origen. Como ruptura del tiempo histórico, la poesía es trascendencia del tiempo real. En la idea misma del tiempo como movimiento y fijeza momentánea, Paz encuentra la clave de la modernidad.

“Lo moderno se basa en una concepción lineal del tiempo. Es el tiempo de la historia, compuesto de instantes únicos y sucesivos, que pasan una sola vez y se convierten, por ello, en ‘pasado’. Es el tiempo de la desaparición y la muerte, lo efímero y lo concreto, un tiempo profano que se gasta irremediablemente y que transcurre, aunque el hombre no lo habite” (Matamoro, 1990:114).

En *Posdata* -continuación de *El laberinto de la soledad*-, Octavio Paz, en su reflexión sobre el yo y la otredad, el presente y el pasado, vuelve -o reitera- su concepción del tiempo:

“Ni adentro ni afuera, ni antes ni después: el pasado reaparece porque es un presente oculto. Hablo del verdadero pasado, que no es lo mismo que ‘lo que pasó’: las fechas, los personajes y todo eso que llamamos historia. Aquello que pasó efectivamente pasó, pero hay algo que no pasa, algo que pasa sin pasar del todo, perpetuo presente en rotación” (Paz, 1987:111).

En Octavio Paz siempre estuvo latente la búsqueda del presente, hasta el punto de que su conferencia de recepción del Premio Nobel de Literatura en Estocolmo -incluida en su ensayo

Convergencia- se tituló “La búsqueda del presente”. Como se observa, en Paz siempre está latente la persistencia del presente. Se convirtió, así, en un teórico y pensador de ese tema que es parte integrante de su concepción y preocupación por el tiempo. Su reflexión de un tiempo, real o imaginario, lo condujo a pensar en la existencia de que todos los estados del tiempo transcurren en un aquí-ahora, es decir, en un “ahora mismo”: un ahí que es allá, y viceversa. Al sentirse un ser desalojado del tiempo, también lo hacía sentir un ser “desalojado del presente” (13). En ese sentido, afirma: “Me sentí, literalmente, desalojado del presente... Sentí que el mundo se escindía: yo no estaba en el presente. Mi ahora se disgregó: el verdadero tiempo estaba en otra parte” (Paz 3, 1991:12-13). Su percepción del tiempo se vuelve una sensación que lo condujo a un estado de incertidumbre, donde se disgrega su presente, el ahora de su ser. “A pesar del testimonio de mis sentidos, el tiempo de allá, el de los otros, era el verdadero, el tiempo del presente real. Acepté lo inaceptable: fui adulto. Así comenzó mi expulsión del presente” (Paz 3, 1991:12). Es decir, que, para Paz, hay dos tiempos: el de allá (el de los otros) y el de aquí (el de su yo). Su experiencia, que encarna la idea de la experiencia de la presente encierra, asimismo, una conciencia del tiempo. Esa conciencia se vuelve acción del presente o, lo que es lo mismo: de la vida real.

La búsqueda por alcanzar el presente en Paz se transforma en una meta, es decir, en una metafísica del tiempo, que se emparenta a una experiencia religiosa. O más bien, una experiencia poética del instante, que congela el tiempo en un presente eterno. En tal sentido, afirma: “La poesía está enamorada del instante y quiere revivirlo en un poema; lo aparta de la sucesión y lo convierte en presente fijo” (Paz 3, 1991:13).

2.18. Tiempo de la historia y tiempo del poema. Tiempo progresivo y cristiano

Esa búsqueda del presente en Octavio Paz se afirma en búsqueda de la modernidad. Más bien, el tema del tiempo es central en su concepción de la modernidad. Y más que el tiempo del poema, el tiempo histórico, que en este poeta se define en sucesión, tránsito lineal irrepetible y rectilíneo, en confrontación con el tiempo circular y repetible. En tal sentido, Paz enfatiza:

“El cristianismo desplazó al tiempo cíclico de los paganos: la historia no se repite, tuvo un principio y tendrá un fin; el tiempo sucesivo fue el tiempo profano de la historia, teatro de las acciones de los hombres caídos, pero sometido al tiempo sagrado, sin principio ni fin. Después del Juicio Final, lo mismo en el cielo que en el infierno, no habrá futuro. En la Eternidad no sucede nada porque todo es. Triunfo del ser sobre el devenir. El tiempo nuevo, el nuestro, es lineal como el cristiano, pero abierto al infinito y sin referencia a la Eternidad. Nuestro tiempo es el de la historia profana. Tiempo irreversible y perpetuamente inacabado, en marcha no hacia su fin sino hacia el porvenir. El sol de la historia se llama futuro y el nombre del movimiento hacia el futuro es Progreso” (Paz 3, 1991:16).

En este poeta y ensayista mexicano hay pues una crítica a la historia de la relación entre la noción del tiempo de los cristianos y la de los paganos: Oriente y Occidente. Esa crítica se vuelve, en su universo conceptual, una obsesión que habrá de signar su poesía y sus reflexiones teóricas e intelectuales, y que se volverá un rasgo peculiar de su visión, y aun de la modernidad. Es una idea un tanto pesimista del ocaso del futuro y del progreso, y una defensa apasionada del presente, como tiempo donde se realiza el ser, escenario donde se perpetúa el tiempo presente, que en Paz, se define como presencia, o más bien, como vida o “vivacidad” (Paz 3, 1991: 14) -como acostumbra más a decir. Esa persistencia del presente es una forma de afirmar que en el presente nacimos y morimos, pues el nacimiento y la muerte nunca acontecen en el pasado o el futuro. “La edad moderna rechaza tanto el tiempo cíclico de los primitivos como la eternidad cristiana e

inaugura un tiempo lineal, sucesivo, irreplicable. Su piedra de toque es el cambio; su espacio de realización, el futuro” (Anthony Stanton, en *Paz*, 1994:25).

La preocupación por el tiempo en Paz se remonta a sus lecturas tempranas de Marcel Proust y su saga novelística en siete tomos *La búsqueda del tiempo perdido* –que lo motivó a escribir un ensayo de juventud, y que aparece en *Primeras letras (15)*, editada por Enrico Mario Santi- luego se afirma con la lectura filosófica de Henri Bergson. La idea del tiempo perdido y recobrado de Proust y el concepto de “los datos inmediatos de la conciencia”, de Bergson, fueron cruciales en la conformación de su noción del tiempo, el instante, la eternidad y el presente, que luego fundamentará con sus lecturas de Gaston Bachelard. “En esto se ciñe la filosofía del tiempo de Octavio Paz, que es una poética del tiempo” (Lafaye, 2013: 63). Esa inquietud filosófica, de matiz existencialista de Paz por el tiempo, como gran tema metafísico, habrá de permear su noción de modernidad, de la historia y de la poesía. En tal sentido, Lafaye dice: “Pero en todas sus obras está subyacente la crítica del tiempo presente y la preocupación por el provenir de la humanidad, por lo cual rebasa las fronteras visibles del tema que se ha asignado y se eleva a una meditación señera, universal” (Lafaye, 2013:193).

Muchos conceptos del universo de referencias intelectuales de Paz, y que son los cimientos de sus ideas, provienen de sus lecturas tempranas, y de toda su vida, que se remontan a los poetas románticos alemanes, hasta desembocar en los pensadores alemanes, franceses e ingleses, y en nuestro orbe hispánico en Ortega y Gasset y Antonio Machado.

También en las lecturas posteriores de los pensadores orientales, en sus contactos y viajes por el Medio y Lejano Oriente. Así pues, su idea del tiempo la fue articulando, metabolizando y fundamentando al calor de sus experiencias de lectura de filósofos de la historia y pensadores

ontológicos. En su ensayo *Pensamiento en blanco*, contenido en el libro *El signo y el garabato*, Paz elabora la siguiente frase lapidaria sobre el tiempo y el arte:

“Vivimos el fin del tiempo lineal, el tiempo de la sucesión: historia, progreso, modernidad... La crisis del objeto es apenas una manifestación (negativa) del fin del tiempo; lo que está en crisis no es el arte sino el tiempo, nuestra idea del tiempo” (Paz 10, 1991:50).

La búsqueda del presente en Paz es también una forma de afirmarse en el tiempo, de buscar la “otra voz” (16), que siempre proviene del presente. La forma de poetizar el tiempo es, desde luego, diferente a sus reflexiones teóricas sobre el mismo, pues en el poema participa la metáfora y la analogía, tan caras a su sensibilidad poética, y que actúan como recursos técnicos que hacen del tiempo no un concepto de la ciencia sino del arte verbal. Anthony Stanton, especialista en poesía mexicana, describe algunas líneas temáticas de los ensayos de Octavio Paz de la siguiente forma:

“dudas sobre nuestra concepción lineal del tiempo y de la historia; pérdida de fe en el progreso; conciencia del desastre ecológico; ocaso de la idea clásica de revolución; resurgimiento de ideologías religiosas, minoritarias y nacionalistas. Este diagnóstico del ‘descrédito del futuro’ coincide con muchas obsesiones contemporáneas, pero no creo equivocarme al señalar que la visión de Paz se opone a muchas de las tendencias nihilistas y oscurantistas del pensamiento posmoderno” (Anthony Stanton, *en Paz*, 1994:28).

La visión del tiempo en Paz apunta a ser profética, pero esperanzadora, en ocasiones, una esperanza que suele ser en él, gravitacional. En tal sentido, Stanton reitera:

“Frente a la sobrevaloración clásica del pasado y frente al descrédito del futuro, se erige una poética de la presencia. En los escritos últimos de Paz hay dos palabras que definen esta poética: reconciliación y convergencia. El presente como ‘centro de convergencia de los tiempos’; la reconciliación como aceptación de la otredad que nos constituye” (Stanton, 1994:28).

Cita una frase de Paz que es reveladora y contundente:

“Los poetas de la edad que comienza buscamos ese principio invariante que es el fundamento de los cambios... La poesía que comienza ahora, sin comenzar, busca la intersección de los tiempos, el punto de convergencia... Los hombres tendrán muy pronto que edificar una Moral, una Política, una Erótica y una Poética del tiempo presente” (Paz 12, 1990: 53).

De ahí que Paz se puede leer como un poeta seducido y fascinado por el presente, que cinceló y plasmó una obra lírica normada y atizada por el tiempo y sus vibraciones, su incandescencia y poder de iluminación. Poética del instante y poética del presente convergen y confluyen en su órbita literaria, en una suerte de punto de inflexión o eje gravitacional, donde descansan el ritmo y el impulso que convierten la fijeza en movimiento y el movimiento, en presente perpetuo.

En ocasiones, Paz, en sus poemas breves, tiende a congelar el tiempo en instantes sucesivos de visiones, que concentran y expresan percepciones temporales de la eternidad. En estos formatos poéticos breves de Paz -que nos recuerdan a Jorge Guillén (17)- se yuxtaponen la luminosidad y la claridad, en su afán por concentrar, inmovilizar, captar y detener el tiempo, en un golpe de equilibrio entre el azar y el cálculo: esto es, el azar surrealista y el cálculo racionalista.

2.19. Octavio Paz poeta del tiempo y de la historia: otredad y temporalidad del yo

En la poesía de Paz hay una economía verbal, en sus poemas breves, y en cambio, una exuberancia en los poemas en prosa (*¿Águila o sol?* o *El mono gramático*) y un gran torbellino lírico en los poemas de largo aliento (*Piedra de sol* o *La estación violenta*). Hay pues simetría verbal en su composición poética y dualidad cartesiana en sus trazos rítmicos. Así se podría enmarcar la estructura expresiva de sus poemas que conforman su universo poético. En síntesis, Paz es un poeta del tiempo, su apologista, teórico y pensador, que reinventó el lenguaje temporal de la poesía, y cuya deuda con Antonio Machado -también poeta del tiempo- es inmensa. Filósofo

del tiempo, Paz articuló su obra literaria en un diálogo reflexivo con el tiempo, tanto en su poesía como en sus ensayos. Su pensamiento sobre la soledad lo condujo a reflexionar además sobre la muerte, la historia y la otredad. Prisionero de la cárcel del tiempo, su yo se realiza en el otro, y de ahí su reflexión constante sobre la otredad, que también le vino de Machado, acaso de la frase: “La esencial heterogeneidad del ser” (16). La búsqueda paciana de la otredad fue una forma de alcanzar la trascendencia de su yo. En consecuencia, su meditación sobre la soledad y la otredad permearon su sensibilidad, su pensamiento y su imaginación desde muy temprano. A propósito de Machado, Octavio Paz dice sobre este poeta español:

“Vivimos el fin de un mundo y de un estilo de pensar: el fin del lirismo burgués, el fin del yo cartesiano. En las fronteras del amor y de la muerte, encerrado en su soledad, el poeta canta el canto del tiempo: cuenta las horas que faltan para que caigan todas las máscaras y el hombre, libre al fin de sí mismo, se reconcilia con el hombre” (Paz 13, 1984:151).

El tema del tiempo, que es esencial en Machado, también lo es en Paz. Y ahí radica la esencia de su preocupación por la historia, o más bien, del lugar del poeta y del hombre en la historia, y de la poesía en la historia. Su concepción poética de la otredad --deudora de Machado--, conforma un tema central de nuestros tiempos -- y que es crucial en la modernidad. La obra poética y ensayística de Paz postula una vía para vislumbrar e iluminar la poesía que vendrá y los desafíos de la historia del presente. En síntesis, la suya es una obra que ausculta en la conciencia del poeta moderno, con todas sus contradicciones, laberintos, angustias, soledades y retos.

El centro de gran parte de sus reflexiones es la historia, y de ahí su pasión por la política, que es la historia del presente. Fue un hombre de su siglo, que vivió casi todo el siglo XX. En tal sentido, conviene leer su reflexión sobre la historia:

“La realidad que vemos no está afuera sino adentro: estamos en ella y ella está en nosotros. Somos ella. Por esto no es posible desoir su llamado y por esto la historia no es solo el dominio de la contingencia y el accidente: es

el lugar de la prueba. Es la piedra de toque. La historia es otra cosa que nuestro diario vivir con, frente y entre nuestros semejantes. Vivir otros mismos es convivir con los otros... No somos plenamente sino en los otros y con los otros: en la historia. Al mismo tiempo, vivir nada más en y para la historia no es vivir realmente. Aparte de nuestra vida íntima – que es intransferible y, me atrevo a decir, sagrada- para que la historia se cumpla debe desplegarse en un dominio más allá de ella misma. La historia es sed de totalidad, hambre de más allá” (Paz 16, 1990:99).

Y sigue diciendo:

“Esta es la paradoja mayor: sus absolutos son cambiantes, sus eternidades duran un parpadeo. No importa: sin ese más allá, el instante no es instante ni la historia es historia. Desde el principio vivimos en dos órdenes paralelos y separados por un precipicio: el aquí y el allá, la contingencia y la necesidad. O como dirían los escolásticos: el accidente y la substancia” (Paz 16, 1990:99).

Los acontecimientos históricos son irreversibles. Si se repiten es como farsa, como bien sentenció Marx (17). En cambio, para Hegel, los acontecimientos de la naturaleza se repiten hasta el infinito, aunque el fundamento de su filosofía de la historia reside en su sentencia de la “muerte de la historia” como el fin de los acontecimientos, una tesis conflictiva, que se asemeja a la otra suya de la “muerte del arte” (18), en tanto forma de afirmar el fin del arte romántico como algo del pasado. Esa visión escatológica de este filósofo idealista alemán tiene su explicación en su concepción teleológica de la historia. Hegel fue un filósofo que Paz leyó en su etapa temprana de formación intelectual, en la época en que escribía su obra *El laberinto de la soledad*. El hombre occidental ha vivido bajo la paranoia obsesiva del fin del mundo, y desde luego, de la historia.

Ante este drama ha buscado una forma de regenerar el tiempo. Corresponde a una idea cosmogónica del tiempo, que parte de una visión arquetípica del principio y el fin del mundo, es decir: que, si el mundo tuvo un comienzo, también debe tener un final. El tiempo de la historia está determinado por el transcurrir, y el tiempo de la mitología, por la duración: de un tiempo

trascendente a un instante intemporal. El tiempo sagrado o cristiano transcurre progresiva y linealmente, y no pretende abolir el mito del Eterno Retorno. En cambio, el tiempo profano persigue abolir la historia, a través de un regreso continuo, circular y repetitivo, una idea que encarna la cosmogonía *in illo tempore*. La idea del retorno es simbólica, pues, representa una vuelta a la plenitud primordial, que es la búsqueda de toda tentativa temporal mítica. El movimiento de la idea profana del tiempo es ahistórico, ya que gira en dirección opuesta a la concepción histórica y lineal del tiempo no cosmogónico sino terrestre.

La visión sagrada no persigue abolir la historia, ya que defiende el valor, la importancia y el papel de la memoria. “Y es ése el sentido en que puede decirse que el hombre religioso es primitivo: repite las acciones de cualquier otro, y por esa repetición vive sin cesar en un presente atemporal” (Eliade, 1985:83). Esa preocupación de índole ontológica y antropológica ha ocupado el centro de no pocos filósofos y místicos, que han reflexionado sobre el tiempo sagrado y el tiempo profano, el mito del origen y el fin de las cosas del mundo. En tal sentido, el pensador rumano dice:

“Pero descubrimos al mismo tiempo la estructura cíclica del tiempo, que se regenera a cada nuevo nacimiento cualquiera sea el plano que se produzca. Ese ‘eterno retorno’ delata una ontología no contaminada por el tiempo y el devenir. Así como los griegos, en el mito del eterno retorno, buscaban satisfacer su sed metafísica de lo ‘óntico’ y de lo estático” (Eliade, 1985:86).

La raíz del tiempo sagrado es la irreversibilidad, en cambio, la del tiempo profano es la reversibilidad, pues gira en espiral, confiriéndole al tiempo la potencialidad de transcurrir sin límite e infinitamente. Dice el historiador de las religiones y filósofo rumano, Mircea Eliade, en ese orden de ideas, en su libro *El mito del Eterno Retorno*: “Todo recomienza por su principio a cada instante” (Eliade, 1985:86).

Según este filósofo rumano:

“El pasado no es sino la prefiguración del futuro. Ningún acontecimiento es irreversible y ninguna transformación, definitiva. En cierto sentido, hasta puede decirse que nada nuevo se produce en el mundo, pues todo no es más que la repetición de los mismos arquetipos primordiales; esa repetición, que actualiza el momento mítico en que el gesto arquetípico fue revelado, mantiene sin cesar al mundo en el mismo instante auroral de los comienzos. El tiempo se limita a hacer posible la aparición y la existencia de las cosas” (Eliade, 1985:86).

El debate histórico entre la idea de repetición o no de la historia arquetípica ha sido central en los filósofos de la historia como Hegel, quien funda toda una filosofía de la historia, en la que el acontecimiento será determinante por encima de los hombres o de los héroes, es decir, que, en su pensamiento dialéctico, la idea de acontecimiento tiene una autonomía y un carácter de irreversibilidad. Para este representante de la filosofía clásica idealista alemana, la historia se renueva siempre porque es libre de suceder, y su transcurrir no se repite. Así pues, historia, naturaleza y espíritu producen en Hegel una tensión dialéctica de oposición y reproducción infinita.

La idea de ruptura en la tradición, como fundamento de la modernidad en Octavio Paz, tiene su raíz en la concepción del tiempo histórico. Así, la modernidad se define en él como tradición hecha de rupturas, y no como una temporalidad lineal y progresiva, sino como temporalidad circular perpetua. Este concepto histórico pone en crisis la idea tradicional de modernidad, y de ahí que la misma se disipe en la idea de cambio y de futuro como progreso. Esta reflexión está presente tanto en algunos de sus libros de teoría sobre el poema y la poesía (*Los hijos del limo, El arco y la lira y La otra voz*), como en su poesía, en especial después de su contacto con Oriente.

En su largo poema *Viento entero*, está el verso reiterativo “El presente es perpetuo” (19), en el que la intensidad del instante y la plenitud de la presencia confluyen en el presente. Esa imagen del tiempo como presente perpetuo implica la idea de un tiempo sin tiempo, ya que todo es

presente. De ahí que su concepción de la poesía no se define como memoria del pasado sino como crónica del presente. En tal virtud, la poesía en Paz depara en “búsqueda del presente” (20) -o, lo que es mejor, de modernidad -y también crítica del presente, ya que no se escribe desde el pasado o el futuro sino desde el presente, que para este poeta es perpetuo.

2.20. Filosofía del presente: historia, progreso y utopía

Su crítica, Paz siempre la encausó hacia la idea de progreso, de raigambre utópica (como la prefiguró el socialismo) o de progreso material (como la postuló el capitalismo). Vio así un ocaso en el futuro, pues descreía de ese estado del tiempo, y por eso vivió su vida intelectual y poética con la intensidad del que solo vive para el presente -o en el presente. De ahí que pensó siempre el hoy, nunca el mañana, y en esta idea residió su filosofía del presente. En su universo de referencia conceptual, el presente es una búsqueda, y, por tanto, no es estático, sino que está en perpetuo cambio y fugacidad. Su aventura intelectual y poética descansó en un tránsito por el presente y una caminata por la modernidad. En su conferencia del Nobel, el mexicano dijo:

“En mi peregrinación en busca de la modernidad me perdí y me encontré muchas veces. Volví a mi origen y descubrí que la modernidad no está afuera sino adentro de nosotros. Es hoy y es la antigüedad más antigua. Es mañana y es el comienzo del mundo, tiene mil años y acaba de nacer... simultaneidades de tiempos y de presencias... nos quedamos con las manos vacías. Entonces las puertas de la percepción se entreabren y aparece el otro tiempo, el verdadero, el que buscábamos sin saberlo: el presente, la presencia” (Paz 3, 1991:21).

En estas disquisiciones existe una dialéctica de oposición binaria, de simultaneidades temporales y conflictos temporales, de relaciones modernidad-antigüedad, dentro-afuera, aquí-allá, hoy-mañana.

El núcleo de sus reflexiones y peroraciones en su obra poética y ensayística se orienta hacia la poesía y su lugar en el tiempo y la historia, que nos remite a la frase del poeta español Antonio Machado cuando define la poesía como “palabra en el tiempo”, y que en Paz siempre estará este concepto en conflicto con la historia. Así pues, el mexicano sentencia:

“La poesía exorciza el pasado: así vuelve habitable al presente. Todos los tiempos, del tiempo mítico largo como un milenio a la centella del instante, tocados por la poesía se vuelven presente... El presente de la poesía es una transfiguración: el tiempo encarna en una presencia. El poema es la casa de la presencia” (Paz 17, 2011:29).

Esa función que posee la poesía de desmitificar el pasado o, en palabras de Aristóteles, de “ser más verdadera que la historia” (21), y de encarnar no en el pasado sino en el presente, depara en un exorcismo de la memoria para volverse presencia presente, o sea, presencia en el presente temporal.

El eterno conflicto -o querella- de la antigüedad entre la poesía y la filosofía, entre los poetas y los filósofos, o entre la historia y la poesía, se actualiza en la modernidad entre los historiadores y los poetas. Pero en Paz, ese conflicto no se acentuó, pues fue un enamorado de la historia, y fue, por así decirlo, a su modo, un filósofo de la historia, como lo revela tempranamente en su libro *El laberinto de la soledad* y luego en *Posdata*. También fue un estudioso no solo de la historia de las ideas y de las religiones sino también de la historia de la poesía en Occidente, como lo demuestra en *El arco y la lira* y en *Los hijos del limo*. Pero el núcleo central de esta cuestión intelectual es el tiempo, tanto histórico como mitológico: el tiempo del poema como de la historia, y de ahí su pasión por la historia del presente, es decir, por la política. En tal sentido afirma:

“Somos mortales, estamos hechos de tiempo y de historia (...) ese momento único en el cual el tiempo se disuelve, y es una salida de la historia y de la muerte. El tiempo, sin dejar de transcurrir, parece que se detiene. Es la ventana que tiene cada hombre hacia la eternidad” (Paz 22, 1986:135).

En Octavio Paz, más que una crítica al futuro, hay una crítica al presente y al pasado, y de ahí su pasión por la política y la historia. Ese cuestionamiento a la historia refleja su conciencia histórica del tiempo. Su pensamiento es, en efecto, una puesta en abismo de la historia, de la que desconfía, al encontrar en el presente la explicación de sus raíces históricas. Por consiguiente, critica el mito de la historia como realización del deseo de progreso humano y del futuro como paraíso terrenal. Para este poeta mexicano, la idea de modernidad se agotó, la cual se expresa en la decadencia de las nociones de progreso y de futuro, en cambio se operó una realización del goce del cuerpo y un regreso al disfrute del aquí-ahora. “El autor mexicano llega a la conclusión de que la filosofía de la historia carece, paradójicamente, de una dimensión temporal”, afirma Javier González (González, 1990: 38). Así pues, en ese sentido, Rodríguez Padrón, firma que en Paz “quizás sea su teoría del tiempo la más singular de cuantas especulaciones habitan en el seno de su obra” (en González, 1990:38). De modo que el tiempo es un eje crucial en el imaginario de Paz, y un elemento catalizador de su universo poético e intelectual. La reflexión del tiempo, en consecuencia, atraviesa sus inquietudes filosóficas, y es esencial en su concepto del poema y de la poesía.

El ensayista colombiano, Javier González, en su brillante libro *El cuerpo y la letra. La cosmología poética de Octavio Paz*, ya citado, afirma:

“El fenómeno poético aparece en sí mismo como la suspensión del transcurrir del tiempo ordinario. El poema, mediante la fijación en imágenes, quiere ser la consagración del instante, que trasciende el lenguaje que lo expresa. La imagen poética permanece activa más allá del tiempo y la sociedad en la cual ha surgido” (González, 1990:38).

La preocupación por la historia del presente constituyó uno de los temas más originales y trascendentes de Octavio Paz, lo cual le dio gran autoridad en el pensamiento occidental del siglo XX, como espacio especial de reflexión, en el ámbito intelectual, en tanto pensador político y

social. Así pues, gran parte de su obra intelectual está consagrada a la meditación sobre los temas de la historia política del presente, de Occidente y Oriente, donde estuvieron ausentes -hay que admitirlo- África y el Caribe. Su reflexión, más bien, estuvo centrada en el mestizaje, como estudio del pasado prehispánico, no así la parte de la colonización y el tema negro. Antes bien, el tema indígena e hispánico, nunca la negritud ni el mestizaje. Sus aportes fueron de una insólita originalidad en la interpretación filosófica y antropológica de la realidad histórica y del presente del mundo occidental, y en especial, de América Latina, y Estados Unidos.

La visión paciana no fue pesimista, sino, más bien, escéptica, y de ahí que cuestione la idea optimista de la modernidad como felicidad terrenal, visión que vino a deformar la concepción temporal de la vida social y de la historia. La concepción de la historicidad y la temporalidad en Paz tiene un origen cristiano, pero transformada, a partir de sus lecturas juveniles de Heidegger, Hegel y Nietzsche. Su conciencia de la historia se forma de su filosofía de la historia como circularidad y no como linealidad. Dice Javier González, en ese sentido sobre Paz: “A partir del momento en que la historicidad aparece como medida del tiempo, el presente desaparece en provecho de un futuro definido por las perspectivas ideológicas de la sociedad” (González, 1990:40). La imagen del tiempo que posee como poeta y pensador moderno de nuestra época se revela en crítica a la concepción cristiana de la idea de eternidad, así como la noción de progreso en el devenir temporal.

2.21. Tiempo cristiano, cambio y progreso

Para el cristianismo, es en el futuro donde tiene su residencia la idea de redención o condenación, por el pecado y la culpa o la pureza del alma. En la mentalidad cristiana o en la

moderna, late la idea del mito del futuro como progreso material y espiritual. El mito cristiano de la Creación o Génesis y del Apocalipsis o Juicio Final, alfa y omega, principio y fin son los polos en que se fundamenta el origen del tiempo y de la vida, del nacimiento y la muerte del universo y del hombre. Paz aboga por una concepción metafísica del tiempo, en la que hay un tiempo sin principio ni final, y que remite a una imagen del tiempo sin tiempo, lo cual nos conduce al mito del Eterno Retorno de lo mismo, estudiada y fundamentada filosóficamente por Nietzsche y Mircea Eliade.

Todo progreso implica la idea de cambio, y este de transformación, lo cual caracteriza la realidad material del presente. Sucede que el progreso tiene sus ideólogos y sus apologetas, los cuales se fundamentan en una filosofía de la historia como sucesión progresiva, de avance y cambio ascendentes. Es decir, como negación del pasado, pues este representa lo estático y el atraso, la inmovilidad y el retroceso. “El hombre moderno vive bajo la presión del tiempo y del miedo de estar siempre en retraso” (González, 1990:43). Vale decir, se vive en un presente vertiginoso, que crea la ilusión de fijeza, pero que es continuo y móvil.

La concepción lineal cristiana del tiempo es una idea fija del futuro. Es el porvenir de la ilusión mítica sobre el destino humano: del ascenso y la caída del alma. La imagen que encarna Cronos, como mito devorador del tiempo y del mundo, es la misma que heredamos desde nuestro nacimiento, que funciona como dictadura de nuestros actos y de nuestro destino telúrico.

“Se opera entonces un retorno brusco del presente que aparece como el verdadero tiempo de lo real; el único momento en el cual es posible reconocer la realidad. A partir de aquí Paz reivindica la visión rítmica de la temporalidad de la poesía; ritmicidad que se opone al tiempo meramente cronológico de la historia” (González, 1990:44).

En Paz, la única realidad posible del tiempo es el presente, cuyo imperio sobre la vida de los hombres es esencial y autónomo. Su concepción del tiempo es de carácter fenomenológico y

existencial. Por su condición abstracta, el tiempo es inaprensible, aun desde el aquí-ahora. Lugar y tiempo son las coordenadas de operatividad y funcionalidad fenoménicas del mundo. “Esta idea del tiempo puntual la presenta Paz por fuera de toda escuela filosófica. En ella no se trata de enfatizar nuestro presente en particular sino de reivindicar la Presencia del hombre y del mundo en cualquier momento de la historia”, afirma el ensayista colombiano (González, 1990:45). Y sigue diciendo este ensayista colombiano:

“Así, la diferencia con una idea filosófica se hace clara: la conciencia del presente en el pensamiento filosófico es ante todo una conciencia restringida de las condiciones históricas y psíquicas del sujeto. Es precisamente de estas restricciones, y de la reducción de la subjetividad a categorías, que Paz se ocupa en su disputa con Sartre y el existencialismo histórico” (González, 1990:46).

La concepción de Paz, de carácter lineal del tiempo, es el resultado de una experiencia poética que lo ilumina y distingue. Su universo poético encarna la representación temporal del presente. Así pues, el poema articula su ritmo temporal, a partir del instante mismo de su creación.

2.22. Futuro y devenir histórico y teleológico

El devenir del futuro es siempre paradójico: no tiene forma ni contenido, pues es un tiempo que, concretamente, aún no ha sido. El futuro adopta la forma de la visión histórica del sujeto. Para el cristiano, dicha forma es mítica y mística, no histórica, como lo fue para el hombre antiguo, quien no tenía conciencia de la historia, pues no era temporal ni telúrica sino mitológica, es decir, estaba fuera del tiempo, o era una conciencia histórica que estaba más allá del tiempo cósmico. Es el hombre moderno quien le imprime al tiempo una visión terrestre, concreta, y así se enraizó la temporalidad en las coordenadas geométricas del mundo. “El hombre moderno hizo descender el

futuro, lo arraigó en la tierra y le dio fecha: lo convirtió en historia” (González, 1990:47). O, como dice Octavio Paz en *El arco y la lira (Los signos en rotación)*: “Ahora, al perder su sentido, la historia ha perdido su imperio sobre el futuro y también sobre el presente” (Paz 6, 1998:261).

En el poeta mexicano está la percepción de la bancarrota del futuro y de la pérdida de su poder sobre los estados del tiempo. Esta banalización del tiempo futuro es central en su idea de modernidad, como promesa de progreso y crítica a la idea de utopía social, tan cara al comunismo, y que le sirvió de esperanza de salvación a la ideología marxista de la revolución como instrumento de transformación de la sociedad. Así pues, la concepción hegeliana y comtiana de la historia se han disputado la querrela, en materia de filosofía de la historia, entre la razón positiva y la razón espiritual, la racionalidad técnica y la teleología de la historia, como fin de los acontecimientos (22) –tesis revisitada por el filósofo americano de origen japonés, Francis Fukuyama.

Se vive en un tiempo histórico amenazado por los imperativos bélicos del presente, por el latente “choque de dos civilizaciones” (Oriente y Occidente, el Islam y el Cristianismo) como lo visualizó Samuel Huntington (23), y esta realidad signa el destino de la vida contemporánea del hombre.

“Vivimos el presente como un punto suspendido entre dos nada. Es el revés de la historia, que hace de la vida cotidiana una agobiante espera de la destrucción. Desaparición del pasado, sobrevaloración del futuro, presente flotante, accidente: son las implicaciones de nuestra representación línea del tiempo” (González, 1990:49).

Así pues, el hombre vive el drama de un presente determinado por el azar de la contingencia de sus actores sociales y religiosos. El tiempo tiene sus formas de representación de la historia, y estas, a su vez, actúan sobre el ritmo cotidiano de la vida social. Las formas del tiempo, en efecto, realizan su movimiento entre la forma mítica del “eterno retorno” o la forma marxista de que la historia no se repite, no retorna, y si lo hace es como farsa, según el postulado de Marx (23). Salta

a la vista, que para los antiguos la idea del tiempo tenía una raíz arquetípica, sin cambio, y, por el contrario, para el hombre moderno, es la idea del cambio incesante, como motor de la historia.

El tiempo nace de la naturaleza, pero influye en los hombres, en su presente, su destino y su memoria. También en su cultura, tanto en su circularidad como en su linealidad, no importa la concepción que se tenga de su funcionamiento y circulación. En efecto, el tiempo no gira en torno a la historia sino alrededor del hombre. No regresan ni el pasado ni el presente ni el futuro. En cambio, las sociedades tradicionales primitivas, tenían la creencia de que el tiempo regresaba y reaparecía de manera cíclica. De ese modo, el futuro encarnaba la promesa del cambio y la felicidad, en una suerte de retorno de los tiempos. Entre la noción primitiva y la moderna ha transcurrido la representación del tiempo histórico, cuya influencia opera sobre la vida cotidiana del hombre frente a la historia y de cara al futuro. Como dice Javier González, en este sentido:

“El recurso al pasado arquetípico, lo mismo que el sueño de la felicidad futura, buscan anular el instante presente en el que el mundo puede derrumbarse. Los tiempos culturales son la expresión de una voluntad de eternidad que no se acomoda a los constantes cataclismos del Universo. La incesante procesión de los seres manifiesta al hombre la fragilidad de su condición y los estrechos límites de su existencia. El tiempo permanece finalmente inaccesible a sus representaciones” (González, 1990:54).

El hombre contemporáneo vive en una constante incertidumbre -como siempre ha sido el presente de todos los tiempos, pues el ser humano no tiene certeza de su futuro-, y en medio del temor a la pérdida del sentido de su proyecto de vida.

2.23. La poética del presente y la idea del Eterno Retorno

La poética de Octavio Paz está atravesada, en cierto modo, por el imperio del presente, en el que este actúa como eje de mediación y punto de partida de toda su empresa lírica y en la fundamentación de su universo estético. Así pues, podemos leer estos versos:

“Nada fue ayer, nada mañana
Todo es presente, todo está presente” (Paz 14, 1990:140).

A partir de la poesía, Paz puede reconquistar el presente y prefigurarlo como el único estado del tiempo que existe, cuya existencia real simboliza una imagen de perpetuidad. Como síntesis, Javier González, en su enjundioso libro, de raíz filosófica, en cuestión, afirma:

“Paz observa finalmente que el tiempo de la historia también es mítico; pero que a diferencia de los mitos del tiempo circular no aporta la esperanza de un nuevo comienzo sino la impresión del absurdo, del sinsentido. El poeta, en cambio, dice que nuestro único tiempo es el instante en que vivimos; el tiempo de la existencia fugaz. Todos los tiempos son irreales. Intocables” (González, 1990:57).

En la poética que funda Octavio Paz colindan la religión, el amor y la filosofía, por lo que tienen de sagrado y misterioso. Como hecho del lenguaje, la poesía deviene, además, diálogo con el tiempo. Es decir, en este poeta, la imagen del tiempo es ahistórica, y se define en su concepto del instante poético. Así pues, el tiempo y el amor serán esenciales para la comprensión de la cosmovisión poética del autor mexicano, como se puede observar en su largo poema *Piedra de sol*. En efecto, el hombre y el tiempo interactúan como instancias centrales en que oscilan sus preocupaciones antropológicas y ontológicas. En tal sentido, Dante Salgado, en su libro *Espiral de luz. Tiempo y amor en Piedra de sol*, afirma:

“El tiempo se bifurca... en instante, historia y mito. El “instante” que crea el poema logra romper el tiempo línea y crear, a su vez, un “eterno

presente” en el que el hombre puede refugiarse del mundo: la historia ata al ser de manera inobjetable, por ello el poeta busca conjurarla en el poema a través del “instante” poético o amoroso y jugarse la mala pasada de abolirla con un producto de la misma historia: el poema; el mito le sirve al poeta para convocar arquetipos que cumplen una función clara: romper la linealidad y crear la circularidad, para así salvar al ser de la destrucción que significa el final del tiempo” (Salgado, 2003:25).

En el núcleo de la obra poética de Paz, en especial, en *El laberinto de la soledad*, el tema de la otredad ocupa un espacio central, el cual también está vinculado al tiempo como esencia de su ser y su espacio en el mundo sensible. Conciliación y reconciliación de los contrarios, en Paz el tiempo se expresa a través del instante y el mito de la idea del eterno retorno de lo mismo, que le viene de sus lecturas tempranas de Nietzsche. Si bien el tiempo fue central en su cosmovisión de la realidad, no menos cierto es que el hombre constituyó una preocupación vital dentro de las perspectivas de sus visiones y revelaciones del presente, del pasado y del futuro, y desde las cuestiones que más desvelan y atormentan: el tiempo, la muerte y la soledad.

En el pensador mexicano, la idea del tiempo tiene un origen moderno, una herencia cristiana, la del tiempo rectilíneo y lineal, que lo representa la flecha temporal del presente al pasado, que, desde el punto de vista bíblico, va del Juicio Final a la salvación eterna, de donde se desprende un concepto del futuro encarnado en la idea del progreso, y la del pasado arquetípico, en el pecado original. Como crítico de la modernidad y hombre del siglo XX, Octavio Paz fue un desmitificador de la visión histórica del tiempo y de la tradición occidental del arte y el pensamiento. Como intelectual obsesionado por la historia y el mito, también fue un pensador obstinado por el tiempo, el cual atravesó su poesía y su prosa de ideas. “Para Paz la idea de tiempo en su escritura, tanto poética como ensayística, tiene un lugar muy especial” (Salgado, 2003:38-39). Y sigue afirmando el ensayista mexicano:

“Su visión del tiempo no es la primitiva que instaure un eterno retorno, ni la cristiana que arranca en el paraíso y se cierra en el juicio final, ni la moderna que adopta el futuro como el lugar ideal al que debemos llegar y al que, paradójicamente, nunca llegamos. Más bien su postura es una síntesis de estas visiones; no cancela los arquetipos que se fundan en mitos y en ritos, y que le permiten al hombre salirse de la historia porque todo ha de repetirse en ciclos sin fin; tampoco puede desprenderse de su cultura occidental, cuya tradición marca un principio y un fin y sabe que, si el futuro no es la panacea, tampoco se le puede ignorar por completo. Paz cree en el presente, en el ahora, en el instante. En un tiempo que abarca los tres momentos: pasado, presente y futuro. Sirve a y se sirve de la poesía para arrancar esos instantes al tiempo, los cuales pueden durar un segundo o todos los siglos y que reconcilian al hombre consigo mismo” (Salgado, 2003:38-39).

2.24. Ser, tiempo y poesía

La obra poética de Paz se nutre del tiempo y, desde luego, del ser, con sus dudas, cavilaciones, soledades y desarraigos. Estas preocupaciones lo condujeron a formularse múltiples preguntas existenciales, que se expresan en las ideas de no pocos de sus ensayos, y en gran parte de su obra poética, tanto desde sus influencias orientales (budismo y tantrismo) como occidentales (surrealismo, cubismo y simbolismo). Esa sujeción del sujeto poético al tiempo, lo condujo a poner en crisis la noción de la temporalidad humana. Pero ese tiempo para él no está fuera de la naturaleza, sino dentro del hombre mismo, es decir: es inmanente a la condición antropológica del ser. De ahí la raíz psicológica del tiempo, en tanto protagonista de la condición humana, y de su destino existencial. En tal virtud, en *El arco y la lira*, dice:

“El tiempo no está fuera de nosotros, ni es algo que pasa frente a nuestros ojos como las manecillas del reloj: nosotros somos el tiempo y no son los años sino nosotros los que pasamos. El tiempo posee una dirección, un sentido, porque es nosotros mismos” (Paz 6, 1998:57).

Como se ve, en estas palabras, Paz postula la idea ontológica del tiempo, o más bien, el sentido de la temporalidad, que lo percibe como un estado inmanente del ser, como una

circunstancia que llevamos dentro y que es innata, es decir, es una especie de sustancia que posee una direccionalidad del presente al futuro. Para este poeta y ensayista, el tiempo, en efecto, tiene una dualidad, ya que es a la vez interior y exterior: vale decir, que hay un tiempo exterior al yo y otro interior al yo. “Con esta posición dual sobre el tiempo, exterior e interior, Paz enfrenta también la visión del tiempo continuo y discontinuo; es decir, observa el tiempo de la duración y el de la instantaneidad...” (Salgado, 2003:41).

La concepción del tiempo en Paz proviene, en principio, de los presocráticos (Heráclito, Parménides) y Hegel, y luego se nutre y transforma en el siglo XX con Bergson, Heidegger y Bachelard, que fueron esenciales en la conformación y articulación, y aun sistematización, de su idea sobre el instante y la duración, péndulos integrantes vitales del tiempo humano y psicológico. Es decir, de la vida, del hombre y de la naturaleza. La noción del instante temporal habría de permear –y sedimentar-- la poética del instante de Paz, en la que Gaston Bachelard será esencial, a partir de su idea fenomenológica de la “intuición del instante” (25), como se comprueba al decir el pensador francés lo siguiente: “El tiempo solo se observa por los instantes; la duración sólo se siente por los instantes. Es un polvo de instantes, mejor aún, un grupo de puntos en que un fenómeno de perspectiva solidariza de manera más o menos estrecha” (Bachelard, 2002: 31).

Como se puede constatar, estas ideas del sabio francés habrían de influir poderosamente en el pensamiento de Octavio Paz, en lo atinente a su concepción de la imaginación poética, el instante, la duración y el tiempo, como se aprecia en su obra temprana de teoría literaria y poética *El arco y la lira*. Asimismo, las ideas del presente eterno y perpetuo, en tanto reconciliación de todos los tiempos, que convergen en un eterno presente continuo. Sin embargo, esta concepción del tiempo habría de transformarse y dar un giro en su contacto con el pensamiento mágico, religioso y metafísico de Oriente, en especial, con el Budismo Zen y la noción del aquí y ahora, el

satori, que se expresa en la presencia del instante que es todos los instantes, ese aquí-ahora simultáneo, que es todos los tiempos a la vez, o estado de revelación del ser, es decir, el instante temporal que niega al tiempo mismo, pero que es todos los instantes. Esta presencia será crucial en la cosmovisión y en el imaginario conceptual de Paz. En tal sentido, Dante Salgado apunta:

“La obsesión de Paz por el tiempo y la historia encierra un interés mayor, ya lo decíamos: el ser. Y este, le interesa la relación alma-cuerpo o cuerpo-no cuerpo, como él la llama, porque en esa conjunción-disyunción está el enigma del hombre. Allí se contiene la duda existencial del origen y del destino; esa es la fuente que nutre por igual a la poesía, a la filosofía y a la religión. Esa relación alma-cuerpo puede también observarse como una conciliación de contrarios (tal como sucede con los binomios vida-muerte o movimiento-inmovilidad), relación que se hace posible solo en el instante mayor en que la poesía logra detener el tiempo y trascender la historia” (Salgado, 2003:49).

De ahí que el concepto del tiempo ocupa un espacio central en la poética de Paz; es decir, en su obra de creación lírica, que habría de definir, enmarcar y perfilar su poética, el cual les dará impulso y movimiento a sus imágenes poéticas- tanto a su prosa como a sus versos.

Así pues, al decir de Dante Salgado:

“El tiempo, en la poesía de Paz, es un estado psíquico, mental, que rompe las cadenas de la percepción física. Por eso es posible convocar, en el espacio de la hoja donde está el poema, todos los tiempos con sus mitos y héroes: asamblea de fantasmas que el poeta reúne en un tiempo fuera del tiempo” (Salgado, 2003:49).

La teoría del poema la mueve el tiempo, pues este actúa como impulso creador, en tanto arte temporal, al igual que la música y la danza. La técnica del simultaneísmo, introducida por Paz, durante un momento de su trayectoria poética -y que asimiló del cubismo, en su vertiente poética -es una expresión de la inserción de la temporalidad en el poema.

“El poema es la encarnación de la visión del tiempo: lineal, circular, en espiral, vacío o pleno; es el conductor de la necesidad del poeta de revelarse contra un tiempo que lo ahoga, contra la idea del transcurrir lineal que no le

deja opciones de salvación. La poesía y el amor salvan, por un instante, el alma de quien los convoca” (Salgado, 2003:49-50).

Si bien el lenguaje es el arma -o instrumento- para la escritura del poema, la novela, el cuento, el ensayo o el drama, no menos cierto es que el tiempo, para el arte poético, será un eje transversal fundamental. Es decir, el tiempo, no como materia de todos los días, sino el tiempo del poema, ese estado del transcurrir continuo y ascendente, que pone en crisis las palabras mismas con que el poeta y escritor estructura, modela, moldea, esculpe y articula el lenguaje y la lengua. De ahí que el sujeto poético trabaja siempre contra el tiempo de la naturaleza. Sucede que las palabras mismas con las que labora el poeta también están hechas de tiempo. En tal virtud, aunque parezca paradójico, el poeta, en el proceso de escritura o de creación lírica, intenta siempre abolir el tiempo como lenguaje, no el tiempo natural sino el tiempo intrínseco al poema como género literario. El tiempo en la poesía, en efecto, también es lenguaje, fenómeno material intangible, pero que determina el ritmo y el sentido del poema. La presencia del tiempo, aunque parezca una contradicción, es una negación de la historia, es decir, el tiempo poético abole el tiempo histórico. A pesar de que, para Aristóteles, poesía e historia son opuestas -pues este filósofo griego vio más verdad en la primera que en la segunda-, no menos cierto es que la historia transcurre en una órbita temporal, es decir, que los sucesos del presente se convierten en pasado, a partir de la dinámica del tiempo social.

Un poema canónico sobre el tiempo, o que encarna la poética del instante en su producción literaria, será *Piedra de sol*, ese largo canto al amor en forma circular, de 584 versos, que semeja el calendario azteca y que representa la revolución cosmológica de un periplo sideral y planetario. Este poema es, en efecto, una tentativa por disipar el tiempo lineal para afirmar el tiempo circular. “Será, dentro del poema, la consagración de la poesía y del amor como vías de salvación del

hombre: el ingreso del ser a un eterno presente, a un aquí y ahora perpetuos” (Salgado a, 2003:52). Esa forma de emplear la vertiente circular y cíclica del tiempo y no la lineal cristiana, define, en gran medida, su idea de modernidad, de hombre abierto a todas las expresiones culturales y filosóficas. Afirma una visión de búsqueda de los orígenes, y es una defensa del tiempo como ente articulador del mito y la historia, en el que la presencia del instante representa el hilo conductor que enlaza el presente, el pasado y el futuro. Según Salgado:

“La historia, como tema recurrente en Paz, también está ligada, y de manera íntima, a la idea de tiempo. La lucha del poeta consiste en buscar la manera de conjurar la historia, de salirse –junto con su lector– de la prisión, desatarse de la cadena que significa para el ser humano estar en la historia: romper la tiranía del tiempo lineal, aun a sabiendas de que el propio poema es un hecho histórico, aunque, como ha dicho Octavio Paz, cada poema es una tentativa por resolver la oposición entre historia y poesía en beneficio de la última” (Salgado, 2003:52).

Octavio Paz no dejó de pensar, siendo así fiel al consejo de José Ortega y Gasset, cuando lo instó a pensar, a “aprender a pensar” (26) -aunque en alemán. Paz asumió, en cambio, la religión laica de la poesía, y el tiempo como su problema central, vital y medular, como el vórtice de su obra poética:

“Yo no escribo para matar el tiempo
Escribo para que me viva y reviva” (Paz 25, 1997:283).

2.25. Octavio Paz y Oriente: poesía, budismo zen y erotismo

En el Nobel mexicano, su religión del tiempo sagrado del poema lo impulsó a asumir lo eterno como expresión de trascendencia vital. Buscó la eternidad en lo efímero para fundar su método de escritura denominado “poética del instante” (27). Preocupado por el tiempo de la historia, se sumerge en la poesía como vehículo para trascenderla, es decir, para hacer que el

tiempo del poema negara el tiempo de la historia. Se insertó, en efecto, de ese modo, en la órbita de la poética aristotélica. En su obra escrita en la India, Paz se dejó influir por el budismo zen, el tantrismo y el brahmanismo, tras la búsqueda de la “otra orilla” (28), donde los opuestos se armonizan, reconcilian y se hacen analógicas.

La presencia poderosa de Oriente en su obra poética y ensayística -como poeta, crítico y traductor- dejará una huella en su sensibilidad y en sus concepciones del mundo, de la vida, del arte y del pensamiento, y también una impronta en América Latina y Oriente, pues sosegó su pensamiento y sedimentó su sensibilidad poética, desde su primera visita, en 1951 (Tablada lo hizo en el año 1900, cuando fue a Japón), y esta experiencia atenuó su temperamento romántico y aun su vocación surrealista,

En *Blanco, Ladera este y el Mono gramático* (1974), esa angustia que sosiega convierte a Paz, si es cierta la afirmación de Weinberger, en “un poeta religioso cuya religión es la poesía. En la no trascendencia, en el inmanentismo de sus lecturas budistas acaban de establecerse las bases de su teología” (Domínguez-Michael, 2014:267).

Octavio Paz mantuvo una relación de cercanía-lejanía con el Oriente, evitando caer así en la vacuidad budista y la angustia metafísica. Sin embargo, sostuvo una tentación religiosa que nimbó su poesía de corte orientalista. Observador, estudioso y pensador del presente, Paz siempre estuvo fascinado por comprender el tiempo histórico del presente. De ahí sus reflexiones sobre política, como disciplina histórica del presente de los hombres.

Filósofo de la mexicanidad y ontólogo del carácter de lo mexicano, por así decirlo, Paz inaugura en su patria un género ensayístico, desde una modernidad que se niega a sí misma. Filósofo y antropólogo, moderno y antimoderno, el poeta y ensayista que había en Paz merodeó siempre entre el presente histórico y el pasado mítico. El Nobel escritor mexicano sublimó la religión, a través de la escritura poética, convirtiendo así la poesía en una forma de religión poética

y laica. Esa obsesión romántica obedecía a su temperamento poético y a su voluntad perenne de pensamiento. Por consiguiente, buscó en la poesía la cura de la soledad del hombre universal en la sociedad posindustrial contemporánea. Su yo poético siempre está abismado contra la historia, precipitado en la memoria: encarna pues una perpetua caída en la circunstancia, en la instantaneidad diacrónica del tiempo. Hay en su universo poético dos referentes: la historia y la mujer. Es decir, la memoria y el amor. El tiempo de la historia encarna en la memoria de un pasado mítico, y en el cuerpo del amor, en el erotismo de la mujer amada.

Toda su obra tiene como centro de atracción, eje y campo de fuerza la figura del erotismo que combustiona su poética: en (y la) historia como causa de negación y trascendencia. Su obra poética es entonces una erótica de la palabra, de un deseo por hacer del cuerpo femenino una atracción de la poesía. Sin embargo, el poema se vuelve revelación de la historia, caída mortal en su tiempo. La poesía se transfigura en triunfo temporal contra la historia. Así pues, sentencia, el poeta:

“Ser tiempo es la condena, nuestra pena es la historia.
Pero también es el lugar de prueba” (Paz 15, 1990:37).

La poesía, desde Aristóteles, se vuelve tentativa por abolir el tiempo histórico, por destruir el ahora e instaurar un tiempo sin tiempo.

El poeta azteca vuelve a afirmar:

“El tiempo de la poesía que es el de la historia de la desigualdad, no es el de la revolución, el tiempo fechado de la razón crítica, el futuro de las utopías: es el tiempo de antes del tiempo, el de la vida interior, que reaparece en la mirada del niño, el tiempo sin fechas” (Paz 22, 1986:71).

La historia está hecha de tiempo: es su materia prima. O, más bien: es el tiempo mismo. Pero un tiempo que se diluye en el fluir de los hechos. Y ese tiempo, que también absorbe a los hombres,

también fluye desde el presente al pasado y viceversa, en su oscilar perenne y permanente, que se vuelve memoria petrificada. En su obra literaria hay una estrecha vinculación entre presente y poesía. Así, pues, Paz buscó en la poesía una forma técnica de permanecer (insertarse en el presente), hacer política para estar y quedarse en la historia.

Escribir poesía fue, para este ensayista, un ejercicio estético de enamorarse del presente y revivir el tiempo del poema. Una manera de separarse de la sucesión temporal y volver el presente, fijeza. Esta obsesión de escritura y pensamiento se transfiguró en una conducta intelectual y un estilo de vida.

En su discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura, publicado en su libro *Convergencias*, dijo: “Entonces las puertas de la percepción se entreabren y aparece el otro tiempo, el verdadero, el que buscábamos sin saberlo: el presente, la presencia” (Paz 3, 1991:22).

Pensamiento órfico sobre la poesía, la crítica atraviesa su obra reflexiva como un hilo conductor que imanta el centro motor que mueve su estética. El tiempo -tanto sagrado como profano- será el centro de gravedad de su pensamiento cosmológico y metafísico.

Hombre con conciencia crítica de la historia, este poeta estuvo, sin embargo, enclavado en el presente, en la actualidad. Creyó, como Schopenhauer, en el presente eterno y perpetuo. Visionario del presente, vio en el pasado, lo actual: un tiempo que no pasa. Para Paz, en consecuencia, el pasado no transcurre: es perpetuo.

En la poética del instante, con la que Paz comulga, hay un juego con la noción del instante que se afianza de modo momentáneo. Así pues, el instante se fija en la escritura poética, siendo así que el texto se escribe independientemente de su voluntad y de su conciencia estética de poeta. El canto se inserta en el espacio y el tiempo del poema, pero vigilado por la autoconciencia de autor.

En el autor de *Los hijos del limo*, el poema es una sustancia temporal, una conversación y una evocación del tiempo mítico, convencido de que somos hechos con la materia del tiempo de la naturaleza, y también de la historia, y, por tanto, somos seres mortales. En una entrevista que le concedió Octavio a Paz a Alberto Ruiz Sánchez, respondió:

“¿Hay salidas de la historia que no sean la muerte?, me pregunto en un momento dado, y entonces recuerdo lo que podemos llamar mediodía: ese momento único en el cual el tiempo se disuelve, y es una salida de la historia y de la muerte. El tiempo, sin dejar de trascurrir, parece que se detiene. Es la ventana que tiene cada hombre hacia la eternidad” (Adolfo Castañón, en Ruy-Sánchez, 2014:105).

Óigase al Nobel mexicano en este fragmento poético, cantar sobre el tiempo:

“Mi numen y mi signo, la veleta:
Obedece las órdenes del viento,
En su girar sin fin se queda quieta
Y es a un tiempo fijeza y movimiento.”
(Paz 25, 1997:31).

Dijo el escritor mexicano, Juan García Ponce (1976), a propósito del tiempo en la poesía de Paz:

“... para desde el más allá del tiempo hallar el tiempo y en la inmovilidad del lenguaje hallar la interminable movilidad de la vida en la que se encuentra la poesía: memoria del olvido” (p.106).

En su obra poética, el tiempo encarna la imagen del fuego que cura y destruye, purifica y crea. Es como el amor, esa “llama doble de la vida” (31), como dice él mismo, donde conviven y coexisten lo eterno y lo temporal, el instante y la eternidad, fundidos en una simetría. Así, convergen la fugacidad y el reposo de la temporalidad. Esta convergencia de lo temporal y lo histórico será la clave de su pensamiento sobre la naturaleza, la sociedad y el espíritu creador.

“La meditación de Octavio Paz sobre el tiempo, la resolución de las contradicciones del tiempo, el instante y la eternidad, reflejan la problemática o esencia del pensamiento alemán del siglo XIX” (Lafaye, 2013:61).

Las fuentes iniciales de inspiración acerca del yo y el tiempo en Paz se remontan a Nietzsche y Ortega y Gasset; luego a Heidegger, Bergson, Proust y Antonio Machado, que fueron sus primeras lecturas mexicanas. La experiencia de lectura de estos autores habría de signar el curso de sus reflexiones posteriores sobre el tiempo y la eternidad, el tiempo poético e histórico, el yo y la otredad, que tanto permearon su poesía y su poética del tiempo (poética del instante) y acaso su filosofía del tiempo.

Al intentar reconciliar el cosmos con el tiempo, Paz persiguió fundir el yo y la eternidad, en el instante móvil del presente. La búsqueda de esa reconciliación lo condujo a borrar las fronteras entre la presencia del presente y la ausencia del pasado: tradición y modernidad.

La obra total de Octavio Paz postula un arco iris de ideas asimiladas y metabolizadas por experiencias de lectura, conversaciones e influencias. De ahí que articuló una obra literaria plural y singular a la vez, expresión de su conciencia del lenguaje, la cultura, y de experiencias de viaje.

Su mundo poético está cimentado en base a una caja de resonancias de voces de poetas que nimbaban -o galvanizaron- la tradición occidental y oriental, y que fueron sus dioses tutelares. Así pues, su visión circular del tiempo tiene una raíz metafísica, de estirpe occidental, en principio, y luego transformada por el budismo y demás filosofías orientales; también tiene un componente sagrado, como se observa en este poema:

“Transcurre el tiempo
sin transcurrir. Pasa y se queda. Acaso,
aunque todos pasamos, no pasa ni se queda:
Hay un tercer estado” (Paz 15, 1990:40).

Dice John King en su libro, *Plural en la cultura literaria y política latinoamericana*: "...Paz concibe la poesía como la posibilidad de un tiempo ajeno al tiempo histórico: el poeta se vuelca hacia adentro para encontrar un tiempo antes del tiempo" (King, 2011:211).

2.26. Arquitectura circular y temporal de *Piedra de sol*

Su célebre y largo poema *Piedra de sol* representa y reproduce simbólicamente la noción poética del tiempo presente, las emociones del instante. El poema gira, se mueve y oscila en una órbita textual de la palabra y sus límites temporales. "*Piedra de sol* es un poema del tiempo que borra a los hombres, un largo poema del instante, del eterno instante amoroso, que nos despierta por fortuna a todos -o casi a todos- a las felicidades eternas", afirma Víctor Manuel Mendiola, *El surrealismo de Piedra de sol, entre peras y manzanas* (Mendiola, 2011: 19).

Es, por así decirlo, un texto en constante ebullición en su lectura, de asociaciones lúdicas de su composición, que giran "alrededor de un centro en continuo cambio" (Mendiola, 26). Desde el punto de vista de su composición espacial y temporal, *Piedra de sol* encierra una dicotomía simbólica y un ritmo temporal constantes que conforman una galaxia cósmica de oposiciones en sus versos. Texto de naturaleza solar, cuya retórica compositiva y sintaxis rítmica hacen de este poema una obra canónica y ejemplar en la tradición poética latinoamericana, en el cual resuenan los ecos del surrealismo y de la gran poesía erótica del Siglo de Oro español.

Imaginación del instante y expansión del fluir lírico, este poema se mueve entre esas dos vertientes formales de su concepción. Así, el movimiento de sus versos crea un conflicto con la quietud y la brevedad. *Piedra de sol* es un largo poema-río, un poema vertical y circular, que busca un tiempo perdido y que, al final, cierra el círculo y abre otro hacia la recuperación de un tiempo

abierto. Su estructura es abierta como un calendario circular azteca, un sol de piedra que encierra todos los símbolos del amor de la cultura precolombina mexicana. La arquitectura de *Piedra de sol* obedece a un orden geométrico de perfección verbal que se abre al espacio, en enumeraciones (anáforas) y metafóricas infinitas. En este texto, el tiempo es la voz, la protagonista, más bien, la voz del cuerpo femenino, o un canto al cuerpo erótico de la mujer. La composición circular en movimiento de este poema encarna la apertura de un instante erótico, un largo éxtasis que se expande y prolonga. Simboliza la “serpiente emplumada” (32) azteca, en tanto se muerde la cola, pues se unen la cabeza y la cola del poema.

Piedra de sol no se mueve en traslación sino en rotación, ya que vuelve, no se traslada. Es la misma que se mueve, en un fluir de la conciencia poética. En ese sentido, el ensayista y poeta Víctor Manuel Mendiola dice:

“La paradoja estriba en que la contribución de la modernidad y, por tanto, la destrucción del tiempo lineal y la descomposición de la uniformidad del espacio que realiza *Piedra de sol* plantea, al mismo tiempo, una vuelta radical a una continuidad circular y la reinstalación de una cierta idea de unidad, tanto en el plano del texto como en el plano de las referencias mundanas” (Mendiola, 2011:119).

En la imagen del instante poético fluyen los tiempos, todos los estados de la temporalidad en tránsito y movilidad. Así, el poema representa el retorno al cuerpo o, más bien, al paraíso de lo erótico y al instante de lo pleno, donde las parejas se unen en un acto amoroso, como el hombre con el mundo. *Piedra de sol* es un poema *in crescendo*, en endecasílabo constante, hasta consumir su viaje por el cuerpo de la amada. Es entonces un poema positivo, no de aire ni de fuego, sino de agua; en una palabra: es un poema carnal y festivo. “En *Piedra de sol*, en la corriente de un hondo deslumbramiento, avanza de manera fluida la ilusión del tiempo, pero también aparece aquí y allá la lentitud veloz del placer y la emergencia de la historia” (Mendiola, 2011:137). Y concluye el

crítico mexicano: “*Piedra de sol* es el poema de la escritura del tiempo instantáneo, del lenguaje del Universo que Paz nos dejó como una prueba de que si se confunden los mundos” (Mendiola, 2011:150).

El origen de la idea del tiempo en Paz tiene su trasfondo en la noción del tiempo de los aztecas: sus antepasados más remotos. Entre los aztecas, el tiempo tenía una ceremonia donde el mismo tiempo acababa y comenzaba en un ritual circular, en una suerte de regreso de la temporalidad.

El gran tema de Paz fue el tiempo, y la poesía como arte del tiempo, desde luego, que habrá de ser, el sol que iluminará su escritura poética. Como el tiempo será su impronta temática, también lo será el presente, como una manera de conjugar todos los tiempos en un estado de presencia. Pero en sus poemas, el predominio, más que del tiempo, es del tiempo fijo e inmóvil, como la única forma concreta de lo viviente. Paz se confiesa: “Pero en este caso es el tiempo fijo, no el tiempo que transcurre, sino ese momento, diríamos, de fuerza del tiempo, el fondo del tiempo” (Paz, 11, 2014:113).

En un poema, Paz sentencia:

“Dentro del tiempo hay otro tiempo
Quieto

Sin horas ni peso ni sombra
Solo vivo
Como el viejo del banco
Unimismado idéntico perpetuo
Nunca lo veremos.
Es la transparencia” (Paz 25, 1997:120).

O en otro titulado *Pueblo*, y en el mismo texto, dice:

“Las piedras son tiempo
El viento
Siglos de viento

Los árboles son tiempo
Las gentes son piedra” (Paz 25, 1997:123).

Piedra de sol es un poema escrito en espiral y a la vez, circular, que simboliza la circulación de la sangre del cuerpo erótico. “En el caso de *Piedra de sol*, los seis o siete primeros versos los oí dentro de mi precisamente en endecasílabo, un mediodía de 1957, cuando iba en taxi por la avenida Insurgentes”, le responde Octavio Paz a Tomás Segovia (Paz 2, 2008:64). Y continúa diciendo Paz:

“Solo hasta que había escrito una cuarta parte del poema, vi que tendía hacia una forma circular. Entonces se me ocurrió ajustar el número de versos al del número de días de la revolución sinódica del planeta Venus. (Siempre me ha interesado la numerología, y de ahí que me fascinaron los cálculos astronómicos de los antiguos mexicanos)” (Paz 2, 2008: 64).

En el poeta mexicano, el amor actúa como fuerza que disuelve y anula el tiempo. Más bien, lo congela en forma de pasión y deseo. Es decir, en la materialización de un deseo, en la trascendencia de la temporalidad y de la instantaneidad. En el poema *Viento entero*, Paz hace un elogio del tiempo, a través de la técnica del simultaneismo, de herencia cubista. El título es una alusión a los vientos de los cuatro puntos cardinales que le sirven de representación al espacio temporal. La presencia del hoy, del ayer y del mañana obedece a la sucesión del tiempo. En la experiencia del instante residen la identidad y la permanencia del ser. Es decir, en esta realidad se manifiestan el transcurrir y el cambio. Esta conjunción de los estados del tiempo es la expresión de la presencia del imperio del tiempo sobre la poesía, el amor y la historia. En el futuro descansa la idea del progreso, de la esperanza, y de ahí el culto al progreso, o, lo que es igual, al futuro, lugar de prueba de la utopía. Es el progreso la idea en que se empujan las creencias. Así pues, las reflexiones pacianas sobre el tiempo se vuelven juego de ideas y de palabras, o más bien, juegos

de sentidos. “Más que recordar al pasado, sentimos que el pasado nos recuerda. Premios inesperados: el pasado se hace presente, presencia impalpable pero real” (Paz 4, 1990:17).

De sus lecturas tempranas de Martin Heidegger nacen no pocas ideas filosóficas de *El arco y la lira*, en especial, de la ontología del pensador existencialista alemán. Así pues, Paz articuló un discurso teórico sobre la poesía y su esencia, tanto una filosofía o una estética del poema como una ontología fenomenológica de la poesía en Occidente, al asimilarla como una “revelación del ser al desligarse en la temporalidad del lenguaje”, como le respondió a César Salgado, en la entrevista titulada “Poesía de circunstancia” (Paz 26, 1997: 532).

Como se ve, en Paz, la teoría de la poesía está vinculada a su concepción temporal de la poesía, como una experiencia temporal del lenguaje poético. De ahí brota su “poética del instante” (33), concepción del poema breve como concreción o concentración del lenguaje mismo de la poesía. Con su escritura poética, Paz procuró romper con el tiempo lineal y subsumirse o circunscribirse al tiempo circular (como en *Piedra de sol*).

Heredero de la noción lineal y cíclica del tiempo cristiano, Paz fue un crítico de esa visión sucesiva e irrepetible, y de ahí que hizo la crítica de la idea de eternidad cristiana que postula un no-tiempo, es decir, la invención de un tiempo sagrado que no transcurre y que tiene un fin, una teleología. Asumió, más bien, la pasión por el instante antes que la pasión teórica por la eternidad. El concepto sagrado de la sucesión lineal del tiempo histórico que concluye en una epifanía no es comulgado por el poeta.

En efecto, Octavio Paz cree, antes bien, más en el aquí-ahora que en el aquí-allá eterno, es decir, en el presente instantáneo y no en el porvenir de la eternidad. Cree, en cambio, no tanto en la sucesión temporal sino en la circularidad del instante, que trasciende el suceder eterno. Fue pues este poeta un hombre que creyó en la historia y en la poesía, ya que fue un apasionado pensador

del tiempo histórico, es decir, un pensador del tema de la historia y del tema de la poesía. “Por esto, la poesía, que niega a la historia, la afirma: el poeta revive al instante, lo consagra. Los grandes historiadores también son su manera, poetas: resucitan el tiempo. Poesía e historia son dos polos complementarios”, dice en la ya citada entrevista a César Salgado (Paz 26, 1997: 534). De ahí que, el autor de *Corriente alterna* fue, a su modo, un historiador de la poesía y de la cultura, de México o, al menos, un poeta con cultura histórica. Desde la poesía, revivió los mitos, consagró el tiempo y afirmó la historia, al resucitar el tiempo histórico y el tiempo del mito. En síntesis, poesía e historia, poesía y filosofía fueron las representaciones que lo retrataron como poeta moderno y filósofo de la historia.

“Siempre me fascinó el misterio del tiempo y en el tiempo he encontrado al instante. En *Piedra de sol* aparece el instante, pero el instante está integrado al fluir del tiempo, y el tiempo tiene una forma circular. Es una idea muy antigua, la idea de que el tiempo se repite, pero al repetirse se recrea, de modo que nunca es una exacta repetición”, afirma Paz en una entrevista con Enrico Mario Santí, titulada “Conversar el humano” (Paz 26, 1997: 542).

Piedra de sol es así un poema que postula una poética de la lectura, en el sentido en que el lector puede repetir su lectura, pues es un texto abierto y circular. El tiempo es el protagonista de este texto poético, y también el amor y el cuerpo femenino. La búsqueda del tiempo en *Piedra de sol* es, en efecto, el encuentro con la circularidad de un sujeto poético fascinado por la temporalidad. Es la búsqueda de un tiempo arcaico y primitivo, el tiempo sagrado de los aztecas que está en el centro de los cuatro puntos cardinales, y cuyo centro es la mujer, la amada; por ende, la fuerza de atracción que mueve la pasión es la libido y el deseo erótico.

“Yo diría que en *Piedra de sol* lo esencial es el elemento temporal y esta lucha, esta dialéctica entre lo instantáneo y el curso del poema, muestran que *Blanco* en primer lugar este poseído por la idea del absoluto, hay una influencia evidente del oriente. Y también en *Blanco* lo espacial es más importante que lo temporal” (Paz 26, 1997:542).

2.27. Sucesividad y movimiento: el tiempo poético

La concepción del tiempo en Paz es de tipo occidental: es sucesividad del presente en oposición con la idea de movimiento. De ese modo, el tiempo transcurre contra sí mismo, o más bien -como es natural-, contra el espacio. “En efecto, la única manera que encontró de captar “lo perpetuo” de su presente fue expresando presentes paralelos en diferentes espacios” (Aguilar Mora, 2016:36). Y sigue diciendo el crítico: “En otras palabras, al espacio absoluto de algunos filósofos, Paz opone el tiempo absoluto: este no transcurre, los espacios se desplazan, se intercambian, dialogan en ellos” (Aguilar Mora, 2016:36).

El tiempo en la poesía de Paz se yuxtapone y empalma como imágenes en movimiento. Así, tiempo, espacio y conciencia del ritmo habrán de caracterizar su escritura poética. Soledad, amor y erotismo se alternan en un fluir temporal del verso o la prosa poética. Marta Piña Zentella en “Giran los años en la plaza y el poeta no se mueve: Octavio Paz y la ciudad”, sentencia:

“Dese la asimilación del proceso creativo como inmersión de la conciencia histórica colectiva, el tiempo, además de ser un tópico en la obra paciana, literalmente encarna en una problema psicológico y antológico para Paz. El poeta sostiene que el hombre es tiempo finito y como tal esté ligado a su entorno por fuerzas naturales y hasta sobrenaturales. El espacio por excelencia donde fluye el tiempo para el hombre proclive al progreso es la ciudad, aunque claro, no es cierto. Son múltiples los poemas urbanos donde se despliega la complejidad del concepto tiempo” (Piña, 2002:83-84).

El tiempo, el amor y la muerte conforman los ejes de tensión alrededor de los cuales gira la dialéctica de los contrarios. Insomnio, sueño, mediodía y río son símbolos que en Octavio Paz aluden a la temporalidad, al paso o transcurso del tiempo y su duración.

2.28. Río y árbol como imágenes poéticas del tiempo. Analogía, metáfora y representación geométrica.

En el ensayista mexicano, concretamente en su poética, las figuras del árbol y del río serán la genealogía constante de su discurso. En efecto, árbol y río participan como imágenes fractales, tanto el árbol, que acompañará su imaginario y su sensibilidad, y también su memoria infantil y familiar durante toda su trayectoria poética. Fueron su némesis y su cruz, su calvario y su celebración, su camino de rosas y de espinas: sus hermanos siameses -desde el árbol de la higuera, de su infancia en Mixcoac hasta el nin, donde se casó con su eterna esposa Marie-Jo. Estos símbolos (árbol-río) fueron su paraíso y su purgatorio. El tiempo conquistado y perdido: retorno a sus orígenes, memoria y nostalgia, motivos de creación e impulso imaginativo. El árbol y el río serán, por consiguiente, representaciones del tiempo: nacimiento y muerte. Su pensamiento también estará movido o impulsado por la figura del árbol que crece y se reproduce, se mueve y respira. La sustancia (savia) encarna la sangre y el agua que da vida; es la fuente de la vivacidad: luz y sombra. Así, los pensamientos y las imágenes poéticas en Paz se desarrollan y brotan en forma arbórea y de un río vertiginoso, móvil y fluyente: transparencia, fugacidad y velocidad. Alrededor de la imagen del tiempo hay una confluencia y una correspondencia de instantes: el movimiento. El tiempo (río) simboliza la idea del infinito en el espacio.

La tensión que postula la movilidad y la inmovilidad se cruzan en el ritmo verbal del poema y definen su poética del instante. La analogía y la metáfora le imprimen un dinamismo a su pensamiento ensayístico que fluctúa en forma geométrica. Cada ensayo de Paz es una composición en la que cada frase u oración representa una línea circular cuya geometría gira alrededor de los

polos retóricos esenciales: analogía y metáfora. Por ende, el ritmo de las frases le confiere una gran armonía a la unidad de cada párrafo.

En su teoría poética de *El arco y la lira*, dice: “La figura geométrica que simboliza la prosa es la línea: recta, sinuosa, espiral, zigzagueante, más siempre hacia adelante y con una meta precisa. De ahí que los arquetipos de la prosa sean el discurso y el relato, la especulación y la historia” (Paz 6, 1998:69).

La geometrización del pensamiento de Paz también tiene su expresión en su estilo: en su sintaxis y puntuación, en la circularidad de sus frases y en la coherencia de su ilación. También en la unidad de sus proposiciones, en la limpieza de sus frases y en la variedad de sus temas; en la precisión de sus oraciones y en la elegancia, brillo y magia de sus palabras. La linealidad de sus frases representa el tiempo rectilíneo, horizontal; y la circularidad de ellas, lo cíclico y en espiral. Esa circularidad de su estilo apunta a un fluir oscilatorio y rítmico de cada frase prosódica. Monólogo y diálogo pendulan en el estilo prosístico, conversacional y oral de su obra ensayística. El lenguaje de su prosa representa un movimiento continuo de flujos analógicos y metafóricos que encarnan el río y su corriente acuática: indetenible, sinuosa y móvil. En síntesis, en Paz, el poema adquiere la forma de un círculo y el ensayo, la de un cuadrado.

La geometrización del pensamiento de Paz está directamente unida a su concepción del tiempo: circular en el poema, en su poética del instante; lineal o, más bien, cíclico, en su prosa oscilatoria y pendular. Dice Marta Piña, en ese sentido:

“Pero la representación más socorrida es la del tiempo en forma de espiral, la del pasado de los primitivos que avanza en una línea que se enrosca sobre sí misma (como la mismidad) y tiene ciclos y rituales que se repiten, pero también hechos nuevos e inesperados que necesitan una expansión diametral. El tiempo -sigue diciendo Piña- se actualiza a sí mismo, se repite, pero continúa, a pesar de sus fracasos; es muy importante reconocer que la representación que hace Paz del tiempo ya sea recta o en espiral, sigue siendo

lineal: sentido de progreso sin repeticiones o correpeticiones” (Piña, 2002:159).

Para el poeta mexicano, la historia, como expresión de la temporalidad de los hechos humanos, avanza sin retroceso, en espiral en tiempo pasado. Ese ritmo en espiral de los hechos acontece -o acaece- en una órbita de lo novedoso, circunstancial e inesperado.

La idea del tiempo mítico tendrá en Octavio Paz una presencia y también una reincidencia constante que sostendrá la columna verbal de *Piedra de sol* y de no pocos de sus poemas y ensayos. Ese tiempo paciano de un presente eterno tendrá presencia en el pasado, el presente y el futuro. Su poesía, en efecto, devendrá en escritura contra el tiempo, ruptura del tiempo lineal y vuelta al origen circular del tiempo mítico y sagrado. Es decir, la reconciliación de una noción del tiempo fuera del tiempo o más allá de su presencia.

“La modernidad, dirá Paz, unos años después, instauró el tiempo lineal y en él depositó al futuro como el objeto por alcanzar; en el futuro está el progreso y el hombre debe, así nos han impuesto, esforzarse por conseguirlo. Pero se trata de una falacia porque el futuro nunca llega y, mientras tanto, agotamos la vida, la única vida que tenemos, en buscar lo inalcanzable. ¿Cuál es el remedio? Vivir el presente, el instante, sobre todo aquel que convoca la poesía y el amor y en el que es posible re-vivir. Como en el tiempo circular mítico, lo que ya pasó. El hombre tiene, propone Paz, nuevos caminos que cambien la visión cronométrica del tiempo” (Salgado, 2003:69).

En sus ensayos y poemas hay una crítica imaginativa a la tradición del tiempo lineal, y esta poética se transforma en un pensamiento por abolirlo y fundar un tiempo fuera del tiempo mismo. El centro de sus preocupaciones descansó en una búsqueda de otredad para llegar a ser el mismo, y así auguró, para los mexicanos, como meta, ser “contemporáneos de todos los hombres”, como afirma, al concluir su clásico *El laberinto de la soledad* (Paz, 1973:174).

Octavio Paz buscó como forma de matar la soledad, la comunión, a través de la poesía y el amor. Estas son, para él, las vías para disipar las dos experiencias esenciales de la soledad, es decir: el nacimiento y la muerte.

Paz desarrolló la tesis del presente eterno, perpetuo o fijo, donde no había ni sucesión ni tránsito. Era su noción del tiempo mítico. Hay pues en el poeta un tiempo del presente histórico del hombre y un tiempo futuro de la modernidad. Cree que el hombre está llamado a buscar y encontrar su salvación, a través de la comunión con los demás y consigo mismo, y también mediante la fiesta y el amor.

Dice el poeta en su libro *Libertad bajo palabra*:

“Todo es presente, espejo sin revés:
no hay sombra, no hay lodo opaco,
todo es ojo.
Todo es presencia, estoy presente en todas partes
Y para ver mejor, para arder, me apago” (Paz 14, 1990: 211).

Y vuelve a sentenciar en todo orientalizante:

“Paso ya el tiempo de esperar la llegada del tiempo,
El tiempo de ayer, hoy y mañana,
Ayer es hoy, mañana es hoy, hoy todo es hoy,
Salió de pronto de sí mismo y me mira” (Paz 14, 1990: 233).

Según la biógrafa de Paz, Guadalupe Nettel: “Otra de las ideas clave de oriente que interesó a Paz es la de la supremacía del tiempo presente: el instante presente es lo único que existe, y contiene todo el tiempo pasado, así como todas las posibilidades por venir” (Nettel, 2014:162).

Ya se sabe, la poesía es tiempo, pero un tiempo que lo trasciende, al igual que lo hace la mitología. El tiempo lógico de la naturaleza es ilógico en el poema. “Esta comprensión del mundo, esta voluntad de reconciliación, de unidad, se convirtió con el tiempo en el sello característico de la poesía paciana, por un decir, en su *leitmotiv*” (Nettel, 2014:178-179).

Notas

1. Concepto referido a la escritura del poema breve, circular y de orientación oriental.
2. Frase que se reitera en el *Mono gramático* y que le da fluidez y movimiento al poema en prosa, misma que funciona como *leitmotiv*, pues se repite, dándole al texto un ritmo sostenido.
3. Técnicas narrativas introducidas en la novelística contemporánea por James Joyce con su novela *Ulysses*, y que provienen de la psicología de William James.
4. Es un verso que actúa como definición del tiempo.
5. El concepto de consagración del instante aparece enunciado en *El arco y la lira* de Octavio Paz, el cual anunciará su reflexión sobre la poética del instante.
6. Apéndice del libro *El arco y la lira*, que luego Paz editara como un libro independiente.
7. Este concepto de Antonio Machado sobre la poesía será esencial en la concepción de Octavio Paz acerca del poema y el tiempo.
8. Principio de la lógica formal aristotélica.
9. Idea que Paz tomó de Nietzsche y luego perfiló con su lectura de Mircea Eliade en su libro *El mito del Eterno Retorno*.
10. Vocablo asociado a la creación de la poesía como arte temporal, cotidiano.
11. Verso de Borges de su libro *Historia de la eternidad*, Alianza Editorial, Madrid, 1975.

12. Es una frase que le imprime la noción del tiempo al libro que Paz usa como *leitmotiv*.
13. Concepto usado por André Breton en su *Manifiesto surrealista* y defendido por los poetas surrealistas, que consiste en la escritura automática, sin que intervengan el pensamiento y la razón, y al margen de cualquier presupuesto ético, moral, político o religioso. Esta expresión define la poética surrealista.
14. Alude a la frase de Heidegger del “ser arrojado”, que Paz leyó en el libro *El ser y el tiempo*, y que el poeta transforma para referirse al hombre como un ser que huye del presente, en su tentativa por aferrarse a la existencia.
15. Paz solía usar esta imagen poética para referirse a la vida.
16. Obra rescatada y editada por Enrico Mario Santi, que reúne los textos y artículos juveniles de Paz, publicados en diarios, suplementos y revistas.
17. Expresión aparecida por primera vez en su obra *El arco y la lira*, que alude a la otra voz del poeta, a la voz de la tradición, y que acaso tomara de T. S Eliot.
18. Jorge Guillén será su gran amigo, y sobre el cual escribiría un ensayo acerca de su poesía. Este poeta de la generación del 27 ejercerá gran influencia en su poesía, de corte cerebral, reflexiva, breve, conceptual y filosófica, en especial de su magna obra poética *Cántico*.
19. Frase esencial en Octavio Paz tomada de Antonio Machado y que definirá su poética y su concepción del poema y del ser.
20. Marx habla de la historia como farsa en su libro *El 18 brumario de Luis Bonaparte*.

21. Esta idea Hegel la desarrolló en su *Estética*, donde refiere que con el arte romántico habíamos arribado al fin del arte en su transformación, y que por lo tanto ya el arte era una cosa del pasado, pues el verdadero arte, que era el arte prusiano, ya había concluido, es decir, pertenecía al pasado, y por tanto el arte del presente había muerto.

22. *Leitmotiv* reiterativo que actúa como eje motriz del poema.

23. En Paz, el presente es perpetuo, y el único estado del tiempo real, a la manera de Schopenhauer.

24. Concepto que aparece en Aristóteles en su *Poética* para afirmar que mientras la poesía nos dice lo que será, nos relata el devenir, nos vaticina el futuro, la historia nos relata el pasado, lo que fue, o ya no es.

25. Como decía el filósofo americano de origen japonés, Francis Fukuyama, en su tesis del “fin de la historia y el último hombre”.

26. Ver su libro *El choque de civilizaciones*, Paidós, Barcelona, 1990.

27. Ver *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Alianza Editorial, Barcelona, 2015.

28. En Paz, Bachelard será esencial en su concepción no solo del concepto del tiempo sino de lo imaginario, el instante y de la intuición fenomenológica.

29. Fue el consejo que le dio Ortega y Gasset en Ginebra a Paz, la primera vez que hablaron y se conocieron, tras una conferencia del filósofo, camino a su hotel. Fue después de un congreso de filosofía al que asistió el joven poeta mexicano, y que cuenta como anécdota en su ensayo *Ortega y Gasset: el que y el para que*, de su libro *Hombres en su siglo*, Seix Barral, Barcelona, 1990.

30. Herencia de la tradición oriental y método de escritura del poema breve.

31. La “otra orilla” es una imagen que alude a la muerte, al otro lado de la vida, y que Paz menciona por primera vez en *El arco y la lira*, producto de sus lecturas budistas.

32. Se sentía un peregrino en su patria porque fue un hombre cosmopolita, no un hombre sin patria sino un ciudadano del mundo. De ahí que usara esta expresión como título de uno de los tomos de sus *Obras Completas*.

33. Expresión usada por Paul Valery y que le da título a un libro de ensayo.

34. Título que alude al libro *La llama doble*, sobre el amor y el erotismo, tanto en Oriente como en Occidente, y que será una obra de lucidez, en su pensamiento estético y filosófico.

35. Símbolo de Netzayacolt de la tradición cultural y cosmológica azteca, que representa al monarca de la cultura azteca.

36. Poética reiterativa en su concepción del poema breve.

Capítulo 3: La soledad en Octavio Paz

“La soledad se presenta al poeta como una experiencia que implica necesariamente el tiempo”.

Ramón Xirau

3.1. El Laberinto de la soledad: identidad y mexicanidad

Al arribar a la mitad del siglo XX, Octavio Paz publica su obra cumbre sobre el pensamiento mexicano moderno. Se trata de *El laberinto de la soledad*, de 1950, cuando el joven intelectual apenas tenía 34 años. Una obra seminal en su trayectoria como pensador de la historia y la cultura de México, que lo llevaría a tener un sitio ejemplar en la vida cultural de su país. Figura polémica, devoto de la crítica, como ejercicio de libertad intelectual, Paz nació maduro, adquirió una sólida cultura como resultado de su pasión lectora, al heredar de su abuelo una biblioteca --quien también era político y escritor, igual que su padre.

Con *El laberinto de la soledad*, Paz intentó hacer un examen de la mexicanidad y un diagnóstico ontológico del alma mexicana. La irrupción de *El laberinto de la soledad* en la escena intelectual mexicana dejó una huella indeleble en el mediodía del siglo pasado, frente a las vertientes metafísicas, antropológicas y psicológicas de las interpretaciones históricas acerca del ser del mexicano, de su presente y su destino. Entre la historia y el mito, aparece aquí la

imaginación crítica como ejercicio del pensamiento libre, que sirvió de acicate a la modernidad en estado analítico.

Como un hiato en la historia del siglo XX en América Latina, *El laberinto de la soledad* se lee como reflexión ontológica de la mexicanidad y, por extensión, como pieza ejemplar en el arte de pensar, cuya extensión reflexiva se prolonga en el libro *Postdata*, de 1969 -a raíz de la matanza de Tlatelolco-, y se cierre como ciclo temático, veinte y cinco años después, con *Vuelta al Laberinto de la soledad*, de 1975 -una larga entrevista concedida a Claude Fell. En su conjunto, esta secuencia manifiesta una línea de pensamiento que atraviesa el centro motriz de sus preocupaciones intelectuales por la historia de México, su devenir y su presente, que han suscitado no pocas controversias, malestares y críticas negativas, que algunos opositores a Paz consideraron -y consideran aún- como una “mentada de madre a los mexicanos” (1) (como confiesa Paz le dijo un poeta), o que fue un libro escrito contra México. El propio Octavio Paz, en *Postdata* define *El laberinto de la soledad* así:

“*El laberinto de la soledad* fue un ejercicio de la imaginación crítica: una visión y, simultáneamente, una revisión. Algo muy distinto a un ensayo sobre la filosofía de lo mexicano o a una búsqueda de nuestro pretendido ser. El mexicano no es una esencia sino una historia” (Paz 28, 1987:10).

Como se ve, Paz no reconoce haber escrito una obra filosófica de carácter ontológico sobre México, sino una obra resultante de la imaginación y la crítica. Elogio de la crítica y la sensibilidad histórica, con zonas líricas, *El laberinto de la soledad* es una alegoría a la condición del mexicano y del latinoamericano, en la que la soledad se transfigura en una metafísica vinculada al individuo y a la historia de la conquista y la colonización del Nuevo Mundo. La soledad como búsqueda de la otredad es, asimismo, un encuentro con la unidad del ser, en una especie de “esencial heterogeneidad del ser” (2), para decirlo con una frase del poeta Antonio Machado, que tanto citaba

Paz. La “metafísica de la soledad” (3) es pues una manera de explicar la ontología del mexicano en Paz, que alcanzó su plenitud imaginaria, fantástica y mágica, en 1967, con la publicación de la novela *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, ese mago de la ficción del realismo mágico latinoamericano.

La reflexión sobre el ser y el carácter de los países fue un género en boga en la primera mitad del siglo XX, desde el punto de vista de la historia de las ideas, que se remonta a los escritores argentinos Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo Mallea y Héctor Murena, al peruano Salvador Salazar Bondy, y al mexicano Samuel Ramos (4), que inició esta reflexión en México -y a quien se le señala como el precursor de Paz-, todos en obras como *Radiografía de la pampa*, *Historia de una pasión argentina*, *El pecado original de América*, *Lima la horrible* y *El perfil del hombre y la cultura de México*, respectivamente. Sin embargo, para Paz, Ramos hace una reflexión de tipo psicológico, influido por las lecturas del psicólogo Alfred Adler, en cambio él la hace, no subordinada a ninguna corriente de pensamiento, con lo que no admite influjo alguno de este pensador mexicano, sino, antes bien, de Nietzsche y *La genealogía de la moral*.

Acerca de la influencia de Samuel Ramos en *El laberinto de la soledad*, Paz sostiene:

“En cuanto a mí: yo no quise hacer ni ontología ni filosofía del mexicano. Mi libro es un libro de crítica social, política y psicológica. Es un libro dentro de la tradición francesa del ‘moralismo’. Es una descripción de ciertas actitudes, por una parte y, por la otra, un ensayo de interpretación histórica. Por eso no tiene que ver, a mi juicio, con el examen de Ramos. Él se detiene en la psicología; en mi caso, la psicología no es sino un camino para llegar a la crítica moral e histórica” (Paz 8, 2012:325).

Así sentencia, de manera lúcida y categórica, a la pregunta de Claude Fell. En cambio, Paz admite la influencia en esa época del marxismo, la antropología de Roger Caillois, George Bataille y Marcel Mauss, la filosofía de la cultura de Wilhem Dilthey y George Simmel, la fenomenología

y el existencialismo de Husserl y Heidegger, y el psicoanálisis de Sigmund Freud (5). Después de la larga conversación con Claude Fell sobre *El laberinto de la soledad*, Paz le reprocha:

“Mire usted. Hemos hablado de las deudas mías: Freud, Marx... No hemos hablado de una influencia esencial, sin la cual no hubiera podido escribir *El laberinto de la soledad*: Nietzsche. Sobre todo, ese libro que se llama *La genealogía de la moral*. Nietzsche me enseñó a ver lo que estaba detrás de las palabras como virtud, bondad, mal” (Paz 8, 2012:347), sentencia el poeta mexicano, a la pregunta de Claude Fell.

En su libro *Itinerario*, una especie de autobiografía intelectual, dice:

“Confieso que la concepción central de *El laberinto de la soledad* me sigue pareciendo válida. El libro no es un ensayo sobre una quimérica filosofía del mexicano; tampoco una descripción psicológica ni un retrato. El análisis parte de unos cuantos rasgos característicos para en seguida transformarse en una interpretación de la historia de México y de nuestra situación en el mundo moderno” (Paz 29, 1993:226).

En *El laberinto de la soledad*, Octavio Paz se ocupa del pachuco mexicano (los antiguos chicanos), de la relación entre el carácter de los norteamericanos y los mexicanos, de la mujer y el hombre: su psicología, su ser y su carácter. Muchas de las ideas contenidas en *El laberinto...* constituyen la simiente del desarrollo posterior del pensamiento de Octavio Paz, que luego se transformarán o fundamentarán, pero que conservan su esencia originaria, su impronta intelectual. Algunos de estos planteamientos tienen una gran deuda con los románticos alemanes e ingleses, y con las experiencias de lectura que el joven Paz tenía en los albores de su formación como intelectual, y en los perfiles de ensayista lúcido, sagaz y agudo, de sorprendente precocidad y madurez. En esta obra ya se conforma, asimismo, el estilo personal de la sintaxis paciana: puntuación precisa y expresividad dinámica, lúdica y emotiva. Su concepción hegeliana de la historia, del tiempo histórico y el presente eterno, circular, no lineal, y en gran medida, su experiencia de lectura de los ensayistas románticos alemanes (Novalis, Schiller y Goethe) (6).

Particular influencia ejerció sobre su formación temprana la lectura del libro *El alma romántica y el sueño*, de Albert Beguin, y posteriormente, la obra *De Baudelaire al surrealismo*, de Marcel Raymond (7) -ambas editadas por el FCE- que luego serían esenciales en la escritura de *El arco y la lira*, según destacaría Jacques Lafaye, en su obra *Octavio Paz en la deriva de la modernidad*.

3.2. Soledad y otredad

Octavio Paz esboza la tesis sobre la soledad, a partir de la búsqueda de la otredad como una experiencia de la búsqueda de sí mismo, cuyas reflexiones se remontan a los dos años que vivió Octavio Paz en Francia -entre 1948 y 1949- previos a la edición de este libro, concepto que tiene una gran deuda con la idea de otredad de Antonio Machado. Para Paz, el ser tiene sed de otredad, y siempre busca su reflejo, su alteridad, para completarse, su envés para realizarse. Así pues, el hombre se realiza en la mujer, el yo en el otro y el individuo en la sociedad. El hombre, en efecto, en esa búsqueda de su yo, encuentra al nosotros. Búsqueda y descubrimiento se expresan en una dialéctica entre el yo y el otro, idea que Paz desarrollaría en su reflexión entre “poesía de soledad” y “poesía de comunión” (8), en su obra *Las peras del olmo*, que también serían los conceptos que dominaría *El laberinto de la soledad*. En Paz, el yo se transfigura en máscara, y en ese juego de identidades, siempre se manifiesta, en el universo de su pensamiento, una tensión entre la inmanencia y la trascendencia, que matizará el eje de sus preocupaciones intelectuales, de índole filosófica. En la esencia de su obra siempre está el nosotros. La persona gramatical que tendrá su hegemonía será pues el nosotros ante el yo. El poeta mexicano siempre habla desde un nosotros que se vuelve espejo de reconciliación de su identidad ontológica. Por consiguiente, soledad y comunión serán los polos que servirán de equilibrio entre la mismidad y la otredad. La

preocupación en Paz por la soledad, como estado del ser, se manifiesta entre la unidad del ser y su otredad. Así pues, apunta en el párrafo inicial de *El laberinto de la soledad* que: “El descubrimiento de nosotros mismos se manifiesta como un sabernos solos; entre el mundo y nosotros se abre una impalpable, transparente muralla: la de nuestra conciencia” (Paz 7,1973:9).

La de Paz no es solo la soledad del mexicano, sino la soledad del ser humano: la del nacimiento y de la muerte, entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. El sentimiento de soledad que siente es la expresión de una percepción natural, que nace con el individuo, y que trasciende la niñez y la adultez, a través del juego o del trabajo, conceptos que desarrollarían Roger Caillois en *Los juegos y los hombres*, y Johan Huizinga en *Homo ludens*, desde el punto de vista de la antropología cultural. Para este pensador holandés, incluso, el juego es anterior a la cultura misma. Esa visión de la soledad en Paz tiene un componente asociado a una nostalgia por el pasado infantil, entre el mundo natural y el mundo social. El sentimiento de soledad es así una condición constitutiva del ser humano, y en especial, del mexicano, en la acepción paciana. Siempre estamos solos. Nacemos solos y así moriremos, y este dilema existencial genera en el ser humano un sentimiento de orfandad, nostalgia, desarraigo y aun angustia, que lo arroja a un sentimiento de inferioridad. En tal sentido, Octavio Paz apunta:

“Pero más vasta y profunda que el sentimiento de inferioridad, yace la soledad. Es imposible identificar ambas actitudes: sentirse solo no es sentirse inferior, sino distinto. El sentimiento de soledad, por otra parte, no es una ilusión –como a veces lo es el de inferioridad- sino la expresión de un hecho real: somos, de verdad, distintos” (Paz 7, 1973:18).

De igual modo, continúa diciendo:

“Nuestra soledad tiene las mismas raíces que el sentimiento religioso. Es una orfandad, una oscura conciencia de que hemos sido arrancados del Todo y una ardiente búsqueda: una fuga y un regreso, tentativa por restablecer los lazos que nos unían a la creación” (Paz 7, 1973:19).

En el capítulo inicial titulado *El pachuco y otros extremos*, Paz reflexiona sobre la lengua, el carácter, las costumbres y las creencias de estas personas, así como acerca de la pérdida de su herencia, en el sentido de que el pachuco no quiere ser mexicano ni yanqui, lo cual le granjeó no pocas críticas. Esta obra se lee como una antropología del mexicano, y a la vez como una historia de México; es pues un viaje a la semilla del México prehispánico, al mito, para penetrar en los entresijos del presente histórico, en su núcleo antropológico. La lectura de Heidegger de *El ser y el tiempo* es asumida por Paz, al concebirse como un “ser arrojado” (9), lectura que también sería esencial para escribir *El arco y la lira*, como confesó en varias ocasiones. Así pues, al verse a sí mismo, ve en el otro, al mexicano, y por extensión, a todo mexicano. Esta reflexión no es solo una exploración en el ser del mexicano sino además un viaje por el corazón y la conciencia del espíritu. Paz es el Narciso que ve su ser en el agua y que, al reflejarse, ve el rostro suyo y el de los otros. En la soledad, Paz observa también la condición de la orfandad del mexicano, y la explicación del complejo de inferioridad, así como su tristeza intrínseca, como también la suspicacia de todo mexicano. En esta parte de su ensayo, Paz establece una diferencia entre el carácter de los mexicanos y los norteamericanos, en relación con el tema de la muerte. Mientras que ellos celebran y conocen la muerte, el norteamericano evade su idea y se niega a conocerla. El mexicano le rinde culto a la muerte, como una manera de rendirle culto a la vida misma, por consiguiente, no le teme, no siente horror. De ahí que afirme: “Nuestro culto a la muerte es culto a la vida, del mismo modo que el amor, que es hambre de vida, es anhelo de muerte” (Paz 7, 1973:21).

En suma, Paz establece una serie de diferencias entre el norteamericano y el mexicano, como cuando sentencia:

“Ellos son crédulos, nosotros creyentes; aman los cuentos de hadas y las historias policiacas, nosotros los mitos y las leyendas. Los mexicanos mienten por fantasía, por desesperación o para superar su vida sórdida; ellos no mienten, pero sustituyen la verdad verdadera, que es siempre desagradable,

por una verdad social. Nos emborrachamos para confesarnos; ellos para olvidarse. Son optimistas; nosotros nihilistas –solo que nuestro nihilismo no es intelectual, sino una reacción instintiva; por lo tanto, es irrefutable-. Los mexicanos son desconfiados; ellos abiertos. Nosotros somos tristes y sarcásticos; ellos alegres y humorísticos. Los norteamericanos quieren comprender; nosotros contemplar. Son activos; nosotros quietistas: disfrutamos de nuestras llagas como ellos de sus inventos. Creen en la higiene, en la salud, en el trabajo, en la felicidad, pero tal vez no conocen la verdadera alegría, que es una embriaguez y un torbellino” (Paz 7, 1973:21-22).

El ser mexicano es pues un pretexto que usa Paz para reflexionar sobre su yo como habitante mexicano, latinoamericano y del mundo. Piensa la hombría del mexicano, como ente cultural, sobre el sentido ontológico del “rajarse” (10). Hace un psicoanálisis de este verbo, frente al alcance del “abrirse”. El mexicano puede abrirse, doblarse, abdicar, humillarse y aun “agacharse”, pero jamás rajarse. De ahí que el mexicano odie el rajarse porque el que se raja es de poco fiarse, es un traidor, un indiscreto y, a la postre, un cobarde. Para Paz, el origen machista del mexicano frente a la mujer se remonta a la concepción de que la mujer es un ser que se abre, y por eso se le considera inferior. “Su inferioridad es constitucional y radica en su sexo, en su ‘rajada’, herida que jamás cicatriza”, sentencia (Paz 7, 1973:22). Resalta, asimismo, la hombría como una condición que los distingue de los demás pueblos del continente, como un pueblo que lucha, que fue capaz de hacer la primera revolución social, agraria, de América Latina (1910), incluso antes que la revolución rusa (1917). De ahí que diga: “El ideal de hombría para otros pueblos consiste en una abierta y agresiva disposición al combate; nosotros acentuamos el carácter defensivo, listos a repeler el ataque” (Paz 7, 1973:28). Paz se despliega en ideas y reflexiones sobre la mujer, y cómo ve el mexicano a la mujer. Como intérprete de la mexicanidad, Paz dice que: “Para los mexicanos la mujer es un ser oscuro, secreto y pasivo” (Paz 7, 1973:32).

El concepto de soledad en Paz tiene una connotación antropológica, en tanto destino del ser histórico del hombre, de los pueblos y las naciones. Estudio lúcido de la historia y del presente,

este texto contiene ideas visionarias e iluminadoras sobre el México sagrado e histórico, el mexicano, sus fiestas y sus ritos. Sus lecturas de George Bataille, Marcel Mauss y de Roger Caillois, en especial sus libros *El mito y el hombre* y *El hombre y lo sagrado*, serían nodales en la concepción antropológica de *El laberinto de la soledad*, mítica obra, que se ha convertido en un hito en la bibliografía sobre el ser y la identidad del mexicano, y como un texto de carácter filosófico de su vasta producción libresca. En la misma, Paz se revela como poeta y profeta, que busca iluminar el pasado mexicano, desde una tradición romántica, donde vida, poesía e historia se funden en una simbiosis filosófica. Como se ve, Paz inventó mundos, no sistemas de ideas ni ideologías, mediante los supremos recursos literarios de la analogía y la metáfora, con una gracia estilística deslumbrante. La historia le sirvió, asimismo, de inspiración, y la filosofía, como materia de ficción, con las que condimentó su imaginación letrada.

La gestación de *El laberinto de la soledad* se produjo desde su condición de autoexiliado parisino, que vio a México desde una distancia necesaria para verlo con objetividad y desapasionamiento. Cuando había completado el manuscrito, Paz le confesó a Alfonso Reyes que había escrito este libro “para liberarse de un nacionalismo torcido, que desemboca en agresión si se es fuerte y en narcisismo si se es miserable, como ocurre con nosotros” (Brading, 2002:35). En otra ocasión dijo que este libro fue “una confesión, una búsqueda de mí mismo también” (Brading, 2002:35). con lo que dejó entrever que fue el resultado de un autoanálisis para comprenderse a sí mismo, de suerte que esta obra se puede leer en parte como una autobiografía. “El libro por sí mismo funcionó –afirma David A. Brading, en su obra *Octavio Paz y la poética de la historia mexicana*– como una mascarada heráldica diseñada para confundir a los hijos de la modernidad” (Brading, 2002:70). Y Sigue diciendo este historiador inglés:

“Con todo, tras dedicar todos los recursos de su prosa a la descripción del carácter, los mitos y la historia de su país, Paz concluía invitando a sus

compatriotas a que asumieran su carga, la soledad, que no era otra cosa más que el destino común impuesto por la modernidad a la civilización occidental y su multipoblada humanidad. Era una conclusión sorprendente y demostraba el grado de desencanto de Paz, como liberal y como revolucionario” (Brading, 2002:70).

Paz siempre usó el amor y la poesía erótica como vía de escape para huir del tiempo de la soledad. De ahí que la comunión representa un oasis de amor para conjurar la soledad humana, desde la infancia a la vejez. Para el Nobel mexicano, la poesía deviene, en efecto, acto de magia que impide el desencanto del mundo, donde la aventura del amor se vuelve una pasión heroica. “Si algo era Paz era un moralista, y en ‘La dialéctica de la soledad’... describió de qué modo el individuo podría encontrar la comunión, por fuertes que fueran las demandas de la modernidad sobre la sociedad” (Brading, 2002:70). En síntesis, Paz postula así la potencia del amor erótico como fuerza capaz de producir la comunión entre los hombres y las mujeres.

El poeta afirma además que el poema para el niño es una forma mágica, pero que en la adolescencia se produce un encantamiento del mundo y, a la vez, un encuentro narcisista con la soledad, mientras que en la juventud, ocurre la aventura heroica del amor. “Quedaba a la madurez de la persona el reinstalar a esa misma persona en la historia por medio de la creación artística o en la sociedad” (Brading, 2002:71). Paz quiso erigirse desde esta obra germinal como el profeta de la sociedad, y de la sociedad mexicana, desde el amor y la reflexión poética, de modo que pretendió -sin lograrlo, desde luego- entregarles a los mexicanos un manual para enfrentar la soledad y la desesperación.

“Al igual que todos los verdaderos profetas, Paz fue asimismo una especie de mago o vidente. Pero solo los magos o los profetas tienen el poder para conjurar a los espíritus, haciendo surgir a los fantasmas del pasado, si bien con el propósito de exorcizarlos, privándolos de su fuerza. Tal al menos fue la intención de Paz en *El laberinto de la soledad*” (Brading, 2002:73).

La deuda del Paz poeta con el surrealismo es inmensa, en especial con André Breton, como también lo fue su deuda con los románticos alemanes, en especial, el ensayista, además de Hegel y Fichte. Para Brading: “Ciertamente, una manera de definir *El laberinto de la soledad* es viéndolo como una desencantada versión mexicana de los *Discursos sobre la nación alemana* de Fichte” (Brading, 2002:100).

En esta obra central en el pensamiento de Paz, México es visto por él no como parte de América Latina sino como parte integrante del hemisferio occidental. De modo, que adopta la postura de que la única forma de ser realmente mexicano es asumiendo los valores de la cultura universal, como una manera de liberarse de los fantasmas nacionalistas de sí mismo y de sus compatriotas.

En *El laberinto de la soledad* Paz se interroga por el ser y querer ser del mexicano, por su lugar en el mundo hispánico-católico y de Occidente, vale decir, por el ser y la otredad del mexicano y del hombre. Se propuso, sin muchas pretensiones, interrogarse a sí mismo para darles respuesta a cuestiones cardinales de la identidad de México y su pasado cultural prehispánico. Se vuelve el historiador y el arqueólogo del mundo azteca, el explorador de la mitología indígena y el visionario del futuro de México, del continente mestizo, sin ser ni psicólogo, ni antropólogo, ni arqueólogo, ni historiador, sino un poeta iluminado y un lúcido ensayista. Esta preocupación por el pasado de México y del Nuevo Mundo, así como por su penetración analítica del presente y su anticipación de muchas ideas y acontecimientos históricos, hacen de Octavio Paz uno de los forjadores y precursores de la modernidad de Occidente y en especial, de América Latina, en la segunda mitad del siglo XX, cuyas permanentes reflexiones lo ocuparon gran parte del siglo pasado.

El hecho de vivir en distintos países -ya por su experiencia diplomática, o ya por sus inquietudes intelectuales- hizo de Paz un hombre cosmopolita, abierto a todas las corrientes estéticas y filosóficas de su tiempo -a la modernidad y a las vanguardias- y en contacto con ciudades y países como París, Nueva York, Japón, India, etc.- así como al hecho de entablar amistad con los más importantes artistas, intelectuales y escritores europeos y latinoamericanos del siglo XX -como de animar y fundar revistas y grupos literarios en México-, permiten afirmar que Paz fue un “hombre de su siglo” (11), con sentido de la historia, una mentalidad abierta y plural, con ansias de conocimiento, curiosidad infinita y apetito de aprendizaje. En efecto, Paz fue un soñador racional, amante de la libertad, y a la vez, un eterno espíritu crítico, para quien lo mismo le daba ocuparse de pensar, analizar y reflexionar sobre un cuadro de pintura, un poema, una novela, una idea, o hablar acerca de un pintor como de un filósofo. O pasar de la política a la historia, de la literatura a la filosofía, de la arqueología a la antropología, de la lingüística a la sociología, de la crítica literaria a la crítica de arte, de la teoría poética a la teoría del lenguaje, de la historia de las ideas a la historia de las religiones, del mundo oriental al mundo occidental -todo trabajado con profundidad y libertad, competencia y conocimiento, autoridad y gracia.

“Con algunas ideas del College de Sociologie fundado por Georges Bataille y apoyándose en teorías de Roger Caillois en torno al carácter revelador de la imaginación pública... y cotejándolas con su propia experiencia, Paz reconstruye en *El laberinto de la soledad* (1950) la historia de México. Su libro se inscribe en la línea de escritos que indagaron en torno al ser del mexicano y que eran una escuela hispanoamericanista de aquellas interrogaciones surgidas en España después de la guerra del 98, como los de José Ortega y Gasset en *España invertebrada*” (Castañón, 2014:61).

Y sigue diciendo el escritor mexicano:

“A pesar de estas correspondencias, la obra de Paz fue recibida en un principio con cautela y recelo, pues ponía al descubierto muchas de las capas morales que constituyen el entonces y tal vez todavía intocable ser del mexicano: una de ellas es el resentimiento, esa avidez vengativa que nace en

el corazón roto y sometido; otra el parricidio y la consagración simbólica de la violencia” (Castañón, 2014:62).

Vuelve a decir Adolfo Castañón, editor, crítico y ensayista, en su monumental obra *Tránsito a Octavio Paz* (62).

“La guía expuesta en *El laberinto de la soledad* es a la par personal y universal. El poeta nos guía por los terrenos fronterizos de la historia y el mito: el pensador describe una ciudad y nombra la política que reclama. *El laberinto...* es, desde luego, una guía para adentrarse en México y bajar a los infiernos de su pasión, pero es también una guía para salir de él y conocer las fuerzas que condicionan su sacrificio. Más aun, *El laberinto...* no sabía ser leído plenamente si no se leyera como una guía escrita para recobrar la unidad fragmentada de la historia a través de la interrogación de sus duelos. Una guía para no perderse entre las pérdidas y para superar el narcisismo de la orfandad a través de una visión del conjunto... (Castañón, 2014:132).

El laberinto de la soledad es un libro escrito desde el presente, pero mirando la historia. Es más que un libro de historia oficial, un libro de la intrahistoria, de la historia mítica y subterránea de la identidad mexicana y del México profundo. Es la memoria poética de una cultura. Escrito desde la poesía y el pensamiento, es la historia de un discurso escrito por un poeta que supo escuchar la voz de la memoria mítica de su pueblo, desde la raíz profunda de lo mexicano, desde la semilla de lo poético. Viaje filosófico y antropológico por los demonios de la historia y los infiernos de lo sagrado; viaje metafísico realizado con el vuelo de la poesía tras la búsqueda del alma y el ethos de lo mexicano.

“Un viaje filosófico ofrecido poéticamente (es decir, mediante imágenes y mitos), en el curso del cual se busca el alma o ethos de ese mexicano que vive cautivo en el laberinto de su soledad endiosada, cautivo en su leyenda familiar y aislado por ello de la historia” (Castañón, 2014: 134).

3.3. Soledad, modernidad y mexicanidad

Los buceos de Octavio Paz en los orígenes de nuestro pasado lo condujeron a una búsqueda de la modernidad, a una ruptura con el tiempo histórico, y en una obsesión por fundar -o encontrar- una filosofía del mexicano y del latinoamericano, como una manera de formar parte de lo universal. Esa búsqueda de la mexicanidad en él no tiene una impronta nacionalista, sino que es el reflejo de una actitud intelectual por auscultar en su ser, para descubrir la máscara de la identidad del ciudadano mexicano. Esa idea de máscara, en su imaginario intelectual, será el equivalente a la otredad, a la identidad personal, pues en la acepción latina, la palabra “persona”, significa máscara. Para Paz, el mexicano y todo individuo, es un ser enmascarado, que usa una máscara como mecanismo de defensa y de fingimiento, o acaso para vencer su soledad existencial, y entrar en comunión con el mundo.

La búsqueda de la modernidad, que lo persiguió, fue una forma de entrar a la historia universal, que está en el interior de nuestra conciencia social, no fuera. De ahí que dijera en su Discurso del Nobel. “Volví a mi origen y descubrí que la modernidad no está fuera sino dentro de nosotros. Es hoy y es la antigüedad más antigua, es mañana y es el comienzo del mundo, tiene mil años y acaba de nacer” (Paz 3, 1991: 21).

El Laberinto de la soledad es una obra que se lee, a un tiempo, como una poética de la historia mexicana y como una “reflexión crítica sobre la modernidad” (Santi, 2016:51). como dijera Enrico Mario Santi. Ensayo moral, filosofía de la historia, antropología de la cultura, autobiografía intelectual e interpretación histórica de México, esta obra es central en el marco de las obras orgánicas de Paz, a pesar de que es la primera obra en prosa unitaria de este pensador, cuya génesis no deja de tener sus deudas con la visión romántica de la historia, de corte hegeliano,

o, más aún, de la poesía romántica, que sirvieron de fuentes de formación del joven poeta azteca. Texto de psico-historia y etnología, *El laberinto de la soledad* postula la idea, en síntesis, de que no hay soledad sin comunión, ni comunión que no se geste en soledad.

Poeta enamorado de la historia y de las ideas, Octavio Paz siempre merodeó entre la tradición y la modernidad, en diálogo con el pasado y el presente. Enseñó a los latinoamericanos, a leer con los ojos de la pasión y del pensamiento crítico, a los autores esenciales; puso a dialogar a Oriente con Occidente, a América Latina con Europa, a México con su pasado y, por qué no, a leernos a nosotros mismos. De ahí que rescatara pintores y poetas mexicanos olvidados, y pusiera a los europeos a prestarles atención a los mundos y los lenguajes que estos hombres de letras y de arte, inventaron y crearon.

Hacia 1957, Octavio Paz publicó su libro de ensayos *Las peras del olmo*, en el que postula por vez primera la idea de “poesía de soledad y de comunión” (12), que luego desarrollaría en su teoría poética *El arco y la lira*. La noción de soledad es reivindicada, posteriormente, por Paz para ponerla al servicio de una teoría de la poesía, como experiencia religiosa y mágica. Su concepción sagrada del acto poético -que se expresa como éxtasis místico- es el resultado de un diálogo entre la soledad y la comunión. De ahí que, para él, la poesía deviene revelación religiosa, experiencia amorosa con la palabra, es decir, “la poesía como la religión natural del hombre” (13), como diría Novalis. En efecto, en Paz, la poesía deviene experiencia religiosa, sagrada, en comunión con el mundo.

Así pues, el poeta funda un diálogo entre su ser y el mundo, de suerte que la experiencia poética depara en comunión con la naturaleza. La poesía se transforma así en eucaristía, ceremonia e iluminación, que alcanza el poeta en su búsqueda de lo desconocido para fundirse con la naturaleza. Religión y poesía, soledad y comunión, inocencia y experiencia actúan como fuerzas

de atracción creadoras. Toda experiencia poética parte de una experiencia de soledad, en su tentativa para hacer al hombre retornar a su estado primigenio de inocencia o de experiencia como lo alcanzó el poeta romántico inglés William Blake. Esa búsqueda del poeta por alcanzar un estado de comunión se revela en búsqueda de lo absoluto, en su intento por hacer del mundo una experiencia sagrada. La poesía como dice Paz: “No pretende hermostrar, santificar o idealizar lo que toca, sino volverlo sagrado. Por eso no es moral o inmoral; justa o injusta; falsa o verdadera; hermosa o fea. Es, simplemente, poesía de soledad o de comunión” (Paz 13, 1984:87). Estas tempranas reflexiones se remontan a una conferencia que dictara Paz en México en 1942 para conmemorar el cuarto centenario del nacimiento de San Juan de la Cruz, y de ahí su influencia de la poesía mística del Siglo de Oro, sus lecturas de Quevedo, Lope de Vega, Góngora y, en especial, de *El Libro del Buen Amor*, de El Alcipreste de Hita.

Estas meditaciones sobre la soledad y la comunión, Paz las fundamenta mucho más y mejor cuando incluye como apéndice el capítulo titulado “Dialéctica de la soledad”, a la edición revisada y aumentada de 1959. En este texto, Paz vuelve a pensar el concepto de soledad, y lo concibe como una característica no solo exclusiva del mexicano, sino de todos los hombres. En ese sentido, afirma:

“Todos los hombres, en algún momento, se sienten solos; y más: todos los hombres están solos... La soledad es el fondo último de la condición humana. El hombre es el único ser que se siente solo y el único que es búsqueda de otro. Su naturaleza consiste en un aspirar a realizarse en otro. El hombre es nostalgia y búsqueda de comunión. Por eso cada vez que se siente a sí mismo se siente como carencia de otro, como soledad” (Paz 7, 1973:175).

De estas ideas se desprende la visión de la soledad como una condición intrínseca al ser humano, que aparece no en toda su existencia sino en algunos momentos o instantes de soledad. Es a la vez el destino inexorable del hombre, pero también un pretexto para buscar al otro, en que

se realiza realmente, y donde alcanza su plenitud de ser. De ahí que la soledad es un estado del ser que impulsa al hombre a negar su vacío existencial, su carencia ontológica.

3.4. Soledad y comunión. Inmanencia y trascendencia

Entre la soledad y la comunión hay pues una dialéctica, que es a la vez una búsqueda y también una negación, entre el ser y el querer ser, la vida o la muerte. El nacimiento es el primer acto de negación de la soledad. El hombre siempre está abismado sobre la soledad: viene de la soledad; nace solo: vive y muere solo. La vida y la muerte son intransferibles y esa misma intransferibilidad lo hace un ser solitario, aunque viva una vida gregaria, y busque vivir con otro para buscar lo que no tiene para completarse, y de ahí que se enamore. En esa dialéctica transcurre su vida, y eso lo hace vivir en una angustia existencial porque es un ser hecho de tiempo, construido con la sustancia del tiempo, y esa misma condición de ser un ente temporal, lo hace tener conciencia de la muerte, pues el tiempo es quien nos mata. Sin embargo, la soledad también es una condición temporal. De modo que el hombre siempre está gobernado por la temporalidad, más allá de la soledad o la comunión, conceptos tan consustanciales al pensamiento de Octavio Paz.

La soledad es inmanente al ser humano; la comunión es trascendente. Mientras que la soledad reside en el yo, la comunión, en cambio, mora en el otro. En efecto, la soledad es inmanente porque es una condición constitutiva, ontológica e intrínseca al hombre. Es decir, es su condición existencial vital. Mas, la comunión es social, se aprende, se ejercita, se adquiere en sociedad: es una necesidad del ser, una búsqueda para el hombre poder sobrevivir a los rigores y avatares del mundo social y de la vida cotidiana. El hombre, para trascender la soledad, busca el amor, el cual reside en el otro (la pareja, la amante, la esposa, la familia, los padres, los hijos), y es una manera

ontológica de olvidarse de la muerte, de distanciarse o suspender su presencia o su memoria, tras la búsqueda de la felicidad y del sentido de la vida.

Para el autor de *El mono gramático*, la soledad es una condena, y también un pretexto para trascenderla, la conciencia que persigue una conquista y una salida, un deseo de trascendencia y de inmanencia. Así, afirma:

“Estamos condenados a vivir solos, pero también lo estamos a traspasar nuestra soledad y a rehacer los lazos que en un pasado paradisiaco nos unían a la vida. Todos nuestros esfuerzos tienden a abolir la soledad. Así, sentirse solos posee un doble significado: por una parte, consiste en tener conciencia de sí; por la otra, en un deseo de salir de sí” (Paz 7, 1973:175).

La búsqueda de comunión es una forma de abandonar la soledad, y a la vez, una manera de buscar el amor. La negación de la soledad es, en efecto, una forma de afirmar el amor de y negar la muerte, de hacer que el ser se prolongue en la vida y trascienda la soledad constitutiva del hombre. El anhelo de comunión se transforma en deseo de amar. La dialéctica soledad y comunión conforma, una unidad de oposición binaria y de complementariedad, de atracción y rechazo. La conciencia de la soledad implica una conciencia de comunión, como expresiones de vida y de muerte, de amor y desamor. En consecuencia, la soledad es así la representación de la vida entre el nacer y el morir, como acciones vitales y humanas. En ese sentido, Paz enfatiza: “Nacer y morir son experiencias de soledad. Nacemos solos y morimos solos” (Paz 7, 1973:176). Para luego concluir: “Nuestras vidas son un diario aprendizaje de la muerte. Más que a vivir se nos enseña a morir. Y se nos enseña mal” (Paz 7, 1973:176). Estas afirmaciones provienen de un mexicano, de un país en el que la muerte es consustancial a su carácter, su idiosincrasia y su cultura, la que celebran y festejan.

En este ensayista y poeta hay una convicción de que la soledad es un estado del ser, propia de la vida y de la muerte. Manifiesta su inconformidad con la educación cultural de Occidente

acerca de la muerte, en la que el ser humano crece con temor a ella porque solo se le educa para la vida y no se le enseña a morir, contrario a Oriente, donde se educa para la muerte. De ahí que no se le tema. El dualismo que postula la comunión y la soledad de las sociedades occidentales, y no la unidad, hace que suprima la soledad, a expensa de la comunión, que es lo que posibilita la realización del amor. Sin comunión no hay amor, y mucho menos erotismo y reproducción humana. La comunión que promueve el erotismo es de índole social y posibilita, en efecto, la sociabilización de la especie.

Esta reflexión temprana de Paz sobre el amor y el erotismo, contenidas en *El laberinto de la soledad*, habrá de marcar su sensibilidad, imaginación e intelecto, y alcanzar su consagración en su obra tardía, pero de gran madurez filosófica, *La llama doble: amor y erotismo*. La fuerza del amor, como instinto de vida, es para Paz un fuego devorador, que ilumina pero que no quema, el cual constituye la potencia de la trascendencia humana, que permite ahondar en nosotros mismos, y, a la vez, huir de nosotros para alcanzar la realización en el otro, es decir: recrearse en la soledad. Comunión de la soledad y soledad de la comunión, el ser humano vive y muere en esa constante tensión dialéctica. La soledad también nos permite purificarnos, y, además, crear. La experiencia de la soledad nos habilita el ocio creador, nos proporciona el tiempo creativo, que luego se consagra en la comunión. La soledad, en síntesis, es un estado de nostalgia: nostalgia de espacio y de tiempo, de cuerpo y de espíritu. “En efecto -dice Paz- soledad y orfandad son, en último término, experiencias del vacío” (Paz 7, 1973:187).

El ser humano se enamora para matar la soledad. Baila y canta, celebra y hace fiesta para conjurar la soledad - en una palabra: para abolir el tiempo y hacer más amorosa la vida. El ser humano vive su vida, en efecto, en una constante ruptura con la soledad para hacer que sobreviva, sobresalga y predomine, la comunión, como garantía de vida y disipación de la muerte. Esta

percepción de la soledad, en Paz, está asociada a una visión romántica, aquella que ve en la soledad una experiencia onírica, el sueño de la razón, la materia única de la creación artística y el alimento del pensamiento de la vida despierta y dormida.

El laberinto de la soledad es un libro, como se sabe, de interrogación sobre el ser nacional. Escrito por un poeta acerca de la identidad y la historia de su pueblo: México. Así pues, Paz buscó reconciliar Occidente con América Latina y México, desde una óptica laica y nacionalista. Se lee como una novela de formación, es decir, de aprendizaje, o de auto aprendizaje, que analiza en tono poético y aun metafísico, la identidad mexicana. Paz se vuelve el antropólogo y el semiólogo que descifra los signos identitarios de construcción de la cultura mexicana. En cada página resuenan los ecos de la poesía, no sin penetración psicológica y hondura filosófica, y articulado bajo un estilo fino y lírico.

“Se presenta al ensayo de Paz como una ficción en prosa y como una *bildungsroman*, que narra la formación no de un individuo sino de la identidad nacional” (Domínguez-Michael, 2014: 170). El crítico mexicano y compañero de viaje del Consejo Editorial de la revista *Vuelta*, sigue diciendo:

“El laberinto de la soledad, como el Moisés (Freud), son narraciones verosímiles debido a que se protegen parcialmente de la crítica histórica al confesar su carácter novelesco o ensayístico y porque al hacerlo a su vez establecen un poderoso correlato con la historia” (Domínguez-Michael, 2014:100).

Mito e historia, este ensayo es fundacional en las letras y el pensamiento del Nuevo Mundo. No busca una verdad, pues no es más que una especulación literaria de estirpe moral. Octavio Paz hace una reflexión intrahistórica y metahistórica en el “laberinto de la soledad” del mexicano, heredero de la cultura náhuatl. Esta meditación metafísica cumplió en él una función terapéutica de psicoanálisis de su vida personal y familiar. Fue una práctica de escritura moral que evoca a

Freud y la judeidad en su libro *Moisés y la religión monoteísta*, como nos refiere Domínguez Michael en su biografía sobre Paz. “*El laberinto de la soledad* fue escrito en esa misma clave terapéutica: el ejercicio del moralismo nunca es inocuo y la recurrencia a la ficción, a la fábula y al novelón, es proverbial pues enseña a vivir la vida” (Domínguez-Michael, 2014:171).

Este ejercicio de pensamiento y de la memoria histórica, que ahonda en el mito fundacional de México y su expresión moderna en la Revolución de 1910, deviene en un acto de autoconocimiento o autorrevelación de su ser. Octavio Paz sometió así la historia de su pueblo a un psicoanálisis existencial, explorando en el trauma, el síntoma, la culpa y la psicosis de sus orígenes nacionales. “La soledad era para los mexicanos lo que el monoteísmo para los judíos” (Domínguez-Michael, 2014:171).

Con esta obra, Paz escribió un ensayo moral con el que “noveló”, por así decirlo, la idiosincrasia, el ser y la historia mítica de México. Este poeta representa el perfil psicológico del mexicano, desde una perspectiva filosófica optimista. Está pues la morfología del personaje solitario, huérfano, cuya máscara constituye el enigma de la identidad mexicana. Esta obra sobre la soledad y su laberinto interioriza lo nacional o lo nativo con la finalidad de transformarse en relato, tras la búsqueda de los orígenes, que son sus orígenes. Argumenta y narra, especula y reflexiona sobre los avatares existenciales e históricos de México; es, en esencia, la revelación de una ontología traumática, que es a la vez, el diagnóstico psicológico de una Nación. Paz, en efecto, explora en el carácter nacional mexicano y hace (sin proponérselo), un examen del espíritu histórico del mexicano y de la Revolución, en la historia utópica de esta Nación, otrora la Nueva España.

3.5. Soledad y filosofía existencial del mexicano

Este texto es una radiografía del sentimiento histórico de una Nación, y mediante la indagación analítica y crítica, intenta curarnos simbólicamente. Paz pretendió fundar una filosofía del mexicano o de lo mexicano, a partir de una reflexión, hasta cierto punto, de estirpe existencialista, bajo el influjo de Heidegger, y también de un moralismo nihilista de jaez nietzscheano, pensadores que lo influyeron y que fueron sus lecturas de cabecera, y juveniles. Los antecedentes históricos de la reflexión sobre la mexicanidad se remontan al libro *El perfil del hombre y la cultura de México*, de 1934, de Samuel Ramos, discípulo a su vez de José Gaos, y contemporáneo de los filósofos José Vasconcelos y Antonio Caso, a cuya tradición pertenece también el filósofo pospositivista Leopoldo Zea. En esta meditación temprana, Paz hace una especie de ontología del mexicano, una anatomía de su idiosincrasia histórica y mítica.

Mezcla teórica y conceptual de psicología, sociología, antropología e historia, aderezada de aliento poético, *El laberinto de la soledad* es el trazado de un espíritu intelectual, curado de cristianismo, pero insuflado por los aires del existencialismo no sartreano sino heideggeriano.

Tras la edición de esta obra, Paz no tuvo un camino de rosas, pues fue criticado y acusado de marxista, en su enfoque, por algunos de sus adversarios intelectuales. La influencia de este libro trajo aparejadas no pocas críticas ideológicas, que aún perduran, como las de Emmanuel Carballo, Fernando Benítez, Jorge Aguilar Mora y Salazar Mallen (14), acaso su más ácido contradictor. Algunos acusaron a Paz de trotskista (como Mallén), de plagario de Samuel Ramos y de los marxistas ortodoxos mexicanos o de algunos filósofos profesionales o académicos.

Narración fundacional de la memoria histórica del pueblo mexicano, como ya se ha dicho, esta obra capital instituye el mito de la soledad de México y del latinoamericano, del “pelao” (15),

el indio o el africano de la composición étnico-cultural del Nuevo Mundo. Pensamiento sobre la psicología del pueblo mexicano, este libro depara a la vez en un monólogo de la identidad y del destino de su autor y de sus gentes. Al interrogarse sobre el ser nacional, Paz terminó interrogándose a sí mismo, y fundando un género filosófico, de aliento poético, que pretendió currarse de la enfermedad romántica de la soledad o de la melancolía, es decir, hacerse un auto psicoanálisis.

En *El laberinto de la soledad*, Paz vinculó pasado y presente de México: visión psicológica, psicoanalítica, intrahistórica de México, en su búsqueda por definir la identidad del hombre mexicano. El sustrato teórico de orden antropológico de Paz en su configuración del concepto temprano de soledad hay que situarlo en sus lecturas metabolizadas de Roger Caillois, Marcel Mauss, Georges Bataille, George Dumézil, Levi Strauss, Emir Durkheim, Bolislaw Malinowski, Levy Bruhl, Nietzsche, y, desde luego, Freud (16). Estos autores y pensadores contribuyeron a perfilar su concepto del mito y la cultura, lo sagrado y el fuego, el juego y la moral. Estas reflexiones sobre la soledad son el diagnóstico del alma mexicana, que tiene sus antecedentes más primarios en Samuel Ramos, con sus meditaciones sobre la psicología del mexicano. Las deudas de Paz con el Nietzsche de *Genealogía de la moral* serán determinantes como una forma de reivindicar las filosofías de los poetas románticos alemanes, tan caras a su formación intelectual temprana.

Esta formación cultural tuvo su germen en México, pero se solidificó a partir de los años 50, en su larga estadía francesa y al contacto con su cultura, su filosofía y sus pensadores. La problemática de la soledad será pues esencial en su poesía juvenil y en sus ensayos sobre historia hispánica y prehispánica de México: del México histórico y mitológico, al México profundo y

moderno. Su visión de la soledad, como experiencia existencial de comunión y soledad, habrá de convertirse en el laberinto de su espíritu intelectual.

Su idea de soledad tiene un trasfondo gongorino. Evoca el libro barroco *Las soledades* del poeta cordobés que, junto a Quevedo y Lope de Vega, fueron los guardianes de su sensibilidad poética temprana, y que lo acompañarían toda su vida. Pero su concepto de soledad no tiene una raíz histórica (de *saudade*, como para los portugueses y brasileños), sino un germen hispánico y acaso evoca la melancolía azteca, ese estado de timidez y obediencia que caracterizó el espíritu de los mexicanos prehispánicos o precortesanos. Así pues, la soledad será un concepto clave y medular. “Pero la soledad también puede tener una dimensión metafísica; es la que define Heidegger en su libro *El ser y el tiempo*” (Lafaye, 2013:117). El núcleo de la soledad fue metabolizado por Paz, salta a la vista, de sus lecturas mexicanas de Heidegger sobre el tiempo, y este a su vez las asimiló de Kierkegaard, quien a la vez influyó en Unamuno (quien aprendió danés para leerlo en su lengua).

“En la obra de Paz, bergsonianos en este aspecto, la soledad es consecuencia de la caída en el tiempo medido, opuesto al tiempo real, que es “el continuo presente” del jardín de la infancia” (Lafaye, 2013:118). Y sigue diciendo el ensayista francés:

“Así que Octavio Paz le pudo haber llegado la soledad de muy diversas fuentes; para empezar, de su propia experiencia vital, de niño dos veces huérfano (de su padre y de su abuelo), también de niño “chicano en California y de regreso a México, visto por sus compañeros como un niño “gringo” o “visigodo” (Lafaye, 2013:118).

Octavio Paz intentó toda su vida de escritor escapar de la soledad, a través de la poesía o de la historia y la arqueología mexicana, es decir: huir del laberinto de su soledad metafísica. O como afirmó Albert Beguin, un pensador esencial para Paz, cuya lectura de *El alma romántica y el sueño* será vital. “La soledad de la poesía y del sueño nos libera de nuestra desoladora soledad” (Beguin,

1976:488). En efecto, Paz bucea en los laberintos míticos del México profundo y, en especial, ahondó en su alma infantil, de la memoria enterrada en su genealogía familiar. Asimiló la herencia hispánica de México, la metabolizó y, por decirlo así, la polinizó con la tradición germánica y francesa; edificó un pensamiento antropológico de su identidad. De los románticos alemanes a los simbolistas y surrealistas franceses, moldeó su genio creador e intelectual. En conclusión: en su búsqueda del grial poético y mítico, encontró su epifanía sagrada.

Hay que aceptar que Paz elaboró su concepto de la soledad muy temprano, es decir, en su patria mexicana, pero no es menos cierto que fue en Francia, donde lo pulió y maduró con la experiencia de la distancia y el desarraigo existencial, a fines de los años 40 y principios de los 50. O el camino inverso que hizo al escribir su libro de viaje -o de memorias-, titulado *Vislumbres de la India*, desde México, a fines de su dilatada vida intelectual.

Su conciencia de la soledad tiene como esencia el sentimiento de la orfandad y del hombre solitario, peculiar imagen del espíritu romántico, del cuadro *El hombre solitario frente al mar de niebla (17)* de Caspar David Friedrich. El poeta mexicano captó también la atmósfera de la postguerra, caracterizada por la desolación y la vacuidad. En el fondo, la noción paciana de la soledad, como un sentimiento de la condición humana, está atravesada por el otro concepto, que es crucial en su universo referencial de símbolos: el tiempo.

“La soledad pues será un estado del tiempo que reside en el pasado de su conciencia. La temporalidad de la soledad es lineal y sucesiva con un final. Y esa conciencia de su finitud crea en el individuo un sentimiento de soledad, de saberse que el tiempo que pasa no regresa, que lo que se va no retorna. Vivimos el fin del tiempo lineal, el tiempo de la sucesión: historia, progreso, modernidad” (Paz 7, 1973:175).

Este poeta y ensayista apostó siempre por el presente, al igual que Schopenhauer, pero no sintió nunca nostalgia del pasado ni del futuro. De ahí que fue un pensador moderno, anclado en

el presente, un hombre de circunstancia, con conciencia del presente y de la actualidad. El cultivo de la poesía y de la historia fueron las vías de escape de la soledad. En su “búsqueda del presente” (que fue el título de su conferencia en la recepción del Premio Nobel) para interpretar el pasado, define su filosofía de la historia. Al tener conciencia de la historia creyó en el mito de la revolución, pero como “revuelta del futuro” (18). De ahí que tuviera la convicción, en su etapa marxista juvenil, de la revolución como una tentativa social de reintegración del hombre al pasado, para hacer de la historia, un estado vivo del futuro. La idea de revolución fue una metahistoria y el gran mito utópico del progreso para el siglo XX. La transformación revolucionaria de la sociedad, de corte marxista, fue para él un ideal teleológico del tiempo lineal, como lo fue para muchos utopistas revolucionarios, un ideal que se emparenta al mito cristiano de Occidente, al mito bíblico del Génesis y el Juicio Final o Apocalipsis.

Octavio Paz sintió desde su juventud gran fascinación por la historia y pasión por la revolución, como un legítimo heredero de la Revolución mexicana (1910), como lo revelan sus reflexiones en *El laberinto de la soledad*. “Su vida fue un poema circular -doloroso, luminoso, siempre apasionado- en cuyo largo trazo genealógico hay huellas de todas las revoluciones del mundo moderno”, dijo Enrique Krauze, su aventajado discípulo, en *El poeta y la revolución* (Krauze, 2014:11). La obra juvenil de Paz transcurrió en un diálogo secreto y a la vez angustiante entre soledad y comunión con el otro, acaso en medio de un sentimiento religioso. “Desde muy temprano lo embargaba un agudo y permanente sentimiento de soledad y una duda sobre la propia identidad” (Krauze, 2014:17).

La pasión revolucionaria, la pasión intelectual y la pasión amorosa se volvieron pasión poética, de ahí que la pasión impetuosa fue el impulso de sus reflexiones sobre la revolución y la

revuelta, su patria y su historia. Al dialogar consigo mismo, dialogó con la historia, su historia, su pasado familiar, y ese diálogo lo realizó en soledad.

Soñador despierto y vigilante en duermevela del sueño, Paz se sumergió en el árbol genealógico de la historia mexicana, tras la búsqueda por explicar la soledad de sus ancestros y conciudadanos y, por ende, su propia soledad; también su filiación cultural, su filigrana étnica, el carácter y la psicología de sus compatriotas. Hundió sus raíces reflexivas en la memoria temporal de México, y también en su tiempo sagrado y mítico. Si bien soñó despierto su presente, no menos cierto es que soñó también su devenir literario y su destino intelectual.

A su obra no le faltaron imaginación y sensibilidad, sin que estos rasgos atentaran contra el rigor conceptual y argumentativo de sus ensayos. Su obra fue, en efecto, una constante rebelión, es decir, una crítica, una rebelión onírica de la vigilia, una batalla de los sueños con la vida despierta. De ahí que su espíritu intelectual y creador estuviera imbuido de un impulso en un tiempo romántico y surrealista. En síntesis, Paz fue también, a un tiempo, en el buen sentido de la palabra, un revolucionario y un soñador.

El laberinto de la soledad se convirtió, con el tiempo, en su genealogía autobiográfica, en una “novela” (19) sobre su identidad y un psicoanálisis de sí mismo. Dicho en otras palabras: en un largo poema en prosa de la mexicanidad, en clave metafísica. Fue así, un poeta de la historia - y contra la historia- de la identidad mexicana. La escritura de esta obra tuvo en él una especie de catarsis liberadora, pero cuya epifanía se prolongó toda su vida intelectual. También fue una *anagnórisis* que lo purgó de su psique y fantasmas históricos.

“Paz vivía la historia mexicana con pasión autobiográfica, pero su enfoque y hasta sus conocimientos no eran los del historiador sino del filósofo y poeta de la historia” (Krauze, 2014:209). La soledad fue para él una búsqueda de lo absoluto. De temperamento poético y

filosófico, siempre estuvo tentado por la fe, esa fe laica, ateológica. Crítico de los dogmas, siempre tuvo esperanza del presente. Adjuró del marxismo, por sus herejías, y también por sus dogmas ideológicos porque se volvió un pensador libre y heterodoxo. Por sus curiosidades científica, estética y filosófica infinitas de conocimiento, parecía un espíritu renacentista. Al final de su etapa oriental, abrazó el budismo como una religión atea, o filosofía mística, existencial y espiritualista. Se volvió más bien socrático y pagano, amante de Lucrecio y los estoicos. Por su fervor político, semejaba un revolucionario de espíritu romántico, a la manera de los independentistas latinoamericanos del siglo XIX.

“La soledad es la condición constitucional del hombre. Los hombres, y las mujeres, por supuesto, nacemos solos y morimos solos, esto es lo fundamental. Sin embargo, en el concepto y en la experiencia de la soledad intervienen siempre los otros. Para sentirse solo, para saberse solo, hay que saber que está uno separado o distante de los otros, de modo que uno de los componentes esenciales, diríamos, de la experiencia de los otros, si no hubiere otros, yo no me sentiría solo... así es que para sentirse de veras solo tienes que vivir con la muchedumbre”, afirma Paz a Enrico Mario Santí, en la entrevista “Conversar es humano” (Paz 26, 1997:539).

Notas

1. Frase que le atribuye a Octavio Paz varios intelectuales adversarios cuando se publicó *El laberinto de la soledad*.
2. Expresión de matiz existencialista acuñada por Antonio Machado, y que será crucial en el poeta mexicano.
3. Título del apéndice de la segunda edición de *El laberinto de la soledad*.
4. Estos autores escribieron obras de reflexión sobre sus países natales y su identidad.
5. Fueron pensadores y sabios que Paz leyó y asimiló en su etapa formativa.
6. Fueron poetas que Paz leyó en su etapa juvenil.
7. Autores franceses que reflexionaron sobre la poesía, el sueño, el romanticismo alemán y el surrealismo francés.
8. Son conceptos seminales en su concepción de la poesía que desarrollaría luego en su libro *El arco y la lira*, y posteriormente en *Los hijos del limo* y *La otra voz. Poesía y fin de siglo*.
9. Expresión heideggeriana que alude al ser caído de modo involuntario en el mundo.
10. Verso que alude a la expresión popular mexicana de rendirse, entregarse.
11. Título de uno de los libros de ensayo de Octavio Paz, luego usado por Christopher Domínguez Michael para su biografía intelectual de Paz.
12. Fue originalmente un discurso en homenaje a San Juan de la Cruz, y luego recogido en su primer libro de ensayo titulado *Las peras del olmo*. El planteamiento central

de esta conferencia habría de ser desarrollado como una poética sobre la poesía como oficio y como arte literario.

13. Frase célebre del poeta romántico alemán Novalis para definir la poesía.

14. Escritores e intelectuales mexicanos, críticos de Paz en México.

15. Personaje popular mexicano, campesino y pobre de la época, representado por el célebre comediante mexicano Mario Moreno Cantinflas.

16. Estos antropólogos y filósofos fueron esenciales en la cimentación y configuración de la concepción de la cultura en Paz, así como para su definición del ser mexicano.

17. Emblemática pintura del romanticismo alemán que representa la soledad, la desolación y la tragedia del alma romántica.

18. Este concepto apunta a postular un retorno del futuro como forma de progreso circular.

19. Christopher Domínguez Michael, en su biografía intelectual sobre su maestro Octavio Paz, siempre habla de *El laberinto de la soledad* no como un ensayo sino como una “novela” (así entre comillas).

Capítulo 4: Octavio Paz en el contexto del pensamiento poético latinoamericano y universal.

“La obra de Paz representa la crisis de la pérdida de los valores del hombre moderno y la búsqueda de lo sagrado”.

Manuel Ulacia

4.1. Modernidad, tradición y ruptura

Toda obra poética trasciende la tradición histórica y los estilos. La labor del poeta consiste en la búsqueda de perfección expresiva, en una actitud que se distancia de la tradición originaria. Todo poeta busca un estilo que nunca alcanzará a dominar, pues es un ideal y toda idea de estilo reside en el futuro. El poeta persigue la modernidad para trascender el pasado y alcanzar la universalidad. Para lograrlo, postula una ruptura dentro del contexto de la tradición. La historia del arte y de la literatura es la historia de la dialéctica entre tradición y ruptura, antigüedad y modernidad. De ahí que esta tensión constituye el motor de la historia del arte literario, musical y visual. Por consiguiente, la búsqueda de modernidad es una búsqueda de novedad. “La tradición moderna es la tradición de la ruptura” (Paz 23, 1966:5), sentencia Octavio Paz, en su prólogo a la antología mexicana *Poesía en movimiento*, que data de 1966.

La tesis de Paz de “poesía en movimiento” (1) es una prolongación de su poética contenida en “Los signos en rotación” (2) -el apéndice de la segunda edición de su libro *El arco y la lira* (1957)-, que constituye a su vez un monumental tratado de poética y preceptiva literaria. Esta

reflexión de la “tradicción de la ruptura” (3) tiene su piedra de toque en su contacto temprano con las teorías del poeta y ensayista angloamericano, T.S. Eliot, titulada “La tradicción y el talento individual” (4), pero que Paz metabolizó durante su estadía juvenil por USA cuando leyó en su lengua a Eliot, Pound, Cummings, William Carlos Williams, Wallace Stevens y Robert Frost -a quien visitó y entrevistó. Con esta reflexión, Paz reivindica la idea de que toda ruptura, con el paso del tiempo, se vuelve tradicción. Ahora bien, la tradicción es permanente y la ruptura es, instantánea, temporal, por lo que los cambios representan la fuerza motriz o campo de gravedad que dinamiza la continuidad. El concepto de ruptura ofrece una conciencia del lenguaje, del arte y la literatura, es decir, “nos da una conciencia de la tradicción” (Paz 22, 1986:17).

La ruptura es permanente y continua para que constituya un acto de transformación; en cambio, la tradicción representa el espejo en el que se mira la ruptura, en un campo de fuerzas de atracción y repulsión, cuyo funcionamiento depara en cambio recíproco y de retroalimentación. El talento es individual, para Eliot, y el estilo es único e intransferible, donde se afirma la personalidad del artista, pero siempre en una tradicción históricamente determinada. La ruptura es así un fenómeno históricamente transitorio, ya que no es estable, sino que cambia en función del tiempo de la tradicción, que a su vez está determinada por la lengua, la historia y la cultura. En consecuencia, la tradicción opera como mecanismo de influencia en la conciencia estética del lenguaje y de la técnica de cada autor; es, en efecto, la tradicción fuente de la angustia, desde el punto de vista de la psicología del arte, en la tónica del concepto de “angustia de las influencias” (5), para decirlo en la terminología de Harold Bloom -el gran Buda de la crítica americana. El concepto de ruptura es histórico, ya que trasciende la historia, la cual representa la tradicción, pero la ruptura a su vez también se convierte en historia, y de ahí que este juego de trasferencias, entre ambos conceptos, se transfigura en permanencia y trascendencia. Ruptura y tradicción son,

entonces, los polos magnéticos que encarnan la temporalidad histórica, donde se consagran y consustancializan, estallan y transforman.

En América Latina, la poesía moderna nace con las vanguardias, vale decir, se hace obra abierta, con Vicente Huidobro y el Creacionismo, y su “viaje en paracaídas” con *Altazor*; en Europa ya lo habían hecho los futuristas y cubistas, que indudablemente influyeron en Huidobro. La ruptura estética postula un cambio en la sensibilidad y una transformación en la forma del arte. La idea de ruptura, en efecto, representa la línea geométrica de un presente eterno y la tradición de un pasado permanente. Esa ruptura se renueva constantemente, no desde el pasado sino siempre desde el presente continuo. Ruptura es, en el arte, el presente instantáneo del tiempo histórico. En consecuencia, la idea filosófica de ruptura es, en la lógica aristotélica occidental, la ley de la negación de la negación del presente y del pasado -en suma, de la tradición.

En *El arco y la lira*, Octavio Paz reflexiona con sorprendente erudición sobre la naturaleza de la poesía, el lenguaje poético, el ritmo, el verso, la prosa, la imagen y aún la inspiración poética, y concluye internándose en la teoría de la novela y la historia, en una prosa, a ratos surrealista y delirante, pero no menos lírica y filosófica. En síntesis, los antecedentes de *El arco y la lira* -que habrá de ser la línea central de estas reflexiones teóricas sobre la poesía-, se inician con *Las peras del olmo* -y su poética de la *Poesía de soledad y poesía de comunión*-, se consagra y sintetiza con *El arco y la lira*, propiamente dicha, en especial, con su texto que sirve de apéndice, *Los signos en rotación* -una suerte de manifiesto sobre la experiencia del lenguaje poético, que luego se prolongarían en *Los hijos del limo*, un conjunto de conferencias que Paz dictó en Cambridge, en 1974- y culminaría con *La otra voz: Poesía y fin de siglo*, en 1990.

A partir de la segunda edición de *El arco y la lira*, en 1967, Paz reemplaza el antiguo epílogo por el texto *Los signos en rotación*, que se lee como un manifiesto poético acerca de la experiencia

poética, que se transforma a su vez en crítica del lenguaje, y la poesía en reveladora de la otredad. A partir de estas obras, Paz desarrollará su tesis de la “tradición de la ruptura” (6), en la que lo moderno se vuelve tradición, que se nutre de rupturas, y donde estas rupturas a su vez se convierten en tradición, idea elaborada acaso del ensayo de Eliot, poeta y ensayista, a quien le debe no poca de su vocación de ensayista y teórico de poesía, en el marco de una tradición de poetas-ensayistas como Baudelaire, Mallarme, Machado, Darío, Pessoa, Pound, Breton, Dante y Valery.

Esta dialéctica entre tradición y ruptura será el motor de la historia de la literatura, como lo será el estilo en la historia del arte o la lucha de clases en la sociedad, idea que desarrollaría el historiador inglés, E.H. Gombrich con su tesis de la historia del arte como historia de los estilos. Ahora bien, las rupturas serán el alimento que luego pondrá en crisis lo moderno, de suerte que la modernidad es una hechura de rupturas. En su obra *La otra voz*, Octavio Paz llega a la conclusión de que las vanguardias habían arribado a su ocaso, a partir de los años sesenta, como una expresión del fin de la concepción del tiempo lineal y progresivo, y de lo que él mismo siempre llamó la “revuelta del futuro”, que lo condujo a hablar de un “presente perpetuo”, y a la vez fugaz, como una manera de afirmar el tiempo circular. En este texto -que coincidió con la concesión del Nobel en 1990-, Paz defiende la idea de que la poesía es la “otra voz” (7), una voz que no proviene del poeta mismo sino de la voz de la tradición, con lo cual significó que no hay voz propia, que lo que se oye -y retumba- en los poetas es la voz de la tradición, con lo que pone en tela de juicio el concepto de originalidad. “Su voz es otra porque es la voz de las pasiones y las visiones; es de otro mundo y es de este mundo, es antigua y es de hoy mismo, antigüedad sin fechas” (Paz 12, 1990:131). Con este libro, cierra su ciclo de reflexión teórica y filosófica sobre la poesía, su lugar en el presente y el futuro, y la tesis del ocaso de las vanguardias históricas.

Con la crisis de las vanguardias de los años sesenta, se inaugura la tradición de los destinos individuales, de las búsquedas estéticas particulares, en aras de alcanzar autonomía de pensamiento y libertad creativa, propias de los signos de nuestra época. Ese ocaso también es consustancial a las artes plásticas, que acusan gran transformación conceptual y expresiva, hasta el punto de que la pintura ha perdido su hegemonía, desplazada por la fotografía o por las instalaciones (*ready made*), como se comprueba en las bienales y exposiciones universales de artes visuales.

4.2. El ensayista y el poeta

En Octavio Paz la poesía ocupó el centro de sus preocupaciones estéticas y el punto de partida en su salto al ensayo. Su obra poética tiene fuentes diversas, que se nutrieron y transformaron, a partir de sus experiencias de lectura, viajes y búsquedas estéticas. Desde la soledad creadora hasta la comunión con la otredad, Paz merodeó, desde una poesía con influencias de la poesía popular española -en la vertiente de Rafael Alberti-, hasta una más reflexiva -en la faceta de Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y Jorge Guillén-, o su cariz amatorio de Neruda, en su primera etapa, como se percibe en su libro *Raíz del hombre*, de 1937. En síntesis, la poesía será la clave del eje que motorizó su posterior obra ensayística.

Los poemas y los ensayos de Paz son, a menudo, el testimonio de sus obsesiones intelectuales y sus pasiones creativas. Sus ideas fueron siempre la expresión del espíritu de una época. De ahí que viviera perpetuamente al calor de las efervescencias intelectuales y teóricas de su tiempo. Tanto le obsesionó el existencialismo como el marxismo, el estructuralismo como la semiología, el psicoanálisis como el surrealismo. Siempre se alimentó del espíritu cultural de su época, como lo reflejan los títulos de sus libros *Corriente alterna*, *Los signos en rotación*,

Conjunciones y disyunciones, Los signos y el garabato, Inmediaciones, Convergencias, títulos que a la vez representan ideas contrapuestas, alteridades e identidades, analogías y oposiciones. Paz fue así una mente incandescente, un humanista que absorbía el saber, metabolizaba las ideologías y sabía convertir las ideas en libertad crítica. Usó la imaginación como un mecanismo de crítica a la sociedad, la cultura y las letras. Un intelectual que soñaba despierto la libertad y que empleaba la razón crítica con autonomía y responsabilidad intelectual. Fue una autoridad, que ejerció una “jefatura espiritual” (8), en el sentido en que sus ideas y puntos de vista eran respetados, oídos y combatidos por todo el mundo, aun por aquellos que no compartían con él sus concepciones políticas y estéticas. Se sentía autorizado para opinar y argumentar sobre la sociedad y la cultura, sin remilgos ni reticencias. De ahí que se ganó el lugar de librepensador, cuyos planteamientos los hacía con la autoridad que se ganó con su competencia intelectual, la originalidad de sus juicios y su libertad de universalización. Este tipo de poeta oracular, con autoridad moral y estatura intelectual como Octavio Paz, está en vía de extinción, si no es que ya no existe; acaso el último representante vivo sea Mario Vargas Llosa, que no es poeta, como tampoco lo fueron Carlos Fuentes ni Gabriel García Márquez. De modo que Paz fue -sin quizás- el último mandarín de los poetas de prestigio y respeto universales, que tanto era oído con devoción, admiración y respeto en España como en el resto de Europa, Asia y América Latina. O, cuando no, repudiado y criticado. Pero a nadie dejaba indiferente.

Amor, erotismo, libertad, soledad y tiempo fueron temas sobre los cuales Paz reflexionó durante toda su trayectoria intelectual. Su influencia cruzó las fronteras de México, como se sabe, y alcanzó a Europa, parte de Asia y todo el mundo hispanoamericano, en virtud de la variedad de facetas que cultivó. En el autor de *Pasado en claro*, las fronteras entre poesía y ensayo son, a menudo, invisibles e inseparables. En su poesía, como experiencia sagrada, brotan especulaciones

filosóficas; en sus ensayos, sobresalen el pulso de su estilo y de su sintaxis, de aliento lírico. Juzgó a través del prisma de la poesía, la historia y la política como una atalaya para examinar la cultura y la sociedad. Concibió la poesía como una experiencia del lenguaje capaz de aproximarse a la condición humana. También como un discurso con la fuerza moral que trasciende el tiempo histórico. Como núcleo esencial de la cultura humana, la poesía Paz le sirvió a Paz para interpretar la otredad como experiencia de soledad.

Poesía, poema, lenguaje, naturaleza, sociedad y tiempo atraviesan su sensibilidad poética, intereses intelectuales e imaginario, que fueron el centro de gravedad de sus reflexiones teóricas y de la articulación de su poética. “Poesía y lenguaje fueron para él, en última instancia, dos horizontes ontológicos que, junto al tiempo, circunscriben la experiencia humana y ponen en claro los límites del sujeto” (Santí, 2016:18).

Notas

1. Título usado por Octavio Paz para su antología de poesía mexicana que editó para Siglo XXI, junto a Homero Aridjis, José Emilio Pacheco y Alí Chumacero.

2. Es el nombre de la Poética que desarrolló y defendió en *El arco y la lira* Paz, y que será esencial en su escritura poética. Este tratado de preceptiva literaria se lee como una poética surrealista, con aliento poético y profundidad filosófica.

3. Este concepto Paz lo desarrolla en su libro *Los hijos del limo*, un conjunto de conferencias que dictó en la Universidad de Harvard como parte de la Charles Eliot Norton Lectures, dictadas entre 1971 y 1972 -y que será una especie de continuación de *El arco y la lira*. En este texto, Paz hace una historia crítica del romanticismo y el modernismo en la poesía hispanoamericana, no sin brillantez y profundidad. En este ciclo de conferencistas han participado solo figuras de la talla intelectual de T.S. Eliot, ee. Cumming, Igor Stravinsky, Jorge Luis Borges, Jorge Guillen, Italo Calvino (murió antes de dictarlas) y Pedro Henríquez Ureña.

4. Fue un ensayo elaborado por el poeta y ensayista angloamericano T.S. Eliot para establecer una relación entre la tradición literaria, que es el mundo clásico, estático e inmóvil, y el talento individual, que es el estilo y la personalidad del autor, y que es intransferible e inmóvil. Para Eliot, el talento es el estilo individual y la tradición es colectiva: pertenece a la lengua. Esta tesis habría de influir poderosamente en Paz en su etapa de formación y de aprendizaje del idioma y la cultura norteamericanas en los años en que vivió en USA, siendo un adolescente.

5. El concepto de “angustia de las influencias”, Harold Bloom, el gran Buda de la crítica americana, lo desarrolla en su libro de igual título.

6. Esta tesis tendrá mucha repercusión en los estudios literarios en América Latina, en materia de teoría de la poesía y el poema.

7. Este concepto lo usa Paz para referirse a la voz de la tradición poética y los emplea para negar la idea de la originalidad.

8. Esta expresión de Christopher Domínguez Michael la usa para referirse al poder y el liderazgo que alcanzó y ejerció Octavio Paz en México en la vida cultural, social, intelectual y política.

Capítulo 5. Poesía, modernidad y presente

“Solo desde ahí es posible entender para Octavio Paz -y a través de él para nosotros- el surrealismo sea una inspiración moral, una fuente de aliento ético y de aliento espiritual, una guía de conducta en el laberinto de la cultura y de la historia”.

Adolfo Castañón

5.1. Surrealismo, crítica y vanguardia

Octavio Paz fue un poeta de advocación surrealista, aunque no lo admitiera, pues no practicó la técnica de la escritura automática, pero sí tenía la pasión y el espíritu del poeta surrealista. Asumió la crítica como una pasión. La ejerció a caballo entre la poesía y en ensayo, de cariz crítico. Así pues, poesía y pensamiento fueron el espíritu bicéfalo de su obra intelectual, de creación y de crítica. Hizo de la poesía, de una pasión esotérica, una religión pública. “A Paz lo gobierna una tautología: el poeta es crítico porque es moderno y es moderno porque es crítico” (Domínguez-Michael, 2014: 53). Paz exigía que los poetas no fueran poetas a secas sino hombres de ideas. Atraído por el magnetismo de la filosofía, fue un pensador a su modo. Bajo la imantación del surrealismo, asumió su estética o su poética de modo heterodoxo. Como surrealista tardío, antes que un postsurrealista, Octavio Paz, sin embargo, escribirá la poética que los surrealistas no escribieron, como dice Adolfo Castañón. *El arco y la lira*, ese tratado lúdico de poética heterodoxa,

acaso tardío (1950), es el libro en el que reivindica su filosofía estética, mas no así su método de escritura automática. Octavio Paz, como bien lo define su biografía Domínguez Michael, “contaba ideas” (Domínguez-Michael, 2014:150), es decir, le gustaba contar argumentos, como lo revela en su luminoso y lúdico ensayo sobre la poesía y su historia en Occidente.

En Paz, la poesía es una forma de conocimiento; al ser un hecho del lenguaje, también participa de lo sagrado y lo cotidiano. La poesía es, en efecto -para este poeta-, un estado de soledad y comunión a la vez; también, una manera temporal del arte literario. Una forma de acceder al mundo sensible, mediante el concurso de lo visible y lo intuitivo.

La piedra angular de todas las reflexiones filosóficas acerca de la poesía de Paz aparece en su libro *El arco y la lira*, una especie de poética surrealista que se lee como un tratado de preceptiva libre y lírica de sus ideas sobre la poesía, el poema y la revelación poética. Asimismo, aparecen meditaciones metafísicas y budistas sobre la inspiración poética, la estrofa, el verso y la novela, y el lugar histórico de la poesía en Occidente, desde el parnasianismo y el simbolismo hasta el surrealismo y la posvanguardia.

Como religioso laico y agnóstico, Paz concibe la poesía como una religión que salva, en tanto es presencia sagrada del lenguaje y el mito, que trasciende la historia. Hace una defensa apasionada de la inspiración como categoría estética romántica, y la rescata de su abandono y desprestigio, con lo que revela que el surrealismo fue una expresión romántica moderna de la vanguardia histórica del siglo xx. Para el mexicano, la inspiración no es más que la voz interior, esa “otra voz” de la conciencia estética que el hombre escucha y que lleva consigo.

“Para los románticos, para Baudelaire y para Paz, el hombre es un ser poético, y por su otredad habla la inspiración”. Como surrealista a su modo y como posromántico, Paz defiende la primacía de la inspiración -una categoría antigua- en *El arco y a lira* y convierte así al surrealismo en una “superación dialéctica del romanticismo” (Domínguez-Michael, 2014:244).

Siendo así que la inspiración es un arma con la que el poeta dialoga con lo sagrado. “Paradoja, la poesía sostiene aquello negado por el poema: la sucesión y el tiempo” (Domínguez-Michael, 2014:245).

En Octavio Paz, la experiencia poética deviene revelación del lenguaje humano y negación de la historia y del mito. Como el filósofo-poeta que fue, pertenece por derecho propio a la tradición de Blake, Hölderlin, Baudelaire, Valery, Mallarme, Eliot, Shelley y Wordsworth (1). No el poeta profesional ni el académico, sino el pensador de la poesía y del oficio de la escritura poética. Si Paz fue un poeta-filósofo, también fue un poeta-crítico, al ejercer la crítica literaria y de artes plásticas, desde una sensibilidad poética, en la tradición de Charles Baudelaire, esa crítica poética que dialoga con el cuadro, el poema o la novela, que en palabra del propio poeta francés debe ser “apasionada, crítica, parcializada y poética” (2). Es decir, el poeta mexicano se inserta en la tradición de la crítica imaginativa y sensible, de aquel postulado estético que dice que la crítica debe ser poética y la poesía crítica: imaginación crítica y crítica en la imaginación. Como dice el propio Domínguez Michael:

“Poeta-crítico y pensador, no técnico, Paz no tiene la respuesta sino sus propios poemas, aunque la siga buscando en *“Los signos en rotación y en Los hijos del limo*, pero para 1956 ya ha establecido un diálogo cada vez más armonioso entre su prosa de pensamiento y sus poemas” (Domínguez-Michael, 2014:247).

Poeta de la soledad y la comunión, teórico de la soledad, más bien, Paz escribe en prosa de imaginación y prosa de pensamiento, reflexiones ensayísticas sobre el poema, la poesía, la historia, el mito y lo sagrado; también sobre el amor y el erotismo. En su mundo poético se expresan las paradojas de los conflictos de la temporalidad del poema: el tiempo absoluto y los avatares del instante. Dos filósofos tutelares en lengua española -José Ortega y Gasset y José Vasconcelos- lo

influirán; sin embargo, Paz se abrazó no a la filosofía sino a la poesía, aunque nunca abandonó el pensamiento.

A la “jefatura intelectual” ejercida por Paz como librepensador hay que aunarle su pertenencia a una rara estirpe de poetas-ensayistas-críticos, pues su enjundia analítica, su gracia poética y estilística, así como su influencia en prosa y en verso sobre una legión de epígonos y una tradición letrada, en todo el continente americano y Europa occidental: en el mundo anglosajón, hispánico y francófono, Paz ejerció una especie de caudillismo cultural en México. Amó la política porque fue un hombre de su época, de su tiempo, de su siglo, y con conciencia de la historia. Pero también amó la poesía y las ideas.

Paz apostó a ser un profeta de la política porque fue un hombre con una consciente conciencia de la historia. Se enamoró de la historia porque esta es acción, y él fue un sujeto que creyó en la acción de las ideas y en la pasión de las palabras. Desde su infancia profetizó su destino histórico, ya que lo heredó de su padre y de su abuelo. Esa pasión por la historia y también por la política explica su temperamento intelectual. En una entrevista con Braulio Peralta, Paz señala:

“La historia es el lugar de prueba de los hombres. No sabemos a ciencia cierta cuál es su significado, pero en la historia -es decir, en la vida en común- el hombre se realiza con lo más alto: la camaradería, la fraternidad, la acción colectiva, el sacrificio. La vida humana -cualquiera vida- es historia, pues la vivimos frente y entre, contra y con los otros” (Castañón, 2014:100).

5.2. Pasión poética y pasión política

Pasión política y pasión poética fueron las dos caras de una misma moneda, en su temperamento intelectual. Y de ambas pasiones brota una tercera: la historia. Así pues, política,

poesía e historia configuraron -dibujaron- el rostro de su trayectoria por el mundo de las letras y del pensamiento. Bajo estos influjos -o impulsos- se perfiló su biografía intelectual.

La poesía fue para Octavio Paz, si bien una forma de conocimiento, también una crítica del mundo y una autocrítica de sí mismo, siempre lírica en su concepción teórica. Su obra poética se nutrió de la experiencia de la intemperie y la transparencia. También como testamento de la inteligencia y del pensamiento, del amor y la palabra.

Paz asimiló y metabolizó lo leído y lo contemplado en el proceso creador --en prosa o en verso. “La pasión poética se transformó en compasión filosófica e intelectual, en deseo de comprender y abrazar” (Castañón, 2014:59).

La devoción paciana por la poesía devino en conciencia del oficio, en forma del lenguaje que reemplaza la religión, al cristalizarse en espiritualidad; pero también, al alimentarse de la alquimia, de lo esotérico, del ocultismo y la cábala. Estas lecturas y experiencias condujeron a Paz a bordear otros horizontes imaginarios y creativos. Esa mística de lo poético lo arrastrará a asumir la experiencia verbal como una terapéutica moral, estética y espiritual. Articuló, en efecto, una vasta obra poética, de signo autobiográfico, una caminata en prosa y en verso, preñada de ideas y desde la experiencia verbal del silencio y la contemplación, el juego y el pensamiento. O, más bien, del juego del pensamiento analógico.

Si bien en su primer libro de poesía, *Raíz del hombre*, se ve al Paz lírico -e influido por Neruda-, después de *Pasado en Claro*, da un giro confesional, autobiográfico y testimonial; se vuelve aventura del acto de caminar en *El mono gramático* y se hace más grave su tono, sereno y sabio, en *Árbol adentro*; es decir, el poeta se vuelve un pensador del tema del tiempo -acaso porque ya es un poeta maduro y anciano-, de la instantaneidad, la fugacidad y el tránsito en la tierra.

Octavio Paz fue un poeta con clarividencia para el análisis político y social, cuyos enfoques nunca perdieron la perspectiva del pasado ni la dimensión vital de la tradición. La soledad fue para él un sentimiento, un estado de ánimo que constituyó el eje en que penduló su obra poética y su concepción filosófica del mundo. El Nobel mexicano estuvo siempre obsesionado por la idea de la modernidad, y de ahí que quiso ser un poeta moderno, anclado en la idea de lo presente, es decir: un hombre actual. La búsqueda de la modernidad fue para él la búsqueda del grial, esa búsqueda con la que encontró -o descubrió- la tradición.

En gran medida, la obra de Paz es una herencia de la tradición filosófica de Occidente, que va del platonismo y el neoplatonismo, hasta el bergsonismo y el existencialismo. En efecto, navegó en la tradición y se reconcilió con ella hasta insertarse en la conciencia moderna. Así, el autor mexicano tiene una visión plural del hombre, ya que lo percibe en relación con la existencia del otro. Más aún, en una relación de coexistencia entre el yo y los otros, en tanto rasgo esencial de la identidad humana. El concepto del ser lo tomó de Heidegger, como se sabe, y este de Karl Jasper y Edmund Husserl, pero siempre vinculando el ser al otro (a los otros), y en esta vertiente se aleja de todos ellos para asumir la idea de Antonio Machado, contenida en su sentenciosa frase “la esencial heterogeneidad del ser” (3), y todo el concepto de otredad. Es decir, para Paz, el ser es presencia y realidad existencial, del yo y su co-presencia. Ahora bien, la presencia del ser busca trascender el presente en su búsqueda de unidad. “El pensamiento de Octavio Paz es un punto de confluencia de las características corrientes de la modernidad, representadas por Tocqueville, Renan, Nietzsche, Fourier, Durkheim, Bergson, Proust, Unamuno, Freud, Cassirer, Heidegger, Camus...”, dice el ensayista francés, Jacques Lafaye, en su ensayo *Octavio a Paz. En la deriva de modernidad* (Lafaye, 2013:85).

La obra y el pensamiento de Octavio Paz giraron en pugna constante entre las ideas de modernidad y de tradición, de donde se desprendió su concepto de ruptura. Es decir, que la modernidad encierra en sí misma la tradición. De ese modo, concibió la modernidad indisolublemente unida a la crítica. O sea, que no hay modernidad sin crítica, ni esta sin aquella, pues implica cambio. Más bien, es la crítica el motor de la modernidad, el dinamismo que la hace cambiar y transformarse por la acción histórica del tiempo. Esa idea circular y desacralizadora del tiempo histórico es, desde luego, moderna. La crítica de Paz a la modernidad histórica es, asimismo, una crítica a la cultura moderna y a la concepción del tiempo histórico.

Octavio Paz fue un humanista iluminado por el espíritu de la modernidad. Observador y testigo intelectual de excepción de su época, fue a la vez, la voz crítica de una generación: la del siglo XX. Cultivó la crítica para saberse y sentirse vivo, como una forma de salvación espiritual y para dejar un legado de responsabilidad ética en la sociedad de su tiempo. Paradigma de universalidad y perteneciente, por derecho propio, a la tradición humanística de José Ortega y Gasset, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, Paz fue una síntesis de los legados de estos hombres: de los ateneístas, los contemporáneos y los noventayochistas. Fue él quien le dio sentido de continuidad a esa herencia, a esa estirpe genealógica del occidente hispánico. Hizo la crítica a la cultura de los especialistas, a ese saber entronizado en las academias, que es una especie de barbarie, al decir, de Ortega y de Julián Marías. En una palabra, El Nobel mexicano escribió y habló en un estado de inspiración romántica e iluminación clásica. “Pero al hablar o escribir se dejaba llevar por la inspiración, hacía las conexiones y metáforas más sorprendentes, estimulado por el curso de la conversación o de lo que estaba imbuido” (Gabriel Zaid, 2016:20). Poner en Referencias Paz no se doblegó ante ninguna ideología o dogma religioso, sino que ejerció el intelecto, a partir de su instinto ético, poético y político. Pensó y reflexionó de y sobre la cultura

moderna, a la manera de un filósofo de la Ilustración, y como tal, nos hizo hacer conciencia de su importancia y su defensa.

Su espíritu poético miró al pasado y al devenir, pero siempre desde la presencia del presente en movimiento, siempre cambiante y móvil. Dice Anthony Stanton:

“El viaje es también una exploración de esas otras comarcas que atravesaron el libro (*La estación violenta*), siempre en pares: sueño y vigilia; las palabras y sus máscaras, o más bien, la transparencia y la opacidad del sentido; el día solar y la noche onírica; el yo y los otros; la vida personal y la historia colectiva; amor y soledad; pasado y presente; poder opresivo y liberación o salida. En todos los textos el canto lírico coexiste o se alterna con la interrogación reflexiva, y es central la temporalidad: hay una batalla permanente entre el instante y la duración” (Stanton, 2016:52-53).

El Paz poeta representó las contradicciones del espíritu de vanguardia con la tradición moderna. De ese modo, fue un poeta moderno, en la medida en que tuvo conciencia de la historia y de la historia de la poesía misma en Occidente, como lo revela en *Los hijos del limo* y en *El arco y la lira*. Esta conciencia crítica del poema lo condujo a concebir y escribir una poesía que a la vez piensa y canta. “La imaginación crítica engendra una poesía que canta y piensa: se canta pensando y se piensa cantando” (Stanton, 2016:64). En Paz, la poesía se transfigura en encarnación del pensamiento, cuyo eje metafórico es el tiempo: presencia del instante que será el tema medular de su obra poética, en especial, de su etapa oriental.

Octavio Paz se formó el hábito de pensar en imágenes poéticas los hechos históricos y políticos, estéticos y culturales, sobre los que solía hacer largas y sesudas meditaciones y divagaciones, pero que iluminan por su lucidez. Su mirada se vuelve retrospectiva hacia la tradición para enclavarse en la vanguardia. El centro de su reflexión teórica sobre la poesía, como fenómeno del lenguaje creador, será el redescubrimiento de la tradición del mundo precolombino, cual arqueólogo de la cultura.

“Se trata de uno de los temas centrales de la poética de Paz: el trabajo hacia la restitución de la plenitud del sentido, la palabra como forma de remar río arriba del tiempo hasta alcanzar el momento adánico perentorio entre el individuo y la comunidad del sentido, la poesía como forma de recobrar la palabra en toda su potencia. El poeta es el puente de palabras contra el gran silencio”, dice la destacada teórica del ensayo argentina y mexicana” (Weinberg, 2016:113).

Toda la conducta intelectual de Paz se circunscribe a la búsqueda del sentido de las palabras, en su tentativa por descifrar los signos del discurso y por entablar un diálogo con el mundo. Paz siempre tuvo la conciencia intelectual de habitar un mundo de analogías y correspondencias recíprocas entre sentido y lenguaje, hombre y mundo, que lo condujo a establecer, pues, una comunión simbólica entre poema y ensayo e imágenes y prosa, hasta el punto de que muchos de sus ensayos son largos poemas en prosa, como *El laberinto de la soledad*, *El arco y la lira*, *Conjunciones y disjunciones...* y no pocas páginas de sus libros de ensayos y de crítica de arte y de literatura. En fin, en su concepción de obra literaria hay una búsqueda de diálogo entre lector, mundo, lenguaje, sentido e historia. Así pues, la búsqueda de sentido es a la vez una búsqueda del lenguaje.

“Uno de los grandes aportes de Paz al diálogo de los tiempos, y que constituye una clave de su quehacer ensayístico, es precisamente su recuperación del carácter tensivo del significar: el poeta quiere decir y preguntar al mundo a la vez que el mundo nos quiere decir, nos habla desde su silencio” (Weinberg, 2016:117).

Hombre, mundo, sociedad e historia entablan un concierto de miradas dialógicas e inteligentes, que serán permanentes en toda la obra del Nobel mexicano. En efecto, entre cada una hay un eje de mediación contingente y lógico.

En Paz, creación y reflexión fueron las dos alas de su vuelo intelectual, y cuya fuerza de atracción fue el amor. Para el poeta mexicano, la poesía no es solo conocimiento sino

reconocimiento, producto de un acto de contemplación. Su obra fue, en cierto modo, una órbita de tensión entre poesía e historia. En su concepto de la historia está la presencia de la poesía y en esta, la presencia de la historia. En este ensayista, el tiempo ejerció una fuerza magnética que marcó su imaginario poético. En una conferencia dictada en el Colegio de México, el 4 de marzo de 1976, confiesa:

“Creo que logré cierta concentración y una percepción de lo instantáneo. El poema, para mí, es la trampa verbal para cazar vivo al instante, es decir, a la poesía. Una trampa que se cierra para apresarlos pero que el lector abre para que el instante se escape de nuevo y regrese a la vida, a la vivacidad. La poesía que prefiero es la que es visión de lo instantáneo” (Paz 11, 2014:37).

La poesía paciana es una personificación del árbol y del río, es decir, una especie de sinecdoquización literaria. Ambos elementos de la naturaleza representan la imagen del tiempo. El primero, siempre encarna en la poesía de Paz, la idea del nacimiento y el crecimiento del cuerpo y del hombre: sus raíces y su follaje. El segundo, la imagen del transcurrir de las cosas, de su tránsito y movimiento, del fluir de la vida y de la muerte. En este poeta, ambos elementos de la naturaleza encierran una perenne sabiduría y una pedagogía del vivir y el morir. Siempre en su poesía el árbol de la higuera estará presente en su sensibilidad y en especial, en su memoria sensible. La higuera era el árbol donde solía subirse durante su infancia en la casa de sus abuelos, y que estará presente de modo reiterativo en su poesía temprana, y volverá a reaparecer en el título de su último poemario: *Árbol adentro*. De modo pues, que la imagen del árbol lo persiguió siempre, lo acompañó toda su trayectoria poética, pues imantó su imaginario sensible, desde su primer libro *Raíz del hombre*, cuyo título alude a la raíz del árbol de la vida, al origen de los árboles, que es el origen de la naturaleza, y que evoca la savia, la sangre de la naturaleza. Ese árbol será la imagen metafórica que habrá de reiterarse como *leitmotiv* en su obra poética.

Una prueba es que Octavio Paz se casó bajo un árbol de Nin en la India, con su esposa Marie-Jo. En casi toda su poesía temprana aparece la imagen de la higuera, árbol de su casa donde empezaron sus primeros pasos en el arte y el oficio de la poesía. A ese árbol solía encaramarse durante su niñez, confiesa. El hecho de que el árbol vuelva a aparecer en su último libro de poesía es una señal inequívoca de que lo marcó como poeta sensible y hombre de pensamiento. *Árbol adentro* será pues un libro en el que el tiempo es su tema central, troncal, y también el protagonista de su concepción del tiempo. La temporalidad, en un poemario de madurez, fue el elemento que le sirvió de gravedad y peso específico de reflexión.

En otro orden de idea, Paz no fue ni un moralista ni un ideólogo sino un intelectual fiel a su circunstancia y un testigo activo y crítico de su época, pero que no dejó de hacer y moldear una obra literaria plural y diversa, moderna y crítica. No fue un apologista del futuro sino un crítico del presente y un pensador del pasado. Inventó su propia tradición poética e intelectual desde la modernidad; también su genealogía espiritual, estética y ética: su lenguaje poético.

Paz siempre se asumió como un hombre de la ciudad, como un ciudadano, es decir, como un hombre urbano y cosmopolita, y como tal, con conciencia de que la historia se hace y construye desde la ciudad, y de ahí que tuvo la convicción de que su destino era político e intelectual, pues se sabía un hombre con una conciencia crítica de la modernidad.

En Octavio Paz imaginación y estilo se convierten en una pedagogía; fueron autoaprendizajes y descubrimientos a la vez de su talento creador, que se convirtieron en sus grandes legados.

Paz concibió, como el Nobel Juan Ramón Jiménez, la poesía como una “sobrenaturaleza” (4), al atribuirle poderes sobrenaturales y trascendentes que colindan con la religión, antes que, con la teología, su sucedánea. Es decir, su creencia en la dimensión trascendente de la poesía en la

constante búsqueda de sentido, de la “otra orilla” (5) budista, con una búsqueda de salvación más allá del cristianismo.

La estirpe intelectual, de afán enciclopédico y comprometido con la crítica del presente está en vía de extinción. La obra de Paz es una invitación al análisis y al examen del presente y del pasado y, a la vez, a una reflexión que interroga los dogmas.

“Lejos de intentar canonizarla como un astrolabio que nos ayuda a orientarnos al surcar los mares de la historia cultural y política del siglo XX. Sus escritos tanto en prosa como en versos testimonian coyunturas, batallas estéticas, culturales, políticas, filosóficas; en una palabra: históricas” (Rodríguez-Ledesma, 2016:47).

5.3. Poesía, libertad y palabra

Si bien Octavio Paz fue elogiado y defendido por sus discípulos, epígonos y lectores, en todo el mundo, no menos cierto es que también fue desdeñado por ciertos sectores académicos, justamente, por su antiacademicismo. Porque su obra es la obra de un poeta, no de un filósofo, ni de un politólogo, sociólogo, historiador o antropólogo. Pero justamente su condición de poeta le permitió ahondar con sensibilidad y potencia imaginativa en zonas del pensamiento, la cultura, la política y la historia como pocos científicos sociales. La poesía, en consecuencia, le permitió ejercer la libertad, la duda y las palabras no como objetos sino como metáforas. Desde la poesía, visualizó otros símbolos y otros sentidos a las cosas y fue capaz de ver la otredad, de ver la identidad del ser mexicano. Para él, la otredad encarna en la alteridad y en la identidad, y esa respuesta y esas preocupaciones por la otredad del mexicano y del latinoamericano, habrían de permear la totalidad de su obra, que siempre fue un largo diálogo consigo mismo y con los otros.

Su condición de escritor latinoamericano le confirió una cualidad para explicar la modernidad cultural e históricamente. Esta situación le imprimió un matiz peculiar a su concepción

de intelectual, de autor hispánico y fue a la vez un atributo o estatuto esencial en su comprensión del ser latinoamericano y mexicano. Desde *El laberinto de la soledad* emprendió un viaje intelectual de búsqueda y afirmación para explicarse y comprenderse, para explicar el ser mexicano y encontrarse con él y con los demás. Así pudo indagar y profundizar en la esencia de su condición étnico-cultural, histórica y antropológica como una forma existencial de búsqueda y encuentro de su identidad y del sentido de su existencia ontológica. De ese modo, el concepto de otredad lo persiguió siempre y lo transformó en el punto medular desde el cual pensó (y se) pensó lo mexicano, también como poeta e intelectual comprometido con el lenguaje y la palabra, la política y la historia.

Notas

1. Son poetas-pensadores, no filósofos, sino poetas, cuya poesía es reflexiva, de pensamiento, y que además cultivaron el ensayo de ideas, de sabiduría.
2. Definición de la crítica para Baudelaire, dada en un artículo de sus *Curiosidades estéticas*, cuando defendió la crítica, como herramienta vital para perfilar su idea de la modernidad.
3. Esta frase será vital y reiterativa, pues atravesó e influyó poderosamente en su obra y su concepto del tiempo.
4. Este concepto lo empleó Juan Ramón Jiménez para referirse a la naturaleza especial de la poesía, a su potencia trascendente y sobrenatural.
5. La otra orilla será una idea reiterativa en el imaginario fantástico de Octavio Paz, de naturaleza budista y oriental, dominios que nunca abandonará el poeta.

Capítulo 6. El ensayo en Octavio Paz

“No es fácil etiquetar el pensamiento de Paz no porque sea hermético, sino porque es obra de un poeta-pensador y no de postulante de un sistema cerrado de creencias políticas o religiosas”.

Christopher Domínguez Michael

6.1. Definición teórica y concepción como género literario

Octavio Paz vio en el ensayo el vehículo ideal como plataforma de expresión para nombrar el mundo y cristalizar su vocación crítica. También el receptáculo esencial --o teatro de la palabra-- que interpreta el sentido de las cosas. En el eje central de su obra ensayística, poema y crítica se yuxtaponen y alternan, unen y separan en un ritmo ardiente de representación de su voluntad creadora. En síntesis, su escritura de ideas busca el sentido del lenguaje en su proceso creativo y conceptual.

En el autor de *Piedra de sol*, el ensayo literario deviene conocimiento y reconocimiento, con una mirada lúcida, de la realidad social y cultural. En efecto, pensó y concibió el ensayo como representación intelectual en la vida contemporánea. Además, como toma de partido y vocación dialógica con el mundo sensible del presente y sus lectores hipotéticos.

Ese diálogo forma una espiral de interrogaciones con la cultura; modo de pensar e interpretar el mundo, en síntesis, el ensayo en Paz representa una mirada en prosa sobre el tiempo presente:

diálogo textual que es a la vez indagación del mundo exterior. Observación y examen. Diálogo de ideas, en concierto de intercambio y libertad, circulación y ejercicio del criterio crítico. En Paz, el ensayo como género adopta una función mediadora que configura, a un tiempo, una representación.

“Expresión poética y maestría en la prosa aparecen en el quehacer ensayístico de Paz, quien no solo logra poner en relación ambos mundos, sino examinar en perspectiva, su propio quehacer poético... para alcanzar así efectos en verdad abismales en los que la operación reflexiva y el decir poético, la línea de la razón y el círculo de la creación, se encaracolan, en viva operación transformadora, siempre abierta y productiva, como lo es la relación entre historia y sentido” (Weinberg, 2016:123).

Paz, en síntesis, tensa los límites del género ensayístico entre su función crítica y Creadora.

Octavio Paz cultivó el ensayo para ahondar moralmente en la condición humana, fiel al espíritu con el que Michel de Montaigne lo concibió, es decir, como reflexión moral del juicio crítico, con libertad, y como tentativa por aprehender la realidad social, política y cultural. Le dio así categoría moderna a un género literario de estirpe francesa, con que instauró su mundo exterior y con el que autoexaminó su mundo interior. “Paz escribió convencido de que ensayar es re-crear el mundo que habitamos, y que el verdadero ensayista privilegia su intuición por encima del método” (Salgado, 2004:8).

Prosista eminente, aunque no escribió un ensayo para definir el ensayo, Paz, sin embargo, dejó una obra ensayística monumental, digna de Montaigne y de los grandes exponentes del género en Occidente. Así, el pensador mexicano, autor de *Tiempo nublado*, iluminó, con el entendimiento y la inteligencia, no sin lucidez, zonas del pensamiento, mediante el ejercicio del criterio y el juicio analítico, con proverbial ejemplaridad. Haciendo uso de un lenguaje metafórico y de tono lírico, pero con claridad expositiva, expresó sus ideas y las defendió, empleando su razón poética y su ingenio argumentativo.

Contrario a la narrativa, donde el yo del narrador no tiene representatividad autoral, en el ensayo, el yo asume una responsabilidad moral, y es lo que hace Paz en sus textos ensayísticos y críticos. Asumió la herencia del ensayismo moral, en la tradición de Montaigne, como se puede apreciar ya en *El laberinto de la soledad*. Eligió el ensayo como cauce expresivo para vehicular su pensamiento y poner a circular sus ideas estéticas, éticas, políticas, filosóficas, antropológicas y literarias. Consciente de que el ensayo le permitiría libertad expositiva y temática, amén de poner su yo en escena, Paz fue siempre consciente, además, de que el cultivo del ensayo le posibilitaría debatir sus ideas con sus interlocutores y sus pares intelectuales. Si como planteó Montaigne, “mi yo es el tema de mi libro” (1), Paz parte de ese apotegma para convertir su yo autoral en el objeto de sus ensayos, acaso como “curación” de sus obsesiones y demonios, en la acepción freudiana. Es decir, Paz, con sus escritos ensayísticos, buscó, a la manera socrática: “conocerse a sí mismo” (2). Quizás lo que el pensador azteca persiguió fue autoconocerse, en un ejercicio de introspección psicológica e indagatoria de sus fantasmas interiores. Esa búsqueda en (de) su yo, acaso fue el pretexto para buscar y encontrar al otro, como un mecanismo de prolongación de su yo interior. Asumió la conciencia del otro, de su otredad, donde encontró no pocos temas, y la raíz de su obra seminal *El laberinto de la soledad*. Esa asunción del otro, como una forma de verse a sí mismo, funcionó en tanto poética filosófica y estrategia de pensamiento.

“Paz está consciente de la existencia del “otro”; asume la otredad como una línea fundamental de su pensamiento, tanto en la poesía como en el ensayo, y ese ejercicio supremo de la individualidad, que es el acto creativo en general y la escritura del ensayo de manera particular, tiene siempre como referencia al “otro”, al lector, al “tu”, al “nosotros” (Salgado, 2004:61).

Montaigne y Ortega y Gasset, Antonio Machado y Jorge Cuesta, Baudelaire y Eliot, Alfonso Reyes y André Breton serán los ensayistas que servirán de antecedentes a su vocación de cultor de dicho género. La filiación poética y filosófica con que Paz concibió y perfiló el ensayo, lo sitúan

en la tradición de los poetas-filósofos. Paz, el poeta mexicano, nunca pretendió postular verdades científicas ni concluyentes, como buen ensayista (no fue un tratadista), sino que argumentó con opiniones subjetivas, siempre en diálogo con el hipotético lector, y con la convicción de la voluntad de estilo y la ética de la libertad de pensamiento. Dice el ensayista mexicano Dante Salgado:

“Creo que en el caso de Octavio Paz estamos frente a un ensayista que supo combinar, entrecruzar, explotar, las dos vertientes de razón y palabra. No se puede negar el poeta mexicano su gran lucidez reflexiva, pero, de manera aledaña, se tiene que reconocer su preocupación por el lenguaje, su cuidado trabajo de escribir bien las ideas que tenía” (Salgado, 2004:74).

En Octavio Paz, su concepción del ensayo deviene prosa estética, y de ahí que esté matizado de imágenes poéticas, donde siempre habrá un cuidado por la forma y el estilo. En sus ensayos funde pensamiento e intuición, ideas e imágenes, no sin libertad formal, pero siempre sin perder la vocación de problematizador; también de iluminar con lucidez, su discurso expositivo. Sus razonamientos seducen, su estilo encanta, y sus ideas convencen. No fue un erudito (o al menos no hizo gala) sino un prosista de pensamiento. Predominó en sus ensayos, eso sí, menos el objeto de pensamiento que el acto de pensar, sin perder nunca su elegancia estilística. “Paz siempre estuvo consciente de la relación pensamiento-palabra, tanto así que, en su creación poética, hay quienes lo critican por su intelectualismo, es decir, porque aun en los momentos más altos de inspiración, no dejaba de pensar” (Salgado, 2004:78).

Paz siempre fue consciente del vínculo entrañable, íntimo, entre el pensamiento, la escritura y las palabras; y de ahí que nunca dejó de pensar desde la poesía o el ensayo. En efecto, profundizó en el pensamiento y la belleza de las palabras y dejó que actuaran como vasos comunicantes. Poesía y ensayo establecen aquí una relación de orden y de correspondencia en la que, a menudo, se confunden sus límites. “Paz reflexiona, interioriza, seduce, convoca, provoca, pero su lenguaje

responde a su visión de poeta, sus palabras son las del vate que escribe en prosa” (Salgado, 2004: 81).

Su prosa tuvo siempre la tentación del pensamiento y este, la tentación de la poesía.

“Él ha logrado, lúcidamente, convertir la propia reflexión sobre el ejercicio expresivo por la vida del lenguaje en argumento de su obra... el tema de la relación entre la intimidad elaborada de imágenes y de la reflexión del pensamiento y su expresión verbal, es central en la obra de Paz” (Savater, en Dante Salgado, 2002:24).

En Paz, el ensayo adquirió infinitas posibilidades imaginativas e intuitivas. La poesía fue esencia que le confirió aire estético a su prosa de ensayista. En tanto que, su potencia imaginativa le permitió convertir el ensayo en un discurso literario, que trascendió sus propios límites retóricos para transformarse en una cuestión de estilo. El poeta mexicano, en efecto, influyó poderosamente en la transformación de la tradición ensayística en Occidente de habla hispana. Exploró la esencia dialógica del ensayo de carácter argumentativo, en la tradición de Michel de Montaigne. Los ensayos pacianos son una simbiosis de lo lírico y lo narrativo, lo argumentativo y lo poético. Sin embargo, a pesar de su énfasis lírico, no deja de persuadir y seducir a la vez. Utilizó los recursos estilísticos de la lengua con una función seductora y poética, y esta intención ocupó un espacio central en la estética de sus ensayos, y en el ejercicio de su juicio reflexivo. Otro rasgo de su estilo de ensayista es que su yo de autor (o literario) ocupó un rasgo de intimidad.

Juicio crítico y estilo alcanzaron en el Premio Nobel mexicano un alto nivel de correspondencia. “Su capacidad de convencimiento descansa en un doble recurso: reflexiona con agudeza sin faltar al compromiso de la verosimilitud, y se sirve de su condición de poeta para darle al lenguaje la cadencia lírica que seduce y emociona” (Salgado, 2003:88).

Rasgo peculiar del ensayo en Octavio Paz es que hay siempre una poética del lector, donde este juega un rol de complicidad, en diálogo abierto entre su yo y el yo del lector. Sus ideas son

una instancia al lector a hacerlo junto a él. “En los ensayos de Octavio Paz la reflexión y la pasión poética conviven en armonía; el lenguaje hace posible que en un mismo discurso se hermanen la razón y la imaginación, la prosa y la poesía” (Salgado, 2003:90). El propio Octavio Paz definió así el ensayo:

“Yo diría, recordando a Ezra Pound, que la buena poesía se escribe como si fuera buena prosa. Pero también he pensado siempre que la prosa, para que esté viva, para que no sea solamente la prosa científica del tratado, sino que sea la prosa sinuosa, imperfecta, viva, del ensayo necesita la irregularidad de la imaginación poética” (Chacel, en Dante Salgado, 2004:91).

En la obra ensayística de Paz la poesía y el pensamiento atraviesan el hilo argumental de sus ensayos. Sin embargo, el autor de *Corriente alterna* no desarrolló una teoría del ensayo ni una poética del género, o sea, no le dedicó un ensayo, artículo o libro a definir su concepción del ensayo como género literario. La retórica que usó fue muy libre, siempre vigilada por la poesía y el sentido estético. Pero podemos, eso sí, colegir algunos modelos geométricos en el esquema argumental de sus ensayos, como lo demuestra Marta Piña Zentella, en su obra *Modelos geométricos en el ensayo de Octavio Paz*. Así, ella revela el uso en su prosa ensayística de líneas, círculos, triángulos, trapecio, espiral y nudo. Ahora bien, la influencia de la disciplina geométrica en el pensamiento del Nobel mexicano se refleja en su sintaxis y en su estilo.

Octavio Paz cultivó un ensayo multidisciplinario, en la mejor tradición de Montaigne, de composición no académica y alejado del cientificismo, y de ahí la libertad temática y expresiva con que este poeta lo practicó. En sus ensayos, Paz no postula una verdad concluyente; al contrario, pone ideas en circulación, basado en la intuición poética y el pensamiento reflexivo, sin seguir un argumento o proposición, y dejando al lector la opción de la conclusión. En efecto, Paz nunca buscó una verdad. Siempre apeló a su cultura, sensibilidad e imaginación. Afirma y define, pero también interroga y duda, desde su perplejidad, como buen ensayista.

“Octavio Paz conversa a través de sus ensayos con sus lectores. Conversa en el sentido de argüir y construir ciclos argumentales con quienes está de acuerdo y desacuerdo. Paz tiene como constante de su creación al lenguaje y la palabra, por lo tanto, al conversar tanto en prosa como en poesía” (Piña-Zentella, 2002:62).

A pesar de que, en extensión, la obra ensayística de Paz es mayor que la poética, se consideró siempre un poeta. Ocurre que sus ensayos fueron escritos desde el punto de vista de un poeta que opina, sugiere, argumenta y debate. Las dos columnas de la obra ensayística de Paz, que le otorgan autoridad y estatuto como ensayista, fueron *El laberinto de la soledad* y *El arco y la lira*. Con estas dos obras inaugura su vertiente de pensador, teórico literario y cultural. Historia, identidad, política, mitos, poesía, religión, cultura, arte, filosofía, amor, etc. son algunos tópicos tratados por Paz en estas dos obras seminales en prosa. Pero, además, cabe destacar, su obra cumbre de crítica literaria, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, considerada por el gran crítico George Steiner, como la mejor obra de crítica literaria del siglo XX y una de las mejores de todos los tiempos; y para Mario Vargas Llosa, su mejor libro. Se trata de un libro que ocupó a Paz más de veinte años de investigación, documentación y escritura. Es acaso la única obra con rigor filológico, que apunta más que al ensayo propiamente dicho, al tratado, por su extensión, su volumen y por las notas críticas. Con este libro Paz les demostró a sus críticos académicos que era capaz de escribir una obra con el rigor analítico y la densidad que demandan los protocolos del mundo académico.

“En Octavio Paz ensayo y poesía son una misma cosa; con esa variedad o diversidad inefable en que una misma cosa se repite y, por su natural superabundancia, se transforma. En fin, la mismidad del orbe creador se reparte en diversos quehaceres: en uno ensaya, en otro intenta. La poesía queda -aunque se deje arrastrar por todos los vientos- en el intento impositivo; lo dicho, está dicho. El ensayo de la mente creadora al sentido receptor como posición posible, creando la relación sublime del diálogo” (Chacel, 1989:19-20).

Los ensayos pacianos son respuestas a preguntas, dudas y perplejidades. Sus textos ensayísticos seducen y convencen. Su poder de convicción descansa en el hecho de que penetra en zonas de la sensibilidad y el pensamiento, con la gracia sintáctica, que convence al lector o, más bien, al escritor.

“Paz logra construir un discurso convincente por la integración de sus fuentes, por su razonamiento analítico, por su apelación a un discurso histórico, por su conciencia argumentativa y el dominio de sus temas, por su asombrosa capacidad sintética, entre otras facultades. Por ello Enrique Krauze no duda en llamarlo “un Montaigne mexicano” (Piña, 2002:72).

La mejor reflexión o autoexamen sobre el oficio del ensayo la da el propio Paz: “Yo creo que, mucho más que los grandes del método de un Descartes (sic), el ensayo moderno desde Montaigne, padre del ensayo, ha sido eso, camino. No carretera. Sino camino sinuoso, camino de callejeo” (Paz, en Marta Piña, 1989:29).

El ensayo en Paz reivindica su condición híbrida como característica intrínseca que desarrolla con eficacia, donde su discurso siempre tiene un potente componente filosófico y poético. Manuel Benavides, en ese sentido, sentencia:

“Por ello la prosa de Paz tiene los rasgos de un conjuro: juego de ecos, simetrías verbales y conceptuales, reiteraciones, elipsis; es precisa y azarosa a la vez, como una partida de ajedrez, transparente para conjurar una transparencia que se desvanece apenas transparentada; juego conceptual que se despeja no en círculo, ni en espiral, ni línea recta, sino en una estancia poblada de ecos” (Benavides, 1979:11).

Según el crítico peruano José Miguel Oviedo:

“Sus ensayos son un resumen de todo lo que puede interesar a un hombre moderno de vocación universal; la poesía hermética, nuestras costumbres eróticas, el hinduismo, la crítica del estado totalitario, el arte de vanguardia, la magia y las drogas, la traducción, los mitos y la historia... Los miles de páginas que ha escrito Paz forman una especie de enciclopedia de lo que el hombre sabe, pero sobre todo de lo que quiere saber” (Oviedo, 1990:113).

La forma geométrica que adquieren los ensayos de Paz caracteriza su discurso en prosa. El meollo retórico en que se fundamenta su pensamiento ensayístico es la analogía, que actúa como ritmo de las ideas. Su prosa, antes que discursiva, es literaria, y sigue un camino expresivo, una sintaxis envolvente. Articula así un entramado de ideas que se combinan dentro de un contexto analógico y metafórico. En efecto, el ensayo, en Paz, en tanto artefacto de pensamiento, se convierte en un ejercicio de libertad inventiva y lúdica. “Con el apoyo de su pensamiento geométrico, Paz logra la revelación de sus ideas, arma un mapa cósmico integral, plasma un universo diferente” (Piña, 2002:110).

En el autor mexicano, la divagación no es falta de rigor; al contrario, es un recurso que proviene de Montaigne: caracteriza y justifica el ensayo personal. Más aún, la intuición, como impulso generador de ideas y la reflexión como vigilia representa en este poeta un afán argumentativo y una vocación de pensamiento. Su obra es una búsqueda intuitiva en forma geométrica de su pensamiento. Así pues, la geometría deviene en la forma que encarna el rigor analítico.

“No cabe duda de que el contacto con culturas orientales tuvo gran influencia en él, pero el pensamiento de Paz ya era geométrico- espacial antes de vivir en la India o en el Japón” (Piña, 2002:118). En la articulación de sus ensayos hay un eje de tensión entre analogía e imagen, tiempo y espacio. Simetría de las ideas, alternancia e inmediaciones, conjunciones y disyunciones, convergencias y búsquedas, signos en rotación son títulos y conceptos dialécticos de sus obras que aluden a oposiciones y relaciones que les confieren dinamismo y movimiento a sus ideas. La analogía como figura retórica funciona en Paz como una fuerza gravitacional, que le imprime un ritmo de relaciones a sus ideas.

Poema y prosa se conjugan, en este poeta mexicano y funcionan como poética de su concepción del ensayo. Se puede apreciar la misma idea de la circularidad y la perfección formal y la geometría de sus poemas, en sus ensayos, es decir: el tiempo como motor encarna el fluir del pensamiento. En efecto, el tiempo como presencia, como presente, contribuye a dinamizar la prosa y sostener la idea central de cada unidad de pensamiento, que es cada párrafo.

“Para Octavio Paz, el centro simbólico de su creación es la poesía y el centro de su teoría poética es el poema” (Piña, 2002:135). Como se ve, la poética de la escritura en Paz se percibe como una escritura poética, debido al aliento lírico que sostiene la trama verbal de su prosa. El universo teórico -o filosófico- de sus ensayos, y aun de sus poemas, orbita alrededor de los elementos retóricos: lenguaje y metáfora, analogía y ritmo, tiempo e imagen. Alrededor de todos estos componentes, Paz sitúa al hombre como centro natural que los mueve.

La forma del ensayo en Octavio Paz es euclidiana, en el uso de la prosa. Esto se refleja en el discurso del espacio textual y de la página. Entre poesía y prosa en Octavio Paz no hay una tensión creativa sino, antes bien, una comunión, un diálogo analógico que permea las ideas y las imágenes poéticas. Sus ensayos semejan una arquitectura de ideas, alusiones, analogías y combinaciones. En su estilo se conjugan referentes formales, que le confieren unidad de pensamiento a las asociaciones de sus frases, con sentido creativo y lúdico.

“Paz recurrió al apoyo descriptivo del sustantivo geométrico o del calificativo geométrico sin especificar a qué tipo de geometría se refería, pero siempre, como ya apunté -dice Marta Piña- con un sentido de orden, regularidad, constitución; por lo tanto, al no ser exclusivo su uso, se puede pensar que es inclusivo y que reúne en su aplicación diversas geometrías, tanto la euclidiana como la no euclidiana” (Piña, 2002:176).

El empleo por parte de Paz de figuras geométricas en su lenguaje verbal conduce a la profundidad y al tiempo. El uso de la analogía como retórica y figura de pensamiento les imprime

una potencia dinámica a sus ideas. Sus razonamientos no parten de axiomas, pues le inyecta simetría a su pensamiento, en una especie de dualidad de oposición entre la idea y la forma, la imagen y la expresión. Juego de las formas y de las ideas, en Paz la concepción del ensayo no postula el sinsentido, sino, por el contrario, imprimirle el elemento lúdico a la frase para hacer el texto más estético. El estilo lo usa como forma de vehicular sus ideas. Ambos elementos se complementan. Por ende, en Paz, el estilo está al servicio del pensamiento. El culto a la frase bien dicha y a las ideas bien pensadas le dan, en efecto, brillo a la expresión verbal. Además, el ritmo que le confiere a la frase le imprime un orden al pensamiento de su discurso. Prosa en libertad, el discurso ensayístico de Paz funciona en un orden arquitectónico, en una constitución plural y circular. La teoría de la prosa es pues una geometría de ideas, un bosque de significaciones; en suma, el relato conceptual de un discurso literario. “La figura geométrica que simboliza a la prosa es la línea: recta, sinuosa, espiral, zigzagueante, más siempre hacia adelante y con una meta precisa”, afirma en su tratado de poética *El arco y la lira* (Paz 6, 1998:69).

Por lo visto, Paz tiene un concepto de la prosa ensayística diverso, plural y múltiple, pues representa figuras geométricas heterogéneas o multiformes. En cambio, en el poema observa solo un texto cerrado, una esfera regida por las leyes que se atraen y repelen. Percibe al poema como un cuerpo cerrado en sí mismo, autónomo, en una masa textual circular, de correspondencias y resonancias temporales. En el mundo verbal y conceptual de Paz hay un sistema de correspondencias binario, donde la poesía y la prosa se conjugan, imbrican, alternan y complementan. También están representados como figuras diversas y móviles, cambiantes y autonómicas, pero en analogías, unidas por un fluir perpetuo, que trasciende su unicidad y transcurre hacia un más allá circular. Cada texto persigue, en efecto, trascenderse a sí mismo y

crear una autonomía fluyente. Tanto en su prosa como en sus versos, la unidad textual la determina el ritmo, antes que el sentido.

Desde su condición de poeta, Paz abordó temas multidisciplinarios y diversos. Apeló a la dimensión argumentativa del ensayo, y de su libertad expresiva para abordar múltiples facetas de la cultura, el arte y el pensamiento. Se supo heredero del ensayo de matiz moral en la tradición francesa, fundada por el sabio Montaigne, que tanta influencia tendría en sus ensayos. La obra de Paz es unitaria, pues son las mismas ideas las que inspiraron su poesía y sus ensayos, es decir, tanto sus poemas como sus ensayos fueron esculpidos bajo la misma poética, aunque con diversas técnicas. En ese sentido, fue fiel a su concepción de la modernidad, en su pensamiento intelectual y crítico.

Los ensayos y los poemas –en prosa o verso– en Paz están imbricados y articulados en base a una misma poética de escritura. Muchas de las ideas que gestaron sus textos en versos lo inspiraron a escribirlos en prosa. Se sintió heredero legítimo de los moralistas franceses (aforistas o enciclopedistas), desde Montaigne hasta Voltaire, Cioran, Bachelard o Camus. Su yo poético tiende a identificarse con su yo ensayístico más allá de una ética de la responsabilidad de autor. Se sintió un hijo de Europa y de la Revolución mexicana a la vez, además de un hijo putativo del México prehispánico y del Oriente: su actitud crítica fue de signo de modernidad. Su rigor crítico fue proverbial, en lo atinente a dejar un legado de responsabilidad intelectual. Fue congruente con sus convicciones morales de escritor. Sus ensayos políticos representan, en consecuencia, una actitud crítica frente al poder y una defensa de la libertad y la democracia.

Sus ideas son la expresión de su *numen* creador, de sus intuiciones poéticas, y de ahí que sus argumentaciones no tienen el rigor científico del tratado que piden los académicos, sino el punto de vista inacabado del ensayo personal de estirpe montaigneana. La búsqueda temprana de Paz por

la figura de la otredad tiene una raíz machadiana (“La esencial heterogeneidad del ser”, frase ya citada de Antonio Machado, que Paz hizo suya), y será central en su concepción existencialista de la vida.

Este concepto de otredad será un mecanismo para enfrentar la soledad, en su tentativa por mirarse a sí mismo, en su búsqueda de identidad o de reconocerse en el otro. Esta condición existencial de la soledad en Paz será pues una forma de padecimiento antes que de enajenación, psicosis o culpa. De ahí que Paz desarrollará, en toda su evolución de pensador, la imagen de la máscara (que toma la cultura azteca) como un medio para disipar la soledad, es decir, para enmascarar su identidad. O como dice Dante Salgado: “... para ocultar su soledad, para defender su identidad, para encubrir su aislamiento del mundo y de él mismo” (Salgado, 2002:66).

El ensayo en Paz es la obra de un temperamento poético y un espíritu provocador, reflexivo, mordaz y lúdico. Dudó, pensó y criticó desde su perspectiva de intelectual libre y comprometido. La forma crítica de asumir su oficio de la palabra lo convirtió en un hombre moderno, en un intelectual crítico y autocrítico.

Capítulo 7. Modernidad y libertad

7.1. Conciencia crítica de la historia en Octavio Paz

“Octavio Paz prefiguró con una anticipación de varios lustros la problemática que después se alojaría tras el nombre de posmodernidad”.

Alberto Ruy Sánchez

Octavio Paz tuvo conciencia de la historia porque fue un intelectual moderno. O fue moderno porque tuvo conciencia crítica de la historia. Vio la historia como un proceso vivo y relativo, producto del tiempo. La historia se nutre de hechos y también de contingencias. En efecto, la modernidad es, por decirlo de algún modo, una condena a la libertad de ser actual. El autor de *Las peras del olmo* concibió, entonces, la historia como imperfecta porque la hacen seres imperfectos, que son los hombres. Es plural y accidental y se alimenta del presente cotidiano.

El ser humano está condenado a ser moderno porque anhela la libertad como destino humano desde nuestro nacimiento. En ese sentido, la obra de Octavio Paz sigue siendo actual, en la medida en que sus juicios poéticos, literarios y estéticos tienen vigencia, debido a que son producto de un espíritu moderno y humanístico, sensible a los valores de la civilización. Su pensamiento tiende un puente para explicar las cuestiones existenciales del destino humano, un marco de ideas que iluminan los problemas que abaten los conflictos de la libertad individual y colectiva.

La mejor y más precisa definición del ensayo y del ensayista es la que ofrece el propio Paz en su ensayo *José Ortega y Gasset: el cómo y el para qué*, de su libro *Hombres en su siglo*, ya citada.

La prosa de Octavio Paz tiene un ritmo interior y una originalidad que la hacen ejemplar. Ese rasgo de originalidad se expresa en su pensamiento, de modo analógico y sincrónico. El ensayo paciano realiza un viaje introspectivo, confesional e íntimo, en su afán por explorar en la “otra orilla” de su existencia. Cinceló así un estilo muy personal y una forma de pensar: “conformó un estilo, practicó una forma de pensamiento a contracorriente del tratado e hizo de la prosa una danza: el analógico” (Arroyo, 2016:126). La técnica paciana de la analogía participa, en efecto, como arquetipo de pensamiento. “La clave del estilo de Paz consiste en hablar fusionando la prosa con la poesía. La autoconciencia de esta revelación fue discutida por él mismo en su libro *El arco y la lira*” (Arroyo, 2016: 129). Por consiguiente, ese estilo del poeta mexicano de escritura privilegia el ritmo de su prosa, en tensión entre poesía e ideas. La concepción del poema en Paz se reduce a ritmo, sonido y tiempo. En sus ensayos, prosa y poesía se conjugan y combinan, en oraciones breves, frases sincopadas y sentenciosas, en relaciones de equivalencia, siempre rítmicas. En resumen, así funciona el espíritu de su prosa.

Notas

1. Esta frase aparece en el *Prefacio* de los *Ensayos* de Montaigne para definir el ensayo como género literario, donde el yo es el protagonista de las ideas y el punto de vista del tema tratado o ensayado.

2. Viejo apotegma de la mayéutica socrática en que reside la vida humana en su trayectoria.

Capítulo 8. Historia, política y crítica

8.1. Historia y filosofía política en el ensayo paciano

“Lo que hace que la obra de Paz sea una invitación constante a pensar en la relación entre el arte y el argumento razonado es el género que emplea de manera tan eficaz: el ensayo”.

Yvon Grenier

El ensayo paciano se caracteriza por su originalidad de ideas y voluntad de estilo. “El autor de *Piedra de sol* ha sabido fusionar la narración con la poesía. Ni Montaigne, ni Azorín u otros muchos ensayistas contemporáneos han logrado, como Paz, que la prosa dance”, afirma Israel Arroyo, en su citada obra (Arroyo, 2016:131). Poesía y narración, poesía y ensayo constituyen una experiencia de escritura, en la que conviven el poeta y el ensayista. De modo que, Paz creó un modelo novedoso y original del arte de ensayar, al fundar un estilo prosístico analógico y rítmico. Tejió un lenguaje de signos, y así instauró un modelo personal de ensayo, en la tradición de Montaigne. No estableció, en su concepción, diferencia entre poesía y prosa, convencido de que su estilo ensayístico era poético. Por consiguiente, su prosa analógica deviene en forma de pensamiento, que colinda con diversas disciplinas humanas.

Octavio Paz usó el ensayo para cultivar la crítica, pero una crítica imaginativa y creadora, haciendo suya la frase de Walter Benjamin que reza: “La crítica debe hablar el lenguaje de los artistas” (1). Pensador y teórico de la época moderna, Paz fue incluso citado por Habermas, por sus críticas culturales a la idea de modernidad, como un proyecto intelectual inacabado. Como pensador del concepto de libertad, también fue un severo crítico profético de los totalitarismos políticos, las sociedades cerradas, los fundamentalismos religiosos y los dogmatismos de la izquierda política ortodoxa, occidental y latinoamericana. No solo su pensamiento estético fue vanguardista sino también su pensamiento político. Desde el punto de vista de su lucidez, estilo, profundidad y gracia expresiva, Paz fue, sin dudas, el mayor ensayista de habla hispana de la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, no hay dudas de que su obra ensayística tiene una gran deuda con Ortega y Gasset, y de ahí el peso y el influjo que ejerció el pensamiento y el talante crítico de este filósofo en el joven pensador mexicano, quien lo conminó a “aprender a pensar” (2) y dejar la literatura. Este último consejo también se lo dio el filósofo mexicano, José Vasconcelos, cuando Paz publicó *El laberinto de la soledad*. No obstante, a la admiración y gratitud de Paz hacia Ortega y Gasset, el poeta mexicano, en su madurez intelectual, hace algunas objeciones a su obra, tal y como lo expresa al decir: “A la filosofía de Ortega y Gasset, me temo, le faltó el peso, la gravedad, de la muerte. Hay dos grandes ausentes en su obra: Epicteto y San Agustín” (Paz 24, 1990:104). Como se ve, Paz hace estas precisiones a la obra orteguiana, al descubrir que en ella solo existe la vida, es decir, la razón vital, como filósofo raciovitalismo. Pero acaso no hacía falta, ya que hay filósofos que no solo se ocuparon de la muerte, sino también de otros aspectos, como Levinas o Sartre, mientras que otros se ocupan de la vida, el tiempo, la soledad, el amor, la identidad, la libertad, etc.

La filiación paciana al legado de Ortega y Gasset fue un acto de generosidad y honestidad intelectual. A pesar de que Paz confesó que siempre quiso ser visto como poeta, antes que, como ensayista, sin embargo, su obra ensayística es reconocida y admirada como un legado al género, que nutrió, transformó y modernizó.

“El ensayo es, pues, un género artístico, la configuración de una vida propia, completa. Puede llamársele obra de arte y, no obstante, resulta su diferencia frente al arte: el ensayo se enfrenta a la vida con el mismo gesto que la obra de arte, pero solo con el gesto. Los ensayos de Paz, incluso los de crítica y denuncia política, son inseparables de la vida y de los medios de expresión del poeta, y por ello podemos honrarlo y recordarlo a la vez, sin menoscabo de sus vertientes creadoras, como el más brillante ensayista en todo el mundo de habla hispana” (Villegas Montiel, 2016:146).

Octavio Paz fue en el siglo XX, la representación del intelectual testigo del presente y del siglo. Como pensador de su generación, fue encantado por el canto de sirenas de la revolución como ideal utópico de redención, de modernidad: desde la Revolución francesa (1789) hasta la mexicana (1910) y desde la rusa (1917) hasta la cubana (1959) -aunque esta última no lo entusiasmó tanto. Estas ideas, desde luego, lo encandilaron y motivaron a escribir espléndidas páginas ensayísticas. Sin embargo, al estallar la revolución cubana, ya Paz era un desencantado, por lo que incluso se negó a conocer la experiencia de la isla caribeña.

Según Yvon Grenier, en *Octavio Paz ¿Un pensador político para el siglo XXI?*, en el libro, *Octavio Paz sin concesiones*, afirma:

“A mi juicio, son dos sus contribuciones imperecederas para las nuevas generaciones: 1. Nos incita a pensar la política indirectamente, desde la poesía, la cultura y la historia; 2. Nos invita a utilizar y a celebrar el pensamiento crítico en todos los campos del conocimiento, incluso en los estudios sobre el poder” (Grenier, 2016:152).

Como se ve, Paz pensó la política desde la poesía misma y la historia, y de ahí que hizo no solo política sino metapolítica. Política y crítica serán, en efecto, las dos claves de su pensamiento

social. Por lo tanto, en su obra ensayística, no separó la política de la historia y la cultura. En síntesis, las vio de manera inseparable.

En una entrevista concedida a Braulio Peralta, Paz respondió:

“Yo no soy un pensador político: soy un hombre con ciertas ideas políticas y con algunas opiniones. No lo ofrezco a mis contemporáneos un sistema o una filosofía. Mis opiniones son circunstanciales y, en cierto modo, pragmáticas. Son el resultado del ejercicio de mi libertad como ciudadano” (Peralta 2014:168).

Como se observa, Paz no se asumía como un filósofo, o sea, no tenía la convicción o la conciencia de la condición del filósofo o del pensador político, sino la del intelectual con ideas políticas libres, con opiniones no especializadas. Acaso las razones de sus respuestas residen en que se asumía como un poeta con conciencia de lenguaje y del oficio, no como pensador sistemático de la filosofía política. Tenía una concepción modesta de su pensamiento político. Sin embargo, sus ideas políticas no dejan de tener profundidad y originalidad

Como su pensamiento político no fue sistemático ni coherente, fue, por tanto, heterodoxo y un espíritu libre.

“Paz fue, al mismo tiempo, un romántico que rechazó el materialismo y la razón, un liberal que alabó la libertad y la democracia, un conservador que respetaba la tradición y un socialista que lamentaba el debilitamiento de la fraternidad y la igualdad. Defensor de la transformación fundamental de la visión que tenemos de nosotros mismos y la sociedad moderna, Paz fue asimismo un promotor del cambio gradual, no de la revolución” (Grenier, 2016:54).

La defensa de la poesía llevó a Paz también a hacer una defensa de la libertad como garantía para ejercer la política en la sociedad, que fue el centro de su interés como intelectual. “La piedra angular de la libertad, Paz la busca en la literatura, no en la filosofía política” (Grenier, 2016:155).

Las ideas políticas de Paz están contenidas en sus libros *El ogro filantrópico*, *Posdata*, *Tiempo nublado* y *Pequeña crónica de grandes días*, en las cuales abordó los temas concernientes a la libertad, la democracia y los totalitarismos -y cuya edición de recopilación antológica y prólogo hiciera Yvon Grenier, bajo el título *Octavio Paz: sueño en libertad (escritos políticos)*. Su pensamiento político fue desafiante y polémico, sin perder su gracia estilística, expositiva y tono poético. Como pensador de la democracia política y el liberalismo fue, asimismo, un pensador crítico de la modernidad. Crítico de la razón política, acaso de modo romántico o posromántico, Paz fue, en consecuencia, un pensador apasionado, en sus análisis de la realidad social y política del presente y del pasado. En el ámbito político, fue un crítico cartesiano y a la vez un defensor de los sueños y las pasiones. De temperamento crítico y contestatario, como buen moralista, este poeta mexicano refleja en sus miradas, certidumbres, dudas y escepticismo. Defendió la crítica como motor de la sociedad y de la modernidad, y, por tanto, como oxígeno para el desarrollo democrático de las naciones. Dice Yvon Grenier: "... me atrevo a decir que la gran contribución de Octavio Paz al pensamiento político es su despolitización crítica de la política, o sea, su humanización" (Grenier, 2016:160).

Crítico del Estado y del Poder y defensor acérrimo de la democracia liberal, Paz se consideró menos un ensayista de tema político y literario que un poeta a secas y, más un escritor que un intelectual, lo cual resulta paradójico. Prefiguró, sin embargo, un diálogo político con el estado. Razón y duda, Paz filosofaba, divagaba, meditaba y pensaba como buen ensayista. Fue un crítico reflexivo y severo del sistema político, desde la periferia del poder y el apartidismo. Usó la palabra, el análisis y la reflexión para precisar e influir en el debate político y en el diálogo de las ideas. Fue un intelectual incómodo para el Poder, sin embargo, se mostró al margen de los centros de poderes políticos de su país, es decir: fue un crítico, no un moralista. Su debilidad acaso habría

que buscarla, en que muchas de sus ideas políticas y posturas intelectuales, estuvieron impulsadas por el calor de su pasión y su deriva en posturas radiales y anticríticas. Esta tendencia suya le impidió, a menudo, el debate libre y el intercambio, y, por el contrario, algunos debates depararon en monólogos. Por eso, en ocasiones, cayó en la trampa de sus pasiones intelectuales y políticas, lo cual lo alejó de muchos interlocutores necesarios, por su carácter inflexible y radical.

No fue un político partidista; tampoco un politólogo o historiador, no obstante, tuvo ideas y asumió posturas de carácter político e histórico. Leyó la historia, en su proceso, con mirada crítica y la política con lectura crítica y analítica.

Los ejes centrales de su pensamiento político giran en torno a la libertad, la democracia política, el estado, el poder, la burocracia, los partidos, etc., amén de sus críticas al socialismo totalitario y al populismo de izquierda. A pesar de ser seducido por la política, como pasión intelectual, y de participar de los grandes debates ideológicos en la defensa de la democracia moderna y de las libertades civiles y públicas, Paz no se consideró un filósofo político ni un pensador político:

“No soy un historiador ni sociólogo ni politólogo: soy un poeta. Mis escritores en prosa están estrechamente asociados a mi vocación literaria y a mis aficiones artísticas. Prefiero hablar de Marcel Duchamps o de Juan Ramón Jimenes que de Locke y Montesquieu. La filosofía política me ha interesado siempre pero nunca he intentado ni intentaré escribir un libro sobre la justicia, la libertad o el arte de gobernar”, sentencia brillantemente (Paz 30, 1998:18).

Pese a ser un intelectual pragmático y activo, conocedor del pasado y del presente, se sintió, como dijo en su discurso del Nobel, “desalojado del presente” (Paz 3, 1991: 12), y por eso buscó el presente, y de ahí que su discurso de Estocolmo lo tituló “La búsqueda del presente”. “¿Dónde colocar a Octavio Paz?, se pregunta Carlos Ramírez, en *Octavio Paz, en el municipio de las letras*, en *Octavio Paz sin concesiones*, y se responde:

“Yo me atrevería a tratar de ensayar una ubicación singular: en el justo medio aristotélico o, para ser más poético, en el espacio del pensamiento del mediodía de Albert Camus para combatir las desmesuras de su tiempo, entre los dos demonios radicalizados, la única forma de combatir el absolutismo histórico” (Ramírez, 2016:189).

De acuerdo con la nomenclatura weberiana, Paz entra en la categoría antimachiavélica del “crítico del príncipe”, no del “consejero del príncipe”. De ahí que fue un crítico intelectual anticrítico, insubordinado al poder estatal, que vio la política en su dicotomía fines-medios.

En resumen, sus poemas, ensayos literarios y críticas de arte no despertaron tantas críticas de sus adversarios; más bien, elogios. En cambio, sus ensayos políticos fueron objeto de confrontaciones múltiples, polémicas, vituperios y descalificaciones provenientes del mundo académico y de la izquierda, así como de filósofos e intelectuales dogmáticos. De esta orilla, siempre se le reclamó rigor metodológico y falta de los parámetros y protocolos académicos de investigaciones. Octavio Paz fue, sin embargo, un intelectual que se expuso a grandes batallas en el ámbito de la cultura y de la política, donde sus aportes al debate han sido valorados en su justa tesitura histórica.

Notas

1. Walter Benjamín acuñó esta frase que sirve de definición del oficio del crítico y de la crítica.
2. Sentencia del maestro José Ortega y Gasset al joven Paz para que el poeta se dedicara a pensar, a filosofar, y abandonara el oficio poético y se hiciera filósofo. A lo mismo le instó José Vasconcelos cuando Paz publicó su libro *El laberinto de la soledad*. Ambos motivados por la animadversión de los filósofos hacia los poetas. Al parecer, Paz desoyó ambos mandatos.
3. Expresión que evoca a la sentencia de Heidegger del “ser arrojado”. Paz se sintió pues un ser, un sujeto intelectual desasosegado con el poder.
4. Categoría creada por el sociólogo alemán Max Weber.
5. Concepto estatuido por Weber en su sociología comprensiva.

Capítulo 9. Consideraciones generales

“Así se confirma una vez más uno de los axiomas centrales del pensamiento de Paz: uno se conoce a través del otro y sin esta mediación el autoconocimiento es imposible”.

Anthony Stanton

La obra de Octavio Paz postuló siempre un diálogo permanente entre la poesía y la crítica, el pensamiento y el ensayo. Es decir, que su poesía estuvo atravesada por el pensamiento, poblada de ideas y conceptos, con que iluminó facetas de la realidad, en equilibrio conceptual y estético entre la emoción y la reflexión. Muchos de sus poemas fueron gestados y escritos, a partir de experiencias oníricas, de ensoñaciones o en estados de vigilia, a la manera de la técnica surrealista. En sus poemas y ensayos, el pensamiento constituye el eje esencial de creación, conceptualización e invención. Por tanto, sus imágenes artísticas y sus ideas son el resultado de ejercicios de contemplación y de intuiciones. De ahí que entre su obra poética y el mundo real hay una tensión, que oscila entre lo intelectual y lo sensorial.

Paz fue un intérprete crítico de la historia cultural y un estudioso de la filosofía -como se puede apreciar en sus ensayos-, de donde se forjó su pensamiento de modo plural y heterodoxo, lo que lo sitúa como un intelectual enclavado en la modernidad, al apropiarse de una conciencia crítica de la tradición occidental.

Sus ensayos tienen un tono poético, sin dejar de estar imbuidos por el pensamiento. En tanto que su poesía reflexiona, sin obviar la emoción intrínseca del poema. Es así como le inyectó pensamiento a la poesía y poesía a sus ensayos críticos. De modo que, le imprimió pensamiento a la pasión poética y pasión al pensamiento filosófico. Podría decirse que creó un género literario personal, híbrido, montado sobre la poesía y el ensayo, donde las ideas brotan de la experiencia poética, y la imagen del pensamiento y de lo intelectual.

Este hombre de letras y de ideas manifestó su concepción del tiempo, tanto en sus ensayos como en sus poemas, es decir, una visión no lineal sino circular, convirtiendo el tiempo en una categoría no solo física y psicológica sino filosófica. Por consiguiente, y, en cierto modo, su obra literaria deviene diálogo permanente y sostenido con el tiempo real de la naturaleza. Su concepto del presente, como estado perpetuo del tiempo, lo transfirió a su obra poética y a su visión filosófica de la historia. Su poética, efectivamente, se nutrió del concepto de memoria, donde el presente ejerció un imperio sobre su obra de creación literaria. Esta noción de la memoria le proviene de sus lecturas juveniles de Marcel Proust, de su obra *La búsqueda del tiempo perdido*, cuando el autor francés habla de la “memoria involuntaria”. Paz hizo el mismo camino que emprendió Proust, es decir, asimilar la idea de memoria y tiempo de la filosofía vitalista y metafísica de Henri Bergson, pensador que influiría a Proust, y desde luego, al poeta mexicano.

En el Nobel mexicano, la pasión por la historia fue una forma de buscar el presente desde el pasado y, viceversa, para poder comprender su sentido y lugar en la historia de Occidente como intelectual más que comprometido con la sociedad, la libertad y la palabra. Su búsqueda constante por situarse en el presente, como un hombre de circunstancia, define también su idea de la modernidad. Si fue crítico con la modernidad fue para afirmar su crítica al ideal de progreso del mundo capitalista, y también a la utopía socialista, de cuyos sistemas fue un crítico severo. Es

decir, fue un crítico de las ideas del pasado, del presente y del futuro, desde un estado del presente en perpetuo movimiento. De ahí que, para él, el presente no es estático sino una búsqueda constante que hay que perseguir para ser modernos. Por eso, vio en el futuro un ocaso, aunque creyó en la utopía de la historia, es decir, en el mito de la revolución.

Tanto el tiempo poético como el tiempo histórico, en Octavio Paz, se fundamentan en una crítica a la idea de modernidad, a la idea cristiana de la vida eterna, la cual se basa, a su vez, en el tiempo lineal, no cíclico ni circular, y de ahí su concepción del Génesis y el Juicio Final o Apocalipsis en que se fundamenta la Biblia cristiana. En cambio, Paz asumió, más bien la idea del tiempo circular, que es propio del budismo y de otras filosofías y religiones orientales. Si bien, en este autor, el tiempo circular es de carácter mítico, en tanto que el tiempo lineal, cristiano es místico-religioso. De modo hay una oposición dialéctica entre el mito y la historia, la filosofía y la religión, lo sagrado y lo profano, y alrededor de esta preocupación transcurre la vida humana, la sociedad y la civilización. Esta concepción paciana del tiempo histórico, como sucesión circular, encarna una ruptura con la tradición cristiana occidental y con la idea del Progreso capitalista, lo cual constituyó una constante central, medular y coherente, en su trayectoria intelectual, en el debate de las ideas.

Su obra es un largo diálogo entre su yo interior y la otredad, la presencia y la ausencia, la identidad y la máscara, la soledad y la comunión, cuya raíz hay que situarla en sus lecturas tempranas del poeta Antonio Machado, y su idea de la otredad y del doble, contenida en su frase “la esencial heterogeneidad del ser”. Esta idea será esencial en su poética de la historia y, sobre todo, en su concepción existencial de la vida.

En Octavio Paz, el tiempo determina su concepción del poema como hecho diacrónico y sincrónico del lenguaje, y de la poesía como arte temporal. De ahí que la poesía deviene visión

temporal de la realidad y del mundo. Así, la poesía desemboca en encarnación del tiempo, en el espacio de la escritura de la página. En síntesis, el tiempo ocupa el centro de gravedad de su obra poética, en especial, de su tesis la “poética del instante”, del poema breve, de influencia oriental, expresado en una crítica radical al tiempo histórico lineal, rectilíneo y progresivo, frente al tiempo cíclico y circular, sin descartar el imperio del tiempo en un poema de largo aliento como *Piedra de sol*.

Las coordenadas espaciotemporales del poema y de la historia expresan un diálogo de oposición entre Oriente y Occidente, el cristianismo y el tantrismo, y el budismo, que apunta a un eje de mediación entre el vacío de la trascendencia y la plenitud del instante. Tal y como se presenta en las filosofías orientales (China y Japón), el vacío no es sinónimo de vacuidad sino de plenitud; y el instante no solo es inmanencia sino, además, trascendencia. Apeló a la dimensión temporal de la poesía para hacer una crítica del instante poético, así como a la faceta temporal de la religión para hacer una crítica a la noción de eternidad. De modo pues, que la conciencia paciana de la temporalidad tiene una deuda con la filosofía y la historia, y esa conciencia, lo condujo a hacer una crítica al mito y a la religión.

Para el autor de *Conjunciones y disyunciones*, el tiempo se reduce siempre a un hoy, es decir, al presente, y de ahí su obsesión intelectual por el concepto de presencia, como forma de situar la actualidad, lo real, el instante y la vida, en el presente. En tal virtud, en Paz, el tiempo ocupa el centro de su pensamiento, de su universo conceptual, y también de su creación poética, sus reflexiones intelectuales, su imaginación artística y sus intuiciones filosóficas. Por ende, el *hice et nunc* latino (el aquí-ahora) determinó su relación con el espacio y el tiempo, con la historia y la naturaleza.

Todo el mundo poético de Paz está gobernado, desde sus inicios como poeta, por el tiempo: constituye el imperio de los signos y los símbolos de su imaginario. De ahí que su pensamiento, tanto estético como filosófico, esté determinado por las leyes del tiempo y del espacio de la naturaleza y de la historia, en todas las vertientes del tiempo: sagrado, profano, mítico, histórico o religioso.

En el poeta mexicano, el tiempo no es solo vacío sino también movimiento y duración, o sea, personificación del movimiento; de ahí que en su poesía hay una caminata, es decir: gran parte de sus poemas obedecen a una estrategia de escritura del acto de caminar, como bien apuntó el crítico uruguayo Hugo Verani, al definir la poesía de Paz como “una caminata”. Si en Nietzsche la filosofía es el arte del pensar como caminata, en Paz, la poesía es el arte de poetizar como caminata.

La idea del presente en Octavio Paz aparece definida en un verso de su largo poema *Viento entero* y de su libro, de inspiración oriental, *Ladera este*, que dice: “El presente es perpetuo”. Es decir, que para este poeta el presente es eterno, pero no necesariamente inmóvil, fijo y estático, pues posee perpetuidad y trascendencia. Al contrario, el presente representa el movimiento, pero de modo perpetuo, o sea, que el presente es un movimiento perpetuo del tiempo. Por lo tanto, la vida tiene sentido solo en el presente, más bien, es presente, es decir, presencia, ya que la ausencia es la muerte. Su concepto de la poesía del instante está gobernado por la visión del tiempo como instante, y recreación del movimiento perpetuo de la realidad y del mundo. Si bien este verso actúa como un *leitmotiv* (es decir: “El presente es perpetuo”), también participa como otro *leitmotiv* la frase “La fijeza es siempre momentánea”, contenida en su libro *El mono gramático*, un largo texto en prosa, donde dialogan el poema en prosa, el ensayo filosófico y la narración surrealista. Así pues, este verso y esta frase, donde están las oposiciones binarias de presente y perpetuidad, fijeza

y movimiento, son una forma de expresar, de modo poético, su concepción del tiempo, en dos textos escritos en su periodo de vida y experiencia en Oriente, concretamente, en la India. Estas imágenes contienen, además, dos ideas que se reiteran a la manera de una letanía, que aluden a cambio y permanencia, perpetuidad y movimiento.

La idea paciana del tiempo tiene una gran deuda con la metafísica occidental y oriental, vale decir, posee un componente nihilista, que proviene de Nietzsche, y un sustrato existencialista, que procede de Heidegger, sus lecturas formativas tempranas.

Su filosofía de la poesía y de la historia están determinadas por la analogía del tiempo y el mito, la dialéctica y la metafísica, Oriente y Occidente.

La concepción del tiempo, en Paz, antes que psicológica, es filosófica, más bien, existencialista, y de ahí su escepticismo y también su pesimismo, pues muchas veces niega la experiencia sensible para afirmarse en lo imaginario: más en la existencia que en la esencia, más en el fenómeno que en la cosa. Es pues una visión de la temporalidad, de estirpe existencial, que pone en crisis lo espiritual y lo sensorial.

En la idea del tiempo en Octavio Paz hay un antagonismo entre el aquí y el ahora, el movimiento y la duración, y esto se expresa tanto en la gestación y escritura del poema, como en el tratamiento de la historia como hecho social. De modo pues, que el valor simbólico que Paz le atribuye al tiempo será determinante en su universo poético y ensayístico, es decir, en la totalidad de su obra literaria.

Su concepto de lo temporal como movimiento, cambio, tránsito, circularidad, infinitud, perpetuidad, eternidad e instantaneidad está presente en toda su obra literaria, de modo constante y obsesivo. El tiempo en él no es negación del espacio sino representación del movimiento; es

poesía e historia en movimiento. Así pues, en el poema *Piedra de sol*, el protagonista es el tiempo circular, y en *Blanco*, el espacio en movimiento.

Las ecuaciones instante y eternidad, fijeza y movimiento representan las nociones de unidad y variedad, anacronía y sincronía, en que transcurre su pensamiento filosófico sobre el poema y la historia, sus versos y su prosa.

El origen de la preocupación de Octavio Paz por el tiempo tiene un componente en la influencia de la cultura precolombina, precortesana o prehispánica, desde el punto de vista de la visión mágica, cosmológica, fantástica y sagrada del tiempo de los aztecas, que lo condujo a adentrarse en la arqueología prehistórica de México, lo cual también tuvo su eco en su obra poética y en su obra de interpretación cultural sobre México, como se observa desde la escritura de su libro *El laberinto de la soledad*. En consecuencia, su visión circular y cíclica del tiempo le nació primero de la mitología y la cosmología aztecas, y luego se volvió crítica con la modernidad histórica.

En Paz el tiempo caracteriza su obra poética como vivacidad y transparencia, y experiencia vertiginosa del presente. Eternidad e instante siempre será la ecuación que representará las nociones de la fijeza y el movimiento. Desde la tradición bíblica judeocristiana, el tiempo es destinista, lineal, rectilíneo, es decir, que lo que pasó no vuelve ni retorna, y tiene un carácter sagrado; en cambio, la tradición que asume y defiende Paz es probabilística, circular, cíclica e impulsada por el azar y lo profano. La visión lineal de la historia encarna o implica la idea del progreso, pues representa una línea recta siempre hacia adelante, que también conlleva la idea de cambio y transformación, así como de negación del pasado, ya que este estado del tiempo encarna el atraso y el retroceso. Así pues, en resumen, la obra poética de Paz, y también su obra en prosa de no ficción, es una crítica radical a la concepción cristiana del tiempo sagrado.

El tiempo como circularidad, en Octavio Paz, representa la idea del mito del Eterno Retorno que tomó de Mircea Eliade y de Nietzsche, y que proviene de la antigüedad clásica griega y de los presocráticos.

La tesis paciana de la tradición de la ruptura, tuvo su origen en el prólogo que escribiera para la antología de poesía mexicana *Poesía en movimiento*. La desarrolló luego en su libro *Los hijos del limo*, en la cual perfila o define su teoría del tiempo histórico entre modernidad y vanguardia literaria. Significa que toda ruptura se produce en una tradición históricamente determinada, donde la ruptura, con el tiempo, se convierte en tradición, constituyéndose esta dialéctica, el motor de la historia del arte y de la literatura, desde el punto de vista estético.

La obra de Paz es una constante búsqueda por transformar el presente en presencia, y lo hace a través de dos formas de la temporalidad: la poesía y la historia. Así pues, el poeta hace historia con el pasado y poesía con el presente. Ser un intelectual preocupado por el tiempo histórico hace de él un hombre moderno, con una idea crítica de la modernidad. Toda su experiencia poética es expresión de la temporalidad, donde se reconcilian el pasado y el presente. Si la poesía es una forma de la temporalidad, también lo es, al mismo tiempo, del lenguaje y del pensamiento. Como tal, es, a la vez, un hecho de la lengua y del pensamiento. En tal virtud, colinda con la filosofía y la religión. Es anterior a la filosofía, antes de que esta fuera la madre de todos los saberes. De ahí que en Paz hay un diálogo sostenido y permanente entre poesía, filosofía y tiempo.

En la poesía de Paz el tiempo también actúa como técnica de escritura, la cual tuvo su origen en el procedimiento técnico creado por Guilherme Apollinaire, de inspiración cubista, denominado simultaneismo, que luego tendría gran influencia en la poesía surrealista. Esta técnica poética de vanguardia le permitió a Paz insertar la temporalidad en el poema. Constituye una forma de poner en crisis el tiempo intrínseco al fenómeno poético, al poema como hecho del lenguaje y de la

temporalidad, en tanto obra de arte, es decir, el tiempo como organizador del ritmo y del sentido del poema, ya que no hay poema sin ritmo.

En el universo conceptual de Octavio Paz la teología y la filosofía dialogan en relación con la idea del tiempo, así como la metafísica oriental y occidental con el misticismo cristiano. Como se puede apreciar, en Paz no hay una visión científica del tiempo, ni de la física cuántica, sino una visión onto-filosófica y fenomenológica, que proviene del existencialismo alemán.

En el autor de *Las peras del olmo*, la meditación filosófica sobre el tiempo en sus tres estados será constante, dentro del marco de su proyecto intelectual de vida, lo que revela que su obra es el resultado de un pensador, de un hombre de ideas y de cultura filosófica, es decir, de un lector de las tradiciones filosóficas de Occidente y Oriente, de los grandes clásicos antiguos y modernos que pensaron los temas éticos, estéticos, religiosos, políticos, históricos, antropológicos, psicológicos y lingüísticos. Así pues, el pensamiento atravesará toda su obra, pues en sí misma es una obra literaria matizada de reflexiones, meditaciones y cavilaciones sobre la naturaleza, el hombre, las ideas, la cultura y la sociedad. Por lo tanto, abarcó la historia y la política, los fenómenos estéticos y los fenómenos del espíritu, siempre desde la poesía, nunca desde la ciencia.

En el Nobel mexicano, la poesía es una expresión del pensamiento y del conocimiento, donde este último se convierte en autoconocimiento, es decir, en autoaprendizaje, en la medida en que es una experiencia del intelecto, pues el acto de pensar poéticamente también se transforma en una forma del lenguaje capaz de generar un reconocimiento de la realidad. De esta manera, la poesía deviene experiencia estética del lenguaje y acto del pensamiento.

Las oposiciones binarias que adoptan formas temporales, como tránsito-inmovilidad, perpetuidad-fugacidad, reposo-movimiento, fijeza-sucesión, instante-eternidad participan, a su vez, como correlato entre mundo y sujeto, naturaleza y sociedad, mundo e historia, otredad e

identidad, unidad y relación, vacío y plenitud, rostro y máscara, cuerpo y no cuerpo, en el mundo verbal e intelectual del poeta y ensayista Octavio Paz.

En la obra literaria de Paz, los recursos retóricos de la analogía y la metáfora actúan como una tentativa por establecer una relación simbólica entre la cosa y la imagen, la idea y la emoción. Así pues, el tiempo siempre representará la escritura en movimiento, tanto en su obra en prosa como en verso.

Para este intelectual, la memoria en la modernidad ocupa el lugar de la inspiración entre los antiguos, como fuente de creación y recurso supremo de la creatividad literaria. No es solamente una imagen del pasado, sino el tiempo vital que representa el reposo y la ausencia, y que tomaría de sus lecturas tempranas de Marcel Proust.

La cosmovisión de la obra de Paz es un largo diálogo con la otredad, donde el yo se hace plural, y se convierte en un nosotros, en una prolongación autobiográfica de su experiencia sensible e intelectual. Así pues, toda su obra está impulsada por la relación entre el concepto de soledad y el de comunión, cuyo origen se remonta a su ensayo titulado, “Poesía de soledad y poesía de comunión”, contenido en su primer libro de ensayo *Las peras del olmo*, y que será esencial para su desarrollo conceptual y filosófico en la tesis de su obra *El laberinto de la soledad*.

Paz padeció siempre la obsesión por perpetuar el presente, y hacer de la memoria y del futuro, una acción del presente, pues este estado de la temporalidad adopta la forma del instante como expresión del movimiento. Esa búsqueda del presente fue una manera, un estado de perpetuo del movimiento, es decir, de hacer del presente una imagen de la eternidad, ya que el presente es el estado del tiempo que representa la vida que fluye. Esa búsqueda, por congelar el presente como presencia, es una forma del absoluto, de la temporalidad de negar la ausencia, que simboliza la muerte. De ahí el vitalismo de su pensamiento filosófico, que podría ser acaso una herencia de la

“razón vital” de su lejano maestro José Ortega y Gasset, a quien, según Paz, le faltó la gravedad de la muerte, como tema de su filosofía. Si bien en Paz la muerte no es una categoría central, sí lo es la soledad, acaso una herencia de los filósofos y poetas románticos. Así, en Paz esa obsesión por el tiempo es también una expresión de sed de eternidad y punto de partida, tras la búsqueda de los orígenes del ser, como utopía del mito de la historia.

En el Nobel mexicano, la concepción del tiempo circular y cíclico es una forma de alcanzar la reconciliación de los estados del tiempo, es decir: el pasado, el presente y el futuro. De todos los estados, asume el presente continuo, ascendente y móvil. Es decir, en él, el tiempo presente fue el centro de sus reflexiones sobre la historia y la modernidad, hasta el punto de que tituló su conferencia de recepción del Premio Nobel de Literatura en Estocolmo: “La búsqueda del presente”. Para este poeta, todos los estados del tiempo desembocan en un presente, que es un ahora, pero puede ser mañana o ayer, y un aquí, que puede ser allá. Es decir, un allá, que sería el tiempo de los otros o del otro, y un aquí, que podría el de su yo. Así, esa experiencia del presente implica una conciencia del tiempo. En síntesis, el centro de su vida intelectual se redujo a una búsqueda por alcanzar el presente, el cual fue una meta, o sea, su concepción metafísica del tiempo.

La expresión poética más concreta de la imagen del tiempo circular, la representa el poema de amor *Piedra de sol*, ese texto que no se cierra, sino que se abre y termina como empieza, en una estructura de endecasílabos perfectos, de 584 versos, que simbolizan la revolución sinódica del planeta venus alrededor del sol, de la cosmología azteca. Este poema encarna la figura circular y secuencial del tiempo mítico, en oposición al tiempo lineal, pues es un texto abierto y cifrado.

La idea del tiempo circular ejercerá una profunda fascinación en el poeta mexicano, que lo impulsará a afirmarse en el presente y a desentenderse de la memoria, y esta imagen determinará su imaginación filosófica y su poética. Este concepto de lo temporal será representado por la figura

geométrica del círculo, que será central en su concepto retórico del ensayo como género literario, y que adoptará la forma del laberinto, como se puede apreciar en el título homónimo de su primera obra de ensayo: *El laberinto de la soledad*. La forma que adopta Paz del tiempo cíclico depara en una filosofía que persigue negar la muerte y la historia sagrada para asumir una visión mítica del tiempo. De ahí que adopte la figura de la espiral para representar el movimiento circular del tiempo histórico.

Su concepción poética de la modernidad se caracteriza por asumir la idea de la transformación, renovación y ruptura del estilo y la técnica, dentro del marco de la tradición literaria. Y de ahí que este aspecto será central y crucial en su concepto de la modernidad y en su tesis de la tradición de la ruptura. En la esencia del tiempo Paz encuentra la clave de la modernidad. Es decir, su búsqueda de modernidad es una forma de buscar el tiempo histórico, que es circular, cíclico, sucesivo y en espiral, como también postulaban los marxistas. Esa meditación filosófica del tiempo, de estipe existencialista, habría de impactar en su idea sobre la modernidad, la historia y la poesía. La idea de ruptura temporal, en la tradición histórica de la literatura, será el fundamento de su concepción de la modernidad. Es decir, no hay modernidad sin ruptura, ni sin crítica de la tradición. Pero esa ruptura es perpetua, circular y progresiva, lo cual hace posible el movimiento dinámico de la historia de las ideas y de las letras, y convertirse la ruptura en el motor de la transformación de los estilos artísticos. De ahí que su concepto de ruptura puso en crisis la idea de tradición, y aun la idea tradicional de modernidad. Estas ideas, Paz las esbozó en *El arco y la lira* (1956), las desarrolló en *Los hijos del limo* (un ciclo de conferencias que dictó en las *Charles Eliot Norton Lectures, en Harvard University, en 1971-71*) y las cerró con *La otra voz: poesía y fin de siglo* (1990).

En su obra poética, el tiempo se convirtió en una experiencia del instante, en su meta por convertir el tiempo poético en un presente eterno y perpetuo.

Su defensa apasionada del presente es una forma de afirmar el ser en el tiempo, y demostrar la importancia y la hegemonía del presente como tiempo del nacimiento y la muerte, ya que ambos acontecimientos de la vida solo ocurren en el presente, nunca en el futuro o el pasado. Esa obsesión por afirmarse en el presente es una manera de buscar su concepto de “otra voz”, que siempre estará en el presente, esa voz que viene de la tradición, y que niega el concepto antiguo de originalidad.

Octavio Paz fue un poeta e intelectual seducido y fascinado por el tiempo presente, el cual caracterizó su obra poética y ensayística: que constituyó su punto de inflexión o eje gravitacional, en una convergencia entre el movimiento y el presente perpetuo. Podría decirse, en consecuencia, que Paz fue un poeta del tiempo, pues fue un teórico y un pensador de este tema, hasta el punto de que será el eje central de algunos de sus libros de poemas, como *Árbol adentro*, donde el lenguaje temporal de la poesía se reinventa.

La obra de Paz depara en un diálogo reflexivo con la soledad y la otredad, de estirpe machadiana. Esta reflexión también la prolongó al tema de la muerte, la historia y la identidad. Nunca está el yo sin el otro, ya que su identidad está indisolublemente ligada a la alteridad, y esa búsqueda constante de la otredad fue una forma de trascender al yo. Es decir, que en Paz, soledad y otredad son categorías ontológicas que caracterizaron su pensamiento filosófico, y aun su imaginación y sensibilidad. En su obra la búsqueda de soledad fue un mecanismo ontológico por encontrar la comunión consigo mismo y con el otro, y lo hizo a través de la poesía y el amor. También fue una forma de negar la muerte para así evitar la angustia telúrica. Es decir, que, para este poeta, una forma simbólica de experiencia de la muerte en la vida es la soledad. Y de ahí que el hombre persiga la comunión con el otro, busque la otredad, como una manera de negar la muerte

--o la idea de la muerte--, lo cual es una expresión vitalista y afirmativa de filosofía, que evoca, hasta cierto punto, la idea de “razón vital” de Ortega y Gasset.

Octavio Paz siempre fue un defensor del lugar y el tiempo de la poesía en la historia, como una forma de reivindicar la voz del poeta, en tanto conciencia histórica y estética del presente. De ahí que siempre se concibió como un poeta moderno, en la tradición de Baudelaire, y también su pasión por la política, en tanto historia del presente. En síntesis, buscó en la tradición la modernidad, y en la modernidad, la tradición.

En este poeta, la imagen del tiempo como un presente perpetuo, es una afirmación suya de que todo es presente, y de ahí que su concepción de la poesía depara en memoria y presente. O, más bien, permanencia, búsqueda y crítica del presente. Efectivamente, su filosofía del presente descansó en una reflexión sobre la modernidad, como una etapa de la cultura y de las ideas no estática, sino móvil, cambiante, fugaz, en transformación perpetua y circular.

La crítica de Paz al presente es una forma moderna de ejercer la política, y por eso fue un intelectual comprometido con la historia, al ser la política una expresión cultural del presente. En efecto, criticó más que la historia, el mito de la historia, como progreso humano, y la idea del paraíso cristiano, como mito bíblico del Juicio Final o Apocalipsis (con paraíso, purgatorio e infierno, culpa, pecado o salvación). Es decir, el mito de la Revolución como progreso e igualdad social y el mito cristiano de la eternidad y salvación divina. Así pues, en síntesis, fue un crítico de ambos mitos, de ambas formas ideológicas o religiosas.

En Octavio Paz se podría criticar que, a pesar de que estuvo muy presente México, su patria, su país y su cultura, su pasado y su presente, también estuvo Occidente, en especial, Francia, España, Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania, así como Oriente, concretamente, la India, Japón y China; pero nunca el resto de América Latina, ni mucho menos el Caribe ni África. Es

decir, sus reflexiones intelectuales estuvieron, más bien, centradas y enfocadas en el mestizaje prehispánico e hispánico, nunca en el tema de la negritud ni al de la colonización. Más bien, vivió de espaldas a estos temas y realidades históricas, hasta el punto de que solo conoció -o visitó- de América Latina, a Argentina y el Brasil.

El fundamento de la filosofía de la historia de Octavio Paz está determinado por su conciencia histórica del tiempo como circularidad, es decir, que la temporalidad y la historicidad son los dos ejes esenciales de su pensamiento crítico acerca de la historia cultural. Así, el tiempo de la historia y el tiempo de la poesía se yuxtaponen y se oponen, y en ambos casos, intentan abolir el tiempo, ya que en la historia el protagonista es el pasado y en la poesía, el presente. El poema se convierte en revelación contra la historia, en una pugna que Aristóteles explica en su *Poética*. De ahí que Paz tuvo una conciencia crítica muy clara sobre la relación entre historia y poesía.

La concepción paciana de la historia no fue pesimista, sino más bien, escéptica, pues cuestiona la visión optimista de felicidad cristiana como teleología de la vida humana y social. Asimismo, la idea de la Vida Eterna y del paraíso celeste, por lo que fue un crítico del cristianismo, en relación con su visión de la redención, el pecado y la culpa, y del mito del progreso espiritual, así como de la idea de liberación del alma. En ese sentido, Paz no fue un ateo confeso, sino un escéptico, o más bien, un agnóstico, a la manera del padre del ensayo Michel de Montaigne.

La concepción de Paz sobre el tiempo, antes que dialéctica, es metafísica, donde no hay un principio ni un fin, sino un tiempo sin tiempo, donde descansa su idea nietzscheana del Eterno Retorno. De ahí que no creyó en la idea de progreso sino de cambio y transformación, continuidad y movilidad, en tanto motor de la historia social y cultural que representa la modernidad. Así pues, su concepto de la vida y de la poesía se define en él como representación temporal del presente.

De modo que el tiempo será el centro de gravedad de su pensamiento metafísico, cosmológico y existencial.

Octavio Paz fue un crítico de la idea cristiana de futuro como paraíso y también de la idea comunista del futuro como utopía social, pues ambos son dos mitos de la historia, es decir: hace una crítica a la religión cristiana y a la ideología marxista. A esta porque se fundamenta en una utópica transformación revolucionaria de la sociedad, y a aquella, al crear una esperanza de liberación espiritual del hombre. Ambas posturas conducen al mito de la historia y del tiempo futuro, del porvenir -o del devenir.

En el ensayista mexicano la noción del instante, de naturaleza temporal, proviene del concepto de “intuición del instante”, de Gaston Bachelard, un científico y pensador francés que el poeta estudió para articular su “poética del instante” -y a quien conoció en Paris. La influencia de este sabio francés también fue determinante para que Paz elaborara su idea de imaginación poética.

La materia prima de la historia, si bien son los hechos, también es el tiempo, al igual que lo es de la poesía. Es decir, tanto la poesía como la historia están hechas de tiempo. En efecto, el tiempo en la historia se diluye en los hechos, y en la poesía, se congela en el presente. De ahí que en Paz hay una conciencia histórica de la poesía y una conciencia crítica de la historia.

Octavio Paz concibió la poesía como una religión natural --a la manera de Novalis, el poeta romántico alemán--, o como forma sagrada de la conciencia estética del lenguaje literario, donde convergen la historia y el mito, la religión y la filosofía, el arte y la vida.

El autor mexicano tenía la convicción del presente eterno y perpetuo, concepto que asimiló de Schopenhauer, y de ahí que fue un poeta visionario del presente, que vio en el pasado, lo actual, es decir, lo presente, un tiempo presente que no transcurre, pues es perpetuo.

Podría decirse que el pensamiento filosófico de Octavio Paz fue heterodoxo, y de ahí que es difícil de definir y de etiquetar, ya que posee ideas, creencias y convicciones y no ideologías, como tampoco tuvo un pensamiento con espíritu de sistema. Es decir, que fue un pensador, no un filósofo de carácter científico, académico y sistemático, sino que fue un librepensador, un hombre ilustrado, con un afán enciclopédico: no un erudito sino un intelectual, a quien lo sedujo el saber heterodoxo: no se subordinó a ninguna ideología política, religión o filosofía ortodoxa.

La clave heterodoxa del pensamiento de Octavio Paz reside en el hecho de que en el mismo convergieron lo temporal y lo histórico, y esto constituye el fundamento que explica sus ideas sobre la sociedad, la naturaleza, el arte, la cultura, el pensamiento y el espíritu humano.

En su tentativa intelectual por reconciliar el mundo y el tiempo, Paz persiguió fundir la eternidad y el yo, en una búsqueda que lo condujo a borrar los límites existentes entre pasado y presente, presencia y ausencia. De ahí que el tiempo fue su gran tema, es decir, su impronta temática, al igual que lo será el presente, con lo que logró conjugar todos los estados del tiempo en un solo estado perpetuo, pero móvil. Así pues, el tiempo ejercerá un imperio sobre su poesía y sobre su concepto de la historia.

El autor de *El laberinto de la soledad* creyó más en la instantaneidad que en la eternidad; más en el aquí-ahora que en el aquí-allá; más en el presente instantáneo que en el porvenir eterno. En fin, creyó más en la circularidad del instante que en la sucesión lineal que trasciende lo eterno. No creyó en el tiempo de la linealidad histórica, de la epifanía sagrada. La suya, en efecto, es una escritura contra el tiempo, o sea, de ruptura con el tiempo lineal.

Desde su experiencia como poeta, Paz consagró y reivindicó el tiempo de la poesía y negó el tiempo de la historia sagrada, pero resucitó el tiempo de la historia real, a lo que le dio su tesitura

en la historia de la cultura. De ahí que la relación poesía y filosofía, poesía e historia fue lo que lo retrató como poeta y pensador moderno.

Con *El laberinto de la soledad*, Paz hizo un examen de la mexicanidad y del mexicano, es decir, una especie de ontología de México, desde su pasado y su presente, a partir de preguntarse qué es y quién es el mexicano, explorando en las raíces antropológicas e históricas del espíritu de la historia y la cultura de México. Y en la búsqueda de la soledad del mexicano, se encontró con un laberinto, pues al buscar su soledad, halló la otredad, en una experiencia que fue el resultado de la búsqueda de sí mismo. Es decir, que al buscarse a sí mismo, encontró al otro, o sea, su otro yo, y al encontrarse a sí mismo, se perdió en el laberinto de su identidad. Vale decir, que la identidad existencial es, pues, un laberinto ontológico para el mexicano y para toda persona, para todo ser social.

Para Octavio Paz, todo ser humano tiene sed de otredad, siente la necesidad ontológica de buscar su completud en el otro, donde se realiza, es decir, que el hombre se realiza en la mujer y viceversa; el yo en el otro, el individuo en la sociedad y la familia. De modo que, el hombre, siempre en su búsqueda de otredad, se encuentra a sí mismo, o en la búsqueda de su yo, encuentra al nosotros que busca, desde su nacimiento. Es decir, que descubrimiento y búsqueda encarnan y representan una dialéctica ontológica entre el yo y la otredad, la identidad y la alteridad.

Desde *El laberinto de la soledad*, en Paz siempre hay una relación de oposición dialéctica, que matizó gran parte de sus reflexiones, entre la imagen rostro-máscara, yo-otredad, en la que el yo representa la máscara, en una tensión entre la inmanencia y la trascendencia de su identidad, donde reside su concepción ontología del mundo. En su obra ensayística, la persona del nosotros tendrá una gran hegemonía con respecto al yo, a pesar de que siempre habrá un equilibrio ontológico entre la mismidad y la otredad. Es decir, que el yo será el otro, y el otro, el mismo. De

modo, que en este poeta siempre hubo una preocupación por el tema de la soledad, que se expresa entre su ser y su otredad.

La soledad a la que alude no es a la del mexicano exclusivamente, sino a la soledad existencial del hombre, a la idea de que nacemos solos y moriremos solos, pues somos seres de soledad, no solitarios, ya que el hombre es, por naturaleza, gregario, social. La soledad para Paz es un sentimiento, un estado del ser, intrínseca al hombre, pero que convive con ella, la atenúa, la disipa, a través del trabajo y del juego, ideas sobre las que influirían Johan Huizinga y Roger Caillois. Así pues, la soledad será un sentimiento constitucional del individuo, ya que siempre está solo, aun en medio de la muchedumbre. En esta dialéctica hay un laberinto. En este dilema existencial, en esta soledad del mexicano, Paz encuentra una explicación al sentimiento histórico de orfandad, suspicacia, tristeza, melancolía, desarraigo y complejo de inferioridad, de su pueblo. El pensador mexicano hizo pues intrahistoria y metahistoria de México, al hacer una especie de psicoanálisis existencial del mexicano, al explorar en el trauma, la culpa, la psicosis y el síntoma de su alma. Estas reflexiones se desprenden de su libro *El laberinto de la soledad*, que es una suerte de ensayo moral sobre la idiosincrasia, la psicología, la ontología, la antropología y la historia de México. Así pues, exploró en el sentimiento de su Nación y el carácter ontológico del mexicano, haciendo énfasis en su Revolución de 1910 y su folclore. En efecto, hace una anatomía de su idiosincrasia, su pasado prehispánico, su ontología, su mitología y su psicología, a partir de Freud, Nietzsche y Heidegger, esencialmente. En esta reflexión, Paz reveló la condición constitucional de soledad del mexicano y del latinoamericano como mito --y que luego hizo Gabriel García Márquez, en *Cien años de soledad*, a través de la poética narrativa del realismo mágico.

Octavio Paz, al verse a sí mismo, no solo ve a todo mexicano, sino que ve, en el otro, también al mexicano y a los mexicanos. Pero la reflexión sobre la mexicanidad y lo mexicano, acaso sea una excusa de este poeta para pensar la historia general México, y de Occidente. Si bien en Paz el concepto de soledad tiene un componente ontológico, no menos cierto es que también tiene un cariz antropológico. Este afán por buscar los orígenes del ser mexicano, en su historia, fue una forma de fundar una suerte de filosofía del mexicano para alcanzar la universalidad y la modernidad. Fue, además, un mecanismo para develar la máscara de la identidad del ser mexicano, cuya impronta no tiene un carácter nacionalista, sino que actúa como un pensamiento plural para explicarse a sí mismo, y al mexicano, en general.

Para Paz, en síntesis, no hay soledad sin comunión ni comunión que no demande soledad. Son dos caras de una misma moneda.

La relación soledad y comunión, Paz la extendió a la poesía, pues la puso al servicio de una teoría poética, ya que la poesía, según él, es una experiencia dialógica entre comunión y soledad, y de ahí su tesis temprana titulada “poesía de soledad y poesía de comunión”, a la cual fue fiel. Así, todo intento poético de experiencia de soledad es también una tentativa para hacer que el poeta retorne al estado de comunión primitiva, al ritual colectivo, en que la poesía se bailaba y se cantaba, a la manera de los aztecas.

En Paz, el vínculo entre soledad y comunión depara en búsqueda y negación recíprocas. Es decir, que cuando estamos solos queremos estar acompañados y cuando estamos acompañados queremos estar solos. Ahora bien, la vida del hombre transcurre entre esta dialéctica, lo cual lo hace ser un ente angustiado existencialmente. Si el hombre es un ser de soledad, también es un ser hecho de tiempo, un ente temporal, pues es el tiempo quien crea la conciencia de la soledad, de la comunión y de la muerte, a lo que tanto se refiere Paz. Es decir, que la soledad, como categoría

existencial del hombre, está determinada por el tiempo, y de ahí el vínculo entre soledad y tiempo. De modo, que su concepto de soledad está asociado al concepto de tiempo, que son los dos ejes esenciales en que se sostiene esta tesis de investigación. En efecto, la soledad, si bien no es una condición eterna y permanente en el hombre, sino circunstancial, no menos cierto es que constituye un absoluto que está determinado a su vez por el transcurrir del tiempo. Es decir, que es el tiempo quien determina la soledad y la comunión, el cambio o paso de un estado existencial a otro, de modo intermitente. Siempre estamos intercambiándonos estados de soledad y de comunión, vale decir, pasando de una condición a la otra, y viceversa. En consecuencia, entre soledad y comunión hay una voluntad, que genera una conciencia de trascendencia o inmanencia: trascendemos la soledad hacia la comunión o es la comunión la que trasciende a la soledad, o se hace inmanente - o intrínseca- esta dialéctica. En resumen, el centro de gravedad de esta reflexión ocupó gran parte de la obra y del pensamiento de Octavio Paz.

En el autor de *Los hijos del limo*, la búsqueda de comunión fue un mecanismo ontológico por superar la soledad y asumir el amor. Afirmar el amor fue en él un recurso para disipar la soledad y la muerte, lo cual permite al ser trascenderlas. Así pues, el amor aparece en Paz como una forma de expresión de la comunión, y también fue otro de los temas sobre los que reflexionó el poeta mexicano. El deseo de comunión es deseo de amar. Soledad y comunión conforman una oposición binaria que se complementan y atraen, rechazan y afirman. En consecuencia, hay una conciencia de soledad y una conciencia de comunión, que representan amor y desamor, vida y muerte, que son el centro motriz de la obra *El laberinto de la soledad*.

La idea de comunión en Paz implica una defensa del amor, pues es una forma de negar la soledad, y hacer una apuesta por la comunión, lo cual es un rasgo de la cultura occidental, que se caracteriza por el horror a la soledad. Así, sin comunión no hay amor, ni erotismo, ni sexo, y por

tanto, tampoco reproducción humana. De ahí que la comunión es una herencia social y una necesidad del hombre por distanciarse del odio para vivir en comunidad, en sociedad, como ente civilizado. La comunión es experiencia de plenitud, en cambio, la soledad es experiencia de vacío. El ser humano lucha no por vivir en soledad sino en comunión. Sin embargo, la soledad nos permite la purificación espiritual, el desarrollo del ocio creativo, el tiempo para alcanzar la comunión, la paz, el sosiego y el silencio, estados del espíritu indispensables para lograr el autoconocimiento y aun la autorrealización. En tanto que la comunión nos permite poner en práctica la soledad, la socialización, el reconocimiento del otro y además nuestro autorreconocimiento. También la cura del espíritu, ya que nos permite la interacción social y la ruptura del aislamiento que enferma la voluntad.

Según Paz, todo lo que el hombre hace -cantar, bailar, escribir, celebrar, etc.- es para matar la soledad o para abolir el tiempo de la soledad, y de ahí que viva siempre tratando de que sobreviva, predomine y sobresalga la comunión.

La idea de la soledad en Paz tiene un componente romántico, pues este poeta ve en este sentimiento el nacimiento de la experiencia onírica, el “sueño de la razón”, la materia prima de la creación poética y artística, así como el alimento espiritual de la vida despierta, en tanto la soledad fue un rasgo peculiar del espíritu romántico. Pero también como poeta surrealista que fue, en parte y a su modo, Paz, aunque confesó no practicar la “escritura automática”, de la poética surrealista, sí asumió su estética, en libros como *¿Águila o sol?*, y aun en *El mono gramático*.

Al interrogarse acerca del ser nacional, Paz, en *El laberinto de la soledad*, terminó interrogándose a sí mismo, e intentó “curarse”, por así decirlo, de la enfermedad romántica de la soledad. De modo que hizo una especie de auto-psicoanálisis, un diagnóstico del espíritu mexicano, que tendrá gran deuda con Samuel Ramos, con su libro *Perfiles de la cultura y del*

hombre mexicano, y desde luego -y Paz lo admitió- con Nietzsche y su obra *Genealogía de la moral*. Así pues, su concepto de la soledad del mexicano como una experiencia existencial, en la relación entre soledad y comunión, constituirá el eje central del laberinto metafísico en que se instaló su espíritu intelectual.

La esencia del concepto de soledad en Octavio Paz no evoca a la melancolía portuguesa de *saudade*, ni tampoco al sustrato hispánico; más bien, nos recuerda a la melancolía azteca, vinculada a la timidez y a la obediencia, que tanto caracterizó el alma de estos antepasados habitantes prehispánicos del Nuevo Mundo.

Utilizó la poesía y la reflexión sobre el amor y la historia para combatir el espíritu de su soledad metafísica, es decir, como sus vías de escape. Amén de que penetró en la mitología y la arqueología del México profundo, en la memoria de su pueblo y en su genealogía mítica. Reivindicó su herencia hispánica y prehispánica, y la metabolizó luego con sus viajes y lecturas, que le permitieron ahondar en la tradición francesa, inglesa, alemana, americana y, finalmente, oriental. De ahí que no se debe olvidar -y esto es importante- que el libro *El laberinto de la soledad* Paz lo concibió, gestó, maduró y escribió en Francia, a partir de la experiencia del desarraigo existencial y la extrañeza de su patria. En Paz, la soledad fue su absoluto, que se convirtió en una búsqueda, a través de la comunión.

La pasión y el interés reflexivo por la idea de Revolución, la política, la historia y la utopía, le vino a Paz porque se consideraba un hijo legítimo de la Revolución mexicana.

La obra total de Paz es un largo diálogo con la historia y con el México del pasado y del presente, con sus ancestros familiares, y ese diálogo, desde luego, lo realizó, a partir de la experiencia de la soledad, y consigo mismo. Es decir, en síntesis, es un diálogo y un monólogo. Para elaborar su concepto de soledad del mexicano y el suyo propio, se sumergió en el árbol

genealógico del México prehispánico y poshispánico; también para explicar la memoria mítica y el tiempo sagrado de su etnia y su cultura. En conclusión, en la raíz de estas meditaciones, reside su destino intelectual y su devenir literario.

Octavio Paz siempre estuvo tentado por la fe, pero por una fe laica, ateológica, pues fue un crítico moderno de los dogmas religiosos y de las ideologías heréticas, y por eso adjuró temprano del marxismo, por sus herejías, ortodoxia e inconsecuencias, en su aplicación prácticas en los Estados socialistas, que devinieron totalitarios.

II

En Paz, el ensayo como género literario de expresión de las ideas, alcanzó una condición híbrida, en el sentido en que está articulado entre la poesía y el pensamiento, donde sus ensayos piensan y su poesía ensaya. Le inyectó así pasión al pensamiento y poesía al ensayo.

De ahí que su poesía constituyó el punto de partida en su salto al ensayo, es decir, sus ensayos son una prolongación reflexiva de su poesía. Asumió el ensayo de estirpe moral, en la tradición de Montaigne, para profundizar en la condición humana, con libertad crítica y con la pretensión de ahondar en las múltiples facetas de los diferentes saberes, sin dejar de profundizar en su mundo interior, ni de preguntarse lo que era, tal y como definió el francés el ensayo, cuando se preguntó: ¿“Qué se yo?” (*¿Qué sais je?* Así pues, Paz iluminó territorios del entendimiento y del conocimiento, a través del ejercicio del pensamiento y del juicio crítico y analítico, con una gran capacidad argumentativa, y sin desentenderse del estilo y de la forma estética, donde fue un paradigma como estilista de la lengua. Se valió del ensayo, como cauce de expresión de sus ideas, para difundir su pensamiento sobre temas éticos, políticos, históricos, filosóficos, antropológicos

y estéticos. De ese modo, tuvo conciencia del ensayo como género literario, el cual le permitió poner sus ideas en circulación y entrar en el debate intelectual, con libertad crítica de opinión. Este ejercicio de pensamiento reflexivo le permitió buscar su yo interior, y en esa búsqueda, encontrar al otro, es decir, la otredad de su identidad, que fue la raíz originaria de su obra *El laberinto de la soledad*, su primer libro de pensamiento y reflexión filosófica.

Este poeta y ensayista fue a la vez un intelectual y un humanista, en virtud de que metabolizó las ideologías y convirtió sus ideas en libertad y crítica. Empleó así la razón crítica con autonomía de criterio, pues usó la imaginación como recurso crítico, no solo creativo. Así pues, como poeta, nació de la filosofía y la negó. Bebió de su fuente y la trascendió, tal y como lo hizo con la poesía.

Octavio Paz usó el prisma de la poesía para aproximarse a la historia y a la cultura, concibiéndola como una experiencia del lenguaje, capaz de interpretar la condición humana. Además, como un discurso moral que trasciende el tiempo de la historia, y para acercarse a la otredad desde la soledad de la escritura. Le otorgó a la poesía, el estatus y la dignidad, en el contexto de la modernidad que había perdido, haciéndola más bien una especie de religión laica, y recuperándole su prestigio intelectual. Por eso, acaso, Paz fue el último poeta oracular, la última gran conciencia poética del siglo XX. Quizás porque fundió poesía, pensamiento y crítica, y los convirtió, por tanto, en forma de conocimiento, crítica del mundo y la sociedad, y autocrítica; también, en una experiencia de soledad y comunión.

Este poeta mexicano estudió críticamente la historia como acción de los hombres y de las ideas, en tanto cultor apasionado de las palabras y de la crítica. Cultivó, además, la pasión poética, la pasión intelectual y la pasión política. De modo pues, que la política, la historia, el ensayo y la poesía perfilaron su temperamento intelectual y determinaron su trayectoria, en el mundo de las ideas y de las letras.

Su poesía tiene un tono autobiográfico (como en su poema *Pasado en claro*), pero está preñada de ideas, y se nutre del silencio y la contemplación, del juego y el pensamiento.

La obra ensayística de Paz deviene en herencia de la tradición filosófica de Occidente, es decir, de los presocráticos y el platonismo, pasando por el neoplatonismo, el kantismo, el neokantismo y el hegelianismo, hasta desembocar en el bergsonismo y el existencialismo, sin olvidarnos de su breve paso por el marxismo. Tampoco de su incursión en la tradición cultural, literaria y filosófica oriental.

El concepto paciano de ruptura es producto de la relación entre tradición y modernidad, clasicismo y contemporaneidad. De ahí que no hay tradición sin modernidad ni modernidad sin tradición, como tampoco tradición sin ruptura ni ruptura sin tradición. Ni modernidad sin crítica, pues es esta quien le confiere actualidad a aquella. Esta relación es producto de la crítica que motoriza su concepto de ruptura, que desarrolló, a partir de la tesis de su obra *Los hijos del limo*, de 1971. La crítica de Paz a la idea de modernidad se funda en la concepción circular del tiempo histórico, y esa crítica reinventa lo moderno, pues es una crítica a la cultura moderna. Por eso podría decirse que Paz fue un intelectual iluminado por el espíritu de la modernidad, que es una prolongación, en cierto modo, del ideal de la Ilustración. Por consiguiente, fue un poeta moderno, ya que tuvo conciencia crítica de la modernidad y de la historia, y esta conciencia le permitió echar una mirada retrospectiva de la tradición, y prospectiva del presente, como poeta de vanguardia.

Octavio Paz escribió ensayos con una conciencia moral de su función social y crítica, en vista de que es una forma de conocimiento y del pensamiento y una vía de acceder a la realidad. Es decir, una forma intelectual de aproximarse al hecho social y cultural, y una mirada sobre el tiempo presente. De modo pues, que el ensayo como género literario en él deviene función crítica y creadora. Por eso decía, que la crítica tiene que ser creadora y la creación, crítica.

Este autor fue un intelectual, no un ideólogo, pero fue fiel a su circunstancia histórica y, como tal, un crítico de su época. Escribió, en ese sentido, una obra plural, diversa, moderna y crítica. Como testigo de su tiempo, no fue un apologista del futuro sino un crítico y un pensador del presente histórico, que trató de inventar su propia poética de la historia y del poema, es decir, su propia tradición, desde la modernidad.

Su obra fue una constante respuesta a la relación entre identidad y otredad, el yo y la alteridad, a cuya intermediación intentó buscarle un sentido crítico, en un perpetuo diálogo con el otro y consigo mismo.

La concepción paciana del ensayo es de prosa estética, donde usa como clave estratégica, el diálogo entre el pensamiento y la intuición, las imágenes y las ideas, con una gran vocación argumentativa. Así pues, no fue un erudito, ni lo pretendió, sino un prosista de pensamiento imaginativo, con voluntad de sabiduría y lucidez. En ese sentido, se situó en la tradición de los poetas-filósofos-pensadores como Pessoa, Mallarmé, Eliot, Antonio Machado, Baudelaire, Borges, Lezama Lima, entre otros. En efecto, Paz nunca intentó, como buen ensayista, en la tradición de Montaigne, del ensayo personal, establecer verdades científicas ni concluyentes, sino que argumentó y puso ideas en circulación, sin olvidarse del lector, y tratando de encender el debate crítico de las ideas. Por eso no fue un tratadista sino un ensayista. Siempre tuvo conciencia del vínculo indisoluble entre la escritura, el pensamiento, el estilo, las palabras y las ideas. Siempre estuvo tentado, en efecto, por el pensamiento y la poesía.

El ensayismo moral en Paz deviene discurso literario, que trascendió la tradición retórica del género, al hacer énfasis en el estilo, es decir, que el estilo se convirtió en el protagonista de su prosa. De modo que le imprimió imaginación al ensayo, haciéndolo poético, creando así una ruptura en la tradición del ensayo hispanoamericano, pues lo transformó, rompió sus límites y lo

renovó, esto es, le inyectó aire estético, y lo insertó así en la modernidad. Fundió en cierto modo lo lírico, lo argumentativo y lo conceptual, y por eso sus ensayos seducen y persuaden. Esto así, pues mantuvo una correspondencia entre el juicio y el estilo, la pasión y el intelecto.

Aunque Paz no escribió un libro para definir una teoría o poética del ensayo, sí tuvo una concepción de este, aunque no de tipo académico, pero en un ensayo sobre Ortega y Gasset ofreció una espléndida opinión acerca del ensayo, en oposición al tratado y al aforismo. Paz cultivó una tipología de ensayo multidisciplinario, pero no así científico o académico, pues nunca buscó una verdad definitiva, sino que apeló a su sensibilidad, su imaginación y su cultura. Por eso duda, se pregunta, sugiere, opina, medita, divaga, afirma, reflexiona, piensa y argumenta. La esencia de sus ensayos, pues, es el resultado del pensamiento de un poeta, y por eso siempre se autodenominó como un poeta, nunca como un ensayista, siempre como un poeta que tenía ideas y opinaba sobre diversos temas, con libertad crítica y expresiva.

Fue con los libros *El laberinto de la soledad* y *El arco y la lira* que Octavio Paz alcanzó el estatuto de ensayista original, de prestigio y autoridad intelectual, de gran erudición y cultura filosófica, cuyo ciclo de madurez cerraría con *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* y con *La llama doble: amor y erotismo*. Así, el ensayo en Paz es un instrumento de pensamiento crítico, inventivo e imaginativo.

En toda la obra ensayística de Octavio Paz el recurso retórico que le sirvió de argumento es la analogía, que le permitió comparar ideas opuestas y desarrollar sus propias ideas, con vocación de pensamiento, y en forma geométrica. Es decir, en Paz, las ideas devienen geometrización del estilo, y de ahí que su pensamiento adquiere una forma circular y rítmica, que le confiere movimiento a su prosa. Así, la analogía como figura estilística, actúa como fuerza gravitacional,

que le imprime un gran ritmo a las relaciones que postulan sus ideas. En esto consiste, pues, su poética del ensayo como género de expresión verbal de sus ideas.

Si bien en los ensayos de Paz, la analogía es la clave de sus argumentaciones, no menos cierto es que hay una circularidad y una geometrización que nos remiten a su concepción del tiempo, que le permite hacer fluir sus ideas. Hay así, en sus ensayos, un universo conceptual, que gira en torno a las figuras retóricas de la metáfora, la analogía y el ritmo. De ese modo, entre su poesía y sus ensayos hay una comunión dialógica de las ideas, que semejan una arquitectura de pensamientos, pues su prosa es multiforme, plural, dinámica y lúdica.

En Paz, el estilo está al servicio de su pensamiento y de sus ideas, en un orden arquitectónico, plural y circular. El uso que hace de la analogía como figura de pensamiento les confiere dinamismo a sus ideas, de modo que sus razonamientos no son axiomáticos sino simétricos, ya que postulan una dualidad de oposición entre el estilo y las ideas, la imagen y la expresión. Utilizó la faceta argumentativa del ensayo para abordar diversos temas de la cultura, la filosofía, el arte y las ideas religiosas y políticas. Su concepción del ensayo moral representa una introspección íntima y confesional de su existencia. Buscó en sus ensayos la originalidad con vocación de estilo. Fundó así un arte de ensayar, un modelo prosístico, basado en la analogía como recurso retórico. En Octavio Paz, el ensayo fue la forma retórica de vehicular la crítica literaria y de arte, de manera imaginativa y creadora, acaso a partir de la sentencia de Walter Benjamín que dice: “La crítica debe hablar el lenguaje de los artistas”.

Su asunción de la crítica como actitud intelectual, aunado a su temperamento poético, hicieron de Paz un pensador moderno, y por eso tuvo una conciencia circular de la historia. Es decir, fue más bien moderno, porque tuvo conciencia crítica de la historia. De ahí que concibió la historia como un proceso dinámico y vivo del tiempo circular.

En él la otredad, de estirpe machadiana, fue un mecanismo ontológico para conjurar la soledad y mirarse a sí mismo, en su búsqueda de alteridad o identidad, y de reconocerse siempre en el otro, que es el mismo.

El ensayo político en Octavio Paz tiene un trasfondo poético y filosófico, no así de filosofía política, pero sí pensó la política desde la poesía y la historia, de ahí que hizo metapolítica, pues pensó la política desde la política misma. De modo que, crítica y política serán los ejes de su pensamiento social. Por lo tanto, en su obra política, cultural e histórica son inseparables. Paz nunca se asumió como un filósofo de la política o un pensador político, ya que no poseía la conciencia ni del filósofo ni del politólogo, sino la del intelectual moderno, acaso renacentista, que posee ideas y opiniones plurales y heterodoxas, de un no especialista. Es decir, no se sentía un pensador sistemático, a la manera del filósofo académico y erudito. Fue, por lo tanto, un espíritu intelectual libre, que defendió los ideales de la Ilustración, la democracia liberal y la Revolución francesa, y por eso fue un crítico de los Estados totalitarios y del poder. Se consideró más un escritor que un intelectual y menos un ensayista que un poeta. Usó el análisis y la reflexión personales para participar del debate de las ideas y del diálogo crítico. Leyó pues la historia con mirada crítica y la política con mirada analítica. Tuvo pasión intelectual al participar activamente de los debates ideológicos, siempre en defensa de las libertades civiles, políticas y públicas.

Conclusiones

“Paz vivía la historia mexicana con pasión autobiográfica, pero su enfoque y hasta sus conocimientos no eran los del historiador sino del filósofo y poeta de la historia”.

Enrique Krauze

En este trabajo de investigación se pudieron encontrar una serie de hallazgos, los cuales se pueden comprobar en relación a las aproximaciones críticas de varios estudiosos y expertos en la vida y la obra de Octavio Paz- descritos y tratados en el cuerpo teórico de esta tesis.

Se pudo encontrar una vastedad de referencias y alusiones a pensadores a los que alude Octavio Paz, y que fueron lecturas esenciales juveniles para conformar su poderosa cultura filosófica, que contribuyó a fundamentar sus ideas sobre la moral, el tiempo, la soledad, la historia, la poesía, la libertad y la modernidad. Se puede apreciar la influencia de sus lecturas tempranas de pensadores y autores franceses como Gaston Bachelard, Roger Caillois, Charles Baudelaire, Henri Bergson, Albert Beguin, Marcel Raymond y Marcel Proust; o de filósofos alemanes como Friedrich Nietzsche, Martin Heidegger, Edmund Husserl, Sigmund Freud, Hegel, Kant, Marx, Georg Simmel, Schiller, Fichte, entre otros. Es decir, de los pensadores clásicos germanos, así como de sus poetas románticos. Igualmente, de pensadores clásicos como Platón, Aristóteles, Plotino o San Agustín. Estos autores, desde luego, influyeron en su sensibilidad, imaginación y

formación intelectual como pensador y ensayista moderno, con gran cultura filosófica, sedimentada por sus experiencias de viaje y por las lecturas de pensadores modernos.

Se pudo encontrar con dos grandes biógrafos de Paz, como sus discípulos, Guillermo Sheridam y Christopher Domínguez Michael, autores de *Poeta con paisaje* y *Octavio Paz en su siglo*, respectivamente, que podrían considerarse las más autorizadas y abarcadoras de la vida, la obra, el pensamiento y la trayectoria del Nobel mexicano. La primera, en una edición de un volumen -que abarca la vida del poeta, desde su infancia hasta su vejez-, y luego en dos, y la segunda -la más reciente-, que constituye una monumental biografía intelectual del escritor.

En estas conclusiones, cabe destacar la variedad de temas y aspectos que abarcó Octavio Paz, en su trayectoria como ensayista y pensador, tales como el amor y el erotismo, el tiempo y la soledad, el budismo zen y el tantrismo, la política y la historia, México y Occidente, Estados Unidos y Francia, España y América Latina, y que comprende vertientes como la traducción y la crítica de arte, la crítica literaria y la edición de revistas, la poesía y el ensayo, la entrevista y la correspondencia, el prólogo y la antología. Lo que revela ser un autor anclado en la modernidad, por su versatilidad discursiva, expresiva y temática.

Se aprecia, además, en su obra, un diálogo constante con Francia y Estados Unidos, que se prolongará y consagrará con su experiencia de vida y de lectura, al contacto con los creadores y pensadores de esas naciones, en especial, con los surrealistas y los existencialistas. De igual modo, una afirmación permanente al presente, al acontecimiento, a contrapelo del pasado, lo cual lo revela como ser un hombre de circunstancia, insertado en la actualidad, es decir, al calor de las ideas políticas. El mundo clásico está menos presente que la contemporaneidad. Más bien, hay una experiencia de asimilación de las ideas de los grandes precursores del pensamiento político y filosófico de los siglos XVIII y XIX, es decir de los filósofos de la Ilustración, y los pensadores

ingleses y alemanes. Vale decir, que Paz fue un pensador intelectual, cuyo centro de gravedad de su pensamiento fue Europa central y occidental, y, a mediados de su vida, Oriente (China, India y Japón). En cambio -y esta podría ser una crítica-, por ser una limitación en su obra y sus intereses, vivió de espaldas al Caribe, Centro y Sudamérica, y, sobre todo, a África. Lo que quiere decir, que, para este autor, la negritud y el mestizaje, estuvieron ausentes de sus preocupaciones intelectuales, con la excepción de México, que siempre fue el foco central de sus cavilaciones, incluso muy tempranas, pues se inició con *El laberinto de la soledad* y *Las peras del olmo*, en los años 50. De modo que México siempre fue objeto de sus reflexiones. Siempre lo persiguió la historia y la memoria de México, de sus ancestros, sus antepasados, su Revolución, incluso su prehistoria, su arqueología prehispánica.

Así pues, México fue su destino y su presente, su drama y su horizonte, desde el punto de vista político, antropológico y ontológico. De ahí que siempre escribió y pensó sobre la mexicanidad, la identidad y la otredad de su ser, y acerca de su Nación y su pueblo. En cambio, el resto del continente mestizo le fue un poco indiferente. Prefirió volcar su imaginario y su sabiduría a pensar el Occidente europeo y el medio y lejano Oriente.

En el universo de referencias intelectuales de Paz, los conceptos de tiempo y soledad, vinculados a la otredad y la identidad, y la crítica, relacionada a la idea de modernidad, serán cruciales en la configuración de su pensamiento filosófico. Así pues, tiempo y soledad son los dos ejes sobre los cuales oscilan su obra poética y su obra ensayística. Serán el dinamismo -o la bujía inspiradora- de su universo verbal y de su mundo de imágenes y de ideas. Estos dos conceptos tienen un gran componente filosófico, ya que son el sustrato de sus argumentaciones, en el campo histórico y poético. Ambos se convierten en ideas obsesivas y motivos de angustias existenciales como ser pensante, como poeta, como intelectual, como hombre de ideas y como mexicano. Son,

en efecto, categorías existenciales, de matiz metafísico, que lo perseguirán como ser social y antropológico.

La persistencia del tiempo está presente desde sus primeros poemas de *Libertad bajo palabra* hasta *Árbol adentro* -su último poemario-, donde el tiempo justamente es el protagonista. En tanto que, en su obra de ensayo, va a aparecer diseminado en varios libros y artículos. En cambio, el concepto de soledad surgirá desde su primer libro de ensayo *Las peras del olmo*, en su texto *Poesía de soledad y poesía de comunión*, y lo desarrollará y fundamentará en *El laberinto de la soledad* y lo retomará en *Posdata*. Mientras que sus concepciones sobre la modernidad aparecerán en no pocos de sus ensayos, en especial, en *El arco y la lira*, *Cuadrivio*, *Corriente alterna*, *El signo y el garabato*, *Inmediaciones*, *Pequeña crónica de grandes días*, *Los hijos del limo*, *La otra voz* y *Convergencias* (donde incluirá su discurso de recepción del Premio, titulado *La búsqueda del presente*).

Pocos críticos de Octavio Paz han descubierto su faceta de filósofo que hay en sus ensayos, y aun en su poesía reflexiva, de matiz pensativo y meditativo. Si no fue un teórico de la antigüedad clásica, en cambio sí fue un pensador que dialogó con la antigüedad clásica griega. Acaso los estudiosos que mejor han visto su vertiente de pensador filosófico hayan sido Javier González, Adolfo Castañón, Christopher Domínguez Michael, David A. Brading, Carlos H. Magis, Juan Malpartida, Hugo Verani y Rachel Phillips. Para poder ver figuras arquetípicas de autores-pensadores en América Latina, desde luego que hay que pensar necesariamente en Jorge Luis Borges, por su amplia erudición filosófica, antropológica y teológica. Luego, habría que agregar además a Ernesto Sábato, por su condición de físico y filósofo.

Octavio Paz es acaso el poeta moderno de habla hispana, cuya obra está más penetrada de arqueología, es decir, su obra poética está impulsada por el pasado prehispánico de los aztecas,

como en pocos poetas mexicanos e hispanoamericanos. De ahí que llegó a decir que el pasado prehispánico mexicano lo había hechizado. De modo que, como poeta, fue una especie de arqueólogo del espíritu prehispánico y como ensayista, un pensador que siempre bebió en la fuente de la historia precolombina de los aztecas, de donde se nutrió para elaborar reflexiones y tesis contenidas en *El laberinto de la soledad*, *Posdata* o *Conjunciones y disyunciones*. En más de una obra prefiguró y perfiló ideas y conceptos acerca del arte, la historia, la política y la cultura de México. Estudió a poetas y pintores mexicanos, y reunió sus escritos sobre México en sus *Obras Completas*, en los tomos: *El peregrino en su patria (Historia y política de México)*, *Generaciones y semblanzas (Dominio mexicano)* y *Los privilegios de la vista (Arte de México)*.

En estas conclusiones, se pudo comprobar el componente ontológico y filosófico de su obra poética, en la que el tiempo ocupa un espacio medular, como mecanismo de pensamiento. El sustrato temporal será pues el eje que configura su poética del tiempo, y que tomó de sus lecturas juveniles de Marcel Proust, Henri Bergson, Edmund Husserl y Martin Heidegger. De igual modo, para su fundamentación del concepto de soledad, las lecturas de Samuel Ramos, Antonio Machado, José Vasconcelos, José Ortega y Gasset, Nietzsche, Heidegger y Hegel, serían esenciales. Más allá de los autores que influyeron a Octavio Paz, en su etapa de formación, se deben destacar a estas figuras que fueron tutelares. Sin embargo, a pesar de que hay autores que han abordado diversas vertientes de su obra creativa e intelectual, algunos que necesariamente no estudiaron el tiempo y la soledad en Paz, en cambio, se les reconoce no solo como sus biógrafos, sino como sus mayores estudiosos. Tal es el caso de sus amigos y conocedores de su pensamiento y su obra como Enrico Mario Santí, Anthony Stanton, Aurelio Asiain, Enrique Krauze, Adolfo Castañón, Christopher Domínguez Michael, Guillermo Sheridam, Alejandro Rossi, Fabienne Bradu, Pere Gimferrer, Braulio Peralta, Alberto Ruy Sánchez, Manuel Ulacia, Gabriel Zaid, Julián

Ríos, Tomás Segovia y Hugo Verani. Algunos de ellos escribieron un libro, y otros solo artículos o entrevistas, pero todos mantuvieron una relación de amistad intelectual y diálogo recíproco esenciales, en la historia de la cultura literaria de la segunda mitad del siglo XX.

Referencias

Fuentes primarias

- Aguilar Rivera, J. A. (Coord.) (2015). *Aire en libertad. Octavio Paz y la crítica*. México: FCE.
- Aguilar Mora, J. (2015). “Es como si nos hubieran arrancado los párpados: apostillas”, en *Aire en libertad. Octavio Paz ante la crítica*, pp. 33-46. México: FCE.
- Aristóteles (1991). *Poética*. Buenos Aires: Ediciones Leviatán.
- Arroyo, I. (2016). “Mirada adentro: ensayo y analogía en *Octavio Paz*”, en *Octavio Paz sin concesiones. Quince miradas críticas*, pp. 125-137. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Bachelard, G. (2002). *La intuición del instante*, México: FCE.
- Beguin, A. (1976). *El alma romántica y el sueño*, México: FCE.
- Benavides, C. (1979). “Claves filosóficas de Octavio Paz, *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nos. 343-344-345, enero-marzo.
- Brading, D. A. (2002). *Octavio Paz y la poética de la historia mexicana*, México: FCE.
- Bradú, F. (2015). *Permanencia de Octavio Paz*. España: Vaso Roto Ediciones.
- Castañón, A. y otros (a) (1994). *Octavio Paz en sus Obras Completas*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México: FCE.
- Castañón, A. (b) (2014). *Tránsito de Octavio Paz (poemas, apuntes, ensayos)*. México: El Colegio de México.
- Domínguez Michael, Ch. (2014). *Octavio Paz en su siglo*. México: Aguilar.
- Domínguez Rey, A. (1987). *El signo poético*. México: Editorial Playor.
- Eliade, M. (1985). *El mito del Eterno Retorno*. Madrid: Alianza Editorial.

- Fuentes, C. (1970). "El tiempo de Octavio Paz", en *Casa con dos puertas*. México: Joaquín Mortiz.
- García Ponce, J. (1969). "Tres momentos de Octavio Paz", en *Cinco ensayos*. México: Universidad de Guanajuato.
- Gimferrer, P. (1980). *Lecturas de Octavio Paz*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- González, J. (1990). *El cuerpo y la letra. La cosmología poética de Octavio Paz*, México: FCE.
- Grenier, Y. (2016). "Octavio Paz. ¿Un pensador político para el siglo XXI?", en *Octavio Paz sin concesiones. Quince miradas críticas*, pp. 149-161. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Huisman, D. (1961). *Estética*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.
- King, J. (2011). *Plural en la cultura literaria y política latinoamericana*. México: FCE.
- Krauze, E. (2014). *Octavio Paz. El poeta y la revolución*. México: Debolsillo Editorial.
- Lafaye, J. (2013). *Octavio Paz en la deriva de la modernidad*. México: FCE.
- Magis, C. H. (1978). *La poesía hermética de Octavio Paz*. México: El Colegio de México.
- Malpartida, J. (1998). "Octavio Paz, aproximaciones", en *La perfección indefensa. Ensayos sobre literatura hispánicas del siglo XX*. México: FCE.
- Matamoro, B. (2009). "El ensayista Octavio Paz", en *Luz espejeante*, pp.113-127. México: Editorial ERA.
- Mendiola, V. M. (2011). *El surrealismo de Piedra de Sol, entre peras y manzanas*. México: FCE.
- Molina, Germán y otros (Coords.). (2016). *Octavio Paz sin concesiones. Quince miradas críticas*. México: Grupo Editorial Mariel-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Montoya Ramírez, E. (1989). (Edición). *Octavio Paz*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica. Semana de Autor. Instituto de Cooperación Iberoamericana.

- Nettel, G. (2014). *Octavio Paz. Las palabras en libertad*. España: Taurus-El Colegio de México.
- Olachea, R. y otros. (2008). *Sujeto y ciudad en Vallejo, Paz, Piglia y Sabines*. México: Editorial Praxis.
- Oviedo, J. M. (1990). *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid: Alianza Editorial.
- Paz, O. (1). (1987). *Árbol adentro*. España: Seix Barral.
- Paz, O. (2). (2008). *Cartas a Tomás Segovia, 1957-1985*. México: FCE.
- Paz, O. (3). (1991). *Convergencias*. Barcelona: Seix Barral.
- Paz, O. (4). (1990). *Corriente alterna*. México: Siglo XXI Editores.
- Paz, O. (5). (1991). *Cuadrivio*. Barcelona: Seix Barral.
- Paz, O. (6). (1998). *El arco y la lira*. México: FCE.
- Paz, O. (7). (1973). *El laberinto de la soledad*. México: FCE.
- Paz, O. (8). (2012). *El laberinto de la soledad, Postdata y Vuelta a "El laberinto de la soledad"*. México: FCE.
- Paz, O. (9). (1996). *El mono gramático*. Barcelona: Seix Barral.
- Paz, O. (10). (1991). *El signo y el garabato*. Barcelona: Seix Barral.
- Paz, O. (11). (2014). *Itinerario poético. Seis conferencias inéditas*. (Prólogo de Alberto Ruy Sánchez). España: Colegio Nacional de México 1975-Atalanta.
- Paz, O. (12). (1990). *La otra voz. Poesía y fin de siglo*. Barcelona: Seix Barral.
- Paz, O. (13). (1984). *Las peras del olmo*. Barcelona: Seix Barral.
- Paz, O. (14). (1990). *Libertad bajo palabra* (Edición de Enrico Mario Santí). Madrid: Cátedra.
- Paz, O. (15). (1990). *Pasado en claro*. México: FCE.
- Paz, O. (16). (1990). *Pequeña crónica de grandes días*. México: FCE.
- Paz, O. (17). (2011). *Por las sendas de la memoria. Prólogos a una obra*. México: FCE.

- Paz, O. (18). (1990). *Premio Miguel de Cervantes 1981*. Madrid: Anthropos Editorial del Hombre, Ministerio de Cultura.
- Paz, O. (19). (1995). *Vislumbres de la India*. España: Seix Barral.
- Paz, O. (20). (1990). *Vuelta*. España: Seix Barral.
- Paz, O. (21). (2014). *Diálogos con Enrico Mario Santí*. Salamanca, España: Confluencia Editorial.
- Paz, O. (22). (1986). *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*. Barcelona: Seix Barral.
- Paz, O. y otros (23). (1966). *Poesía en movimiento, México 1915-1966*. México: Siglo XXI Editores.
- Paz, O. (24). (1990). *Hombres en su siglo y otros ensayos*. Barcelona: Seix Barral.
- Paz, O. (25). (1997). *Obra poética I (1935-1970). Obras Completas*. Edición del Autor. Tomo 11. México: FCE.
- Paz, O. (26). (1997). *Miscelánea III. Entrevistas. Obras Completas*. Edición de Autor. Tomo 15. México: FCE.
- Paz, O. (27). (1997). *Ideas y costumbres. La letra y el cetro. Usos y símbolos*, Edición de Autor. Tomo 10. México: FCE.
- Paz, O. (28). (1987). *Posdata*. México: Siglo XXI Editores.
- Paz, O. (29). (1993). *Itinerario*. España: Seix Barral, España.
- Peralta, B. (2014). *El poeta en su tierra. Diálogos con Octavio Paz*. México: Hoja Casa Editorial.
- Phillips, R. (1976). *Las estaciones poéticas de Octavio Paz*. México: FCE.
- Piña Zentella, M. (2002). *Modelos geométricos en el ensayo de Octavio Paz*. México: Editorial Praxis.
- Prigogine, I. (2005). *El nacimiento del tiempo*. Barcelona: Tusquets Editores.

- Puccini, D. (2009). "Las obras", en *Luz espejeante. Octavio Paz ante la crítica*, pp. 113-127. México: Editorial ERA.
- Ramírez, C. (2016). "Octavio Paz en el municipio de las letras", en *Octavio Paz sin concesiones. Quince miradas críticas*, pp.161-189. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Rodríguez Ledesma, X. (2015). "Modernidad y otredad. El quehacer crítico de un poeta latinoamericano", en *Aire en libertad. Octavio Paz ante la crítica*, pp. 47-65. México: FCE.
- Ruy Sánchez, A. (2013). *Una introducción a Octavio Paz*. México: FCE.
- Salgado, D. (a). (2003). *Espiral de luz. Tiempo y amor en Piedra de sol de Octavio Paz*. México: Conaculta.
- Salgado, D. (b). (2002). *Caminos de ecos. Introducción a las ideas políticas de Octavio Paz*. México: Editorial Praxis.
- Salgado, D. (c). (2004). *La ensayística de Octavio Paz*. México. Editorial Praxis.
- Santí, E. M. (a) (2009). (Selección y prólogo). *Luz espejeante*, México: Editorial ERA-UNAM.
- Santí, E. M. (b) (2015). *Diálogos con Octavio Paz*. Salamanca, España: Confluencia Editorial.
- Santí, E. M. (c) (2016). *El acto de las palabras. Estudios y diálogos con Octavio Paz*. México: FCE.
- Savater, F. (1989). "El ensayo como evocación poética", en *Octavio Paz. Semana del Autor*, pp. 24-25. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.
- Scharer-Nussberger, M. (1989). *Octavio Paz. Trayectorias y visiones*. México: FCE.
- Stanton, A. (2016). "La estación violenta y su himno entre ruinas", en *Octavio Paz sin concesiones*, pp. 47-65. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

- Ulacia, M. (1999). *El árbol milenario. Un recorrido por la obra de Octavio Paz*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.
- Vargas Llosa, M. (2002). *El lenguaje de la pasión*. México: Aguilar.
- Verani, H. J. (2013). *Octavio Paz: el poema como caminata*. México: FCE.
- Villegas Montiel, F. G. (2016). “Octavio Paz y el ensayo metapolítico”, en *Octavio Paz sin concesiones. Quince miradas críticas*, pp.139-146. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Villoro, L. (1999). “Una visión de Paz”. *Letras Libres*. No. 4. México, abril, p. 500.
- Weinberg, L. (2016) “En busca de la presencia”, en *Octavio Paz sin concesiones*, pp. 111-124. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Zaid, G. (2016). “El espíritu excepcional”, en *Octavio Paz sin concesiones. Quince miradas críticas*, pp.19-25. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Bibliografía complementaria

Fuentes secundarias

- Adame, A. G. (2015). (Prólogo de Christopher Domínguez Michael). *Octavio Paz. El misterio de la vocación*. México: Aguilar.
- Adorno, T. W. (1983). *Teoría estética*. Barcelona: Ediciones Orbis.
- Agustín de Hipona (2011). *Qué es el tiempo: Libro XI de Las Confesiones*. Madrid: Editorial Trotta.
- Aristóteles (2007). *El hombre de genio y la melancolía (Problema XXX)*. Barcelona: Acantilado.
- Aristóteles (2000). *Metafísica*. Madrid: Espasa Calpe.
- Asiain, A. (2014). (Edición, selección y prólogo). *Japón en Octavio Paz*. México: FCE.
- Attali, J. (1985). *Historias del tiempo*. México: FCE.
- Bachelard, G. (1997). *El agua y los sueños. Ensayo sobre la imaginación de la materia*. México: FCE.
- Bachelard, G. (1997). *El aire y los sueños*. México: FCE.
- Bachelard, G. (1997). *El derecho de soñar*. México: FCE.
- Bachelard, G. (1992). *La llama de una vela*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Bachelard, G. (2006). *La tierra y las ensoñaciones del reposo. Ensayos sobre las imágenes de la intimidad*. México: FCE.
- Bachelard, G. (2002). *Poética del espacio*. México: FCE.
- Bachelard, G. (1966). *Psicoanálisis del fuego*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bataille, G. (2007). *El erotismo*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Baudelaire, Ch. (1971). *Curiosidades estéticas*. Madrid: Espasa Calpe.

- Baudelaire, Ch. (2017). *Salones y otros escritos sobre arte*. Madrid: La Balsa de la Medusa.
- Beguín, A. (1976). *El alma romántica y el sueño*. México: FCE.
- Benjamín, W. (2004). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Valencia, España: Editorial Ítaca.
- Bergson, H. (2004). *Duración y simultaneidad. A propósito de la teoría de Einstein*. Buenos Aires: Ediciones del signo.
- Bergson, H. (2013). *El pensamiento y lo moviente*. Buenos Aires: Editorial Cactus.
- Bergson, H. (1999). *Ensayos sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Madrid: Editorial Sígueme.
- Bergson, H. (2017). *Historia de la idea del tiempo*. Madrid: Editorial Paidós.
- Bergson, H. (1984). *Introducción a la metafísica*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Bergson, H. (1982). *La energía espiritual*. Madrid: Espasa Calpe.
- Bergson, H. (1973). *La evolución creadora*. Madrid: Espasa Calpe.
- Bergson, H. (2012). *Lecciones de estética y metafísica*. Madrid: Editorial Siruela.
- Bergson, H. (2006). *Materia y memoria. Ensayos sobre la relación del cuerpo con el espíritu*. Buenos Aires: Editorial Cactus.
- Bergson, H. (1987). *Memoria y vida. (Textos escogidos por Gilles Deleuze)*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bloom, H. (1991). *La angustia de las influencias*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Bonnefoy, Y. *La alianza de la poesía y de la música*. Madrid: Arena Libros.
- Borges, J. L. (1975). *Historia de la eternidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bradú, F. (2004). *Los puentes de la traducción. Octavio Paz y la poesía francesa*. México: UNAM-Universidad Veracruzana.

- Bradú, F. y Olle-Laprune, Ph. (2014). (Comp.). *Una patria sin pasaporte. Octavio Paz y Francia*. México: FCE.
- Brehm, L. F. (2009). *Casa de las palabras de Octavio Paz*. México: Jus-Alios Ventos.
- Breton, A. (1998). *Los pasos perdidos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Breton, A. (1968). *Los vasos comunicantes*. México: Editorial, Joaquín Mortiz.
- Breton, A. (2009). *Manifiestos surrealistas*. Madrid: Visor Libros.
- Bull, M. (1998). (Comp.). *La teoría del apocalipsis y los fines del mundo*. México: FCE.
- Caillois, R. (1993). *Acercamientos a lo imaginario*. México: FCE.
- Caillois, R. (2006). *El hombre y lo sagrado*. México: FCE.
- Caillois, R. (1993). *El mito y el hombre*. México: FCE.
- Caillois, R. (2006). *Los juegos y los hombres*. México: FCE.
- Camín, J. A. (1976). *La divina pareja. Historia y mito en Octavio Paz*. México: Ediciones Era.
- Camus, A. (2008). *El hombre rebelde*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Camus, A. (1963). *El mito de Sísifo*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Carrol, S. (2015). *Desde la eternidad hasta hoy. En busca de la teoría definitiva del tiempo*. Barcelona: Debate.
- Caso, A. (2007). *El pueblo del sol*. México: FCE.
- Cassirer, E. (1971). *Filosofía de las formas simbólicas. Tomo 1. El lenguaje*. México: FCE.
- Cassirer, E. (1974). *Antropología filosófica*. México: FCE.
- Castañón, A. (2015). *Trinidad profana. Octavio Paz, Efraím Huerta, José Revueltas*. México: Ediciones Sin Nombre.
- Castañón, A. (2005). *Cartas cruzadas: Arnaldo Orfila y Octavio Paz, 1965-1970*. (Introducción y notas). México: Siglo XXI.

- Castañón, A. (2010). *Octavio: Huellas del peregrino. Vistas del México independiente y revolucionario* (Edición y selección). México: FCE.
- Costa, H. (1988). *Mar abierto. Ensayos sobre literatura brasileña, portuguesa e hispanoamericana*. México: FCE.
- Cruz, M. (2016). *Ser sin tiempo. El ocaso de la temporalidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Herder.
- De Aguinaga, L. V. (2016). *De la intimidad. Emociones privadas y experiencias públicas en la poesía mexicana*. México: FCE.
- De Montaigne, M. (2007). *Los ensayos*. Barcelona: Acantilado.
- De Unamuno, M. (1982). *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Delacampagne, Ch. (2015). *Historia de la filosofía en el siglo XX*. Barcelona: RBA.
- Dilthey, W. (1961). *Poética*. Buenos Aires: Losada.
- Eliade, M. (2000). *Aspectos del mito*. Barcelona: Paidós Orientalia.
- Eliot, T. S. (1967). *Criticar al crítico*. Madrid: Alianza Editorial.
- Eliot, T.S. (1959). *Sobre la poesía y los poetas*. Buenos Aires: Sur.
- Eliot, T. S. (1999). *Función de la poesía y función de la crítica*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Fichte, J. G. (1988). *Discurso a la nación alemana*. Madrid: Tecnos.
- Flores, M. (2011). *Viaje de Vuelta. Estampas de una revista*. México: FCE.
- Fourier, Ch. (2016). *¿Cómo educar para la libertad y la felicidad?* Madrid: Errata Naturae.
- Freud, S. (2012). *El malestar de la cultura y otros escritos sobre violencia y sociedad*. Barcelona: RBA
- Freud, S. (2012). *El porvenir de una ilusión*. Madrid: Taurus.

- Freud, S. (1998). *Moisés y la religión monoteísta y otros escritos sobre judaísmo y antisemitismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Freud, S. *Tótem y tabú*. (1972). Madrid: Alianza Editorial.
- García Castro, J. M. (2013). *La filosofía poética de Antonio Machado*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Gimferrer, P. (1982). (Ed.). *Octavio Paz. El escritor y la crítica*. Madrid: Taurus.
- Gimferrer, P. (1999). *Memorias y palabras. Cartas a Pere Gimferrer, 1966-1992*. Barcelona: Seix Barral.
- González Ormerod, A. (Coord.). (2015). *Octavio Paz y el Reino Unido*. México: CONACULTA-FCE.
- Grenier, Y. (2004). *Del arte a la política. Octavio Paz y la búsqueda de la libertad*. México: FCE.
- Guenon, R. (1995). *La metafísica oriental*. Barcelona: Ediciones Obelisco.
- Han, B.Ch. (2016). *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Barcelona: Herder.
- Hawking, S. (2001). *Historia del tiempo. Del big bang a los agujeros negros*. Barcelona: Booket-Crítica.
- Hegel, F. W. (1991). *Fenomenología del espíritu*. México: FCE.
- Hegel, F. W. (2005). *Lecciones de filosofía de la historia universal*. Madrid: Tecnos.
- Heidegger, M. (2010). *¿Qué significa pensar?* Madrid: Editorial Trotta.
- Heidegger, M. (1992). *Arte y poesía*. México: FCE.
- Heidegger, M. (1995). *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza Editorial.
- Heidegger, M. (2011). *El concepto del tiempo*. Madrid: Editorial Trotta.
- Heidegger, M. (1986). *El ser y el tiempo*. México: FCE.

- Heidegger, M. (2011). *Posiciones metafísicas fundamentales del pensamiento occidental*.
Barcelona: Herder.
- Heidegger, M. (1984). *Qué es metafísica y otros ensayos. Ser, verdad y fundamento*. Buenos Aires:
Siglo Veinte.
- Henríquez Ureña, P. (2006). *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Santo Domingo:
Secretaría de Estado de Educación.
- Henríquez Ureña, P. (1994). *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México: FCE.
- Henríquez Ureña, P. (1997). *Historia de la cultura en la América Hispánica*. México: FCE.
- Hersch, J. (2010). *El gran asombro. La curiosidad como estímulo en la historia de la filosofía*,
Barcelona: Acantilado.
- Hubard, J. (2014). (Editor). *También soy escritura, Octavio Paz cuenta de sí*. México: FCE.
- Huizinga, J. (1946). *El concepto de la historia*. México: FCE.
- Huizinga, J. (1987). *Homo ludens*. Madrid: Alianza Editorial.
- Husserl, E. (1959). *Fenomenología de la conciencia del tiempo inmanente*. Buenos Aires: Nova.
- Husserl, E. (1997). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*.
México: FCE.
- Husserl, E. (2009). *Investigaciones lógicas*. Tomos I y II. Madrid: Alianza Editorial.
- Husserl, E. (2002). *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*. Madrid:
Editorial Trotta.
- Huxley, A. (1961). *El tiempo y la máquina*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Jaimes, H. (2004). (Coord.). *Octavio Paz: la dimensión estética del ensayo*. México: Siglo XXI
Editores.

- Janke, W. (1995) *Mito y poesía en la crisis modernidad-postontología*. Buenos Aires: Editorial La Marca.
- Jasper, K. (2000). *La filosofía, desde el punto de vista de la existencia*. México: FCE.
- Kiekergaard, S. (1965). *El concepto de la angustia*. Madrid: Editorial Guadarrama.
- Labraña, M. (2017). *Ensayos sobre el silencio. Gestos, mapas y colores*. Madrid: Siruela.
- Lasky, L. (2002). *La noción del tiempo*. México, CONACULTA-INAH.
- Leibniz, G. W. (1982). *Discurso de metafísica*. Buenos Aires: Aguilar.
- Levinas, E. (1993). *El tiempo y el Otro*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Levinas, E. (2004). *La teoría fenomenológica de la intuición*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Levinas, E. (1995). *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Lezama Lima, J. (1957). *La expresión americana*. La Habana: Instituto Nacional de Cultura.
- Maffei, L. (2016). *Alabanza de la lentitud*. Madrid: Alianza Editorial.
- Major, A. (2016). (Editor). *Octavio Paz. De una palabra a otra: Los pasos contados*. Madrid: Vaso Roto.
- Mallea, E. (2001). *Historia de una pasión argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Martínez Estrada, E. (1991). *Radiografía de la pampa*. Costa Rica: Universidad de Costa, Colección Archivo.
- Martínez Baracs, R. (2014). (Ed.). *Octavio Paz y José Luis Martínez. Al calor de la amistad. Correspondencia, 1950-1984*. México: FCE.
- Marx, K. (2003). *El 18 brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Alianza Editorial.
- Montoya Ramírez, E. (1989). (Ed.). *Octavio Paz*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, Semana de Autor.

- Murena, H. A. (2006). *El pecado original de América*. Buenos Aires: FCE.
- Nietzsche, F. (2006). *Genealogía de la moral*. Madrid: Alianza Editorial.
- Nietzsche, F. (2006). *Origen de la tragedia*. Madrid: Espasa Calpe.
- Nietzsche, F. (1984). *El ocaso de los ídolos o cómo se filosofa con el martillo*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Olachea, R. y otros. (2008). *Sujeto y ciudad en Vallejo, Paz, Piglia y Sábines*. México: Editorial Praxis.
- Ortega y Gasset, J. (1959). *Ideas y creencias*. Barcelona: Espasa Calpe.
- Ortega y Gasset, J. (1975). *Las meditaciones del Quijote*. Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente.
- Ortega y Gasset, J. (1980). *Qué es la filosofía*. Barcelona: Espasa Calpe.
- Ortega y Gasset, J. (1970). *Unas lecciones de metafísica*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ortega y Gasset, J. (1969). *La rebelión de las masas*. Barcelona: Espasa Calpe.
- Pastén, J. A. (1999). *Octavio Paz crítico practicante en busca de una poética*. Madrid: Editorial Pliegos.
- Paz, O. (1995). *¿Águila o sol?* México: FCE
- Paz, O. (2016). *De una palabra a la otra: Los pasos contados*. España: Vaso Roto.
- Paz, O. (2008). *Jardines errantes. Cartas a J.C. Lambert, 1952-1992*. Barcelona: Seix Barral.
- Paz, O. (1990). *Pasión crítica*. Barcelona: Seix Barral.
- Paz, O. (2011). *Piedra de sol*. Madrid: Visor Libros.
- Paz, O. (1970). *Posdata*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Paz, O. (1990). *Tiempo nublado*. Barcelona: Seix Barral.

- Paz, O. (2001). *Sueño en libertad. Escritos políticos*. (Prólogo y selección de Yvon Grenier). México: Seix Barral.
- Paz, O. (1999). “Occidente se vuelve hacia Oriente al final de la historia” (Entrevista). *Fin de siglo. Grandes pensadores hacen reflexiones sobre nuestro tiempo*. México: Mc Graw Hill.
- Paz, Marie-Jo y otros. (2001). *A treinta años de Plural (1971-1976)*. México: FCE.
- Paz, O. (2007). *Octavio Paz en España, 1937*. (Antología y prólogo de Danubio Torres Fierro). México: FCE.
- Paz, O. *Delta de cinco brazos*. (1998). Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Paz, O. (1993). *Itinerario*. Barcelona: Seix Barral.
- Paz, O. (1999). *Lo mejor de Octavio Paz. El fuego de cada día* (Selección, prólogo y notas del autor). Barcelona: Seix Barral.
- Platón. *Diálogos* (1998). México: Editorial Porrúa.
- Poniatovska, E. (1998). *Octavio Paz. Las palabras del árbol*. España: Editorial Lumen.
- Pound, E. (2000). *El ABC de la lectura*. Madrid: Ediciones de Escritura Creativa Fuentetaja.
- Pound, E. (1954). *El arte de la poesía*. México: Joaquín Mortiz.
- Pound, E. (1976). *Ensayos escogidos*. Caracas: Monte Ávila.
- Proust, M. (1971). *La búsqueda del tiempo perdido* (Tomo I). Madrid: Alianza Editorial.
- Ramos, S. (2009). *Perfiles del hombre y la cultura de México*. México: Espasa Calpe.
- Raymond, M. (2002). *De Baudelaire al surrealismo*. México: FCE.
- Renan, E. (1987). *¿Qué es una nación?* Madrid: Alianza Editorial.
- Ríos, J. (1999). *Solo a dos voces* (Diálogo). México: FCE.
- Rodríguez Padrón, J. (1975). *Octavio Paz*. Madrid: Júcar.

- Safranski, R. (2017). *Tiempo. La dimensión temporal y el arte de vivir*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Salazar Bondy, S. (2008). *Lima, la horrible*. Lima: Editorial Universidad de Concepción.
- Salgado, D. (2002). *Camino de ecos. Introducción a las ideas políticas de Octavio Paz*. México: Editorial Praxis.
- Salgado, D. (2010). *Octavio Paz: el amor como idea*. México: Editorial Praxis.
- San Agustín. (1966). *Las confesiones*. México: Editora Latino Americana.
- Sartre, J. P. (1987). *Bosquejo de una teoría de las emociones*. Madrid: Alianza Editorial.
- Sartre, J. P. (2006). *El existencialismo es un humanismo*. Barcelona: Edhasa.
- Sartre, J. P. (1998). *El ser y la nada. Ensayo de ontología fenomenológica*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Sartre, J. P. (1976). *La imaginación*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Sartre, J.P. (1997). *Lo imaginario*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Savater, F. (2008). *El arte de ensayar*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.
- Scherer, J. (2014). *Encuentro: Octavio Paz y Julio Scherer*. México: FCE.
- Schiller, F. (2014). *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental*. Madrid: Editorial Verbum.
- Serrano, P. (2011). *La construcción del poeta moderno. T.S. Eliot y Octavio Paz*. México: Conaculta.
- Shelley, P. S. (2001). "Defensa de la poesía". *Ensayos escogidos*. Barcelona: DVD Ediciones.
- Sheridan, G. (2015). *Habitación con retrato. Ensayos sobre la vida de Octavio Paz*. Tomos I y II. México: ERA.
- Simmel, G. (1950). *La intuición de la vida. Cuatro capítulos de metafísica*. Buenos Aires: Editorial Nova.

- Soto, Á. (2015). (Coord.). *Borges, Paz, Vargas Llosa. Literatura y libertad en Latinoamérica*. Madrid: Unión Editorial.
- Stanton, A. (1998). “Encuentros y desencuentros”, en *Inventores de tradición: ensayos sobre poesía mexicana moderna*. México: FCE.
- Stanton, A. (2008). *Octavio Paz: entre poética y política*. México: El Colegio de México.
- Stanton, A. (2001). *Las primeras voces de Octavio Paz (1931-1938)*. México: Ediciones sin Nombre.
- Stanton, A. (2015). *El río reflexivo. Poesía y ensayo en Octavio Paz (1931-1958)*. México: FCE.
- Stanton, A. (1998). *Inventores de tradición: ensayos sobre poesía mexicana moderna*. México: FCE.
- Sucre, G. (1990). “Paz: la vivacidad, la transparencia”, en *La máscara, la transparencia*. México: FCE.
- Vasconcelos, J. (1995). *La raza cósmica*. Madrid: Espasa Calpe.
- Vattimo, G. (1999). (Comp.). *Filosofía y poesía: dos aproximaciones a la verdad*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Weinberg, L. (2014). *El ensayo en busca del sentido*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- Weinberg, L. (2001). *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*. México: FCE.
- Weinberg, L. (2007). *Pensar el ensayo*. México: Siglo XXI Editores.
- Weinberg, L. (2006). *Situación del ensayo*. México: UNAM.
- Wolfson, G. (2015). (Comp.). *Se acabó el centenario: lecturas críticas en torno a Octavio Paz*. Puebla, Mexico: UDLAP, Fundación Universidad de las Américas.
- Wordworth, W. (1999). *Prólogo a las Baladas Líricas*. Madrid: Hiperión.

- Xirau, R. (2001). "Octavio Paz: dialéctica de la soledad", en *Entre la poesía y el conocimiento. Antología de ensayos críticos sobre poetas y poesía iberoamericana*. México: FCE.
- Xirau, R. (1953). *Sentido de la presencia. Ensayos*. México: Tezontlee.
- Yurkievich, S. (2002). *Del arte verbal*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.
- Yurkievich, S. (1978). *Fundadores de la nueva poesía latinoamericana. Vallejo, Huidobro, Borges, Girondo, Neruda, Paz*. Barcelona: Seix Barral, Barcelona.
- Zambrano, M. (1993). *Claros del bosque*: Barcelona: Seix Barral.
- Zambrano, M. (1993). *El hombre y lo divino*. México: FCE.
- Zambrano, M. (1986). *El sueño creador*. Madrid: Editorial Turner.
- Zambrano, M. (1998). *Filosofía y poesía*. México: FCE.
- Zambrano, M. (2000). *Hacia un saber del alma*. Madrid: Alianza Editorial.
- Zambrano, M. (2004). *La razón de la sombra. Antología crítica*. Madrid, Siruela.
- Zambrano, M. (2011). *Notas de un método*. Madrid: Tecnos.

Revistas y publicaciones periódicas consultadas

- Anthropos*. Revista de Documentación Científica de la Cultura. No. 14. "Octavio Paz: creación, historia y pensamiento. Una poética de la reconciliación". Barcelona, 1992.
- Casa del Tiempo*. "Octavio Paz 1914-1998". No. 2, marzo 2014, Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Cuadernos Hispanoamericanos*. Revista Mensual de Cultura Hispánica. Nos. 343-344-345, enero-febrero-marzo de 1979. "Homenaje a Octavio Paz"

Global. Basilio Belliard: “Octavio Paz o los diálogos con la poesía: su legado a cien años de su Nacimiento”. Revista de la Fundación Global Democracia y Desarrollo, Vol. 11, No. 60. Septiembre-octubre, 2014, p 52.

Vuelta. Octavio Paz. “Democracia: lo absoluto y lo relativo”, No. 26, 26 de agosto, 1998, México, p. 18.

Plural. Juan García Ponce: “Memorias del poeta”, Vo. V, No. 3, diciembre, 1976, p. 56.

Anthropos. Revista del Ministerio de Cultura de Madrid. Blas Matamoro. “El ensayista Octavio Paz”. Octavio Paz Premio Miguel de Cervantes 1981, 1990, ps. 99-119.

Bibliografía suplementaria

Aristóteles (2007). *El hombre de genio y la melancolía (Problema XXX)*. Barcelona: Editorial Acantilado.

Aristóteles (1946). *Poética* (Versión directa, introducción y notas por el doctor Juan David García Bacca). México: Universidad Autónoma de México.

Bachelard, G. (2002). *La intuición del instante*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bachelard, G. (1997). *El derecho de soñar*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bachelard, G. (1997). *La poética del espacio*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.

Badiou, A. (2002). *Condiciones*, Siglo Veintiuno Editores, México, 2002.

Belliard, Basilio (1999). “El estilo de Octavio Paz”. Listín Diario, Santo Domingo, 6 de noviembre, p. 19-C.

Belliard, Basilio (1998). “Octavio Paz o la soledad”. Listín Diario, Santo Domingo, 3 de mayo, p. 13.

- Belliard, Basilio (1996). "El cuerpo en *Piedra de sol*". Listín Diario, Santo Domingo, 24 de noviembre, p. 12.
- Baumgarten, A. G. (1976). *Reflexiones filosóficas acerca de la poesía*, Editorial Aguilar, Buenos Aires, 1976.
- Beguin, A. (1976). *El alma romántica y el sueño*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.
- Bloom, H. (2005). *¿Dónde se encuentra la sabiduría?* Taurus, Madrid, 2005.
- Cassirer, E. (1974). *Antropología filosófica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974.
- Cervera Salinas, V. (2007). *La poesía y la idea. Fragmento de una vieja querrela*, Editorial El Otro el Mismo-Universidad de Murcia, Mérida, Venezuela, 2007.
- Croce, B. (1985). *Breviario de Estética*, Espasa-Calpe, Madrid, España, 1985.
- Croce, B. (1962). *Estética*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, 1962.
- Derrida, J. (1994). *Márgenes de la filosofía*. Ediciones Cátedra, Madrid, 1994.
- Dilthey, W. (1961). *Poética*, Editorial Losada, Buenos Aires, Argentina, 1961.
- Fatone, V. (1954). *Filosofía y poesía*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1954.
- Fernández del Valle, A. B. (2002). *Qué es la poesía. Introducción a la poética*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.
- Gil, Luis. (1967). *Los antiguos y la inspiración poética*, Editorial Guadarrama, Madrid, 1967.
- Goyes Narváez, J. C. (2012). "Poesía y filosofía: ¿Gradación de la verdad o del conocimiento"? Especulo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid. [http: 1921-poefilos.html](http://1921-poefilos.html) (Consultado el 14-4-2013)
- Heidegger, M. (1992). *Arte y poesía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- Kierkegaard, S. (1965). *El concepto de la angustia*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1965.

- Paz, O. (1998). *El arco y la lira*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.
- Pfeiffer, J. (1966). *La poesía. Hacia una comprensión de lo poético*, Fondo de Cultura Económica, México, 1966.
- Romero Rodríguez, C. (2012). “*Filosofía y poesía: una relación peculiar*”.
www.filosofia.buap.mx-graffylia-3-151-.pdf (Consultado el 6-2-2013)
- Romero de Solís, D. (2000): *Enoc. Sobre las raíces filosóficas de la poesía contemporánea*. Madrid: Ediciones Akal (Consultado el 6-2-2013).
- Sánchez Benítez, R.” *De las relaciones entre filosofía y poesía*”. www.ludusvitalis.org-textos-foro-25_sanchez.pdf (Consultado el 5-2-2013).
- Shelley, P. S. (1978). *Defensa de la poesía*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Steiner, G. (2011). *La poesía del pensamiento*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Stevens, W. (1987). *El elemento irracional en la poesía*. México: Universidad Autónoma de Puebla.
- Schlegel, F. (1994). *Poesía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial.
- Trías, E. “Filosofía y poesía”. www.elcultural.es-version-papel-opinion-2712 (Consultado el 6-4-2013).
- Valery, P. (1990). *Teoría poética y estética*. Madrid: Editorial Visor.
- Vico, G. (1985). *Ciencia nueva*. Barcelona: Editorial Orbis.
- Wordsworth, W. y Coleridge, S. T. (1999). *Prólogo a las Baladas Líricas*. Madrid: Editorial Hiperión.
- Zambrano, M. (1998). *Filosofía y poesía*. México: Fondo de Cultura Económica, México, 1998.
- Zambrano, M. (1993). *El hombre y lo divino*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zambrano, M. (2000). *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza Editorial.

Fuentes Web

http: www.ucm.es-info.especulo-numero_21-poefilos.html (Consultado el 14-4-2013)

http: www.filosofia.buap.mx-graffylia-3-151-.pdf (Consultado el 6-2-2013)

http: www.ludusvitalis.org-textos-foro-25_sanchez.pdf (Consultado el 5-2-2013)

http: www.elcultural.es-version-papel-opinion-2712 (Consultado el 6-4-2013)

Anexos

(Tomado de Wikipedia)

Poesía

1933 - *Luna silvestre*

1936 - *¡No pasarán!*

1937 - *Raíz del hombre*

1937 - *Bajo tu clara sombra y otros poemas sobre España*

1941 - *Entre la piedra y la flor*

1942 - *A la orilla del mundo y Primer día, Bajo tu clara sombra, Raíz del hombre, Noche*

de resurrecciones

1949 - *Libertad bajo palabra*

1951 - *¿Águila o sol?* (en prosa)

1954 - *Semillas para un himno*

1956 - *La hija de Rappaccini* (poema dramático)

1957 - *Piedra de sol*

1958 - *La estación violenta*

1960 - *Libertad bajo palabra. Obra poética (1935-1957)*

1962 - *Salamandra* (1958-1961)

1965 - *Viento entero*

1967 - *Blanco*, escrito en tres columnas; permite diferentes lecturas

1968 - *Discos visuales*, con Vicente Rojo

1969 - *Ladera este* (1962-1968)

1971 - *Topoemas*

1972 - *Renga*, con Jacques Roubaud, Edoardo Sanguineti y Charles Tomlinson

1974 - *El mono gramático* (en prosa)

1975 - *Pasado en claro*

1976 - *Vuelta* (hay una primera edición artesanal de 1971)

1979 - *Air Born/Hijos del aire*, con Charles Tomlinson

1979 - *Poemas* (1935-1975)

1987 - *Árbol adentro*

1990 - *Obra poética* (1935-1988)

1990 - *Figuras y figuraciones*, con Marie José Paz

Ensayo

1950 - *El laberinto de la soledad* (la edición revisada y aumentada es de 1959)

1956 - *El arco y la lira* (una edición revisada y aumentada apareció en 1967)

1957 - *Las peras del olmo*

1965 - *Cuadrivio*

1965 - *Los signos en rotación*

1966 - *Puertas al campo*

- 1967 - *Corriente alterna*
- 1967 - *Claude Levi-Strauss o El nuevo festín de Esopo*
- 1968 - *Marcel Duchamp o El castillo de la pureza* (la reedición ampliada, *Apariencia desnuda*, es de 1973)
- 1969 - *Conjunciones y disyunciones*
- 1970 - *Postdata*, continuación de *El laberinto de la soledad*.
- 1973 - *El signo y el garabato*²⁶
- 1974 - *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*
- 1974 - *La búsqueda del comienzo. Escritos sobre el surrealismo*
- 1978 - *Xavier Villaurrutia en persona y obra*
- 1979 - *El ogro filantrópico*
- 1979 - *In/Mediaciones*
- 1982 - *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*
- 1983 - *Tiempo nublado*
- 1983 - *Sombras de obras*
- 1984 - *Hombres en su siglo y otros ensayos*
- 1988 - *Primeras letras (1931-1943)*, colección de sus prosas de juventud
- 1990 - *Pequeña crónica de grandes días*
- 1990 - *La otra voz. Poesía y fin de siglo*
- 1991 - *Convergencias*
- 1992 - *Al paso*
- 1993 - *La llama doble*
- 1993 - *Itinerario*

1994 - *Un más allá erótico: Sade*

1995 - *Vislumbres de la India*

Entrevista

1973 - *Solo a dos voces*, con Julián Ríos

1985 - *Pasión crítica*, conversaciones con diversos interlocutores

Prólogo

2002 - *Por las sendas de la memoria. Prólogos a una obra* (proemios a los volúmenes de las obras completas de Paz, publicadas por Galaxia Gutenberg y el Fondo de Cultura Económica)

Traducción

1974 - *Versiones y diversiones*

Antología

Con otros autores

1966 - *Poesía en movimiento* (con Homero Aridjis, Alí Chumacero y José Emilio Pacheco)

De su obra

1989 - *Lo mejor de Octavio Paz. El fuego de cada día*

2001 - *Sueño en libertad. Escritos políticos*

2014 - *Palabras en espiral* (edición de Danubio Torres Fierro)

Correspondencia

1998 - *Correspondencia Alfonso Reyes/Octavio Paz (1939-1959)*

1999 - *Memorias y palabras: cartas a Pere Gimferrer (1966-1997)*

2006 - *Cartas cruzadas. Octavio Paz y Arnaldo Orfila (1965-1970)*

2008 - *Cartas a Tomás Segovia (1957-1985)*

2008 - *Jardines errantes. Cartas a J. C. Lambert (1952-1992)*

2014 - *Al calor de la amistad. Correspondencia con José Luis Martínez (1950-1984)*

Edición definitiva de sus obras completas

Publicada en España, entre 1999 y 2005, por Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores; y en México, en 2014, por el Fondo de Cultura Económica. Edición preparada por el autor.

I. La casa de la presencia. Poesía e historia

*II. Excursiones e incursiones. Dominio extranjero. **Fundación y disidencia.** Dominio hispánico*

*III. Generaciones y semblanzas. Dominio mexicano. **Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe***

IV. Los privilegios de la vista. Arte moderno universal. Arte de México

V. El peregrino en su patria. Historia y política de México

VI. Ideas y costumbres. La letra y el cetro. Usos y símbolos

VII. Obra poética

VIII. Miscelánea. Primeros escritos y entrevistas

